



HQN™

REGÁLAME  
OTRO  
MUNDO

*Mina Vera*

**REGÁLAME  
OTRO  
MUNDO**

*Mina Vera*

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2016 Marisa Villalón Magaña  
© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Regálame otro mundo, n.º 114 - marzo 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-7827-3k

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

# Prólogo

Centro Espacial de Wick, República Noringlesa

10 de octubre de 2492

Siete meses antes de la E.P.T. (Emigración Ponderada de la Tierra)

Tras un largamente ansiado aterrizaje, los seis tripulantes del transbordador Cristóbal Colón se dirigieron a las oficinas del mismo centro espacial que habían dejado atrás hacía ya seis años. Ante el anuncio de su llegada, el general Adler ordenó en voz alta la apertura de las puertas de la sala de operaciones. No obstante, no se levantó del asiento que presidía la amplia mesa ovalada donde una maqueta digital aguardaba la llegada de Julio César Biagioni y su equipo.

—Bienvenidos —pronunció con voz solemne. Un gesto de su mano les invitó a sentarse en torno a la gran mesa. La tripulación hizo lo propio, si bien dos meses de vuelo interestelar apremiaban a sus piernas a caminar más que a sentarse. Y volver a la Tierra tras más de seis años de expedición invitaba a correr hasta sus familias en lugar de rendir cuentas ante aquel rostro impenetrable—. Adelante, Capitán. Espero su informe. Deme buenas noticias.

Biagioni abrió su maletín y sacó varias láminas digitales que fue colocando sobre los soportes magnéticos de la maqueta. Tras introducir sus claves personales, los planetas que flotaban ante ellos se reordenaron adoptando su órbita exacta a tiempo real. Su trayectoria dibujaba una única elipse que, contra todo pronóstico, seguían todos los planetas de ese sistema como si hubieran estado unidos por un hilo invisible. Cada esfera definió con mayor exactitud su inclinación, tamaño y color tras reajustarse con los nuevos detalles obtenidos in situ. El movimiento de traslación alrededor de una brillante estrella mayor que todos los planetas juntos puso ante sus ojos lo que iba a ser, muy pronto, el nuevo hogar del ser humano.

—Estábamos a punto de volver cuando dimos con un pequeño planeta que también pertenece a este sistema —explicó Biagioni, tecleando sobre la mesa hasta que poco a poco se fue formando una bola grisácea. Diez esferas menores la rodearon poco después, siguiendo una órbita que distaba un palmo de la de los otros ocho mundos—. Su superficie es casi yerma, aunque cuenta con aguas subterráneas, un tercio del territorio permanece helado y prácticamente a oscuras a causa de sus diez lunas y de

su mayor lejanía respecto al Nuevo Sol. No es que sea inhabitable, pero sus condiciones son poco más adecuadas que las de nuestro planeta actualmente. Sin embargo, creímos innecesario solicitar un anexo al Tratado para un territorio que nos es completamente prescindible.

—Pero pertenece al mismo sistema, orbita en torno al Nuevo Sol —la voz de Adler denotaba impaciencia—. Por lo que según el Tratado firmado, también se nos concede su usufructo.

—Técnicamente, sí —intervino la subcapitana Samaras—. Pero en el desglose detallado que redacté hace dos años y que firmaron los Jueces, no se especifica su existencia, ni se le da nombre.

—¿Qué importancia puede tener eso?

—Se nos exigió nombrar cada planeta de forma que el contrato quedara sellado por separado, puesto que los recursos que existen en cada mundo son muy distintos. Y parte de la explotación de las minas de dos de ellos debe ser compartida con las colonias de otras galaxias cercanas en caso de necesidad. Esa fue su condición final antes de la firma.

—¡Yo no autoricé algo semejante! —El general se levantó de golpe y la dañada pierna que le había impedido ir él mismo a la conquista de nuevos territorios le obligó a volver a sentarse.

—Pero me dio poderes a mí para hacerlo en su lugar, general —le recordó Biagioni. —No es una condición nada exigente, teniendo en cuenta todo lo que se nos concede.

Tras teclear la orden correspondiente en el panel, una voz comenzó a relatar una presentación del sistema planetario que reunía las extraordinarias condiciones necesarias para que la vida humana fuera viable. Los Jueces encargados de determinar si una especie era apta para el usufructo de esos hábitats así lo habían confirmado. Solo habían puesto una condición además de compartir ciertos minerales con otras comunidades: hacer un uso sostenible de los planteas habitables y no consumirlos por completo, tal como los antepasados de esa especie habían hecho con su planeta de origen. Las consecuencias de no cumplir eran bien claras: el ser humano abandonaría de inmediato el planeta dañado y volvería a la Tierra. El único problema era que, para entonces, tal vez esta ya no existiera.

—Lo hemos preparado para retransmitirlo a cada hogar de la Tierra, de forma que sea comprensible para todos —explicó la teniente Cheng, encargada de los sistemas informáticos, y cuya voz era la narradora de aquel pequeño documental.

*El mayor de los planetas que orbita en torno al Nuevo Sol es verde y lluvioso, las*

*tormentas frecuentan sus cielos iluminándolos con rayos resplandecientes y alimentando sus campos con copiosas lluvias. Llamado Fulgora, como la diosa romana del rayo, será un hogar cálido y húmedo, repleto de apacibles mares, verdes montañas y frondosos valles. El segundo en tamaño es Patalena, un mundo rebosante de flores de vivos colores y profundos aromas. Escasamente montañoso, cuenta con una única estación al año: la primavera...*

La narración presentaba así hasta ocho planetas, todos bautizados con nombres de dioses de la mitología romana, en honor a los orígenes de Julio César Biagioni, tan amante de la literatura y la historia como de la navegación interestelar. Asignó el nombre de Cardea al planeta más ventoso, Salacia al que era en un ochenta por ciento océano, Glycon al que era habitado por varias especies de reptiles, Bubona al que albergaba mamíferos semejantes a los bueyes que ya se extinguían en la Tierra, Epona para el que habitaban caballos alados. Por último, Hermo daba nombre a un pequeño mundo repleto de ríos.

—Finalmente —indicó Cheng de viva voz, ya que el Tratado no lo incluía y el documental tampoco—, Nox, el noveno planeta, llamado así por su oscuridad, como el dios que era la personificación de la noche.

—Muy didáctico —concedió Adler, nada impresionado—. Pero esto no será retransmitido en ningún lugar. La operación es totalmente secreta.

—¡Eso no es lo que acordamos! —Tras un puñetazo sobre la mesa, Biagioni se puso en pie—. Yo accedí a viajar con mi equipo a las coordenadas que los buscadores drones habían detectado. Me comprometí a llegar allí y volver con resultados antes del milenio de la conquista de América, y tras haberme asegurado de que nuestra especie podría subsistir en alguno de esos mundos. Fue la subcapitana Samaras la que consiguió hacerse entender con los Jueces de la Unión de Galaxias, la que les hizo ver la gravedad de la situación de nuestra especie. ¡Y eso cuando nunca antes el ser humano había entrado en contacto con vida inteligente fuera de la Tierra! —gritó, ya que aquello era mucho más valiente que nada de lo que nadie de su equipo, ni de ningún otro, hubiera hecho jamás—. Mis condiciones únicamente fueron transparencia total ante la población. Si estábamos condenados a la extinción, lo sabrían. Si había una oportunidad, o la más mínima esperanza, también.

—Pero así no funcionan las cosas, Biagioni. —Adler habló con una tranquilidad impropia en él—. Usted es un expedicionario, yo soy un político.

—¿Político? ¿Y eso desde cuándo, general?

—Han pasado muchas cosas en su ausencia estos seis años, Capitán. La actuación militar ha sido necesaria... con suma rudeza. Ahora soy un importante consejero del

gobierno.

—Eso no le da derecho a romper nuestro trato —replicó, aunque en lo que ahora no podía dejar de pensar era en su familia y en la posible guerra que habrían vivido los últimos años.

—Me da derecho a lo que yo quiera, Biagioni. Y no puede hacer nada para impedirlo —declaró con la seguridad de quien se sabe completamente respaldado—. El planeta será evacuado progresivamente según un estudio minucioso de cada ciudadano. Solo aquellos que lo merezcan, viajarán a Nueva Roma —dijo con algo de desprecio ante el nombre que había sido asignado al recién conquistado sistema planetario, por un Capitán demasiado anclado en las raíces históricas de un planeta agonizante. Aunque la semántica era lo que menos le importaba—. No permitiremos que nadie incumpla mis nuevas leyes, de esa forma los Jueces no tendrán motivos para romper el Tratado.

La tripulación del Cristóbal Colón se miró entre sí tratando de entender qué querían decir exactamente las palabras del general Adler.

—No puede estar hablando en serio, general —intervino la subcapitana Samaras, la más experta en relaciones humanas y, recientemente, con otras especies—. ¿Piensa dejar a personas aquí pudiendo salvar todas las vidas del planeta? ¡La superficie habitable es veinte veces superior!

—Los recursos naturales no se acabarán tan fácilmente si no se malgastan en personas indignas de ello. —Extendió las palmas hacia arriba, queriendo evidenciar la lógica de su razonamiento—. Y de esta forma, la escoria de este planeta morirá con él.

—Eso es lo más innecesariamente cruel que he oído jamás —protestó Biagioni, frotándose la cara con incredulidad.

—Además de absurdo —intervino Samaras—. No puede evitar que las personas seleccionadas cometan errores o se comporten de modo distinto al que esas nuevas leyes suyas determinen. Ellos, o su descendencia, acabaran haciendo algo que usted considera inaceptable. Y entonces, ¿qué hará? ¿Los enviará de vuelta a la Tierra?

Él levantó una ceja y golpeó el aire donde flotaba en solitario la esfera gris recientemente incorporada a la maqueta.

—No tan lejos como la Tierra —meditó en voz alta—. Pero pagarán su castigo en un lugar que se le parece mucho. —Sonrió de medio lado antes de pulsar un botón y que una docena de guardias irrumpiera en la sala—. Acompañad a nuestros héroes a sus nuevas dependencias. No vayan a tratar de boicotear nuestro largamente elaborado proyecto.

Entre protestas y con un guardia a cada lado, los seis tripulantes fueron trasladados a las que serían sus celdas hasta la Evacuación Ponderada de la Tierra. Eso siempre y



cuando accedieran a colaborar.

—Nox. Una bonita prisión en la oscuridad —le dijo Adler a la esfera gris, fascinado por el rápido movimiento de los satélites que la rodeaban—. Ni yo mismo habría podido diseñarlo mejor.

Orgulloso de su nuevo as en la manga, el general Adler activó el intercomunicador.

—Buenas noches, señor presidente. Tengo muy buenas noticias. El protocolo para la activación de la E.P.T. puede ponerse en marcha.

# Capítulo 1

Nox, Vía Aérea Principal del Norte, km 136  
1 de junio de 2998

La Séptima Luna brillaba con su máximo esplendor. Su luz verdosa iluminaba la noche como ninguna otra, ya que era el mayor de los diez satélites de Nox. Era con mucho el peor de los momentos para volar, si lo que se quería era pasar lo más desapercibida posible. Sin embargo, Galatea no se podía permitir esperar al siguiente eclipse. Tenía una cita en menos de veinte horas y aún no había cruzado la frontera. Aquello podría llevarle más tiempo que todo el trayecto propiamente dicho.

El indicador de combustible notificó que era necesario repostar. Galatea sabía que eso no era posible. Hacía menos de una hora había parado ante el mismo aviso y solo había tenido que regatearle a la vendedora de biogás por un cuarto de depósito. Al parecer, su turbulenta huída tras el último de sus encargos no solo había dañado la carrocería de su nave. Sensores como el de combustible o el de temperatura en cabina se habían vuelto locos. El sudor corriendo por su espalda era una clara muestra de que se encontraba como mínimo a treinta grados. Bastante soportables si se comparaban con los diez bajo cero del exterior.

Se dijo que ya lo arreglaría. Cuando tuviera tiempo. Los jefes la estaban azuzando para que tuviera otro flamante éxito con el que alardear de campeona de campeones. Una trayectoria sin mácula la avalaba frente a sus competidores. Si bien el segundo en el ranking le pisaba los talones. Tres meses dedicados a sanar sus últimas heridas, más graves que los daños de su nave, habían puesto en peligro su ventaja.

No obstante, aquella nueva misión le había dado buena espina casi desde el primer momento. Cuando la Agencia le indicó que tenían un trabajo perfecto para ella, no las tenía todas consigo. Sobre todo porque le habían dejado muy claro que no aceptarían un no por respuesta. Pero nada más oír a su cliente, un sexto sentido le indicó que aquello iba a ser importante. Y no solo por la profunda voz de barítono que escuchó al otro lado del comunicador. Fueron sus primeras palabras y cómo fueron dichas las que revelaron que no se trataba de una recuperación más.

“¿Galaxia? Necesito tu ayuda”.

Estaba prácticamente segura de que ningún otro cliente había usado esas palabras

jamás. Siempre había sido “Tienes que recuperarlo cuanto antes” o “Quiero lo que es mío de vuelta”. Órdenes, exigencias. Nunca auténtica necesidad. Hasta ahora.

En cuanto divisó las filas de vehículos aéreos esperando frente a la frontera, seleccionó la primera a su izquierda y conectó el piloto automático para que aguardara su turno mientras ella se cambiaba de ropa. Llegar sudorosa al control fronterizo no iba ayudarla a completar los trámites rápida y discretamente. Podían pensar que estaba enferma y solicitar una revisión médica para la cual no tenía tiempo ni ganas. Si además se topaba con algún médico exageradamente metódico, podría exigir practicarle un escáner corporal completo. Y ya sabía cómo acabaría aquello: con ella siendo ejecutada de inmediato.

Aún no se había terminado de asear cuando sintió un impacto que la tiró al suelo. Salió medio desnuda de su minúsculo aseo mientras se recogía en un pequeño moño la melena mojada. Se vistió a toda prisa y volvió a su asiento solo para comprobar que su habitualmente fiable nave tenía aún más fallos. Al parecer, el sensor de distancia del piloto automático también había resultado dañado aquel fatídico día. Acababa de embestir al último vehículo de la fila, provocando una reacción en cadena que iba a llegar... sí, efectivamente, hasta el primero de todos.

—A esto se le llama una entrada triunfal —se felicitó con ironía.

La guardia fronteriza no tardó ni un minuto en detectar la nave causante del incidente. Un vehículo circular monoplaza se posicionó a pocos metros de la cabina y escaneó la nave de Galatea durante un largo minuto.

—Vehículo. Aeroterrestre. K.Z.T. Matrícula. 7.2.2. Piloto. Humano. Hembra. Visada. Nombre. Galaxia. Abandonar. Fila. Acudir. Puerta. 1.0.3.

Fantástico. Aquello era el colmo de la discreción. Todo aquel que fuera a cruzar la frontera en varios kilómetros sabía ya que ella pensaba hacer lo mismo. La mecánica y entrecortada voz traductora del incomprensible idioma de aquellos viscosos seres había hecho eco contra los enormes muros de la antigua cárcel que ahora servía de aduana. Por supuesto, no le podía haber tocado un turno de guardia humano. Tenían que ser snots quienes aprobaran su permiso de entrada al sur del planeta.

De camino a la puerta indicada, pensó en una forma de salir airosa de aquel entuerto. Dado su entrenamiento, decidió que lo adecuado sería hacer lo que mejor se le daba. Así que rebuscó entre sus armarios y colocó una trampa esperando que los instintos de aquellos bichos fueran su perdición.

Nada más llegar a la puerta 103, cruzó los dedos esperando no conocer a ninguno de los snots que la iban a estar esperando. O no haber matado a ningún conocido de alguno de ellos.

Pero en cuanto aterrizó en el hangar de revisión, sus esperanzas quedaron truncadas.

—Gggajjjaxxxiaaa —dijo uno de los cuatro vigilantes con su propia y repugnante voz.

Galatea nunca se explicaría por qué algunos de ellos mostraban interés por pronunciar directamente, sin filtros de traducción, palabras del idioma humano cuando, claramente, eran muy torpes en ello. En cambio, eran perfectamente capaces de entender las palabras pronunciadas por las personas. Ella suponía que lo primero se debía a la ausencia de lengua y boca como tales. Un único orificio en mitad de sus amorfos cuerpos les permitía emitir sonidos con los cuales se comunicaban entre ellos. No obstante, dónde tendrían los oídos era algo que se le escapaba a su capacidad de imaginación. Ojalá su solitario ojo fuera también un misterio y no aquella bola negra que colgaba de una gruesa y corta antena en lo alto de la masa rosada semitransparente que era el resto de ellos.

—Bulimer —saludó Galatea con poco entusiasmo mientras descendía de su nave para que fuera inspeccionada. Era consciente de que, después, sería el turno de su cuerpo. A no ser que su trampa funcionara.

—Mucho. Tiempo. Sin. Cruzar.

Ella se encogió de hombros restándole importancia a ese hecho. Pero era difícil mostrarse indiferente cuando tres de esos seres te rodeaban y se deslizaban a tu alrededor, como si fueras uno de sus desayunos. Uno que estaban a punto de compartir y absorber.

—Dile a tu amigo que no retire su caparazón dentro de mi nave. —Señaló con el pulgar al cuarto de los guardias, que ya entraba en el vehículo—. Se me ha acabado el limpiador de moco rosa y no tengo tiempo de parar a comprar más. Voy con prisa.

El comentario hizo que el trío se detuviera de inmediato. Qué fácil era provocarlos con insultos. Pero fue el snot con el caparazón agrietado el que se deslizó hacia ella hasta casi rozarla. Bulimer era el capitán de ese destacamento. Y, aunque no lo hubiera sido, la herida que ella le había provocado hacía más de un año le daba prioridad ante sus semejantes para un enfrentamiento con su agresora. Solo un paso en falso y él estaría autorizado para llevar a cabo su *vendetta*. Cosa que ella no estaba dispuesta a facilitarle. Tendría que ponerse a la fila, con el otro millar de agraviados.

—Infracción. Tráfico. Código. 9. —Le comunicó conteniendo su sed de venganza un poco más—. Castigo. Incautación. Vehículo.

—No si el accidente se produce en el trayecto a un taller de mantenimiento. Y si la causa del mismo es el motivo de la cita en dicho taller. Apéndice B del Código 9.

Los tres guardias que la custodiaban se apartaron de ella lo justo para comunicarse entre sí. Los sonidos guturales que emitían siempre le provocaban náuseas a Galatea. Porque sonaban exactamente como eso.

—Mostrar. Prueba. Ahora —exigió Bulimer tras lo que a ella le pareció una

lentísima deliberación. Después volvió a acercarse a ella para añadir—: ¿No. Talleres. En. Norte?

—No autorizados por la Agencia —se inventó sobre la marcha—. Dile a tu amigo que el documento de cita concertada está en el bolsillo trasero de mi asiento.

Bulimer le gritó algo en su idioma a su soldado, quien bajó de la nave poco después con un puñado de papeles pegados en un lateral, donde había retirado ligeramente su caparazón. Carecer de extremidades les obligaba a absorber los objetos con la adherencia gelatinosa de su cuerpo, por mucho que pudieran malearlo hasta darle la forma que ellos quisieran, una mano incluso.

—¿Cuál? —exigió saber Bulimer.

Que pudieran entender el idioma hablado no significaba que pudieran leerlo con la misma facilidad. Necesitaban pasarlo por un lector diseñado por los Jueces de la Unión de Galaxias durante los años del Plan de Coexistencia de las Especies en Nox. Ese era uno de los muchos mecanismos que trataban de hacer más llevadero exactamente eso, la coexistencia, no la convivencia.

Galatea ya contaba con aquel trámite. Cogió, no sin asco, las pringosas facturas, notificaciones y documentos en general inservibles que ella misma acababa de sacar de su archivo minutos antes. Los miró uno a uno tranquilamente y suspiró con pereza.

—No. No es ninguno de estos. ¿No te lo habrás comido sin querer?

El único ojo del guardia en cuestión se dilató y se encogió al mismo tiempo que un sonido breve negaba tal acusación. Pero ante la alta probabilidad de que aquello hubiera pasado, las órdenes de Bulimer fueron muy claras. Debía retirar su caparazón por completo para comprobarlo.

Había sonidos concretos que Galatea ya traducía. Órdenes como las de ataque, retirada y aviso de peligro. Era más bien el tono de las mismas lo que le indicaba qué significaban. Y aquel bicho en concreto, se negaba a mostrar su cuerpo sin caparazón.

Su trampa había resultado exitosa.

—¿Por qué no quieres que te veamos las tripas, bichito? ¿Te has comido algo más que mi prueba de inocencia?

Cuando Galatea sacó dos dagas envainadas en la parte trasera de sus botas, los tres guardias se apartaron de su compañero dejándolo solo ante la amenaza.

—No. Dañar—intervino Bulimer—. Binegar. Obedecer.

Todos sabían que, como agente de recuperaciones, Galatea tenía autoridad para agredir e incluso matar a cualquier snot sospechoso de hurto, robo o asesinato injustificado de un humano.

Así que el snot llamado Binegar obedeció. Retiró poco a poco su caparazón. Y el reloj de oro que Galatea había mezclado con los papeles en el bolsillo trasero de su asiento quedó a la vista, además de los restos de la última comida de aquel

repugnante ser. Algún roedor, dedujo Galatea, por el tamaño y forma del esqueleto.

Un bufido de Bulimer consiguió que, como si medio Binegar se estuviera derritiendo, el reloj resbalara hasta caer al suelo.

—No. Matar —solicitó el jefe de aquel cuarteto—. Guardia. Nuevo. Joven. No. Saber.

A Galatea le quedó bien claro qué significaba eso. Una mitosis reciente. Binegar no era más que un bebé a efectos prácticos.

—Por. Favor —añadió el snot cuando ella alzó una de sus dagas y apuntó al infractor.

Con esas dos palabras, acababa de delatarse. Un snot nunca rogaba. Y si lo estaba haciendo, es que era el propio Bulimer el que se había dividido en dos para crear a Binegar. Le costó todo su autocontrol no desintegrar a aquel ser, teniendo en cuenta la ausencia de compasión que su especie había mostrado con la descendencia humana.

Respiró profundamente y continuó con su plan.

—Está bien —aceptó Galatea, recogiendo el reloj del suelo y sacudiéndolo con repelús antes de ponérselo en la muñeca—. Pongamos que olvido este incidente. ¿Olvidaréis vosotros el de ahí fuera?

Bulimer esperó a que su engendro restituyera su caparazón y se uniera al resto del destacamento. Después lo ocultó tras su cuerpo.

—Multa. Por. Dañar. Vehículos. No. Negociable.

Con que sería por las malas. Era una pena. Pero solo porque le llevaría un tiempo del que no disponía.

A pesar del amplio ángulo de giro de sus inexpresivos ojos, ninguno de los cuatro la vio saltar. Tampoco dónde se detuvo antes de volver a impulsarse y cambiar de escondite. No obstante, los otros dos guardias se posicionaron a ambos lados de Bulimer y su hijo en actitud defensiva. Precisamente lo único que ella necesitaba como excusa: que obstaculizaran el cumplimiento de su castigo. Ellos solitos se lo habían buscado.

Cuando aterrizó de pie frente a ellos de nuevo, las afiladas dagas que empuñaba chorreaban moco rosa. No se había molestado en herirlos. Los había rasgado desde el ojo hasta el orificio central de sus cuerpos y, ahí, había hundido la daga. Un golpe mortal. Dos de los snots ya eran un charco humeante en el suelo.

—Abre esas puertas si no quieres que tu criatura acabe como tus soldados —advirtió Galatea.

Bulimer empujó al snot más joven hacia unas compuertas y lo hizo desaparecer del hangar antes de que Galatea pudiera evitarlo.

—Tú. Y. Yo —fueron las tres últimas palabras del jefe antes de lanzar el traductor como si fuera un escupitajo y retirar su caparazón de una sacudida.

La masa rosada rodó hacia Galatea con una velocidad que indicaba que ya había utilizado ese tipo de ataque muchas veces. Sin embargo, ella lo había esquivado otras tantas. Utilizó las paredes y la maquinaria de su entorno para impulsarse y obligar a Bulimer a corregir su trayectoria.

Las dagas no le servirían para matarlo mientras continuara rodando y mantuviera su orificio central oculto. Aunque sí podía herirlo. Y de gravedad.

Agazapada entre las sombras, esperó su oportunidad, arriesgando demasiado, dejando que se le acercara. Y la ácida viscosidad de su carne le quemó ligeramente la mano cuando ella asestó la puñalada que le sesgó la antena. Su único ojo botó por el suelo del hangar hasta detenerse en un rincón. Solo tardó unos segundos en deshacerse, dejando un charco negro maloliente.

—Duele, ¿verdad? —La voz de Galatea era cantarina. Disfrutaba con aquello, por eso era tan buena en lo que hacía. El odio hacia aquella especie era un veneno que llevaba años corroyendo su alma—. Lástima que no entienda ni uno solo de tus gruñidos.

No dijo nada más. Ahora que no podía verla, su voz y el calor de su cuerpo eran los principales delatores de su ubicación. Pero no los únicos. Sabía cómo engañarle. Los instintos de esos seres eran demasiado feroces. Además, uno de los mayores errores de la especie era infravalorar la inteligencia humana. Así que era un juego de niños hacerles caer una y otra vez en la soberbia de creerse más listos que ellos.

Bulimer no cedió ante el dolor y se concentró en buscarla. Y no tardó en dar con ella. Estaba convencido de que, queriendo esconderse en el interior del escáner corporal, Galaxia había pulsado torpemente los botones. Y había quedado atrapada dentro. Siguió el sonido de la máquina y concentró su ataque sobre el aura vibrante que emanaba la pieza de oro que él sabía que llevaba en su muñeca.

Lo absorbería entero. Su cuerpo era lo suficientemente grande como para ello. Después lo expulsaría y la devoraría solo a ella. Sentiría su dolor y lo degustaría. Estaba seguro de que sería un espécimen especialmente delicioso. El adorno de oro sería su compensación por la pérdida de dos soldados. Ninguna ley lo juzgaría por eso. Y todos sus congéneres aplaudirían el final de la campeona de los recuperadores. Lo ascenderían. Y por fin podría salir de aquel planeta sin valor que su gobernador reclamaba tozudamente desde que él era un snot recién generado.

Impactó con la estructura dura e insípida de la máquina y activó los ácidos corrosivos de su carne para engullirlo en su totalidad de una sola vez. Ya era suyo. Notaba cómo se deshacía en finas láminas de titanio. Y cómo el oro resistía indemne en su interior. Pero no había piel, ni carne, ni sangre humana. Ella no estaba allí.

—Tu bebé vendrá a por mí, querrá vengarse —susurró Galatea mientras atravesaba con su daga el orificio central de aquel presuntuoso snot, ahora completamente

estirado y cedido por la masiva absorción—. Y acabará como tú.

Porque sabía lo que venía ahora, Galatea corrió hasta el interior de su nave. La explosión que produjo el cuerpo de Bulimer hizo saltar por los aires los duros restos del escáner, golpeando las puertas del hangar. Tras un cortocircuito, estas se abrieron de par en par.

—¡Vaya, por fin un poco de suerte!

Confiando en que los daños de su nave resistieran los diez mil kilómetros de trayecto restante, Galatea activó el limpiaparabrisas para retirar las salpicaduras rosáceas del panel frontal y aceleró hasta traspasar, al fin, la frontera que la separaba de su cliente.

La primera vez que Josh McKenna había divisado los brillantes arcos de entrada de la ciudad de Unug, el sentimiento que lo había invadido era la mayor de las expectativas. Con doce años, ese viaje había supuesto su bautismo como funcionario del gobierno de Nox y, para envidia de su hermana pequeña, con nada menos que Conrad McKenna como mentor en la cabina de la nave de traslado de reos.

Aún recordaba el gesto de orgullo de su padre cuando fue el propio Josh quien escoltó a la veintena de hombres, absueltos de delitos menores, hasta su hogar de reinserción. Aquel día no podía ni sospechar que ese iba ser su primer y último viaje de liberación de exconvictos. Nadie se había esperado el repentino y radical endurecimiento de las leyes, por las que o se era inocente desde el primer momento, o se era culpable sin remisión y condenado a muerte. El encarcelamiento en el Cinturón de Piedra ya no era una opción, y sus instalaciones se habilitaron como centro de operaciones de la Policía Interplanetaria, además de la ya años antes establecida frontera física de control del tráfico humano.

Ahora, pasados catorce años, el último superviviente de la familia McKenna llegaba a Unug en un vehículo terrestre comunitario que dejaba a los pasajeros a cien metros del arco oeste, por el que los humanos que pretendieran entrar a pie en la ciudad debían esperar su turno. Mientras tanto, a su alrededor podían contemplar a las miles de personas acampadas fuera de la ciudad que no eran bien recibidas en sus calles. Desde hacía años, quien no estuviera visado, lo que consistía básicamente en pagar una elevada tarifa anual, no tenía derecho a absolutamente nada. Una estrategia más con la que mermar el número de vidas humanas a mayor ritmo que el proceso natural de envejecimiento.

Sin la barrera térmica y solar que las edificaciones de las ciudades podían aportar, además del acceso regular a alimento y agua o la protección contra otros individuos que la policía urbana se ocupaba de ofrecer, cualquiera de las personas que habitaba



en la periferia de las murallas estaba condenada a perecer a corto o medio plazo.

Josh se acomodó el ligero equipaje al hombro y se cubrió con la capucha de su abrigo para protegerse del potente viento. Caminó hasta tomar el último lugar de la fila que le correspondía con un sentimiento de amarga nostalgia y ávida urgencia. En menos de un día iba a reunirse con la única persona de todo el planeta que, creía, podía ayudarlo. Y aún no había decidido cómo iba a explicarle su problema, qué iba a revelar y qué no del plan que había elaborado tan concienzudamente.

El pestilente aroma que desprendía el hombre que le precedía le obligó a girar la cabeza y sus ojos acabaron posándose en el paisaje a su alrededor. Una desoladora visión de la decadencia de una ciudad que no hacía mucho había sido la más grandiosa del planeta, además de la primera de todas ellas. Los primeros descendientes de los primeros presos del campo de prisioneros que había dado paso al Cinturón de Piedra, habían tenido dos opciones al alcanzar la mayoría de edad. O bien se formaban como funcionarios y trabajaban para el gobierno, o eran expulsados de las instalaciones y abandonados a merced de la inhóspita naturaleza de Nox, por aquel entonces prácticamente inexplorado e deshabitado.

La elección fue casi unánime, pues el miedo a lo desconocido era mayor al ansia por una libertad que jamás habían anhelado, pues no conocían otra cosa que la vida dentro de aquellos muros. No obstante, hubo quien optó por la aventura de abrirse camino más allá de aquella nada excitante existencia. Y así fueron surgiendo las distintas ciudades durante casi quinientos años. Primero, no muy lejos del centro del planeta. Después, cuando las generaciones fueron sucediéndose, se establecieron poblaciones por todo Nox, tanto en la superficie como bajo tierra, a lo largo de un laberíntico sistema de túneles subterráneos de tal perfección que nadie había podido explicar su origen. Al menos no hasta hacía veinticinco años. Y desde entonces, toda la existencia humana en Nox estuvo condenada a la extinción.

Avanzó otra posición y observó cómo un guardia humano que hacía pareja de vigilancia con un pequeño —pero no por ello menos repugnante— guardia snot, solicitaba su visado al hombre que, a criterio del olfato de Josh, precisaba de una urgente ducha. El anciano entregó una tarjeta con mano temblorosa, y el guardia escaneó la banda con un lector de códigos cifrados. Un pitido agudo reveló la invalidez del documento. Acto seguido, el hombre echó a correr arrastrando una pierna y mostrando una abrasada cabeza cuando su sombrero fue arrastrado por el viento.

Apenas había logrado adentrarse unos metros en la ciudad cuando el guardia humano disparó el rayo magnético que portaba en su cinturón y el anciano quedó paralizado en el aire. El tumulto de personas que se había apartado al detectar el jaleo en el control de seguridad, se quedó mirando fijamente al hombre que se debatía por

huir de aquella parálisis forzada. Sin embargo, segundos más tarde, desistió de cualquier forcejeo. Su destino estaba escrito desde ese momento.

Varias personas se santiguaron antes de reemprender su camino. Otras simplemente ignoraron aquel incidente. En cambio, hubo quien se quedó a presenciar la ejecución que iba a tener lugar de forma inminente. Josh observaba con ojo crítico toda la situación, preguntándose si el anciano no habría urdido aquel plan expresamente para que sucediera lo que acababa de ocurrir. Él tenía que saber que no iba poder colarse en la ciudad con un documento caducado, al igual que no iba a poder correr más que un guardia joven con ambas piernas sanas. Se temía que esos eran los extremos a los que llegaba la desesperación en Nox. La vida había dejado de ser una bendición. Para los que ya no tenían ninguna esperanza, no era más que una condena.

Totalmente convencido de que salir de ese planeta era más urgente que nunca, entregó su visado al pequeño snot que lo miraba con su inquisitivo ojo como si estuviera pensando en lo sabrosa que sería su carne y, una vez validado su permiso de entrada, se apresuró a alejarse de la horda de mirones que jaleaban al guardia ejecutor mientras los gritos desde fuera de las murallas aullaban clemencia por la pobre alma torturada que pronto iba a encontrar la paz eterna.

## Capítulo 2

Galatea se coló por una puerta trasera y saludó a los pocos empleados que trabajaban a esa temprana hora en las cocinas. Ellos le devolvieron el saludo con pereza sin ser conscientes de que realmente no era una más de la plantilla. Fregar los platos y limpiar los suelos de un tugurio como el Summanus no era un puesto que ocupara nadie durante más de un par de meses.

La sala principal olía a desinfectante, aunque no lograba mitigar el hedor de unos cuantos clientes que aún no se habían marchado a sus casas, o a sus agujeros. La mayoría de ellos estaba inconsciente, por el alcohol, por el ácido, o por ambas cosas. Aun así, Galatea se alarmó al ver que uno abría ligeramente los ojos y le dedicaba una sonrisa desdentada antes de quitarse un harapiento sombrero y volvérselo a colocar a modo de saludo caballeroso.

—Bonita —fue lo único que logró descifrar Galatea de un balbuceo ininteligible.

Tenía que estar medio ciego, o muy borracho, para encontrarla bonita con ojeras de no haber dormido apenas en dos días y el pelo mojado pegado a la cara tras una ducha rápida. Pero estaba claro que a aquel despojo humano le valía cualquiera que se mostrara dispuesta. El cual no era su caso ni mucho menos.

Cuando llegó al segundo piso, no le hizo falta echar más que un vistazo para identificar a su cliente. Aunque estaba de espaldas, una pulcra cabellera morena sedosa y bien peinada destacaba sobre un puñado de cabezas grasientas y de calvas abrasadas por el sol.

—¡Gala! —exclamó entre dientes la camarera antes de saltar por encima de la barra tan ágilmente como si fuera ella misma, como ambas habían hecho de niñas por encima de muros y zanjás.

Yanasa sabía más que de sobra que a su amiga no le gustaba el contacto físico, de ningún tipo, pero eso no la disuadió de abrazarla con todas sus fuerzas. Más de tres meses sin saber nada de ella le habían hecho temerse lo peor.

—Yana, ya sabes que no...

—¡Oh, cállate! No pienso soltarte todavía.

Resignada, Galatea respondió al abrazo e inspiró el familiar aroma a licor de la larga melena, actualmente violeta, de su mejor amiga. Su hermana.

—¿Dónde has estado metida? Me has tenido en vilo demasiado tiempo.

—Un pequeño retiro. Mi último encargo fue un poco... accidentado.

Prefería ahorrarle detalles sobre costillas rotas y articulaciones desencajadas por una huída apresurada tras enfrentarse a un destacamento snot de más de cien miembros. Ya nada en su cuerpo podía delatar que no estaba al cien por cien. Al menos a simple vista.

—Ya decía yo que eso de que te ibas a tomar un período sabático tenía que ser una treta de la Agencia. No recuerdo que te hayas cogido vacaciones nunca.

—Bueno, es lo que pienso hacer creer a todos. Sobre todo a quien tú ya sabes.

Ambas se miraron y arrugaron la nariz. Aquel hombre no merecía ni que lo nombraran.

—Quizá así te deje un poco tranquila. No debió de llevar nada bien que con la recuperación de ese anillo de oro le sacaras nada menos que cien puntos en el ranking. Estuvo buscándote por aquí varias veces. Aunque en estos tres meses ha avanzado setenta y cinco puntos. Te tiene a tiro, Gala.

Eso significaba tres objetivos cumplidos con éxito, veinticinco puntos cada uno. A uno por mes. El muy cabrón se estaba empleando a fondo.

—Lo sé. Por eso la Agencia me ha dado un aviso. O me hago con un encargo ya mismo o en el próximo éxito de Jaden le bonificarán por haberme alcanzado y le pondrán a él primero en el ranking. —Maldición, lo había nombrado. Y eso solía traer muy mala suerte. Se mordió la lengua.

—Así que estás aquí para...

Galatea asintió y habló más bajito.

—Ese hombre de allí. —Señaló hacia la mesa de doble asiento corrido pegada a la ventana—. Me está esperando.

Yanasa negó con la cabeza y suspiró.

—Y yo que pensaba que estaba ahí sentado porque me había echado el ojo... Estaba nervioso y no sabía ni qué pedir. Le he llevado mi brebaje más solicitado y apenas lo ha probado.

—Lo siento.

Realmente lo sentía. A pesar de ser preciosa y encantadora, su amiga no tenía demasiada suerte con los hombres, y eso que ponía todo su empeño en encontrar uno. Tal vez regentar un tugurio para borrachos no ayudara a conocer buenos tipos. Pero tras suspender el examen final en la Academia de Recuperaciones, por no ser capaz de matar a un solo snot sin vomitar en el intento, un trabajo de camarera fue lo único que pudo encontrar. Si bien, años después, era la dueña de su propio local en la ciudad más poblada del lado sur.

—Anda, tráeme algo que me despierte, Yana. No he dormido en más de cuarenta horas. Acabo de llegar.

—¿Del otro lado de la frontera?

—Sí. —Omitió el incidente fronterizo. ¿Para qué preocuparla si ya estaba allí?

—Allí estás más segura, y lo sabes —le recordó, con tono preocupado—. Pero... me encanta tenerte de vuelta.

—No me quedaré mucho —le indicó de camino a la mesa del fondo de la sala.

—Lo imaginaba. Suerte.

De todos los brebajes fluorescentes que había probado en su vida, aquel era el primero que a Josh no le parecía tóxico. El sabor era agradable, aunque el olor indicaba que llevaba pequeñas cantidades de alcohol y no quería tener la mente nublada en esos momentos. Iba a jugarse a una última carta todos sus recursos, y sabía que no eran suficientes. Así que tendría que ser especialmente persuasivo, cuando él nunca había necesitado serlo, y eso resultaba un reto aún mayor.

Echó otro vistazo por la ventana, esperando ver a Galaxia acercarse a la entrada principal, cuando una joven se dejó caer frente a él con desgana. Se preguntó qué tendría de particular ese día para que todas las mujeres bonitas del lugar le quisieran tirar los tejos. Un hombre angustiado no debería resultar precisamente atractivo.

—Lo siento, pero estoy esperando a alguien —dijo con toda la educación que le fue posible.

—Sí, yo soy ese alguien —respondió Galatea escudriñándolo con la mirada. No sabía si alguien que pareciera tan inofensivo podía serlo realmente.

—No, no me has entendido. Espero a alguien en concreto, y no eres tú. Tendrás que buscarte otro... acompañante.

Lo decía con tanta seguridad que por un momento Galatea se preguntó si se habría equivocado de hombre. Pero su voz era la misma que había oído por el comunicador, sin duda.

—Si eres Josh McKenna, es a mí a quien estás esperando. Gracias, Yana —añadió cuando su amiga depositó un brebaje negro que era lo más parecido a café que existía en todo el planeta. Se lo bebió de dos tragos y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Tú... tú eres Galaxia?

—Sí, pero no lo digas muy alto. Se supone que estoy de incógnito.

Josh la miró con los ojos como platos. Sin la peluca dorada, el maquillaje negro, las lentillas plateadas y la ropa de camuflaje estaba irreconocible. Los anuncios de la Agencia de Recuperaciones conseguían hacerla parecer una auténtica guerrera invencible. Frente a él, solo había una muchacha demasiado joven, de ojos brillantes de un color entre el azul y el verde y media melena castaña con las puntas húmedas rozándole unas mejillas sonrosadas sobre una pálida piel inmaculada. Una fina

camiseta blanca que dejaba poco a la imaginación completaba su imagen de Lolita, como la de varias de las chicas que había en la puerta del local de enfrente y que habían reclamado sus atenciones antes de entrar al Summanus. Las más jóvenes y más solicitadas que nunca más habría en ese condenado planeta.

—Eres más joven de lo que esperaba. —Lo que le hacía sospechar que era una de las últimas niñas de las casas cuna. Pero se abstuvo de confesarle más impresiones.

—¿Algún inconveniente con eso? —respondió de inmediato, sorprendida por la observación, ya que él no aparentaba ser mucho mayor, unos veintisiete a lo sumo.

—Ninguno —se apresuró a decir Josh en cuanto la vio apoyar las manos sobre la mesa y empezar a incorporarse, como si fuera a marcharse si no le gustaba la respuesta.

—Bien, entonces hablemos de negocios.

Galatea se volvió a recostar en el asiento y esperó a que el tipo le explicara qué era lo que quería recuperar. Tenía un pequeño juego en el que trataba de adivinar mentalmente qué sería el objeto en cuestión antes de que sus clientes se lo indicaran. Su aspecto, sus gestos, el nerviosismo en sus inquietas miradas... solían delatarles antes de hablar. En cambio, con ese hombre no era capaz de acercarse siquiera. Parecía triste, como si lo que hubiera perdido no fuera simplemente un objeto de valor material ni incluso sentimental. Algo le decía que no era una dentadura de oro, un reloj o una pitillera.

—De acuerdo —dijo él y cogió mucho aire antes de empezar a hablar. Galatea lo encontró encantador, aunque apartó el pensamiento casi tan rápidamente como había descartado volver a mirar directamente esos ojos grises que la habían observado con algo más que curiosidad—. Es... una larga historia. Así que empezaré por el principio. Mis padres eran funcionarios de prisiones, descendientes de prisioneros, ya sabes, y nos tuvieron a mí y a mi hermana Sorchá antes de la prohibición, a ella pocos meses antes. Crecimos entre aquellos muros. Al llegar a la pubertad, mi hermana eligió no ser... vaciada. —Carraspeó—. Al trabajar para el gobierno, mis padres tenían la esperanza de que algún día nos evacuaran a los cuatro a uno de los planetas de acogida. Hasta entonces, Sorchá sabía que no debía salir de las zonas femeninas del Cinturón de Piedra ni cruzar la frontera de género. Para evitar cualquier riesgo, incluso a mi padre y a mí nos obligaban a permanecer tras una mampara si queríamos verla—añadió con una expresión herida que revelaba la repulsión que la sola idea le provocaba—. Pero cuando cumplió los dieciséis y comenzó a trabajar como funcionaria, tuvo mayor acceso al resto de las instalaciones. Un día conoció a un hombre que resultó ser de este lado del límite y...

—La dejó embarazada —dedujo Galatea. Eso sí pudo leerlo en la mirada de Josh, que se había vuelto como el humo mientras contaba su historia—. Y los snots la

pillaron. Imagino que está muerta y que le robaron alguna joya de oro heredada de tus antepasados de la Tierra. No es la primera vez que oigo una historia parecida.

—No. —Descolocado, incluso dolido, Josh no pudo continuar durante un momento—. No fue exactamente así.

—Ya, pero la verdad es que los detalles familiares no me interesan para mi misión. —Y si la historia se alargaba mucho, primero, ella se dormiría bajo la agradable cadencia de su voz; segundo, el local se llenaría de gente y alguien podría reconocerla; y tercero y más importante, él podría notar que esa historia en concreto le afectaba más de lo conveniente. Era mejor cortar cuanto antes—. Yo solo necesito saber qué te ha sido robado, quién crees que puede tenerlo y si puedes pagar mis honorarios.

—Bien, sí —se le atragantó la voz—. Sobre eso último sí tenemos que negociar.

Galatea puso los ojos en blanco y se dijo que dos días de viaje y una pelea en la frontera no podían haber sido en balde.

—El precio no es negociable. Como te dije, son diez mil noxis. El sesenta por ciento al cerrar el acuerdo y el resto cuando cumpla el encargo. Sin devoluciones si no lo consigo.

—Tu índice de fallo es del cero por ciento—puntualizó. Por eso la había elegido a ella. Entre otras razones.

—Es un buen aval. ¿No te parece?

—Aun así, no puedo aceptar tus condiciones.

Lo miró con los ojos entrecerrados y se levantó de golpe.

—Entonces esta conversación ha terminado.

Antes de que pudiera dar un solo paso, él la cogió con fuerza por la muñeca. Con mucha fuerza. Más de la que hubiera esperado de ese hombre. Y no solía equivocarse en sus estimaciones.

—Escucha al menos lo que voy a ofrecerte, Galaxia.

No pensaba hacerlo. Pero la publicidad se conectó en ese preciso momento y, como ya sabía, su rostro estaría en breve flotando en mitad del local. Salir en ese momento sería como darse bombo. Lo último que ella quería.

—Está bien, morenito. Pero no me vuelvas a llamar Galaxia, lo odio. Llámame Galatea, o Gala. Y como estás de suerte, te doy exactamente cinco minutos para convencerme. No los desperdicies.

Josh no lo hizo. Sacó de una mochila que había dejado a sus pies la foto del colgante de su hermana, de su abuela, de su tatarabuela. Y por cómo abrió sus enormes ojos Galatea, supo que aún no estaba todo perdido.

—Era de mi hermana. Ocultó su embarazo en la época de las redadas y logró esconder a mi sobrina en los poblados de las antiguas minas más de cuatro años, junto

con el hombre con el que se casó en secreto. Finalmente les encontraron y les condenaron a muerte. A los tres —matizó, tragando saliva—. El general snot encargado de ello se quedó con el colgante. Yo lo reclamé pero negaron haberlo encontrado en poder de mi hermana, de mi cuñado o de mi sobrina. Y ella jamás se lo quitaba.

—¿Tienes alguna foto de ella con él puesto? —La necesitarían como prueba del delito. Ya que de todo aquello, lo único considerado una infracción era quedarse con objetos de los ejecutados. Si una sencilla pepita de oro era una gran tentación para cualquier snot, un colgante como aquel, un exquisito trabajo de orfebrería simulando un sol de una circunferencia tal que apenas le cabría en la palma de una mano, era mucho más que tentador.

—Esta imagen es solo una ampliación del detalle. La foto original es esta.

Cuando Galatea vio a una sonriente muchacha muy parecida a Josh junto a un hombre guapo y fuerte y una niña de unos cuatro años en brazos, le dieron ganas de llorar. Una niña real había vivido allí hasta hacía... ¿cuánto tiempo?

—¿Cuándo sucedió... la ejecución?

—Hoy hace dos meses y tres semanas —indicó con dolorosa precisión.

—¿Conoces el nombre del ejecutor?

—Sí. —Todo ese tiempo lo había pasado averiguándolo, localizándolo, e incluso tratando de entrar en su guarida él mismo. Pero él solo no había podido hacer nada, salvo descubrir algo que hacía urgente entrar en aquella fortaleza. Por eso la necesitaba a ella—. Su nombre y su rostro, si se puede decir que tenga algo parecido. Bolgang.

La sonrisa de Galatea se ensanchó de tal forma que Josh pensó que debía de dolerle.

—Sabes que ese bicho es aún más escurridizo que su gelatinoso cuerpo, ¿verdad?

—Por eso he recurrido a ti. Sé dónde encontrarlo, pero no he conseguido acercarme él. Y esa joya es lo único que me queda de mi hermana. De mi familia.

En esta ocasión, le creía. Creía que quería el colgante por la conexión de este con su hermana, y no por su valor material. Realmente, ella habría aceptado ayudarle solo por acabar con Bolgang de una vez por todas, pero eso no era algo que fuera a decirle.

—Bien. Me interesa el encargo. Dime qué parte de mis condiciones no aceptas, y puede que lleguemos a un acuerdo.

El corazón de Josh dio un brinco. No estaba todo perdido.

—No tengo el total del dinero.

Eso ya lo había deducido ella solita.

—No importa. Una vez que tenga el colgante en mi poder, te lo guardaré hasta que



reúnas el cuarenta por ciento restante. Ya he cobrado así antes. En el contrato, la Agencia te garantiza que lo recuperarás.

Esta vez, Josh no pudo evitar jugar con uno de los rizos de su nuca. Un gesto de inseguridad que a ojos de alguien como Galatea delataba muchas cosas.

—Tampoco tengo aún el sesenta por ciento inicial. Tardaría unos días en reunirlo. Y creo que no deberíamos esperar un solo minuto más para partir.

Eso era el colmo.

—¿Y por qué?

—Porque tengo constancia de que su nave tiene un destino asignado fuera del planeta para dentro de una semana.

—No necesito tanto tiempo. —Él había dicho que sabía dónde estaba, así que ella calculaba que salvo el tiempo del viaje, que no se demoraría más de cuatro días por muy lejos que estuviera, no tardaría más de unas horas en acusarle oficialmente y paralizar su partida. Pero... —Espera, espera. ¿Has dicho *deberíamos*?

—Ese es el extra que te ofrezco. Mi ayuda. Así que yo voy contigo, por supuesto.

—Por supuesto que no. Yo trabajo sola. No llevo mascotas a bordo de mi nave. Lo siento. —A punto de levantarse, se dio cuenta de que la publicidad aún no había terminado—. Uy, mira, ya llegó mi turno —comentó con fingida alegría al ver la imagen del sponsor que siempre precedía al anuncio de la Agencia. Desde hacía varios meses, un fabricante de botas autopropulsadas. Como si algún recuperador que se preciase necesitara usarlas.

El centro de la sala se iluminó con la careta de presentación de la Agencia de Recuperaciones. La música subió de volumen y la voz de doblaje de uno de los Vigilantes al mando de la organización habló con tono cordial.

“Como miembro de la Alianza de Galaxias, soy partidario del uso primario de la diplomacia ante cualquier conflicto. Sin embargo, cuando las palabras no dan las soluciones adecuadas, es necesaria la intervención de la fuerza. Pero esta siempre debe ser ejercida por individuos autorizados. Por ello, si ha sido usted agraviado por uno o varios conciudadanos de la especie Snot y considera que sus derechos han sido vulnerados, no actúe por su cuenta. Contacte con nosotros. Tenemos los mejores profesionales a su servicio”.

—¡Bastardos snots! —farfulló un hombre cuya cabeza estaba prácticamente pegada a una de las mesas.

Su decrepito aspecto auguraba que esas iban a ser unas de sus últimas palabras. Una gran elección, pensó Galatea. Cualquier humano en el planeta las elegiría para su propio epitafio.

Tanto Josh como ella volvieron su vista desde el moribundo hombre hasta la imagen del Vigilante de seis ojos, rostro negruzco y cubierto de un largo vello albino,

quien continuaba con su narración publicitaria.

“Consulte nuestro catálogo de recuperadores especializados. Hasta fin de año, le ofrecemos un veinte por ciento de descuento si contrata los servicios de los recién graduados en la academia. Y si lo que busca es lo mejor entre los mejores, he aquí la élite de la Agencia de Recuperaciones”.

Galatea prestó especial atención en ese momento. Nunca se sabía cuándo un compañero había logrado un nuevo triunfo y el orden del ranking había sufrido modificaciones. Y la publicidad siempre era actualizada en cuanto el éxito de una misión era oficial. Del mismo modo, podía enterarse fríamente de la caída de uno de ellos. No era que la Agencia tuviera el tacto de pasarles una notificación previamente. A lo sumo, días después tenían la consideración de celebrar un acto en homenaje a la trayectoria del agente muerto. Un acto muy breve.

En esta ocasión, no hubo grandes sorpresas. Los puestos comprendidos entre el décimo y el cuarto seguían ocupados por los mismos de los últimos meses. Si bien alguno de ellos había sumado veinticinco puntos, su posición no había mejorado.

La publicidad pasaba a ser especialmente intensa con la llegada del tercer puesto. La música se volvía enervante, con el objetivo de que nadie que estuviera en un lugar público tuviera la opción de no fijarse en ella. Como estrategia de impacto era buena. Pero la aversión a estos intervalos forzados de atención que acababan sintiendo muchos espectadores no lo era tanto.

“Con seiscientos veinticinco puntos y un porcentaje de éxito del ochenta por ciento, el tercer puesto es para la veterana y sutil Kikey. Es la mejor elección si busca experiencia y trato personalizado, discreción y garantía de precisión. Solo el snot directamente responsable recibirá el castigo correspondiente sin que su joya sufra el menor de los rasguños”.

La enorme mujer de rollizos brazos y largas trenzas tan oscuras como su piel, sonreía al espectador tratando de mostrar una cordialidad que no concordaba con su aspecto. Sin embargo, todo lo que decían de ella era cierto. Si bien Galatea no compartía su modus operandi, sobre todo porque resultaba demasiado largo, y en un veinte por ciento de los casos no era efectivo, tenía que reconocer que Kikey era tan buena en tácticas de combate como en técnicas de persuasión verbal. Cada cual tenía sus puntos fuertes.

“Con unos recién alcanzados novecientos cincuenta puntos y apenas un cinco por ciento de encargos no satisfactorios, el segundo puesto está ocupado por Jaden, la máquina de destrucción viviente. Arrasará allá a donde vaya para lograr su objetivo: su total satisfacción. Usted podrá presenciar la ejecución de todo snot implicado en su agravio y elegir el cómo y el cuándo. Un privilegio que solo Jaden puede concederle”.

Jaden era un hombre joven de dos metros veinte de altura, cabeza rapada y oscura mirada intimidante. La imagen de su pecho al descubierto para lucir su portentosa musculatura inundaba la pantalla mientras aquellas palabras describían la horrible forma en que malgastaba su talento, a criterio de Galatea, además de hacer de su trabajo un espectáculo de masas. Pero estaba claro que a muchos les gustaba. Incluso a algunos de los presentes, pues unos aplausos se dejaron oír desde el piso de abajo.

“Y el primer lugar desde hace ya veinte meses es para la bella, astuta y letal Galaxia. Sin un solo fracaso en ninguna de sus misiones, está a punto de ser la primera recuperadora que llegue a los mil puntos. Un solo éxito la separa de este nunca antes alcanzado mérito. Su rapidez y agilidad en combate son inigualables. Y su habilidad en navegación le asegurará unos resultados tan inmediatos como eficaces. Si está dispuesto a dejar la misión completamente en sus manos, prepárese para persuadir a nuestra mejor recuperadora, pues no cualquiera puede pasar su exigente criba. Pruebe suerte. La certeza de triunfo merece que lo intente, ¿no cree?”

Galatea, vestida como Galaxia, aparecía de espaldas al espectador y se giraba lentamente hasta posar con actitud desafiante mientras deslizaba sus dagas entre sus dedos con gran habilidad. Una sonrisa ladeada se dibujaba en su exageradamente maquillado rostro y un lento pestañeo de sus ojos cautivaba a todo aquel que estuviera observando. El altivo gesto de su barbilla alzándose a la vez que su ceja izquierda, acompañaba al narrador en su reto a que los posibles clientes trataran de persuadirla.

Aquello había sido lo que finalmente había arrastrado a Josh a comunicarse con la Agencia para pedir sus servicios y solo los suyos. Todos los demás argumentos habían convencido a su parte lógica. Pero su gesto había arrastrado a su parte más intuitiva.

Ahora la miraba allí sentada, envuelta solo en su propia sencillez, y aunque la lógica debería marcar lo contrario, su instinto le gritaba que no se había equivocado en absoluto. Y algo más que no era capaz de definir, pero que bailaba en su estómago provocándole una extraña expectación.

—¡Gala! —Yanasa apareció corriendo como loca por las escaleras—. Está aquí. *Él* —puntualizó entre dientes—. Algún borracho te ha reconocido y se ha puesto a gritar que la campeona estaba bajo su mismo techo.

—¡Mierda!—Lo que faltaba. El estúpido de Jaden en ese preciso momento—. Dame tu camiseta. ¡Corre!

Ante los perplejos ojos de Josh y de un puñado de borrachos a los que no les dio tiempo a percatarse de lo que ocurría, ambas mujeres se quedaron desnudas de cintura para arriba mientras intercambiaban sus camisetas. Al llevar ambas ajustados pantalones oscuros, no hizo falta ningún cambio más. De un acrobático salto, Galatea se posicionó tras la barra y comenzó a recoger vasos. Yanasa cargó una bandeja y

bajó las escaleras a tiempo de cruzarse con Jaden y su séquito.

—Esta vez sí está aquí, ¿verdad? —inquirió agarrándola por la nuca.

—No sé de qué me hablas —negó ella, sacudiendo la cabeza para que la soltase. No quería que la tocara, y eso que a simple vista el tipo era más que atractivo. Sin embargo, la fijación que mostraba por su amiga le provocaba un inevitable rechazo.

—Ya. Mientes muy mal, Yanasa. Puedo olerla desde aquí.

Podía hacerlo. No importaba que estuviera en un tugurio pestilente. El aroma de Galatea siempre lo había embrujado y podría detectarlo a metros de distancia. Ella estaba allí y lo sabía antes de que aquel viejo la delatara. Su olfato era un punto fuerte que siempre le había ayudado en sus recuperaciones.

De dos zancadas llegó a la sala del segundo piso, y la vio. Sin maquillajes, sin ropas de guerra, con la cara limpia y el uniforme del local. Sencillamente deliciosa. Todo su cuerpo se tensó de puro placer tras tres meses sin saber nada de ella.

—Vaya, vaya. La gran Galaxia de camarera. —Apoyó sus codos en la barra y la miró fijamente. La habría devorado allí mismo, sin más preámbulos—. ¿Por qué será que no me lo trago?

—Tú mismo. ¿Vas a beber algo o solo vienes a molestar?

—Dudo que sepas preparar un brebaje como es debido. Pero me encantará verte intentarlo.

—Yo tomaré otra de lo mismo. Gracias.

—Espera tu turno, mequetrefe —escupió Jaden al oír a Josh a su lado en la barra. Metros de ella y el tipo tenía que pegarse a él, interrumpiendo además su conversación.

—Serviré primero al caballero porque me ha hecho un pedido —intervino Galatea tratando de evitar un enfrentamiento de gallitos—. Tú aún no te has decidido.

—Si tú estás en la carta, no me hace falta ni mirarla —susurró Jaden mostrando una sonrisa perfecta. La sonrisa del mismo diablo. Para dar más énfasis a sus palabras, cogió la libreta de brebajes que había sobre la barra y la lanzó por encima de su hombro hasta la otra punta del local.

—Muy gracioso. Ese tipo de servicio está en el edificio de enfrente —contraatacó ella.

—Eso es lo siguiente en tu escala —la insultó con saña, deteniéndose a mirar a sus seguidores hasta que estos rieron por su comentario—. Aunque no me creo que te hayas retirado para servir mesas.

—Estoy en un periodo sabático. Y los ingresos por ser la cabeza de cartel me costean los gastos más que de sobra. Hasta que me llegue un encargo que me resulte interesante —por no decir un encargo que él no se ocupara de hacer desaparecer—, me entretendré en lo que quiera. Y de momento, le estoy echando un cable a Yana.

Hoy le falta una camarera.

Cogió lo primero que encontró en la nevera y se lo llevó con poca gracia a Josh, quien no quitaba ojo a Jaden.

—Aquí tiene. —Dejó una botella de algo rojizo frente a Josh y salió de la barra para hacer que recogía una mesa.

Josh simuló que aquello era su pedido y se lo bebió silenciosamente. Aunque casi se atraganta al ver cómo el gigantón de cabeza rapada y ojos negros como la noche que había resultado ser el tal Jaden, cogía a Galatea por la cintura y la pegaba a su vientre.

—No juegues conmigo, Galatea. Porque si lo haces, será en todos los sentidos. Y hoy tengo ganas de marcha, gatita.

—Si no me sueltas ahora mismo aplastaré tus ganas de marcha de un patada en tus... pequeñas pelotitas —dijo rozando intencionadamente la zona ligeramente hinchada de su anatomía. Si eso era todo lo que tenía que ofrecer... le daba la risa solo de pensarlo.

Las sonoras carcajadas de sus compañeros lo sacaron de sus casillas.

—Te puedo demostrar aquí mismo todo lo que puedo hacerte con lo que tengo aquí abajo. Seguro que repites, en cuanto lo pruebes.

—Lo dudo —afirmó a la vez que él la apretaba aún más fuerte—. Último aviso. Estoy de vacaciones, pero no voy desarmada.

—Vale, tranquila. —Su actitud cambió al notar un cuchillo de gran hoja junto a sus genitales. La soltó de inmediato.

—Ponme esa copa al menos, muñeca. De ese placer no me puedes privar.

Porque no quería acabar a golpes con él en el local de su amiga, Galatea resopló y volvió detrás de la barra mientras Jaden se sentaba en la mesa que ella acababa de recoger.

—Si aceptas mi trato, te encubro con él —ofreció Josh en un susurro. Aunque realmente era una amenaza. Así de desesperado estaba—. Si no, te delataré.

Ella lo taladró con la mirada. Cobarde aprovechado.

—Si ve que acepto tu trato, te matará. Es por eso que esto se está haciendo en secreto, gilipollas.

—Tomaremos cuatro especiales Summanus, dos Infiernos y una Décima Luna. Y que sea rapidito, guapa —solicitó Jaden golpeando la mesa con ambas manos y haciendo reír a sus camaradas.

Ante la cara estupefacta de Galatea, quien buscaba por todas partes algún cartel con los ingredientes de cada brebaje, Josh se inclinó sobre la barra y le indicó cómo preparar lo que pedían.

—¿Cómo sabes lo que llevan?

—La carta era lo único que había sobre la mesa mientras te esperaba. Y has llegado un poco tarde.

Incómodamente agradecida, Galatea hizo lo que pudo y cuando todo estuvo preparado, llevó los siete vasos en una bandeja que por poco no cayó al suelo. Yanasa subió minutos después y dijo a voz en grito:

—Gracias por todo, Gala, cariño. Tu turno ha terminado. Yo cobraré a estos caballeros.

Tras pronunciar sin sonido un *sígueme* de forma que solo Josh la viera, Galatea desapareció escalera abajo sin dar tiempo a Jaden a decirle nada más.

Josh la siguió tratando de parecer discreto, pero Jaden estaba demasiado pendiente de ella como para no percatarse del detalle.

—¿Adónde vas amigo? —Sin levantarse de la silla, lo frenó cogiéndole de un brazo, lo cual lo inmovilizó por completo—. Ella no va a darte la más mínima oportunidad.

—Sí, le van las mujeres. Si no, no rechazaría a Jaden constantemente —declaró el tipo que estaba justo a su lado. El manotazo que se llevó por parte del aludido lo dejó inconsciente.

—Eso tendrá que decírmelo ella —replicó Josh puesto que negarlo habría sido peor.

—Nada de flirteos con mis camareras. Lo que buscas está en el local de enfrente —intervino Yanasa, empujando a Josh escalera abajo—. ¡Fuera de aquí, o llamo a la guardia snot!

Las risas demostraron que la treta de la dueña había calado en el grupo de Jaden, si bien él no se había quedado muy convencido. Rápidamente, Yanasa sacó varios platos con comida y una segunda ronda que hizo que la atención de la mesa se centrara en otras cosas.

## Capítulo 3

Después de mirar por toda la planta baja del bar y consultar sin éxito a varios clientes, Josh salió del local preguntándose si Galatea lo habría dejado tirado por tratar de chantajearla. Sin embargo, las palabras de la amiga de esta le rondaban en la cabeza.

*Lo que buscas está en el local de enfrente.* Podría significar lo que ella había intentado que pareciera, si no hubiera abierto tanto los ojos mientras se lo decía, ni inclinado la cabeza extrañamente hacia un lado.

Así que sin más dilación, se encaminó al destartalado edificio donde las Lolitas le habían dedicado carantoñas hacía menos de una hora.

—Contraseña —le dijo una de ellas, acariciándole el pecho y bajándole descaradamente la cremallera de los pantalones.

—¿Ga... laxia? Gala. ¿Galatea? —¿Qué contraseña podría haber requerido ella?

La muchacha semidesnuda se rio a carcajadas antes de estamparle un beso húmedo e introducirle la lengua hasta la garganta.

—Ella no va a darte nada de esto, tesoro. Considéralo un regalo.

De un empujón, lo mandó hasta el fondo de un oscuro pasillo donde lo que parecía una cortina se apartó como por arte de magia y, nada más dar un paso en la siguiente estancia, se vio aplastado contra la pared, con un cuchillo enorme pegado a su cuello y el roce casi imperceptible de la punta de una nariz contra la suya.

—Regla número uno: no me amenazas.

—De acuerdo. Lo siento —susurró Josh con el poco aire que le pasaba por la garganta.

No la veía, el cuarto estaba completamente a oscuras, pero reconoció su voz ahora algo enfurecida y, sobre todo, identificó su aroma. Un aroma fresco, como a flores, que le hizo olvidar por un momento que una palabra equivocada podría costarle el cuello.

—Regla número dos: cumple todas y cada una de las reglas que yo exija en cualquier momento. Sean cuales sean —matizó, mordiendo cada palabra—. O te dejo atrás de inmediato.

—No hay problema —consiguió pronunciar tratando de no inhalar la dulzura de su aliento.

—Y regla número tres —continuó, clavando esta vez más el cuchillo, tanto que

Josh notó un hilo de sangre recorrerle el cuello hasta la clavícula— nada de mentiras. Ni una sola. Ni medias verdades. O te rebano el pescuezo sin pestañear siquiera.

El leve dolor del filo del cuchillo le hizo salir del repentino trance en el que se había sumido. Sobre todo porque, al delicioso aroma que desprendía, se había sumado la tenue visión de su delicado rostro y la cálida sensación del roce de su cuerpo contra el suyo. Al parecer, había instintos que pugnaban por prevalecer sobre el de supervivencia.

—¿Eso es todo?

—De momento.

Antes de que él pudiera apartarse de la pared, Galatea se había alejado varios pasos, había enfundado el cuchillo en su bota derecha y había encendido una pequeña vela sobre una solitaria mesa. Apoyando la cadera en el borde, se quedó mirándolo de arriba abajo, pensativa. Ella tenía una rutina de trabajo y todo iba bien mientras la siguiera. No estaba nada convencida de querer hacer una sola excepción.

—¿A qué te dedicas?

Esa no era la primera pregunta que Josh se hubiera esperado. Tras parpadear un par de veces, se quitó la mochila que llevaba a la espalda con su escaso equipaje y también la chaqueta, ya que de pronto tenía mucho calor. Después se secó la sangre del cuello con la parte baja de su camiseta, cogió una silla de un rincón y, sentándose a horcajadas frente a Galatea, se concentró en responder satisfactoriamente a todas de las preguntas que quisiera hacerle.

—Soy policía. ¿Por qué?

Eso explica los apretados abdominales que acaba de enseñarme, pensó Galatea para sí, confiando en que su mirada no se hubiera desviado demasiado ante ese gesto. La había pillado completamente por sorpresa. Y ella no era fácil de sorprender, ni de impresionar.

—Porque si vas a acompañarme, tendrás que ser capaz de estar a la altura —le lanzó una daga que él ni siquiera había visto en la penumbra, la cual cogió a un milímetro de su cara— y no ser un lastre.

La primera estocada lo tiró al suelo, aunque por suerte fue un impacto filo contra filo. Era rápida, mucho más que ningún ser humano que él hubiera visto antes. Y ágil. Ya estaba a su espalda antes de que él se pusiera en pie.

—¿Cuál es tu especialidad? ¿Archivar información? ¡Vamos! —le retó—. Dale un poco de crédito a nuestro corrupto cuerpo de seguridad ciudadana.

Josh adoptó una postura de combate y caminó de lado alrededor de la habitación, buscando algún punto débil en Galatea. Ella le siguió el juego con media sonrisa y un repentino buen humor. Le frenó el primer amago de ataque, y el segundo. Al tercero le desarmó, alejando la daga de una patada. Y no pudo evitar carcajearse.



—¿Control de tráfico aéreo? —siguió tanteando ella—. ¿Supervisor de entrada de mercancías?

Estaba buscando algún otro puesto que encajara con un hombre sin apenas habilidades en el combate cuerpo a cuerpo, cuando de un soplido Josh hizo que todo se quedara a oscuras. Una hábil llave la inmovilizó tras una zancadilla que ella no se esperaba. Manos y pies quedaron bajo los de él, bajo una firme y brusca sujeción.

—Casi. Brigada Anticontrabando —le susurró al oído—. Y a riesgo de incumplir tu regla número uno, he de decirte que deberías disimular mejor el temblor de tu rodilla izquierda. ¿Es algo crónico o una lesión reciente?

—No te pases de listo conmigo.

Un rodillazo en la entrepierna hizo a Josh ver todo blanco, después rojo y, finalmente, la anaranjada luz de la vela volvió a iluminar la estancia. Boca arriba, abrió los brazos en cruz en señal de rendición.

—¿He superado la prueba? —inquirió, con la voz estrangulada.

—Eres observador. Pero eso no me garantiza que seas capaz de dejar atrás un destacamento snot o dar esquinazo a Jaden, si sigue tratando de borrar del mapa a todos mis clientes.

—Corro bastante rápido, y sé conducir cualquier vehículo, terrestre o aéreo, en condiciones climatológicas de todo tipo. —Se levantó con dificultad y se colocó el pantalón delicadamente mientras se mordía el labio ocultando un gemido. Aprovechó para subirse la cremallera discretamente—. ¿Cuál es el problema? El del tipo. El tuyo ya veo que es la desconfianza.

—La desconfianza me ha salvado la vida un millón de veces. Y su problema soy yo. Quiere mi puesto. Se lo robé hace casi dos años. Y me quiere a mí desde que lo ostento. O tal vez ya antes de eso... —meditó en voz alta. No lo sabía ni le importaba—. No le concederé ninguna de las dos cosas.

Galatea se dio la vuelta y se quitó la camiseta que le había prestado su amiga dejando a la vista la armoniosa curva de su espalda. Después alargó la mano hasta una mochila quedando ligeramente de perfil e hipnotizándolo como a un auténtico idiota. Rebuscó hasta dar con un jersey negro que se puso en dos únicos movimientos. Mientras se giraba de nuevo hacia él, Josh pensó que, en el fondo, comprendía la obsesión de aquel tipo.

—Cogeremos provisiones antes de marcharnos. Ese es el tiempo que tienes para explicarme cómo sucedieron las ejecuciones, dónde, qué has hecho para recuperar los cuerpos y qué excusa te ha sido dada para negarte su devolución.

Josh levantó una ceja al oír las últimas palabras que Galatea le dirigía sin tan siquiera mirarlo.

—Yo no te he dicho que no me hayan devuelto los cuerpos.

—Me dijiste que Bolgang era el ejecutor. —Se giró hacia él, quien creyó ver un destello de compasión en sus ojos, más azules que verdes bajo aquella tenue luz—. No hacen falta más explicaciones.

—Aceptas el encargo. —Aquello estaba resultando relativamente sencillo. Esperaba más oposición por su parte. Además, su actuación cuerpo a cuerpo no había sido del todo brillante—. Pero aún no te he pagado un solo noxi.

—Cogí tu cartera mientras te recuperabas de mi última caricia. —Se señaló el bolsillo trasero de su ajustado pantalón mientras abría una puerta que no era por la que Josh había entrado—. Me adeudas casi el setenta por ciento. Más vale que seas realmente útil. —Según decía esas últimas palabras, algunas que acababa de pronunciar él le proporcionaron una idea que se le antojó estupenda. Lo miró de soslayo—. ¿Has dicho que se te daba bien pilotar naves?

—Sí. —La siguió hasta un sótano que, una vez iluminado, vio que se trataba de un improvisado hangar. Oculta entre varios cachivaches, había una nave a la altura de la fama que Galatea ostentaba. Una KZT. Todo un lujo—. ¿Quieres que conduzca yo? —preguntó esperanzado.

—Muy gracioso. —Galatea amagó una sonrisa que apenas fue una mueca antes de levantar la tapa del compartimento donde ordenador y motor se fusionaban—. Si se te da igual de bien repararlas, tal vez tu deuda se reduzca en unos... quinientos noxis.

Josh le echó un vistazo al cableado sin pasar por alto el humillo que emanaba del panel de sensores ni de la docena de indicadores que parpadeaban en naranja en lugar de lucir una luz verde continua.

—Que sean mil —propuso tras un silbido.

—Te doy setecientos más las herramientas y piezas que puedas encontrar a tu alrededor. Buena suerte —le deseó mientras salía por la misma puerta por la que habían entrado.

—¿Y tú adónde vas? —quiso saber él a la vez que se decía que en aquel cuchitril no encontraría ni un obsoleto tornillo. Menos mal que no iba ser la primera vez que andaba en las tripas de una nave como aquella.

—A dormir —declaró Galatea bostezando antes de cerrar de un portazo.

Josh pudo oír el zumbido que indicaba que la puerta se había cerrado magnéticamente. Miró a su alrededor y vio que, salvo un portón frontal que se apreciaba cerrado a cal y canto, allí no había una sola ventana u otra vía de escape.

¿Qué se pensaba aquella mujer? ¿Qué iba a arrepentirse? ¿O a fugarse con su nave? Desde luego, hacían falta muchos arreglos para que esto último fuera posible. Sin contar el feo golpe de chapa que tenía en el frontal. Esperaba que no se debiera a una negligencia en su conducción y sí al fallo en el piloto automático, como indicó el ordenador tras el primer reinicio.

Tenían que viajar lejos y por parajes peligrosos. La habilidad de Galatea en navegación era uno de los puntos que le habían hecho decantarse por ella y no por otro recuperador. Que fuera mujer había sido uno de los factores más determinantes a su favor. Porque cuando descubriera cuál era el auténtico propósito de su misión, confiaba en que alguien de su género fuera mucho más comprensiva. Aunque por cómo se había comportado hasta el momento, con total frialdad y mal genio, empezaba a dudar de haber tomado la decisión correcta.

—No, sí que es ella —dijo para sí, haciendo caso a un ilógico sexto sentido en lugar de a una realidad palpable—. Lo supiste en cuanto la viste. Es ella.

Cuatro horas y media más tarde, mucho más relajada física y mentalmente, Galatea se despidió de las chicas sin poder evitar efusivos abrazos y reiterándoles que no se metieran en demasiados líos. Aunque sabía que aquello era mucho pedir.

Jaden la había visto y bajar la guardia quedándose dormida tan cerca de donde él estaba podría haber sido una decisión temeraria. Pero las chicas no dejarían que él entrara en su *hotel*. Si algo podían permitirse según las escasas leyes que regulaban su impuesta profesión, era ser selectivas con su clientela. Tampoco era que eso hiciera que ella se preocupara menos por sus hermanas.

Había pensado que sería poco probable encontrar una cama blanda y calentita durante los días que durara su misión, y había querido darse ese capricho que era casi una necesidad vital. Aún no estaba recuperada. Un par de vértebras de su nuca continuaban protestando a pesar del reposo en una mullida almohada. Y la rodilla seguía recordándole su fisura a cada paso que daba. Hasta Josh se había dado cuenta.

Cuando llegó al sótano, lo oyó antes de verlo. Estaba cantando, y lo hacía sentado en el asiento del piloto. *Su* asiento. Oír aquella ligera melodía provocó que el estómago se le encogiera. Y eso fue lo único que libró a Josh de que ella lo apartara de su sillón de un manotazo.

Iba a reprenderle, solo verbalmente, cuando él dejó de cantar y se giró hacia ella.

—Hibisco —le dijo, entregándole una flor de papel—. No es azul porque el único papel que he encontrado es esta factura grisácea. Confío en que no fuera importante. Estaba en el bolsillo trasero del asiento, pero la fecha es de hace tres años.

Galatea cogió la flor varios segundos más tarde de que Josh dejara de darle explicaciones. La observó entre irritada y fascinada. Él había entrado en el habitáculo de la cabina sin su permiso. Lo que por otro lado significaba que había logrado burlar las contraseñas de acceso. Así que era bueno en software y electrónica. Pero también significaba que había podido hurgar en sus cosas. Casi todo lo que poseía estaba dentro de aquella nave. Y nadie hasta ese momento había visto los frágiles hibiscos

azules que milagrosamente sobrevivían en la ranura de uno de los conductos de ventilación. Ella aún desconocía cómo habían ido a parar allí, pero se preocupaba de que tuvieran la suficiente luz y agua cada día.

—¿Dónde aprendiste esa canción? —preguntó ante la atenta mirada de Josh. Si esperaba que le diera las gracias por el absurdo regalo, podía esperar eternamente—. Nunca la había oído.

—Me la enseñó mi padre. También la papiroflexia —señaló la flor que ella aún sostenía entre sus dedos—. ¿Te gusta?

—Demasiado alegre —criticó sin darle más importancia. Le hizo un gesto con la cabeza indicándole que se levantara.

—Me refería al hibisco de papel— insistió él dejándole paso y ocupando el asiento del copiloto.

Ella la lanzó sobre el panel de control después de mirarla un par de segundos más.

—Muy realista. Aunque demasiado muerta para mi gusto —juzgó sin mayor aprecio.

Chequeó las funciones de su nave y comprobó que, sorprendentemente, todo parecía estar arreglado.

—¿Cómo lo has hecho?

—Antes de formar parte activa de la Brigada Anticontrabando, pasé dos años en el soporte técnico. —Como ella no dijo nada al respecto, él siguió hablando—. Tienes una nave estupenda. ¿Cómo te cargaste todo lo que he tenido que arreglar?

—Seguro que lo adivinas tú solo —respondió sin hacerle mucho caso. Estaba reprogramando contraseñas ya que él había borrado todo. Absolutamente todo. Ni siquiera pudo dar la orden de arranque—. ¿Qué clave has puesto para el inicio de la navegación?

Josh se rio para sí asombrado de que una simple pregunta pudiera sonar a furioso reproche. Y como estaba empezando a cogerle gustillo a verla al borde de la rabieta, se limitó a recuperar la flor de papel y, tras dudar unos instantes y pensando en su integridad física, se la colocó sobre su propia oreja en lugar de en la de ella, como había estado tentado de hacer en un principio.

—Hibisco —pronunció Galatea en voz alta.

Pero no ocurrió nada. Y Galatea explotó.

—Como aún no habías vuelto —se excusó Josh con la cara pegada al panel de control y la mano de ella sosteniendo su nuca con muchísima fuerza—, he tenido que programarlo por teclado en lugar de por voz.

Ella no le soltó mientras con la mano izquierda tecleaba la palabra.

Una vez que los paneles se encendieron y los motores comenzaron a arrancar, Galatea aflojó su agarre y, porque quería dejar claro quién mandaba en aquella

expedición, le robó la flor de la oreja y se la puso en la suya.

—Las chicas abrirán el portón cuando la salida esté despejada —le informó con voz de mando, acomodándose en el asiento y abrochándose los arneses—. Después pararemos en unos abastos de confianza. Pero tú te quedarás dentro de la nave. ¿Nos entendemos?

—Sí.

—¿Seguro o tendré que atarte?

La creía completamente capaz de hacerlo.

—No será necesario. —Se frotó la frente palpando un inminente chichón. Iba a tener que moderar sus palabras y sus actos. Estaba claro que Galatea no tenía el más mínimo sentido del humor. Ni paciencia alguna—. He introducido las coordenadas en las que vi a Bolgang por última vez. El navegador de tu software calcula entre cinco y seis días por las rutas permitidas.

—Bien. Eso nos ahorrará tiempo. Aunque ya imaginarás que no seguiremos ninguna ruta permitida, Don Brigada Anticontrabando. —Él asintió con la cabeza—. Ahora, cuéntame los hechos. Y no te dejes detalle.

Poco después de que Josh comenzara su amargo relato, procurando resultar convincente en la parte en la que iba a mentirle con total premeditación, el portón de entrada se abrió y Galatea guió su nave hacia la penumbra del tercer eclipse de la jornada.

—¿Qué clase de nombre es Galatea?

Casi había conseguido olvidar que a su derecha había una presencia no deseada, casi. Pero Galatea ya sabía que aquel hombre no se iba limitar a viajar con ella como lo hacían sus hibiscos, vivos y punto.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Era por dar un poco de conversación.

—Volamos bajo el límite de los radares. Necesito concentración, no conversación.

Josh se quitó la chaqueta y la dobló sobre sus rodillas procurando no hacer ruido para no molestarla. Aunque era consciente de que ella lo miraba de reojo. Inquieto, se acomodó en el asiento un par de veces y se concentró en admirar el paisaje: una de las pocas zonas agrícolas del planeta. Los paneles protectores estaban abiertos ya que el Nuevo Sol no había llegado todavía a su cenit. Aún no era absolutamente abrasador para todo ser vivo. Y los vegetales y frutas en plena maduración eran perfectamente visibles desde esa altura.

Aquella visión le abrió el apetito y cogió una de las manzanas que Galatea había comprado en la parada técnica que habían hecho al poco de salir. Le ofreció otra a

ella, quien la rechazó solo con una escueta mirada que decía: Estoy pilotando, ¿tú crees que voy a comer una maldita manzana ahora?

Él masticó la suya lentamente, consciente de que cada crujido crispaba los nervios de su compañera. Jamás comerse una fruta se le había hecho tan largo.

Después de desechar el corazón de la manzana por la ranura de reciclaje, y tras el zumbido que su destrucción generaba, Josh se sintió incapaz de no contárselo. Así que a riesgo de ser fulminado por una de sus gélidas miradas, volvió a hablar.

—Leí una historia en un archivo residual de un ordenador incautado a unos contrabandistas de Glycon. Tu nombre aparecía en ella, pero no podías ser tú. Era sobre mitología, lo que significa que nunca sucedió, supuestamente. Aunque hay gente que cree que sí. La verdad es que hay muchas teorías al respecto.

Galatea suspiró sonoramente, armándose de paciencia.

—¿Y si ya lo sabías para qué preguntas?

—Me sorprende que alguien lleve el nombre de la protagonista de una de las historias cuya difusión prohíben varias leyes Adler.

Galatea esquivó la última de las Colinas Centrales apurando la altura lo máximo que pudo. Unos metros más y los radares detectarían la presencia de una nave sin permiso de vuelo y fuera de cualquier ruta oficial. Descendió varios metros en cuanto el terreno volvió a ser llano. Y se vio a sí misma hablando sobre su pasado, algo que no solía hacer muy a menudo. Tampoco es que el asiento del copiloto hubiera estado ocupado nunca antes.

—La prefecta del lugar donde me crié sabía muchas historias sobre la Tierra. Cosas que sucedieron, otras que nunca ocurrieron realmente pero que alguien inventó y escribió. La mitología griega era su favorita. Los antepasados de su madre provenían de esa región. Según nos aseguró, era descendiente de los Grandes Biagioni y Samaras, los mártires que lograron el Tratado de Nueva Roma, y los primeros reclusos de Nox. Ella se llamaba Agatha. Y siempre contaba que como fuimos exactamente cincuenta las niñas que quedamos a su cuidado...

—¡Lo sabía! —Josh gritó y dio una palmada que puso en alerta a Galatea. ¡Qué hombre tan imprevisible!—. Eres una de las últimas niñas de las casas cuna.

—No es ningún secreto. —Aunque tampoco lo iba proclamando a voces. —Creo que es obvio que aún no he cumplido veinticinco años.

—Podrías pasar por unos cuantos menos. Sobre todo sin el disfraz del anuncio, *Galaxia* —se burló.

—¡Es un uniforme de trabajo! ¡Y Galaxia un seudónimo! —replicó, pero a ella misma le había parecido un disfraz cuando la Agencia se lo hizo poner a pesar de sus protestas. Y la rebautizó con aquel ridículo nombre porque resultaba más grandioso.

—Estás mucho mejor al natural —pensó Josh en voz alta y ambos se miraron de

rejo.

Tras un silencio incómodo, Josh cambió de tema.

—¿Qué querías decir con que erais exactamente cincuenta niñas?

Estaba claro que viajar en silencio iba a ser imposible con el curioso hombre que había resultado ser su cliente. Al menos su voz le resultaba extrañamente... agradable. Aunque ese no era exactamente el adjetivo que definía el escalofrío que había sentido al oírle susurrar en su oído, con todo su cuerpo inmovilizándola y aquel aroma picante...

—Según nos contó Agatha —le explicó, ignorando sus absurdos recuerdos—, las nereidas eran cincuenta ninfas que vivían en un mar llamado Mediterráneo. Todas eran hermanas, hijas de Nereo, el dios de las olas del mar. Ella nos puso a cada una de nosotras el nombre de una de ellas. Dijo que, mirándonos a los ojos, pudo regalarnos el nombre más adecuado.

Josh acercó su rostro al de Galatea para mirarla a los ojos. Ella apenas desvió los suyos de su rumbo un instante, desconcertada por cómo la escrutaba él. Después Josh carraspeó.

—¿Conoces la historia de Galatea?

—La oí muchas noches antes de dormir.

Aún se dormía a veces recordando aquella voz que la tranquilizaba en las noches que sufría pesadillas. Agatha le acariciaba el pelo y le narraba cómo el enorme cíclope Polifemo, enamorado de la hermosa Galatea, era rechazado una y otra vez por ella. Y cuando supo que ella amaba a Acis, un sencillo pero bello pastor, cegado por los celos lo mató aplastándole con una roca. Galatea, llena de dolor, acudió a los dioses en busca de consuelo y estos transformaron la sangre de Acis en las limpias aguas de un río. La muchacha que había adoptado ese mismo nombre se dormía sintiendo su propio cuerpo fluyendo en ese río, como imaginaba que la otra Galatea habría hecho. Ese era su final alternativo a la historia, ya que nunca le gustó como acababa realmente. Con Galatea rindiéndose a los deseos de Polifemo y teniendo descendencia con él. En sus inocentes sueños de niña, los finales felices aún existían.

Extrañamente, aquellas acababan siendo las noches que mejor dormía. Sin más pesadillas, sin rencor a los padres que la habían abandonado a su suerte cuando tan solo era un bebé en un planeta condenado mientras ellos huían a alguno de los planetas de acogida.

—Deja que te diga que espero que, si ese tal Jaden es tu cíclope, no encuentres nunca a tu Acis.

—Créeme, es lo último que estoy buscando —aclaró con una risa ronca—. Aunque he de reconocer que le llamo Polifemo cuando me refiero a él con mis hermanas. Es nuestra contraseña para avisarnos de que está cerca.

—Las chicas del... burdel... son también...

—Niñas abandonadas, sí. Nana nos crió como a sus hijas. Así que somos hermanas.

Tras darle unos segundos, pues el tono de voz de Galatea se había vuelto cortante, Josh siguió satisfaciendo su curiosidad, que no iba sino en aumento.

—Agatha ha ascendido de prefecta a nana.

Esta vez Galatea suspiró y habló con una media sonrisa en los labios.

—Ella cuidó de mí. De todas nosotras, cuando a nadie le importábamos. Fue nuestra protectora. Nuestra madre. Hasta que los snots la ejecutaron.

A Josh le llevó solo un par de segundos comprender.

—Solo se permitían treinta niñas por casa cuna.

—Exactamente. Para cuando la descubrieron muchas ya nos valíamos por nosotras mismas. Así que nos encontraron una labor y nos formaron en ella. A las más fuertes las llevaron a los campos de trabajo de los planetas que acogieron en su día a los niños varones abandonados. A las que estaban enfermas o mostraron la más mínima debilidad, directamente las ejecutaron. Solo dejaron allí a las que aún no se habían desarrollado, a las que aún eran niñas. A las que aún no habían esterilizado —se levantó la corta melena y le mostró la nuca, donde la marca verdosa en forma de espiral la identificaba como mujer incapaz de procrear—. Apenas quedaron doce. Cinco de ellas estaban en el *hotel* —lo pronunció más despacio deliberadamente para que él lo captara. La otra palabra no la empleaba jamás—. Yana se ocupa de tenerlas vigiladas.

—¿Y el resto?

Ojalá lo supiera, pensó ella.

—No más preguntas. Intenta dormir un rato.

—No creo que pueda.

—Tú inténtalo.

Finalmente, pudo. Y se durmió tan profundamente que roncó hasta hacer vibrar el habitáculo de la nave.

Al principio a Galatea le hizo gracia. Pero llegó un momento en el que lo habría lanzado al vacío. Después, sintió lástima. Si dormía así era porque debía de estar agotado. Y no es que ella lo estuviera menos, pero algo le decía que encontrar un colgante no era lo que le quitaba el sueño a ese hombre, por muy valioso que fuera ese oro. La pérdida reciente de la familia, de una hermana de sangre, debía de ser horrible. Ella ya había perdido a varias hermanas de cuna, y eso ya había dolido más de lo imaginable. Pero él además había perdido a su sobrina. Una niña. El más preciado de los tesoros que quedaban en el infierno de Nox.



A menudo Galatea se preguntaba si los habitantes del resto de planetas de Nueva Roma sabían realmente qué ocurría en Nox. Se negaba a creer que millones de seres humanos sin excepción los hubieran abandonado a su suerte, solo por puro egoísmo. En las conversaciones al respecto con Yanasa y otras de sus hermanas, a menudo la tomaban por ingenua. Y la conclusión siempre era la misma: en esta miserable vida, cada uno intenta salvar su propio pellejo. Y nada le importa el del resto, aún menos el de personas que ni siquiera conoce. Personas descendientes de delincuentes y rebeldes antisistema.

Que por el poco atractivo de Nox como lugar para levantar las nuevas colonias hacía ya quinientos años, se hubiese decidido que su única utilidad sería un campo de prisioneros, no le resultaba del todo descabellado. Sin embargo, lo que sucedió después, le parecía inhumano.

El famoso capitán Biagioni había omitido Nox en el Tratado, nadie sabía exactamente por qué. Esto había dejado un vacío legal ante la Ley de los Jueces cuando el gobernador de los snots había reclamado un territorio que hacía miles de años que su pueblo no pisaba. Exactamente desde la última vez que uno de sus mineros encontró oro en sus profundidades. Sin embargo, una de sus naves tuvo una avería y aterrizó en el planeta para subsanar los desperfectos. Y lo encontró poblado.

Solo la diplomacia de los Jueces, destacados miembros de las diferentes especies dominantes de la Unión de Galaxias, pudo evitar una masacre a cargo del beligerante —y caníbal— pueblo Snot.

Los Jueces asumieron el error en el Tratado con los humanos, y concedieron una prórroga antes de devolverle el territorio a su legítimo dueño. A partir de ahí, la ya de por sí horrible vida en Nox se convirtió en el infierno en la tierra.

La primera propuesta de los Jueces fue la distribución de los cien millones de noxiotas entre los otros ocho planetas de Nueva Roma. Contaban con que serían bien acogidos, pues la gran mayoría de la población no eran delincuentes, sino su descendencia. Pero dada la ley Adler para evitar la superpoblación: la reproducción se limitará a un descendiente por individuo, la mayoría de las colonias se negaron. Aceptar a nuevos miembros en la comunidad, haría descender a uno el número de hijos permitido por pareja o, incluso, frenar la natalidad durante varios años.

De esta forma, solo en los tres planetas que estuvieron dispuestos a acoger a emigrantes de Nox se pudo dar cobijo a treinta millones de personas. Lo equivalente a un hijo por familia. Lo que dejaba a su suerte a setenta millones de noxiotas.

Tras esta falta de solidaridad con su propia especie, los Jueces dieron un ultimátum: quedaría prohibida la natalidad en Nox, de forma que la especie se extinguiera por sí sola en un breve período de tiempo. Insignificante para la longeva especie Snot.

Y así, hacía ya veinticinco años, comenzaron las esterilizaciones voluntarias o su alternativa: el acceso restringido al otro lado de la frontera de género. Y para controlar esto, los propios snots nombraron varios destacamentos que distribuyeron por todo el planeta. A su vez, para evitar disturbios entre especies, los Jueces decidieron asignar a un grupo de Vigilantes que velara por la paz en todo el territorio, ya que su error con el Tratado les hacía de alguna manera responsables del conflicto.

Así se creó la Agencia de Recuperaciones, entre otras, dado que los snots no eran famosos por su honestidad. Los recuperadores tenían licencia para acabar con los snots que ejecutaran a algún humano sin una causa justificada, así como podían desintegrar sus repugnantes cuerpos viscosos si robaban algún objeto de sus víctimas. Como solían hacer con el oro, mineral con el que construían sus naves y otros mecanismos de gran valor.

Galatea había acabado con muchos de ellos no solo por robar a personas ejecutadas legalmente, sino por ejecuciones injustificadas motivadas por un objeto de oro que robar. Cada vez ocurría menos, puesto que la gente era consciente de que los objetos de oro heredados de sus antepasados eran una llamada segura a la muerte, así que solían esconderlos bien. Pero los snots tenían un olfato muy fino, por decirlo de alguna manera, ya que carecían de nariz, para detectar el oro. Y si se lo proponían, daban con él.

—Josh, despierta. Tengo que parar un poco. La nave y yo tenemos que descansar.

Se había quedado pensando en qué tal dormirían los habitantes de Fulgora, o Patalena, ignorando la extinción de sus semejantes en sus seguras, cómodas y calentitas camas. Y casi se había dormido ella.

—Josh—repitió, dándole un codazo para despertarle.

Este apenas se movió en su asiento. Tampoco lo hizo cuando Galatea aterrizó en el cementerio de vehículos que solía usar como aparcamiento en esas latitudes del planeta. Esperaba que fuera tan tranquilo como de costumbre. Realmente necesitaba dormir.

Podría haberle dejado en el asiento. Su comodidad no entraba en su trato. Pero si alguien decidía pasearse por allí, más valía que no detectara ninguna presencia en el interior de la nave. Ambos tendrían que dormir en la parte de atrás.

—Josh—repitió por tercera vez, dándole unos golpecitos en la cabeza, como quien llama a una puerta.

Él apenas gruñó ante el contacto, que ahora se había convertido en su mano extendida sobre su cabeza. Nunca había tocado así a un hombre, y le sorprendía que su pelo fuera tan suave como el suyo propio o el de cualquiera de sus hermanas. Sin pensar en lo que hacía, le retiró unos rebeldes rizos de la frente y observó que la tenía perlada en sudor. Ahora respiraba más rápidamente, como si estuviera teniendo un

sueño inquieto. Sus labios se abrieron ligeramente para pronunciar algo que Galatea no pudo entender. Parecía que hablaba a toda velocidad. Parecía... ¿una oración?

—Sorcha —le oyó gritar de repente, y saltó hacia atrás al sentirle incorporarse de golpe. Las correas de seguridad lo frenaron.

—Tranquilo, estabas soñando.

Los ojos del hombre estaban perdidos hasta que ella habló. Cuando la miraron, se pusieron alerta. Estaba claro que no la reconocía.

—Josh. Soy Galatea. Galaxia. Recuperadora. Medallón... —enumeró, tratando de hacer que se centrara—. Estás en mi nave —le dijo levantando las manos para que viera que era inofensiva, siempre que no le diera motivos para lo contrario.

—Yo... pensé que... Vale, era un sueño.

—Soñabas con tu hermana. ¿Con su... ejecución?

—No, no era eso.

—¿No? Has dicho su nombre.

Él empalideció de golpe y puso cara de culpabilidad, la cual trató de disimular desabrochándose los enganches del asiento. A Galatea le hizo sospechar que estaba incumpliendo la segunda regla.

—Sí, he soñado con ella —reconoció ya de pie—. Pero que estaba viva y que le pasaba algo malo. Me sucede a menudo.

—Ya no puede pasarle nada malo.

Josh se frotó la cara y se retiró el pelo hacia atrás. Galatea creyó ver lágrimas en sus ojos por un instante. Pero estaba demasiado oscuro como para estar segura.

—Creo que acabó engullida por uno o varios de ellos.

Ella también lo había pensado.

—No te voy a mentir. Creo que es una práctica común para Bolgang.

—Lo quiero muerto —declaró Josh con rotundidad.

—En eso puedo ayudarte. —Le ofreció una sonrisa de camaradería y una palmada en el hombro—. Pero ahora, necesito dormir.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar seguro. Siempre que nos apartemos de las ventanas —le advirtió enganchándole del codo cuando él se acercó para mirar hacia el exterior. Lo empujó por delante de ella de camino a la parte trasera.

La bodega de la nave no tenía más de quince metros cuadrados. Se notaba que Galatea había buscado un transporte ligero y fácil de esconder. Nada de comodidades como camastros o una sencilla mesa. En los laterales había un par de armarios en los que Josh supuso que habría armas y, quizás, algo de ropa y comida. Aunque había

tenido oportunidad, no había hurgado entre las pertenencias de su anfitriona. No lo había creído necesario. Ni honesto. Y él quería serlo... en la medida de lo posible.

—¿Cómo vamos a dormir?

—Eso me estoy preguntando yo. —Galatea ya estiraba sobre el suelo, muy cerca de una de las paredes, una colchoneta plegable—. Con lo que roncas no sé si podré pegar ojo.

Josh la observó quitarse sus gruesas botas negras y tumbarse sin más, cubriéndose solo con una fina manta.

—Me refería a dónde. Pero imagino que no hay otra de esas para mí.

Ella metió la mano en un armario entreabierto, sacó una manta y se la lanzó sin mirarlo. Aun así le acertó en el pecho.

—Pararemos solo cinco horas —le dijo tapándose los ojos con el antebrazo para evitar la escasa iluminación que emitían las luces de emergencia—. Y nunca se sabe cuándo vamos a poder hacer el próximo descanso.

Resignado, buscó un hueco en la pared contraria a Galatea y estiró la manta. No hacía frío, él mismo había ajustado la temperatura en cabina a veintidós grados, prefería tener aunque fuera ese escaso tejido como colchón. Empezó a desnudarse y se tumbó boca abajo apoyando la cabeza sobre su propia mochila.

—Si vuelvo a roncar, lo siento. No es algo que pueda evitar —comentó con la voz amortiguada.

—¡Oh! ¡Cállate! —rumió Galatea, que acababa de empezar a coger el sueño.

Frustrada, giró la cabeza hacia donde provenía la voz. Y las vio.

—No te muevas —susurró mientras se levantaba sigilosamente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Dónde has estado antes de ir al Summanus?

Ella ya estaba abriendo uno de los armarios y sacando el instrumental necesario.

—Yo... venía de...

—No me mientas —le advirtió al ver que dudaba—. Y no te muevas —repitió cuando él hizo amago de levantar la cabeza.

—Ya te dije que había estado intentando dar con Bolgang por mi cuenta. Llamé a la Agencia desde un garito del Desierto Oeste, nada más ver tu anuncio. Después de que me pusieran en contacto contigo, fui directamente hasta el Valle Central, como me indicaste. Me hospedé en un hostel a tres calles del Summanus.

—¿Dónde te hiciste la herida de la espalda?

Un pie descalzo de Galatea oprimió su nuca, obligándole a no levantar la cabeza de nuevo. El otro le sostuvo por la cintura.

—Me hice varias heridas huyendo de los snots que custodiaban la guarida de Bolgang.

—¿Con qué? —insistió ella, clavándole ya algo frío en la espalda.

Cómo podía tener un pie en su nuca, otro en su cintura y estar manipulando algo en el centro de su espalda se escapaba a su comprensión de la flexibilidad humana.

—Piedras afiladas y algunas ramas, creo. Caí rodando por una colina. Pero desinfecté todos los cortes.

—¿Tú solo?

—Sí. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Los pinchazos eran rápidos y muy seguidos. Perdió la cuenta cuando el dolor le nubló la mente.

—Por eso se te pasó por alto el de la espalda. Tú solo no lo alcanzabas.

—Puede ser. —Tenía náuseas—. ¿Qué tengo?

—Compañía.

Galatea se concentró en acertar a la primera en cada una de sus incisiones. Las compañeras que portaba Josh brillaban en la oscuridad cuando se creían seguras debajo de la piel de su huésped. La cálida sangre roja que las hinchaba relucía a través de sus cuerpos translúcidos. Si fallaba en uno solo de los ataques y se asustaban, apagarían su luminiscencia y se adentrarían en la herida abierta. Si alcanzaban algún órgano vital, Josh estaría muerto en menos de dos horas. Bonita forma de cumplir un encargo que la Agencia no le iba a permitir no concluir con éxito.

—Solo quedan dos. Intenta cerrar el pico. Las vas a asustar.

—¿Son...?

—Lumicárnivas. Y no de las pequeñas.

De dos fugaces pinchazos de su aguja, Galatea liquidó a los dos últimos parásitos carnívoros que quedaban en la herida. A menos que alguno estuviera más adentro y hubiera decidido no iluminarse para eliminar el exceso de calor que emanaba el cuerpo invadido.

—¿Ya está? —preguntó Josh con voz de niño asustado cuando Galatea liberó primero su ya resentido cuello y después sus repentinamente doloridas lumbares.

—No lo sé. Voy a comprobarlo. Siéntate. Muy, muy despacio.

Mientras Josh obedecía, ella rebuscó en su botiquín y sacó todo lo necesario para rastrear más parásitos antes de cerrarle la herida.

—No me di cuenta de que las ramas con las que me arañé eran de árboles frutales —comentó Josh a modo de disculpa. Como si él hubiera querido infectarse con uno de los parásitos más mortíferos del planeta—. Se supone que nunca hubo ningún asentamiento humano en la Zona Restringida. A no ser que esos árboles fueran salvajes, autóctonos, y no cultivados —meditó en alto.

—Cállate de una maldita vez y déjame trabajar. —Sentada tras él, se colocó una linterna frontal sobre la frente e introdujo un pequeño bisturí en la herida—. Coge

aire. Mantenlo. Un poco más. Suéltalo.

Josh notó un chorro de algo líquido aliviar el ardor del acero puntiagudo dentro de su carne palpitante.

—Otra vez —indicó Galatea. Y esta vez dolió de verdad—. Quedaba una —se disculpó antes de limpiar la herida y cubrirla con la misma delicadeza que, para asombro de su paciente, había empleado en todo momento—. Ponte en pie. Voy a inspeccionarte.

—¿Crees que puedo tener más?

La cara de Josh era un verdadero poema, aún más con la luz enfocándole a la cara y él guiñando los ojos.

—Solo quiero descartarlo. No seas cobardica.

Lentamente, Galatea recorrió con la luz y la mirada cada centímetro de piel de Josh. Al llegar a las heridas del pecho y los brazos, aparentemente cicatrizadas, usó una uña para asegurarse de que la carne no estaba aún abierta. Al parecer, al ser más superficiales, los parásitos no habían podido aferrarse a su carne.

Usó una gasa impregnada para limpiar la herida que ella misma le había hecho con el cuchillo en la garganta. Poca cosa. En pocas horas se cerraría por completo. El chichón de su frente se curaría aún antes.

Giró a su alrededor lentamente. Tenía que reconocer que era un buen ejemplar de la especie. Torso firme y espalda ancha. Piernas largas y robustas. Y prietas nalgas bajo unos calzoncillos negros bastante ceñidos.

—Bájatelos —le indicó con voz neutra.

Él tragó saliva. Y no se movió.

—¿Prefieres que lo haga yo?

Cuando él negó rápidamente con la cabeza, Galatea tuvo que morderse los carrillos para no carcajearse. Se permitió una sonrisa cuando él cerró los ojos y se bajó la prenda de golpe hasta los tobillos.

—Parece que está todo en orden —sentenció después de revisar meticulosamente glúteos y genitales, absteniéndose de tocar su piel en esta ocasión—. Tómate esto y duerme. Te bajará la fiebre que seguro que tienes.

—Gracias. —Aceptó el pequeño botecito que le ofrecía y se subió los calzoncillos mirando al suelo.

Después de beber el medicamento, sacó una camiseta blanca de su mochila y se la puso lentamente.

—¿Ahora te da vergüenza que te vea? —comentó Galatea mientras inventariaba su botiquín y desechaba en la microincineradora las gasas y el instrumental que había usado.

—No. Es que tengo frío.

—La fiebre te bajará en quince minutos. —Pero él estaba tiritando. Suspiró sonoramente—. Sabía que ibas a ser un incordio en cuanto te vi —protestó, pero le empujó hacia su colchoneta.

—No quiero ser un incordio —alegó Josh tratando de levantarse, a pesar de encontrarse con pocas fuerzas para hacerlo.

—Ya es tarde para eso —sentenció antes de taparlo con su manta.

Después, sacó el sensor de temperatura que había cogido del botiquín y se lo colocó en la frente por la parte adhesiva.

—¿Vas a quedarte ahí? —preguntó Josh al verla sentarse con la espalda contra la pared, justo a su lado.

—Se llama velar a un enfermo, que es lo que tú eres ahora mismo.

—Has dicho que estaba todo en orden.

—He dicho que parecía estarlo —le corrigió—. Ese brebaje te quitará la fiebre y hará que te duermas. Si algo va mal no serás capaz de darte cuenta. Por eso debo vigilarte yo hasta que el sensor me diga que sí está todo en orden.

El temblor de su cuerpo se incrementó y Galatea le tapó con la otra manta. En cuanto dejara de temblar se la quitaría, era más adecuado. Pero esa supuesta sensación de más calor le distraería para que se durmiera.

—¿Cómo sabes tanto de esto?

Bueno, tal vez no le distrajera lo suficiente, se dijo Galatea. Tendría que usar otra estrategia. Parecía que hablar era una de sus cosas favoritas. No podían ser más diferentes.

—En la casa cuna, Agatha nos comenzó a enseñar una profesión según nuestras aptitudes. Yo iba a ser médica. Pero la Agencia pensó que sería más útil como recuperadora. Al fin y al cabo, salvar la vida de alguien en Nox es solo alargar lo inevitable. Eso es lo que me dijeron. Literalmente.

La fiebre hizo que su rabia se encendiera al instante y Josh habló sin pensar.

—Por eso hay que salir de aquí.

—¿De Nox?

—Sí.

Galatea suspiró y se acomodó como pudo contra la pared.

—No hay nada que desee más. Si descubres cómo, haz el favor de decírmelo.

—Lo haré —le aseguró justo antes empezar a roncar.

Estupendo. Esa iba a ser una noche muy larga, pensó Galatea antes de robarle una de las mantas y acurrucarse de medio lado contra la pared.

Casi le dio la risa al pensar que el sonido de aquellos ronquidos no tenía nada que ver con el de su voz. Sin poder evitarlo, tarareó débilmente la melodía que él había estado cantando en soledad. Recordaba vagamente las palabras. Algo sobre ojos del

color del mar. Así que tenía que ser una canción originaria de la Tierra, puesto que en Nox no había mar. Solo ríos de lava y lagos de ácido.

Ella amaba la música, pero era tan difícil acceder a canciones que no estuvieran reguladas por alguna ley Adler, que escuchar algo nuevo era prácticamente un milagro. Y aquella canción había llegado a un lugar de su interior que pocas veces sacaba a la luz.

El sensor de temperatura se iluminó en un débil azul y Galatea suspiró aliviada. La cosa parecía ir bien. Unos minutos más y podría dormirse. Pero aquella luz era del mismo color que sus hibiscos, y no pudo evitar recordar la original flor de papel que él había hecho para ella. Aún la llevaba en su oreja y no se había dado ni cuenta. La cogió con dos dedos y la observó con curiosidad.

No. Claro que no estaba viva. Pero era lo más bonito que le habían regalado en mucho tiempo. Juguetó con ella girando el tallo y haciéndola bailar entre sus dedos al son de su tarareo. Hipnotizada por aquel movimiento, parpadeó soñolienta al percibir la luz verde que desprendía la frente de Josh.

—Buenas noches, Don Incordio —le susurró antes de cerrar del todo los ojos y dormirse profundamente.



## Capítulo 4

El olor a leche caliente y bollos recién hechos implicaban que era domingo por la mañana. Galatea siempre esperaba expectante ese día. El único de toda la semana que no remoloneaba en su camastro. Los domingos era ella quien pulsaba el interruptor de apertura de cortinas incluso antes de la hora de levantarse, para desesperación de sus nueve compañeras de cuarto.

Tras un desayuno privilegiado, pasaban media hora en la sala de reuniones donde Agatha leía un fragmento de aquel antiguo libro que había heredado del propio Biagioni. Después todas recitaban una de las cincuenta oraciones que les había hecho memorizar y los minutos restantes eran dedicados a orar en silencio. Algunas de sus hermanas se quedaban dormidas. En cambio, Galatea solía soñar despierta. Y a veces, incluso obedecía y le rezaba a ese dios que Agatha aseguraba que existía.

Hubo ocasiones en las que le dio simplemente las gracias por un día más, allí, con sus hermanas, con Agatha. Otras le reprochaba haber dejado que sus padres la concibieran, si no iban a quererla a su lado. Pero la mayoría de ellas, le rogaba por poder salir de Nox. Ir a algún lugar donde no tuviera que esconderse, donde el hecho de existir no supusiera una condena de muerte.

Después tenían el día libre a excepción de las tareas de cocina y limpieza rotativas para ayudar a las cuatro asistentes de Agatha. Y lo dedicaban a correr por el patio o jugar con un único balón a un sinfín de deportes, muchos de su propia invención. Ciertos días se peinaban unas a otras y organizaban competiciones al estilismo más original. Pero Galatea siempre guardaba un rato para buscar a Agatha y pedirle que le contara otra de sus maravillosas historias. Raro era el día que sus cincuenta nereidas no acababan sentadas a su alrededor escuchándola hablar durante horas.

Algo cálido le rozó el rostro y ella recordó que ya habían pasado muchos años desde aquellos domingos maravillosos. Actuó por instinto.

—¿Se puede saber de dónde sacas siempre ese enorme cuchillo?

Cuando abrió los ojos, Josh la miraba más indignado que asustado, aunque tenía ambas manos levantadas en señal de rendición. Muy inteligente por su parte, dado que ella tenía el filo pegado a su garganta de nuevo.

—Estaba debajo de la colchoneta en la que has dormido.

Agarrotada por la incómoda postura en la que había pasado las últimas horas, se levantó con dificultad, ignorando la mano que Josh le ofrecía. Se calzó y colocó el

cuchillo en la funda oculta en su bota.

—Y como agradecimiento, he preparado el desayuno. —Josh hizo un gesto con la mano invitándola a dirigirse a un rincón de popa—. Confío en que tengas apetito.

Galatea contempló asombrada la improvisada mesa dispuesta en el suelo. Sobre una caja había dos cuencos con leche humeante y el resto de alimentos estaba exquisitamente colocado y troceado en sendos platos. Una única vela titilaba en el centro de todo ello. Dos toallas grandes dobladas hacían las veces de asiento a ambos lados. Y dos más pequeñas decoraban dos esquinas de la mesa con la forma de flores que querían parecerse a sus hibiscos.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Unos... veinte minutos. —Se sentó para que ella se moviera. Se había quedado quieta como una estatua—. No sé qué me diste anoche pero he dormido de maravilla.

Ella hizo crujir su cuello mientras se sentaba y miró a Josh dejando claro que ella no había dormido tan bien.

—Gracias otra vez —dijo él como agradecimiento y disculpa—. Espero que no te importe, pero he tenido que abrir algunos armarios para poder preparar esto.

—Tú como en tu casa —comentó sarcásticamente antes de coger lo que parecía un succulento bollo recién hecho. Él le agarró la mano antes de que pudiera llevárselo a la boca—. ¿Qué pasa ahora?

—Hay que bendecir la mesa.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Mis padres tenían esa costumbre. Y aunque murieron, yo la he seguido a diario.

Galatea puso los ojos en blanco. Los domingos habían vuelto.

—Adelante —cedió, a pesar de que las tripas le rugían.

Le vio bajar la cabeza y cerrar los ojos. Observó que tenía buen color y que respiraba con normalidad. Se había cambiado de ropa y olía como si también se hubiera aseado con algún tipo de jabón de olor amaderado. Su pelo estaba aún más oscuro por la humedad y sus rizos eran ahora más definidos. Se sintió incómoda por no haber podido asearse antes de desayunar cuando él sí lo había hecho.

Pero todo dejó de importar cuando descubrió que su manera de dar gracias por los alimentos era en forma de cántico. Y su voz era verdaderamente celestial. Lo escuchó en silencio y se preguntó de dónde habría salido ese hombre y qué clase de personas habían sido sus padres, su hermana y su cuñado. Su sobrina. Habían muerto, todos ellos. Pero al menos, durante unos años, había podido disfrutar de su compañía. Le envidiaba por eso. Aunque no envidiaba el dolor que habría supuesto perderlos sabiendo lo que había sido tenerlos.

Aun así, él seguía dándole las gracias a ese misterioso dios que permitía cosas tan

tristes e injustas. En eso, era como Agatha.

—Ya —dijo Josh cuando la encontró con la mirada clavada en él—. Ya puedes empezar.

Ella carraspeó y comenzó a comer mirando a cualquier parte que no fuera sus ojos. Degustó lentamente las delicias que él mismo había preparado y bebió la leche calmando una intensa sed que no había percibido tener. Pero, por supuesto, el silencio duró poco tiempo.

—¿Cuál es el plan para hoy? —se interesó Josh.

—Volar sin ser detectados y parar a descansar dos veces. La segunda tal vez a repostar.

¿Qué se esperaba? Quedaban como poco tres días de trayecto. La Zona Restringida estaba casi en el polo sur del planeta.

—El sensor de combustible estaba estropeado. Lo arreglé.

—Lo sé.

Incómodo por mantener una conversación tan fría y sin que ella se dignase a mirarlo, decidió preguntarle abiertamente.

—¿Estás enfadada por algo?

—No.

—Pues lo parece.

Ella terminó de masticar su bollo y atacó otro. Estaban deliciosos.

—Soy así.

—Sé que eres seria —replicó él, sin dar el tema por zanjado—. Pero ayer al menos estabas más habladora.

—No suelo tener compañía. Y tú eres demasiado parlanchín.

Aunque eso fuera cierto, su gesto era de incomodidad.

—¿Es porque he dormido en tu colchoneta? Tú me obligaste. Yo no lo pedí.

¿Tantas molestias para preparar el desayuno y ahora no le dejaba disfrutarlo? Y él ni siquiera probaba bocado.

—No estoy enfadada por eso —replicó, metiéndole un gajo de naranja en la boca, para ver si comía y se callaba—. Aunque a mis cervicales no les haya gustado mucho —concluyó antes de terminarse la leche de un solo trago.

Se secó las comisuras de la boca, se frotó el estómago con satisfacción e hizo crujir su cuello antes de coger impulso para levantarse. Sin embargo, no estaba aún de pie cuando él gateó hasta colocarse de rodillas detrás de ella.

—¿Qué haces?

—Compensarte. —Nada más poner sus manos sobre el frágil cuello de Galatea, esta se envaró y trató de levantarse—. Tranquila, sé lo que hago.

—No quiero que lo hagas. —Pero él la sujetaba por un hombro mientras con la otra

mano, una mano enorme, cálida y suave, frotaba la parte superior de su columna—. Para —exigió, aunque la voz le salió tan suave que Josh supo que acabaría convenciéndola.

—Te has golpeado recientemente, ¿cierto?

—Ajá —confesó, abandonada a aquella relajante sensación, a pesar de que sus instintos gritaban en protesta por aquel contacto desconocido.

Josh trazó círculos hacia arriba y hacia abajo, presionó y dibujó la forma de sus vértebras. Trató de ignorar la indignación que le producía ver la espiral verdosa que la marcaba. Aquella mutilación del cuerpo humano le parecía una aberración. Él había preferido tener prohibido el acceso al norte de la frontera de género antes que prestarse a una esterilización. En cambio, Galatea no había tenido opción al haberse visto abandonada en una casa cuna.

Una mano ascendió y se coló entre su suave y fino pelo, guiada por una voluntad ciega de dar consuelo. Ella emitió un leve gemido cuando aquellos fuertes dedos frotaron con suma delicadeza su cuero cabelludo.

—Vas a hacer que me duerma —pensó ella en voz alta, aunque la sensación se esfumó en cuanto se dio cuenta de que no se había limitado a pensarlo.

—Puedo pilotar yo si quieres dormir un rato más. —Se inclinó un poco de forma que pudiera oír bien sus palabras y la veracidad en ellas—. Te aseguro que soy buen piloto.

Galatea sintió un nudo en la garganta y un vuelco en el estómago. La caricia de su aliento, prácticamente de sus labios, en su nuca la había despertado de una especie de trance. Aún paralizada, sintió cómo las manos de él bajaban poco a poco por su espalda, después remontaban y abarcaban ambos hombros completamente sincronizadas.

—No —dijo con la voz ahogada.

—¿No quieres dormir o no quieres que pilote?

—No sigas tocándome.

Se sacudió sus manos de sus hombros y se levantó de golpe. Cuando se giró hacia él sus ojos parecían completamente verdes, y brillaban demasiado. Josh no supo qué había hecho mal esta vez.

—¿Qué...?

Una explosión sonó en el exterior e hizo que la nave se tambaleara. Galatea cayó hacia delante y Josh hacia atrás, frenando su impacto. Al tratar de ayudarla a incorporarse, ella huyó de su contacto como si quemase.

Cuando la alcanzó, Galatea ya estaba a los mandos de la nave.

—¿Crees que es un terremoto? —aventuró Josh. Si era así, con ascender rápidamente estarían a salvo.

—Los terremotos no explotan. —Como queriendo darle más credibilidad a las palabras de Galatea, otra explosión hizo que la parte trasera de la nave se alzara un par de metros del suelo—. Y menos dos veces.

—¿Nos están atacando?

—Qué perspicaz —se burló ella haciendo lo imposible por alzar el vuelo cuanto antes.

—¿Quién?

—¿Quieres que te haga una lista?

La nave al fin respondió y Galatea ascendió solo lo justo para esquivar los primeros vehículos oxidados que les rodeaban. No habían avanzado más que unos pocos metros cuando el radar indicó que una única nave les perseguía. Muy de cerca.

—¿Crees que puede ser ese Jaden?

Galatea rodeó una montaña de naves destartadas y ascendió varios metros para poder pilotar sin obstáculos.

—No lo descarto. Aunque sería la primera vez que me ataca a mí directamente.

Otra bomba explotó a la derecha y la nave se inclinó ligeramente hacia el lado contrario.

—Déjame hacer algo —solicitó Josh, tecleando en el panel de control.

—¿Sabes disparar? —preguntó sorprendida.

—He derribado muchas naves de contrabandistas que se han negado a colaborar.

Como su prioridad era ocuparse de dejar a su enemigo atrás, no puso pegasa a que él demostrase cuán buena era su puntería.

Mientras Galatea los alzaba hasta cielo abierto y ponía la nave a su máxima potencia, Josh tecleaba frenéticamente calculando el ángulo correcto al que colocar los cañones de popa. La nave que los perseguía viraba bruscamente tratando de parecer esquiva, pero él logró establecer una pauta y definió la posición exacta para los próximos segundos. Y disparó.

Tras un estruendo y un leve impulso que les hizo avanzar a causa de la onda expansiva, la pantalla indicó que el objetivo había sido alcanzado. Pero no destruido.

—Le he dado de lleno —alegó Josh, más preocupado que ofendido en su ego—. Cualquier nave debería haber caído.

—No una nave snot —puntualizó Galatea—. Voy a tener que despistarla.

—Puedo volver a alcanzarla —aseguró él, quien calculaba de nuevo las coordenadas de disparo. Pero esta vez, erró el tiro—. ¡Maldita sea! Se lo esperaban y han corregido su pauta en el último momento.

—A diferencia de los humanos, los snots no cometerán el mismo error dos veces.

Así que había que cambiar de estrategia. Inmediatamente. Viró a estribor y les dirigió de lleno a la nube de arena se estaba gestando sobre el vasto Desierto del

Suroeste. En breve, aquello sería un turbulento tornado.

Josh tragó saliva y se preguntó hasta qué punto confiaba en sus habilidades como navegadora.

—¿Estás segura de lo que haces?

—No mucho —reconoció con una sonrisa inocente que no le pegaba nada—. Así que agárrate.

Galatea sostuvo el timón con firmeza y luchó contra la violenta corriente de aire que los arrastraba. La nave enemiga no había dudado en seguirlos, por lo que ambas se veían transportadas por la misma fuerza.

—Dispara ahora que no pueden corregir el rumbo —ordenó la capitana suicida a un copiloto que estaba empalideciendo por momentos.

Josh se alegró de no haber terminado su desayuno, porque lo poco que tenía en su estómago amenazaba con salir por donde había entrado. Tomó aire y, haciendo de tripas corazón, se concentró en calcular por tercera vez las coordenadas de disparo.

—¡Hazlo ya, o no podremos salir de aquí! —exigió Galatea sintiendo que estaba a punto de perder el control de su nave.

Josh habría necesitado unos segundos más para estar seguro, pero si no había más remedio, ignoraría al ordenador por una vez y se dejaría llevar por su propio sentido de la orientación. Pasó a control manual y, teniendo en cuenta el diámetro creciente de aquel torbellino y su velocidad acelerándose progresivamente, hizo uso de sus propias matemáticas, se guió por lo que sus ojos le decían y disparó.

La explosión fue tan cercana que la onda expansiva esta vez les impulsó de forma brusca. Y los propulsó hasta fuera del tornado, haciéndoles girar mientras ascendían y revolucionando los sistemas de navegación. Solo un sensor permaneció intacto y fue quien indicó el peligro de altura. Se acercaban a los radares de vigilancia. Y si los detectaban, revelarían su posición. Entonces, ya no sería solo una nave quien los atacara.

—Corregir altura —indicó Galatea a la vez que tecleaba las órdenes—. Restablecer rumbo.

La nave tardó casi un minuto, pero se estabilizó. El estómago de Josh tardó un poco más en lograrlo.

—El sensor de biogás indica que estamos ya en la reserva —leyó Galatea al revisar que todo estuviera en orden—. ¿No dijiste que lo habías arreglado?

—Lo hice —aseguró.

—Entonces perdemos combustible. Han debido de dañar el depósito con sus bombas.

La nave comenzó a descender y a disminuir su velocidad a pasos agigantados.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Estamos en mitad del desierto! ¡De la nada absoluta!—se

alarmó Josh.

—Tendremos que desviarnos de nuestro rumbo. —Galatea miró el mapa y tecleó nuevas coordenadas—. Conozco un sitio no muy lejos. Espero que lo que nos queda sea suficiente para llegar.

—¿Y si no?

Ella no quiso mirarlo directamente. Estaban en manos de la suerte.

—Tendrá que ser suficiente —sentenció y apagó todos los sistemas que no eran imprescindibles—. Mantente callado. Tenemos que ahorrar oxígeno.

La velocidad era mínima cuando divisaron las mismas montañas que habían sorteado antes de aterrizar en el cementerio de vehículos. Josh había estado dormido y no las había visto. Pero Galatea sabía que solo con fijarse en el mapa del panel de control se daría cuenta de que habían deshecho parte del camino que habían avanzado.

Sin embargo, él no mencionó nada al respecto cuando aterrizaron bajo una larga tejavana ubicada junto a una solitaria casa en la ladera de una de las montañas. Habían llegado con todos los sistemas al límite y a una velocidad de paseo. Pero habían llegado vivos.

Ya a salvo, Galatea conectó los conductos de ventilación en primer lugar. El aire inundó la cabina, fresco y vital.

Ambos se miraron de reojo.

—Creía que eras tú quien perseguía snots, y no al revés.

Ella se soltó el arnés y rio con desgana.

—Llevas la última hora queriendo soltar esa frase, ¿verdad? Ha debido de ser horrible no poder parlotear sin parar.

—Lo que quiero saber es quién y por qué nos ataca.

—Ya no importa. Están muertos —concluyó mientras limpiaba el desastre del desayuno en la parte de atrás. Hasta la colchoneta se había impregnado de leche.

Él la agarró por el codo y la obligó a levantarse. Sin embargo, no ejerció excesiva fuerza sobre ella.

—¿Quién te persigue? —exigió saber con voz pausada.

—Cientos, miles de snots tal vez. No soy Kikey. —Sacudió el brazo para que la soltara—. No paso de puntillas allá a donde voy para causar el menor daño posible. Yo hago mi trabajo. Si alguien mete sus pringosas narices donde no le llaman y resulta herido no es culpa mía.

—¿Alguno en concreto? —Ella negó con la cabeza. Pero después se lo pensó mejor. El gesto de su cara lo reflejó—. Desembucha.

—Cuando crucé la frontera hubo un pequeño incidente con mi nave. Los guardias

del control, guardias snots, pretendían incautármela.

—De ahí las abolladuras —dedujo él—. ¿Y qué hiciste?

Ella suspiró y se pasó una mano por el pelo. Él no necesitó más.

—Así que nos persigue la guardia fronteriza.

—¡Oye! —Frunció el ceño por la rápida conclusión—. A ti también pueden estar buscándote. ¿Acaso no has huido de los snots que pretendes que yo mate por ti?

—Sí. —Su expresión severa no cambió—. Pero ningún snot puede saber que estoy contigo. Y realmente atacaron tu nave, ¿no?

—En eso tienes razón —concedió, mordiéndose los labios. No era propio de ella eludir responsabilidades—. Yo soy el objetivo.

—¿Y qué vamos a hacer?

Él la miraba con sus serenos ojos grises ahora llenos de preocupación. Pero de alguna manera, sentía que confiaba en ella. Simplemente, quería una solución. Y ella se la debía. Era su cliente.

—Ocultarnos mejor.

Unos golpes se oyeron al otro lado del panel frontal. Repetida e insistentemente.

—¿Gala? Gala, cariño. ¿Eres tú?

—Déjame hablar a mí, ¿está claro?

—A sus órdenes, capitana —se cuadró frente a ella, quien respondió con una burla.

—Hola, Silvana —saludó Galatea nada más bajar por la escalinata delantera de la nave, seguida por Josh.

—¿Y este muchachote quién es?

Al verse observado de arriba abajo por una anciana de pelo cano y piel curtida por el sol, envuelta en una gruesa manta, el aludido dio un paso adelante y le ofreció su mano.

—Hola, señora. Me llamo Josh.

Galatea lo fulminó con la mirada. No había tardado ni un minuto en desobedecer sus claras instrucciones. Que en realidad era solo una. Cerrar el pico.

—Josh es un nuevo repartidor —le explicó rápidamente antes de que él se adelantara y metiera la pata—. Los jefes me lo han asignado como aprendiz. Le estaba enseñando las rutas de vuelo cuando nos ha sorprendido un tornado en el Desierto. Estamos sin combustible.

—¿Cómo te has dejado atrapar por un tornado, querida? —se extrañó la anciana.

—Ha sido culpa mía —se adelantó Josh—. Insistí en que me dejara pilotar. Está claro que aún no estoy preparado.

—Sí, le queda mucho que aprender. Como seguir unas sencillas instrucciones.

Ambos se miraron fijamente y Silvana comprendió más de lo que ellos creían.

—Venid, venid conmigo. Es temprano y hace aún demasiado frío para estar aquí



fuera. —Ambos la siguieron cuando ella se dirigió a la casa—. Aunque lamento decirles que el surtidor está seco. Y Herb no volverá hasta mañana con más biogás.

—¡Hasta mañana! —exclamaron ambos a la vez. No podían creer que tuvieran tan mala suerte.

—Sí, queridos. A primera hora.

—¿Podemos permitirnos tanto retraso? —susurró Josh a Galatea mientras la anciana tecleaba la clave de acceso de la puerta.

—¿Acaso tenemos otra opción? Necesitamos el biogás.

—Y arreglar los desperfectos —añadió él.

—Pero primero, os lavaréis y comeréis algo —dictó Silvana abriéndoles la puerta de su casa—. Tenéis medio día y toda una noche por delante para todo lo demás que tengáis que hacer.

—Gracias, Silvana. —Josh le regaló una sonrisa de auténtica gratitud al entrar al calor del hogar y la mujer decidió que le encantaba el muchacho.

—No queremos molestar —intervino Galatea al ver que su anfitriona cogía ya ropa de cama y varias toallas y se dirigía al piso de arriba—. Podemos pasar la noche en la nave.

—¿Teniendo vacíos los cuartos que mis hijos hace años que no usan? Ni hablar. Cada vez son menos los vehículos que paran a repostar. Los pocos que lo hacen ni siquiera se quedan a probar mi comida. Me encanta tener compañía. Y no estando Herb, me siento muy sola.

Ante la mirada desangelada de quien consideraba una amiga desde hacía años, Galatea acabó cediendo.

—De acuerdo. Pero pagaremos por la estancia además de por la comida y el combustible.

—Por la estancia ni se os ocurra. Y de la comida ya hablaremos —añadió mientras desaparecía escalera arriba.

—¿A qué le has dicho que te dedicas? ¿Reparto de mercancías?

Galatea le dio un codazo a Josh y le chistó para que bajara la voz.

—Es mejor que no sepan quién soy. Vengo demasiado a menudo a repostar y no quiero ponerlos en peligro. Si preguntan por Galaxia, ellos nunca la han visto.

Josh era consciente de que la cansada vista de unos ancianos podía no encontrar el parecido entre esa mujer que él tenía ante sus ojos y la campeona que mostraban los anuncios publicitarios. Le pareció muy bondadoso por su parte querer protegerlos.

—Tienes razón —aceptó—. Yo me encargaré de arreglar la nave. Otra vez.

—¿Y cuánto vas a sangrarme por eso?

Recostándose cómodamente en un sillón, con la naturalidad y confianza de quien lo ha hecho muchas otras veces, Galatea lo retó con la mirada.

Él vio el temblor de su rodilla de nuevo. También se fijó en cómo apoyaba la cabeza en el respaldo. A pesar de alzar la barbilla con altivez, su cuello se hundía en la mullida sujeción.

Ella era de carácter fuerte, muy fuerte. Su cuerpo no lo era tanto. Apostaba a que se dormiría en ese sillón antes de que Silvana bajara de hacer las camas.

—Te lo diré cuando acabe —respondió obligándose a dejar la mirar esos ojos inquisitivos y marcharse a solucionar los desperfectos del vehículo que le iba a llevar a cumplir la misión más importante de su vida.

—¿Dónde está el muchachote? —preguntó Silvana, aunque enseguida se llevó la mano a la boca al percatarse de que Galatea dormía plácidamente repantingada en su sillón.

La cubrió con una manta y observó su rostro joven pero cansado. Era una niña con una responsabilidad demasiado grande a sus espaldas, se dijo. Y aun así, la visitaba con asiduidad con la excusa de tener que repostar. Aunque nunca antes lo había hecho acompañada.

Llena de curiosidad, se enfundó un grueso abrigo y salió en busca de Josh, convencida de ir a sacar más en claro de unos pocos minutos con él que de horas hablando con Galatea.

Lo encontró encaramado a la parte trasera de la nave, tratando de alcanzar un panel desconchado que colgaba sobre el depósito. Lo observó en silencio y no pudo evitar pensar que le recordaba a su marido cuando era joven. Siempre trasteando en vehículos de todo tipo. Confiaba en que no solo se parecieran en sus habilidades como mecánicos. Y algo le decía que el muchacho tenía tan buen corazón como su Herb.

—Puedo facilitarte algunas herramientas y repuestos. Además de una escalera para que no tengas que trepar como un gato. Herb tiene un auténtico arsenal de piezas en el sótano.

Josh saltó hasta caer de pie sobre el frío suelo del aparcamiento. Ya tenía el panel chamuscado en la mano.

—Me vendrían francamente bien. Hay daños bastante graves... por todas partes.

—Sí, ya veo. —Silvana señaló la pieza aún humeante—. Los tornados son cada vez más peligrosos.

—Sí —confirmó secamente antes de seguirla al sótano.

—¿De dónde eres, Josh? —le preguntó de camino a la puerta trasera que llevaba al sótano.

—De Unug —dijo tras un segundo de más. Si reconocía ser del Cinturón de Piedra,

ella podría extrañarse de que a su edad no tuviera ya un puesto como funcionario.

—¿Y por qué vas a dedicarte al reparto de mercancías si parece que se te da bien la mecánica de aeronaves?

Antes de abrir la puerta, la mujer se plantó delante de él y lo miró a los ojos.

—Me gusta viajar —afirmó, aunque sonó casi a pregunta.

Silvana fijó su mirada en él. Josh no apartó la suya de los ojos azules casi transparentes de la anciana, rodeados de unas arrugas muy marcadas fruto de los años y de los daños solares. A pesar de ser bastante más bajita que él, emanaba fuerza y seguridad.

—Pero ya no eres un crío para ser un aprendiz —sentenció. Josh no supo qué responder a eso—. Y Gala nunca antes ha tenido ninguno a su cargo. ¿Qué te hace a ti especial, Josh?

—Eso lo desconozco. —Esta vez no mentía, no del todo. Aún se sorprendía de haber logrado que Galatea aceptara su encargo—. Tendrá que preguntarle a ella.

—Ella nunca suelta prenda.

—Es muy reservada. O eso me ha parecido —se corrigió.

Silvana se dio por satisfecha cuando los bonitos ojos grises del muchacho bailaron inquietos al mencionar a quien ella sabía de sobra que no era su instructora. Ahora sabía que tampoco se conocían aún lo suficiente como para que fueran algo más que... cliente y recuperadora, auguró. Ni siquiera amigos, por cómo se habían retado con la mirada hacía un rato. Pero al parecer tampoco iba a descubrir, de momento, por qué Galatea había permitido que Josh la acompañara. Por su cara bonita no había sido, eso seguro, y no porque el chico no la tuviera. Sino porque Galatea era extremadamente cuidadosa, en absoluto impulsiva. O no lo había sido hasta ahora.

—Coge todo lo que necesites —le ofreció nada más abrir la puerta—. Pero a las ocho en punto te quiero duchado y a la mesa. ¿Entendido, Josh de Unug?

—Sí, señora.

Con una inclinación de cabeza, Josh entró en el sótano sin mirar atrás. El corazón le latía inquieto. Aquella mujer parecía saber leer más allá de las palabras. Y temía haberse delatado con los gestos nerviosos de su cara.

No quería estropearlo. No quería enfadar a Galatea. No quería que aquello saliera mal, porque no podía permitírselo.

Suspiró y se dispuso a buscar las piezas y los materiales que necesitaba para que la nave funcionara correctamente. Si solo disponía de unas horas, más le valía emplearse a fondo.

## Capítulo 5

Cuando Galatea despertó, miró rápidamente la hora en el ornamentado reloj de pared del salón de Silvana. El antiguo aparato que sabía que Herb había estado manipulando hasta arreglarlo, marcaba las tres y media, por lo que había dormido más de dos horas. Demasiado para una siesta no premeditada. No oyó un solo ruido ni voces en la casa, pero sí encontró dos vasos de uno de los deliciosos licuados de frutas de Silvana, junto con un par de bocadillos que su anfitriona parecía haber dejado sobre la mesa del comedor como merienda. Se le escapó una sonrisa antes de comerse el suyo degustando cada bocado. Mientras bebía el zumo, su vista captó un movimiento al otro lado de la ventana. Se acercó y, sin mover un solo músculo, se quedó mirando.

Subido a una escalera de tijera y con una pierna a cada lado, Josh manejaba con destreza un soplete sellando a la carrocería del depósito de combustible un panel de un tono grisáceo que no cuadraba exactamente con el de la nave. Aun así, logró hacerlo encajar. Tras cerciorarse de que estaba bien colocado dándole un par de fuertes puñetazos, Galatea lo observó bajar de la escalera, deslizarla un metro a su izquierda y volver a subirse para repetir la operación con otro panel.

Debía de llevar allí el mismo tiempo que ella llevaba durmiendo, descontando el que hubiera dedicado a buscar herramientas y piezas en el escandalosamente surtido sótano de Herb que ella ya conocía. Y aunque en ese tiempo la temperatura hubiera subido diez grados, seguía siendo poco para estar en manga corta, pensó Galatea al fijarse en sus brazos, tensos por la postura forzada de aquel trabajo físico. Sin embargo, a él no parecía importarle, incluso estaba sudando. Su camiseta blanca estaba húmeda y se le pegaba al torso y a la espalda, volviéndola casi transparente por ciertas zonas.

Se sobresaltó pensando que la había descubierto espiándolo cuando se quitó las gafas de seguridad y miró hacia un lado. Pronto entendió que lo que hacía era golpear de nuevo el panel anterior, que se había salido por una esquina. Con suma paciencia, lo ajustó mejor y siguió con la tarea entre chispas y golpeteos de un martillo. Lo vio bajar y subir de aquella escalera más de tres veces, sellando la zona de la nave que había resultado peor parada en el ataque snot. Lo hacía de forma meticulosa y ordenada, tranquila pero eficientemente. Galatea no sabía por qué, pero sentía paz al contemplar la manera en que Josh se movía. Y a la vez, se sentía tensa y

desconcertada.

En el momento en el Josh bajó de un salto y se quitó las gafas antes de recoger la escalera, Galatea se apartó bruscamente de la ventana. Notó la mano agarrotada allí donde los dedos habían estado sujetando con excesiva fuerza el vaso del zumo que aún no se había terminado. Casi lo lanzó contra la pared al ver la hora que marcaba el reloj. Había malgastado más de veinte minutos allí plantada, mirando sin más en lugar de trabajar en reparar su nave. No era propio de ella, no lo era en absoluto.

Furiosa consigo misma, se obligó a beberse lo que quedaba en su vaso antes de coger la otra ración y salir de la casa.

No vio a Josh por ningún lado, solo los parches aún humeantes de las piezas repuestas, no todas del mismo tono verdoso moteado tan similar a la mayor parte de la superficie yerma de Nox. Pero el apaño no estaba mal.

Después de rodear la nave y comprobar que los mayores daños externos habían sido remendados, se dirigió al interior. Lo encontró de nuevo en su asiento, tecleando y esperando las respuestas a sus pruebas, supuso. Le sorprendió que él apenas levantara la cabeza para mirarla y, sobre todo, que no dijera nada. Así de concentrado parecía estar. Se sentó en el asiento del copiloto y lo observó trabajar.

—Silvana ha hecho la merienda. —Depositó el bocadillo y el zumo junto al panel de control. Él no dijo nada y solo miró de reojo la comida. Galatea no supo si le molestaba más que no la hablara o que no parara de hacerlo—. ¿Cómo lo llevas?

—Me quedan algunos detalles. —Tecleó unos minutos más antes de mirarla directamente, sorprendiéndola—. ¿Cuál es el suministro de agua de la casa?

—¿Por qué? —Lo observó detenidamente. Sudado y sucio, con los ojos enrojecidos. Parecía agotado. Una punzada de culpabilidad le atravesó el pecho.

—Porque no sé si he sellado completamente el depósito. Tendría que llenarlo de agua para comprobarlo. Y si el abastecimiento del que disponen lo tienen que transportar hasta aquí, no me parecería correcto malgastarlo en eso.

Galatea lo vio coger el bocadillo con cuidado de no tocarlo demasiado con las manos negras de grasa y mirarlo con curiosidad antes de darle un mordisco y emitir un sonido de aprobación. Después dio otro bocado y se relamió la salsa que se le escurrió por la comisura. Se notaba que estaba hambriento. No era de extrañar, pues apenas había desayunado. Y dudaba que hubiera parado un solo segundo para comer algo si en dos horas había reparado prácticamente todos los daños. Carraspeó al notar un nudo en la garganta.

—Usan un arroyo subterráneo.

—Perfecto. —Josh ya se estaba levantando—. Podemos emplear algunos tubos de surtidores viejos que he visto en el sótano. Herb tiene absolutamente de todo ahí abajo. ¿Vamos?

—¿Al sótano? —preguntó, pero permaneció sentada.

—No. Primero al arroyo. Tengo que medir la distancia, para calcular cuántos necesitamos exactamente.

—No está lejos. A unos quince metros del huerto trasero, quizás veinte. —Cogió el vaso y se lo entregó a Josh. No pensaba permitir que siguiera trabajando sin terminarse la comida—. Cultivan sus propias frutas y hortalizas.

—Genial. — Desde su asiento, Galatea observó a Josh beber el zumo de un trago. La nuez se le movía mientras el líquido recorría su garganta. Los ojos se le deslizaron más abajo, al marcado pecho que la empapada camiseta se obstinaba en revelar—. Delicioso —jadeó antes de sobresaltarse al ver que Galatea se levantaba de golpe y le arrebatava el vaso.

—Necesitaremos algo para bombear el agua —dijo de espaldas a él—. Voy a ver qué encuentro. Mientras tanto, tú podrías cambiarte de ropa. Vas a enfriarte. Y no quiero tener que volver a hacer de enfermera contigo.

Josh la vio salir de la cabina y después se miró a sí mismo. Estaba sucio y empapado en sudor. Debería ducharse, pero no había terminado de trabajar aún. Así que cogió otra camiseta y se cambió rápidamente antes de dirigirse al sótano, preguntándose por qué de pronto Galatea volvía a parecer enfadada si él había cumplido con su parte del trato más que de sobra.

Mujeres, pensó para sí. Sin embargo, al verla a lo lejos, de espaldas a él y caminando con ritmo rápido y sigiloso, tuvo que reconocer que esa en concreto, no era como ninguna mujer que hubiera conocido nunca antes. En ningún sentido.

La tubería que montó Josh en un santiamén fue más que suficiente para trasvasar el agua que corría fresca en el interior de una cueva ubicada en la parte trasera de la casa. Galatea se había encargado de conectar un generador a la antigua bomba para biogás con la que Herb había comenzado a despachar el combustible hacía más de cuarenta años. Ahora contaban con una mucho más potente importada desde Hermo, el planeta de los ríos y uno de los tres únicos que comerciaban con Nox, al menos legalmente.

Cada uno en un extremo del conducto, esperaron largos minutos hasta que el depósito se hubo llenado. Tras cerrar la compuerta de repostaje, Josh recorrió el camino hasta la cueva e indicó a Galatea que ya podía apagar el motor. Ahora tenían que esperar a ver si el agua se filtraba o si el sensor de combustible indicaba algún tipo de descenso. Después llevarían bomba y generador hasta la nave y harían la operación contraria para vaciar de nuevo el depósito. De paso, la prueba serviría como una purga que lo limpiaría de los restos de las explosiones y de cualquier tipo

de residuo. Ese era el plan y ambos lo sabían. Por lo que tenían una hora por delante que debían emplear en algo productivo.

—¿Me enseñas cómo matarlos?

La voz de Josh hizo eco en la pequeña cueva, apenas iluminada por un rayo de luz que se colaba por una grieta. Galatea estaba lavándose las manos manchadas de grasa del motor que acababa de apagar. Alzó la vista y lo miró directamente a los ojos. Solo vio determinación en ellos.

—Puede parecer sencillo, pero no lo es.

—Sé que no lo es. —Se agachó a su lado y se lavó también las manos—. Pero si alguien puede enseñarme eres tú.

Eso no se lo iba a discutir. Aun así no era una buena idea.

—No estás autorizado. Podrían ejecutarte por ello.

Él se secó las manos en las rodillas y apretó la mandíbula antes de volver a mirarla. El turquesa de sus ojos se volvía más verde en contraste con el reflejo azul del arroyo.

—No me importa.

—Tal vez a ti no, pero a mí sí.

Josh alzó ambas cejas, sorprendido. Ella se percató de sus palabras y se llevó las manos a las sienes con frustración.

—Quiero decir que no quiero contribuir a que te maten —aclaró—. No quiero tu muerte sobre mi conciencia. —Sin embargo, le comprendía perfectamente. Además él la miraba con la misma expresión decidida. Era tozudo. Y quería venganza. Una mala combinación—. Bolgang mató a doce de mis hermanas de la casa cuna, ¿sabes? Y a Agatha. Yo también lo quiero muerto. Llevo buscándolo muchos años. Pero se esconde bien.

—¿Crees que se las...?

—¿Comió? —terminó por él—. No. La verdad es que él fue quien dio la voz de alarma sobre Agatha y lo que había estado haciendo. La ejecución fue a manos de los Jueces. No sufrieron. Al menos no físicamente.

—Yo creo que mi familia sí sufrió.

Probablemente. No le extrañaba que tuviera pesadillas.

—Lo siento —fue su sutil forma de confirmarle esa posibilidad.

—¿Entonces, enséñame a matarlos! —exigió, haciendo resonar su voz en la abovedada pared de piedra. Aunque las siguientes palabras sonaron más a ruego—. Y déjame ser la mano ejecutora del asesino de mi hermana.

Era lo justo. ¿Acaso alguien tendría más derecho que él? Sí, se dijo. Otra persona en sus mismas circunstancias. Y no dudaba de que habría muchas en Nox. Bolgang devoraba humanos. Esa era su forma de ejecutarlos. Las excusas para no devolver los

cuerpos de los condenados no se sostenían. Hasta la Agencia rumoreaba al respecto. Pero no movía un dedo por evitarlo.

Después de varios segundos con las miradas enfrentadas, pensó que Josh iba a ser totalmente capaz de hacerlo. Incluso sentía cierta expectación ante ese hecho.

Convencida a pesar de los riesgos, sacó una de sus dagas y comenzó a dibujar en el suelo. Había adquirido habilidad dibujando en sus lecciones de anatomía humana, pero aquello no se parecía nada a un cuerpo humano. Tampoco era que la húmeda gravilla fuera el mejor lienzo, aunque un círculo imperfecto con una antena en lo alto no era tan complicado de trazar.

—Presta atención. Su punto débil es su cerebro. Es la única parte dura dentro de la masa gelatinosa de su cuerpo. Está rodeado de otros órganos más blandos. —Señaló el centro del dibujo, donde trazó círculos más pequeños dentro de uno mayor—. Se encuentra a unos cinco centímetros de profundidad en el interior del orificio central que les sirve tanto de respiradero como forma de comunicación. Lo difícil es tenerlo a tiro, porque suelen ocultarlo cuando se sienten amenazados.

Josh prestó atención a sus explicaciones gráficas, memorizando la imagen. Después ella se levantó y él la observó realizar en la penumbra movimientos tácticos de ataque y defensa. Cuando creyó comprenderlos, la imitó. Finalmente, ella le reveló cómo esquivarlos, cómo atraerlos, cómo despistarlos. Quizás él no fuera tan ágil, ni tan veloz. Pero era listo y aprendía rápido.

—Tendrás que practicar con alguno menos astuto antes de ir a por Bolgang —le indicó Galatea después de más de media hora de ejercicios prácticos—. Pero no tenemos tiempo de ir a buscar algún voluntario. Ven conmigo.

Josh la siguió al interior de la nave y esperó intrigado a que ella programara algo en el ordenador. Una imagen se proyectó contra las puertas traseras del interior de la bodega de carga y pareció cobrar vida en tres dimensiones. De pronto, un enorme snot rodaba hacia ellos.

—¡Caray! Es muy realista.

—Es un simulador de entrenamiento. A falta de voluntarios reales, es una buena forma de practicar.

—¿Cómo empiezo?

—Tú ve a por él. —Le entregó una daga similar a las que siempre llevaba en sus botas, pero con la empuñadura mucho menos elaborada. El filo estaba iluminado por sensores y tenía la punta roma—. Haz lo que te he enseñado.

Lo observó media hora, lo justo para comprobar que sus lecciones habían hecho mella. Corrigió su ansia de atacar antes de tiempo, antes de que la trayectoria del snot



al que se enfrentaba no tuviera modificación posible. Esa impaciencia desentonaba con su habitual serenidad. Galatea sospechaba que era la misma que lo impulsaba a hablar por los codos.

Pero esa debilidad la compensaba el hecho de que, sin lugar a dudas, era valiente. No se había amedrentado ante el realismo casi tangible de su atacante. Y eso era más de lo que podía decir de muchos de sus compañeros de academia en sus primeros entrenamientos con simuladores. Yanasa había salido corriendo ante la primera visión de un snot acercándose amenazante a ella. Otros que actualmente ostentaban puestos medios en el ranking habían resultado heridos de gravedad en ejercicios de enfrentamientos reales antes de graduarse.

En cambio, Josh había conseguido acabar en un tiempo razonable con cinco snots, sin sufrir heridas potencialmente mortales. Y sobre todo, nunca había visto a ningún aprendiz de recuperador mirar a un snot con esa ferocidad. Parecía como si viera a Bolgang en cada uno de ellos y parte de su rencor muriera con cada nuevo cadáver holográfico.

—Sigue un rato más. Yo me encargo de vaciar el depósito —le indicó tras confirmar que el indicador de carburante no había descendido un solo centilitro—. A ver qué tal se te da con dos atacantes.

Reprogramó el simulador y se carcajeó ante lo rápido que Josh se había dejado rodear al ir directamente a por uno de ellos.

—¿Qué hago? —inquirió al verse acorralado.

—Novato —espetó ella, arrebatándole el arma y mostrándole cómo girar, cómo saltar y cómo regatearlos hasta tenerlos bien alejados entre sí para poder matar primero a uno y después al otro —. No te precipites —le aconsejó y le devolvió el arma.

No se marchó hasta comprobar que era capaz de acabar, al menos, totalmente con uno.

—¿Puedo programarlo para tres? —quiso saber Josh al verla salir por la puerta con su mochila al hombro y una especie de maletín en la mano.

—Tantos como quieras —le indicó mirándole de reojo con media sonrisa—. Pero primero acaba con ese que va a por ti.

Josh vio cómo un snot que había creído derrotar se recomponía y lo atacaba de nuevo.

—¿Pero qué...? —antes de acabar la frase, una línea roja de luz pigmentada a lo largo de su brazo indicó que este habría sido absorbido por el cuerpo del snot de no haberse tratado aquello de una ilusión—. No he acertado en el cerebro, ¿cierto?

—Muy cierto. Nunca los des por muertos hasta que sean un charco de moco humeante —fue su último consejo antes de desaparecer y dejarlo solo ante el

simulado peligro.

—Hola.

Silvana parpadeó y enfocó su borrosa vista hacia el rostro de Galatea, que estaba sentada al borde de su cama.

—Hola, querida. Me ha dado envidia verte dormir tan a gusto y he decidido echarme una siesta yo también —se excusó. No iba a ser ella la única que mintiera de las dos—. ¿Qué hora es?

—Algo más de las seis.

—En ese caso, más vale que me ponga con la cena. Ya le he avisado al muchachote que a las ocho debe sentarse a la mesa. Por cierto, ¿dónde está?

Galatea empujó a la anciana por el hombro cuando esta trató de incorporarse.

—Josh —dijo lentamente, como si así pudiera evitar que volviera a emplear aquel horrible apelativo —está muy entretenido ahora mismo. Le he conectado unas lecciones de vuelo en el simulador de la nave. A ver si así evitamos tragarnos otro tornado la próxima vez que crucemos el desierto.

Silvana la miró con expresión neutra mientras Galatea ocultaba sus ojos en los útiles de su maletín. La anciana se dijo que al menos parte de lo que le estaba diciendo no era del todo mentira. Pero no era capaz de saber cuál.

—¿Tienes que hacer eso ahora? —protestó cuando Galatea sacó los medidores cardíacos.

—Sabes que sí. Estate quieta y callada unos minutos, ¿vale?

Silvana suspiró y se dejó hacer. Trató de relajarse lo máximo que pudo mientras su joven doctora particular comprobaba el estado de su corazón con aquel aparatejo que tanto odiaba. Y no porque le causara el menor dolor, ya que sus pequeñas ventosas casi no ejercían presión en las sienes, el pecho y la muñeca; sino porque el muy listillo era infalible con los resultados.

—Has tenido una recaída. ¿Cuándo?

Silvana miró hacia otro lado.

—¿Ese chivato no lo sabe? —dijo fríamente.

—No con exactitud. Calculo que hará unos dos meses. ¿No habrás dejado las píldoras?

—No, no las he dejado.

Galatea guardó el medidor de mala gana y sacó otro frasco del medicamento que Silvana le había prometido que tomaría cada día sin excepción.

—¿Sabe Herb que no las estás tomando?

—Sí las tomo. Casi siempre —confesó finalmente—. Desde hace seis semanas no

me salto ni un día.

Galatea la miró preocupada y le acarició la cara, levemente y solo un segundo. Más que suficiente conociéndola Silvana como la conocía.

—¿Cuánto tiempo estuviste inconsciente esta vez?

Silvana se incorporó en la cama y le rozó con un solo dedo la barbilla a Galatea para que la mirara.

—Menos que la anterior —le aseguró—. El medicamento es efectivo. No te preocupes.

—Claro que me preocupo. —Apretó los labios y decidió que necesitaba aire fresco. Se levantó para marcharse—. No vuelvas a saltarte una sola toma. Prométemelo Silvana.

Con el enorme dormitorio entre ellas, ambas se miraron fijamente y la anciana se preguntó cómo dos personas que se habían visto a lo sumo veinte veces en toda su vida podían preocuparse tanto la una por la otra.

—Deberías dejar ese trabajo horrible que tienes y dedicarte a sanar enfermos. — Galatea ignoró aquel recurrente consejo de su amiga e inclinó la cabeza esperando lo que solicitaba. Para que se quedara tranquila, Silvana abrió el frasco de las píldoras y se tomó una con el agua que tenía sobre la mesilla—. Por cierto, ¿de dónde las has sacado? Dijiste que sería casi imposible encontrar más.

—Tengo mis contactos —cada vez más difíciles de sobornar, pensó—. Y conseguiré más. Así que...

—No me saltaré una sola toma. Lo prometo.

—Gracias. —Tras una fugaz sonrisa, se dio la vuelta para salir de allí y estar un rato sola con sus pensamientos, que bullían descontrolados en su cabeza pero, sobre todo, en el interior de su pecho.

—Gala —la llamó antes de que desapareciera por el pasillo—. ¿Por qué no te das un baño y te relajas un poco? Herb ha instalado una bañera nueva.

—¿De veras? —El rostro se le iluminó de inmediato—. ¿Una bañera de verdad?

—Sí, una bien grande además.

La carajada de Silvana retumbó en el dormitorio cuando la joven recorrió el pasillo a la carrera y cerró la puerta de un sonoro portazo.

Mucho más relajada después de un caliente y aromático baño, Galatea fue a buscar a Josh. No le sorprendió encontrarlo aún practicando con el simulador, pero sí luchando con el pecho al descubierto y contra cinco snots simultáneamente. El programa no permitía avanzar en el nivel del ejercicio si no había una victoria en un punto de dificultad inferior, lo que significaba que Josh había sido capaz de vencer

hasta a cuatro snots atacándole a la vez.

—Vas a necesitar un buen rato a remojo para quitarte todas esas marcas. —Josh se distrajo con la voz de Galatea y se vio atrapado entre los dos snots que aún seguían en pie. Más líneas rojas de luz pigmentada señalaron las partes de su cuerpo que habrían sido, primero abrasadas, después absorbidas—. No puedes matar snots si no tienes brazos o cabeza, ¿no crees?

Él no dijo nada. La miró jadeante con el arma aún empuñada en una mano alzada. Finalmente la dejó caer.

—Ya vale por hoy —sentenció Galatea. No le gustaba la mirada perdida de Josh. La había centrado en ella un momento, al oírla hablar, y el gris de sus ojos era turbulento como una tormenta. Pero enseguida los había desviado hacia ningún punto en concreto—. Dame la daga. Dámela.

Se acercó hasta él y tuvo que arrancársela de la mano. Había visto eso antes. La mente se quedaba atrapada en una realidad que no lo era. La adrenalina de la batalla eclipsaba cualquier pensamiento que no fuera luchar y luchar hasta arrasar con todo. No había creído que alguien como Josh pudiera verse dominado por esa fuerza. A no ser que su motivación fuera aún más allá de la venganza.

—Mírame —exigió sin conseguir nada—. Mírame, Josh —repitió, tirando el arma al suelo y tomando su cara con ambas manos para que centrara sus ojos en ella—. Vuelve de donde quiera que estés.

El sudor le bajaba por las sienes como si acabara de salir de la ducha. El pecho también húmedo subía y bajaba tratando de regular la respiración demasiado acelerada que estaba hiperventilando su cerebro. Finalmente, él apretó los dientes con fuerza e inhaló por la nariz a la vez que cerraba los ojos y relajaba poco a poco su tensa musculatura.

—¿Estás de vuelta?

—Un olor maravilloso me ha mostrado el camino.

Cuando Josh abrió los ojos y estos la enfocaron con un gris apacible, Galatea deslizó las manos lentamente hasta apartarlas de su rostro. Se regañó mentalmente por dar un instintivo paso hacia atrás.

—Acabo de darme un baño. Tú deberías hacer lo mismo. —Cogió su camiseta en cuanto la divisó colgando de cualquier manera de su asiento y se la lanzó—. Si Silvana ve esas marcas rojas no creerá que hayas estado pilotando en un simulador.

—¿Eso le has dicho? —Antes de ponerse la camiseta, se dirigió al aseo y se secó con una toalla mientras Galatea trataba de no mirarlo con preocupación y apagaba el programa de entrenamiento—. No estoy muy seguro de que se crea la historia que le hemos contado.

—Entonces intenta ser más convincente. —Cogió su mochila y se la lanzó tan fuerte

que rebotó contra su pecho—. Vamos, es casi la hora de cenar y aún tienes que lavarte.

—¿A qué hueles? —se interesó mientras la seguía fuera de la nave.

La oscuridad era casi total en esa noche sin luna, fenómeno poco habitual en Nox. La temperatura iba descendiendo por aquel valle a una velocidad de tres grados a la hora. Ambos aceleraron el paso.

—¿Quieres que te deje mi jabón? —La idea le hizo gracia. No tanto que él estuviera tan cerca, tratando de olfatearla.

—No, gracias, me gusta el mío. Es solo curiosidad.

A ella también le había gustado su olor. Y debía ser un buen jabón cuando él había estado a un centímetro de ella, empapado en sudor, y aun así aquel aroma picante y amaderado seguía prevaleciendo. Lo tendría incluso impregnado en las palmas de sus manos, pensó cuando recordó cómo lo había agarrado por las mejillas. Los dedos se le tensaron ante la sensación de su piel contra la suya, una mezcla de suavidad y la aspereza de su incipiente barba.

—¿Flores silvestres? —aventuró al ver que no le respondía—. ¿Frutas cítricas?

—Sube rápido —susurró en la entrada—. Tienes algunas marcas a la vista. — Señaló sus antebrazos, pero ni siquiera los rozó.

—Lo averiguaré —le retó él guiñándole un ojo y corrió escaleras arriba para que Silvana no lo viera desde la cocina—. ¡Subo a ducharme, Silvana! —gritó por el camino—. Pero en diez minutos estoy a la mesa. Si la cena está la mitad de sabrosa que la merienda, le aseguro que quiero ración doble.

Comieron hasta hartarse. Y rieron durante toda la cena con anécdotas que Silvana contaba sobre las travesuras de sus hijos cuando estos eran pequeños. Josh recordó con tristeza otras tantas que él y su hermana habían cometido, pero se abstuvo de participar para no desvelar su auténtica identidad. Le dejó el protagonismo a la anciana, encantado de oír por primera vez a Galatea reírse con auténticas ganas.

Intrigado por esa nueva faceta de ella, la observó masticar lentamente con la boca cerrada, utilizar los cubiertos con delicadeza y secarse pulcramente con la servilleta cada vez que bebía de una copa que sostenía por el tallo con solo dos dedos. La espalda erguida, los hombros hacia atrás... Era como si estuviera en un banquete elegante rodeada de los más altos cargos del gobierno. Sin embargo, iba vestida con sus ropas oscuras de viaje, comía comida sencilla con gente corriente en una casa humilde. Su porte y sus formas cuidadas debían de ser fruto de una educación inesperadamente refinada para una casa cuna, pero eran tan intrínsecas a Galatea como su forma de caminar y esa sorprendente y contagiosa manera de reír.

Aunque hubiera querido hacerlo, no habría podido apartar los ojos de ella.

—¿Qué os parece si preparo una infusión calentita y nos la tomamos más cómodamente en el salón?—propuso la anfitriona procurando alargar la velada un poco más.

—Me encantaría. —Josh, como despertando de un sueño, se levantó de inmediato para ayudar a recoger los platos. Solo apartó los ojos de Galatea un par de segundos, lo justo para no ver que le hacía señas con las manos.

—¡Deja eso ahora mismo! —le increpó la anciana—. ¿Qué crees que soy, una vieja chocha?

—No... —Josh se sentó de golpe. Y sí llegó a ver cómo Galatea hundía la cara entre las manos—. Yo... solo quería ayudarla.

—Eres mi invitado. Y yo soy perfectamente capaz de recoger tres míseros platos. ¿Está claro?

—Totalmente.

Josh la observó pisar con fuerza de camino a la cocina. Miró a Galatea con los ojos muy abiertos.

—¿A qué ha venido eso? —La mujer parecía haberse convertido en otra persona—. ¿Qué he hecho?

Ella se levantó y le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Se acomodó en el mismo sillón que esa tarde y Josh lo hizo justo en el de enfrente.

—Silvana tiene problemas de corazón —le explicó en voz baja—. Hasta que comenzó a tomar una medicación adecuada, sufrió varias crisis que le fueron atacando diferentes partes del organismo. Estaba casi ciega cuando la conocí. Y cuando volví por segunda vez, apenas podía andar.

Él la observó unos instantes. Galatea le hablaba pero no centraba su mirada en él. No lo había hecho en toda la cena, y no entendía por qué.

—Tú le trajiste esa medicina. Diagnosticaste su enfermedad.

—No terminé mis estudios —le indicó y sus ojos por fin se fijaron en él—. Pero aprendí algunas cosas. Cosas útiles. Los síntomas que ella tenía, y cómo me explicó Herb que habían sucedido las crisis, me dieron algunas pistas. Sabía que podía ayudarla, y lo hice.

—Te estará muy agradecida —dedujo, pues él lo estaba por haberle salvado de las lumicárnivas.

—No siempre se toma sus píldoras —apuntó ella con rabia.

—¿Por qué?

—Creo que... cuando es consciente de que sus hijos no volverán, entra en una especie de depresión. Eso hace que todo le dé igual. Incluso vivir.

Por desgracia, aquel mal estaba muy extendido por el planeta. La depresión era una

plaga tan voraz como el cáncer de piel provocado por las pocas horas diarias de intensa luz solar.

—¿Dónde están sus hijos?

—No lo sé. Y ellos creo que tampoco. Aunque por algún comentario aislado, me da la impresión de que se fueron de Nox cuando tuvieron la oportunidad. —O murieron en el intento, pensó ella para sí. El caso era que no habían vuelto a dar señales de vida.

—Y no se preocuparon de llevarse a sus padres —meditó Josh—. Como otras personas no lucharon por llevarse a sus hijos. ¿Por eso te sientes tan cercana a ella? ¿La ves como una figura materna?

Josh no vio venir el cojín bordado que Galatea le lanzó en plena cara hasta que ya lo tuvo encima.

—Deja el psicoanálisis barato para quien lo necesite, ¿vale? —Furiosa, se levantó de golpe y lo señaló directamente con un dedo, mordiéndose la lengua para no llamarle de todo—. Yo ya tuve una madre. Se llamaba Agatha Biagioni. Y está muerta. Así que respeta su memoria.

—Perdona —murmuró, preguntándose cómo era posible que metiera la pata constantemente.

—Cállate. No quiero oírte.

Se habría ido directa a la cama. Era lo que necesitaba en ese momento. Pero no podía dejar a Silvana sola con aquel cretino que hablaba sin filtrar primero sus pensamientos. En lugar de eso, se dirigió a una esquina del salón y conectó un aparato que Josh no había divisado hasta ese momento.

—Oh, los Nocturnos de Chopin. —Silvana alabó la elección según llegaba al salón cargada con una bandeja—. Muy apropiado para una noche sin lunas.

Galatea volvió a su asiento y le agradeció su taza humeante.

—¿Eso es lo que creo que es? —Josh lo había estado mirando desde que Galatea lo había conectado y no podía creérselo—. ¿Es... un gramófono auténtico?

—¿Así es como se llama? —A Silvana no le sorprendió del todo que Josh supiera algo así. No sabría quién era, pero sí quién no era. Se sentó tranquilamente en su sillón junto a Galatea y le ofreció un poco de leche—. Mi Herb lo encontró en una nave abandonada en el cementerio de vehículos, donde suele ir a buscar piezas. No paró hasta conseguir que funcionara. Al menos lo hace con los discos que acompañaban al aparato. Después encontró más, bastante parecidos, solo algo más pequeños, pero nunca conseguimos que sonaran.

—1888 —murmuró Josh, que estaba arrodillado junto al gramófono y leía una inscripción—. Es una pieza original, una auténtica reliquia de la Tierra. Tuvo que pertenecer a algún museo.

—¿Y cómo sabes tú eso?— se extrañó la anciana.

Josh no tuvo que darse la vuelta para saber que Galatea lo taladraba con la mirada.

—Soy aficionado a la historia, sobre todo a lo que tenga que ver con la Tierra. Los objetos mecánicos me fascinan.

—No lo digas muy alto o acabarás en el Cinturón de Piedra —le aconsejó y, aunque sonreía, se santiguó varias veces. Había leyes Adler que podían llevarte preso simplemente por tratar de acceder a información no autorizada.

Josh se sentó a tomar su infusión y se relajó bajo el hechizo de aquella música que sonaba de una forma que ningún sistema moderno podía igualar. Cuando oyó las risas amortiguadas de las mujeres que había a su lado, se dio cuenta de que se había quedado medio dormido. Se incorporó de golpe.

—Roncas como un oso salvaje de quinientos kilos —le indicó Silvana quitándole la taza de las manos antes de que se le cayera.

—Eso me han dicho. —Aunque la verdad era que Galatea, quien ahora lo miraba con gesto divertido, era la primera persona que se lo había mencionado. Tal vez fuera un hábito reciente dado el estrés y la fatiga acumulados. Pero si servía para que ella volviera a sonreírle, bienvenido fuera—. La verdad es que estoy agotado. Será mejor que me retire ya. Gracias por todo. —Se acercó a Silvana y, tras una reverencia, le besó el dorso de la mano—. Buenas noches.

—Buenas noches, muchacho. Que descanses.

—Buenas noches, Galatea.

En cuanto lo dijo, se mordió la lengua.

—¿Galatea? —repitió Silvana.

—Es... un apodo —intervino ella—. Es aficionado a la historia, como ya ha dicho, y mi nombre le recuerda a ese, que debe de provenir de una leyenda o algo parecido. Ya le he dicho mil veces que no me llame así, pero es muy tozudo.

El nerviosismo de Galatea era mayúsculo, y Josh no sabía qué decir, o si sería mejor no decir nada más. Bastante había dicho ya.

La anciana los miró a ambos y a punto estuvo de confesarles que lo sabía todo desde hacía años. Que a alguien como Herb, que se dedicaba a arreglar naves, nadie le iba colar que una simple repartidora pilotara una flamante KZT, que por otro lado apenas contaba con espacio en su bodega de carga. Que la forma de moverse de la joven era demasiado ágil y demasiado sigilosa para dedicarse a esa sencilla tarea. Que aunque hacía mucho que no salía de casa, había estado en lugares públicos en varias ciudades, y la publicidad era difícil de ignorar. En cambio, era sencillo reconocer aquella expresión altiva en el gesto de Galaxia si ya conocías a Gala, o Galatea. Aunque hubiera elegido un nombre menos evidente con el que presentarse, la verdad era demasiado clara. Y si no se había descubierto hasta ahora, era por temor a



que ella decidiera no volver nunca más por allí. Imaginaba que prefería vivir en el anonimato. O que así creía tenerlos a salvo. Así que no iba a ser ella quien le quitara esa tranquilidad.

—A mí me gusta mucho más Galatea —declaró finalmente—. Deja al chico que lo utilice. No seas tú la tozuda. Yo también quiero llamarte así. Galatea.

—Es un nombre con fuerza. Te pega mucho —aportó Josh, aunque la mirada de la aludida lo decía todo—. Pero usaré Gala si te gusta más.

—Me gusta más. Buenas noches. —Con esas palabras lo despidió y se volvió hacia Silvana para cambiar de tema cuanto antes—. Háblame de la cosecha de esta temporada. Me gustaría compraros algunos víveres para el viaje.

La mujer soltó su taza casi como si se le cayera y la miró indignada antes de volverse hacia la escalera por la que desaparecía Josh. Esperó a oír cómo cerraba su puerta.

—¿En serio vamos a hablar de verduras cuando tienes a un buen mozo ahí arriba esperándote?

—¿Pero qué estás diciendo? —Esta vez fue la taza de Galatea la que casi cayó al suelo—. Ni te atrevas a insinuar algo semejante.

—Si te molesta tanto que lo diga será por algo —comentó de forma cantarina.

—No voy a entrar en ese juego, Silvana.

—¿Qué tiene de malo el chico? —No podía creer que le sacara pegas—. Es encantador, además de guapo.

—Es mi aprendiz.

—Es mayor que tú —indicó, porque era obvio.

—No sería ético.

—¿Es la ética el único problema?

—Nuestra relación es estrictamente laboral. —¿Tan difícil era de entender?

—Hasta que decidáis que deje de serlo.

—Basta, Silvana. No intentes sacar algo de donde no lo hay.

—Vale. Como tú quieras. —Se hizo un silencio hasta que Silvana no pudo evitar decir lo que pensaba. Todo—. Llevas viniendo por aquí más de tres años. Y nunca me has hablado de un solo hombre en tu vida, Gala. ¿Por qué?

Ella se inclinó hacia delante y dejó la taza sobre la mesa. Después se frotó la cara con ambas manos buscando una respuesta satisfactoria. El estómago se le encogió cuando percibió retazos del aroma de Josh entre sus dedos. Se apartó rápidamente las manos del rostro.

—¿Acaso tengo que preguntar por alguna mujer? —Silvana lo dijo porque era una posibilidad que hacía tiempo le rondaba por la cabeza. No obstante, lo había descartado desde que había visto a Josh y a Galatea mirarse por primera vez delante

de la nave.

—No. No es eso. —A la joven se le escapó una risita que le ayudó a aflojar la tensión que le producía aquel tema—. Pero ya sabes que me cuesta acercarme a las personas.

—Sin embargo, llevas a ese muchacho en tu nave.

—Es una excepción a la que me he visto obligada.

—¿Y no te parece... atractivo? ¿Ni un poquito?

Galatea la miró fijamente y al final no pudo evitar echarse a reír.

—Vale. Sí, no está nada mal. ¿Ya estás contenta?

—¡Por fin! Pensé que no tenías sangre en las venas. —Aplaudió sin hacer apenas ruido—. También tiene unos ojos cautivadores, ¿no te parece?

—Sí, sí que los tiene. —Sabía que negar la evidencia ya no era una posibilidad—. Pero eso no significa nada.

—Significa que estás un paso más lejos de tu escondite. —Se inclinó hacia ella y habló más bajito—. Ahora da uno más y cuélate en su dormitorio, yo no voy a escandalizarme.

—¡Silvana!

—Era broma, era broma. —Ambas rieron a carcajadas. Después de un minuto sin poder parar, la anciana tomó la mano de la muchacha entre las suyas y la apretó hasta que ella la miró sin intentar soltarse—. Lo que realmente quiero es saber que hay alguien que te cuida, mi niña. Y si de paso te hace feliz, podré morir tranquila.

Galatea negó con la cabeza. Silvana siempre estaba hablando de la muerte como si acechara detrás de la puerta.

—Yo sé cuidarme sola. Y tengo amigos, muchos, por todo el planeta.

—Pero necesitas de alguien que esté siempre a tu lado, alguien que te cuide todos los días. Sobre todo cuando tú no puedas hacerlo. Y que siga contigo cuando ya no seas una jovencita.

Galatea puso los ojos en blanco. Habían pasado de hablar de sexo a algo mucho más serio.

—No busco marido, Silvana.

—Pero tal vez él te encuentre de todas formas.

—Si me dejo encontrar, cosa que dudo, te lo haré saber.

—Eso espero. —La anciana le dio un par de palmaditas en el dorso de la mano y se levantó lentamente—. Ahora me voy a la cama. Mañana te prepararé una barquilla con un poco de todo. Los tomates ya están bastante maduros, como a ti te gustan.

—Gracias. Buenas noches.

—Que duermas bien, querida. —Solo había subido un escalón cuando se giró hacia ella de nuevo—. Si oigo puertas que se abren y pasos por el pasillo, tranquila que no

le diré nada a Herb.

—Muy considerado por tu parte —ironizó ella, a sabiendas de que era imposible hacerla cejar en su repentina vocación de casamentera—. Intentaré no hacer mucho ruido para no despertarte.

—Tú grita todo lo que quieras, que hay que disfrutar.

—¡Me refería a la puerta! Serás... —Pero ella ya se marchaba riéndose por la escalera.

Galatea se quedó en el salón tratando de dejar la mente en blanco hasta que la música se detuvo. Entonces oyó los ronquidos provenientes del piso de arriba y no pudo evitar llevarse las manos a la cara con gesto de desesperación. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo cuando volvió a percibir aquel aroma en sus dedos. Esta vez lo inhaló con fuerza, preguntándose cómo ese pequeño atisbo de un hombre podía hacerla temblar por dentro.

Confusa y agotada, se levantó de golpe y se dirigió a la cama sobre la que había dejado su mochila, de forma que quedara claro cuál iba ser el cuarto de cada uno. No fuera a haber confusiones, aunque la idea le encantara a Silvana.

Concentrándose en las rutas que tomarían al día siguiente, se quitó todo excepto la ropa interior y una camiseta y se metió entre las cálidas sábanas. Esta vez sí estaba segura de que no dormiría en una cama en unos cuantos días. Así que se abrazó a la almohada y se dejó arrastrar por un sueño que no tardó en llegar a pesar de los ruidos al otro lado de la pared.

## Capítulo 6

Un rayo del amanecer se coló en el sueño de Josh, iluminando el rostro de la mujer que lo miraba a solo un palmo de distancia, provocando destellos en sus ojos de un color de otro mundo. La luz se volvió más potente, desdibujando los rasgos de la pequeña nariz y los carnosos labios. Finalmente, la claridad lo despertó.

Durante un largo rato se quedó tendido en la cama. Era un alivio no soñar con la muerte de su sobrina por una noche. Sin embargo, no era capaz de recordar el sueño que había tenido. Solo sabía que había sido un sueño agradable. Y que en él estaba Galatea, tomándole el rostro entre las manos.

Se obligó a levantarse cuando su cerebro comenzó a amenazar con convertir las ascuas de ese sueño en una vívida y ardiente fantasía. No tenía tiempo para ese tipo de pensamientos. El reloj avanzaba en su contra.

Con su equipaje al completo en la mano, se dirigió al baño y se dispuso a darse una ducha rápida, y fría, que le despejara la mente y le recordara el único propósito de su viaje. Sacó sus enseres de aseo y una muda limpia. Fue entonces cuando recordó que había dejado olvidadas a la noche sus ropas sucias tras darse un baño. Pero ya no estaban allí, ni tampoco las había visto en su habitación. Lo que imaginaba que significaba una cosa: Silvana las había recogido y, muy posiblemente dada su hospitalidad, lavado.

Una mezcla de vergüenza y gratitud lo invadió. Hacía mucho que nadie hacía algo así por él. Abrió el grifo sin molestarse en regular el agua y se sumergió en su pequeña penitencia helada.

Galatea arrastró los pies por el pasillo, con un ojo aún cerrado y la melena despeinada cubriéndole parcialmente la cara. Había dormido más de seis horas seguidas y continuaba agotada, cuando ese tiempo tendría que ser más que suficiente para que ella estuviera al cien por cien. Tal vez tres meses bajo los cuidados de las Damas Blancas en uno de sus Santuarios del Norte la habían ablandado. Si no hubiera sido porque la vida allí le resultaba mortalmente aburrida, se habría planteado retirarse a esa existencia contemplativa cuando los achaques de la edad no la permitieran seguir liquidando snots.

Contaba con conocimientos avanzados en medicina, lo que sería una garantía a la hora de ser aceptada en las filas de aquellas serviciales mujeres, quienes siempre

prestaban su asistencia a todo aquel que se encontrara enfermo o herido. Sin embargo, una vez que se cruzaban las puertas de un Santuario para convertirse en una Dama Blanca, el compromiso era de por vida. Todo contacto con personas de una vida anterior debía desaparecer para dedicarse por completo a la oración y la atención hospitalaria. Nada de amigos, nada de familia, nada de un amante o marido. Las Damas permanecían atadas a su Santuario por unos votos irrevocables.

Ella dudaba mucho de ser capaz de soportar algo así, si bien varias semanas de tranquilidad y atenciones le habían servido para mucho más que sanar heridas físicas. De alguna forma, se había ido de allí sintiéndose mejor consigo misma. Había dejado marchar viejos fantasmas. No había olvidado, pero se sentía capaz de empezar a perdonar.

Agatha le había repetido una y mil veces que ella no tenía ninguna tara, que no era culpable de que su padre la hubiera abandonado a las puertas de la casa cuna con tan solo una semana de vida. Cuando tuvo edad de preguntar al respecto, su nana le había contado que una noche, tras oír un ruido a la entrada del edificio, fue hasta allí y vio huir a un hombre solo en la oscuridad. Eso le hizo suponer que la madre de la criatura que dormía entre mantitas en su puerta, o bien no había tenido el valor para hacer aquello, o bien había muerto tras el parto.

La prohibición de la natalidad llevaba casi un año vigente por aquella época y ningún embarazo habría sido atendido en ningún hospital, al menos no legalmente. Al igual que Galatea, otras diecinueve de sus hermanas habían sido despreciadas de esa cruel forma. Solo que ella había sido la última. La número cincuenta del *regalo más maravilloso que la vida podía haberle dado*, tal como decía Agatha, como mínimo, una vez al día.

Pero Galatea había necesitado más de veinte años para ser plenamente consciente de que tal vez, de no haber acabado allí, habría muerto siendo aún un bebé. Sus padres y ella podrían haber sido ejecutados. Pero de esta forma, al menos ella había sobrevivido. Se había empezado a decir a sí misma que quizás eso era lo único que ellos querían, que viviera, aunque no fuera a su lado. “No se puede vivir con eterno rencor en el alma, querida hermana”, le había dicho la Dama Juliette, su principal sanadora. Y creía sentir el corazón más ligero desde que ese rencor había sido reconducido hacia los snots, los verdaderos culpables de toda esa realidad desalmada.

Pensando en otro cálido y relajante baño, se deshizo de la camiseta con la que había dormido justo antes de abrir la puerta del cuarto de baño. El corazón le revoloteó a mil por hora ante lo que sus ojos encontraron.

En lugar de una estancia fría y vacía, la imponente presencia de Josh envuelto en una nube de vapor ocupaba todo su campo de visión. Estaba de espaldas, desnudo

salvo por una toalla anudada a su cintura, con el cabello goteándole en los hombros y la barbilla alzada mientras deslizaba una cuchilla lentamente desde su mentón hasta su mejilla enjabonada.

—Perdón. —Galatea carraspeó y, al instante, se cubrió con la camiseta que se acababa de quitar—. No pensé que estuviera ocupado. Volveré luego.

—Casi he terminado. —Con un pie dentro y otro fuera, ambas manos sobre sus pechos y la mirada clavada en el empañado espejo, Galatea observó a Josh apurar con la cuchilla el hueco entre los labios y la nariz antes de aclararse la cara y secarse con otra toalla. La miró a través del espejo y ella apartó los ojos inmediatamente.

—Has madrugado mucho —comentó caminando lentamente hacia la bañera y poniendo el tapón para ir llenándola. Era mejor mantenerse ocupada en otra tarea que no fuera mirarlo como una idiota.

—La noche era tan oscura, y yo estaba tan cansado, que olvidé cerrar las cortinas. Me ha despertado el amanecer —le explicó mientras guardaba sus enseres en la mochila.

Al mirarla de reojo, la encontró sentada de lado sobre la bañera, comprobando la temperatura del agua con una mano y la otra sosteniendo un pedazo de tela que apenas le cubría la delicada y pálida piel. Como tampoco lo hacían las braguitas del mismo blanco que su camiseta. Ella se giró ligeramente para mirarlo, con los ojos aún soñolientos, y le dedicó media sonrisa que podría significar cualquier cosa, comprensión, burla, incluso pura cortesía. Pero a él le bastó para decirse que una ducha fría no iba a ser suficiente remedio para lo que Galatea despertaba en él.

La escena se le antojó casi hogareña. Una mañana cualquiera, un hombre y una mujer compartiendo el baño antes de irse a sus respectivos trabajos. O antes de ir a despertar a sus hijos. O dedicando la mañana de un día festivo a encargarse de uno. O el día completo, se corrigió cuando la camiseta se le deslizó sin que ella se diera cuenta, regalándole la visión del contorno de uno de sus senos.

Una imagen muy nítida del sueño que había tenido volvió a su mente. Los músculos se le aflojaron y la mochila se le cayó de entre las manos, haciendo que parte de sus pertenencias se desperdigaran por el suelo. Una pequeña bolsa de terciopelo azulado fue a parar directamente a los pies de Galatea.

—¿Qué es esto? —se interesó después de levantarse para cogerla y comprobar que pesaba mucho más de lo que había imaginado.

—Es... una bolsa de canicas que heredé de mi abuelo. —Alargó la mano para recuperarla pero Galatea la escondió a su espalda—. Devuélvemela.

El gesto de preocupación de Josh intrigó a Galatea. Sacudió la bolsa en la mano y el sonido le indicó que aquello era otra cosa.

—No hay canicas dentro. —Volvió a sacudirla. El sonido era inconfundible.

—No. Hay noxis.

Josh trató de recuperarla de nuevo, tirando del brazo de Galatea, pero ella giró y lo esquivó.

—Creí que había confiscado todo tu dinero —le indicó algo enfadada—. ¿Pretendes estafarme?

Él puso los ojos en blanco.

—Te debo mucho más que eso y te di mi palabra de pagar mi deuda por completo. Pero esos noventa y nueve noxis debo tenerlos yo.

—¿Y por qué? —Volvió a esquivar a Josh cuando él intentó regatearla y alcanzar su espalda.

—Porque mi abuelo decía que llevar noventa y nueve noxis en un viaje da buena suerte. Así que es imprescindible que los lleve conmigo hasta que concluya esta misión.

La cara de Galatea mostraba su escepticismo, aunque acabó por dar la explicación como buena.

—Puedo guardártelos yo —planteó, mirando la bolsa con curiosidad.

—No. Debo llevarlos yo —insistió Josh, cada vez más serio. Volvió a intentar quitárselos y la toalla se le desenrolló con el rápido movimiento. A punto estuvo de perderla ante las carcajadas de Galatea.

—Tranquilo, ya he visto lo que hay debajo —se burló al verlo tan apurado.

Él se tapó de nuevo y la agarró por un codo, lo que hizo que ella estuviera a punto de dejar caer su camiseta. Se apartó ruborizada.

—Yo también he visto lo que hay ahí debajo —le indicó él, señalándola con un baile de dos dedos.

—No lo creo. —Le dio la espalda.

—En el Summanus. Tu amiga y tú no fuisteis muy discretas.

Una vez tapada, lo encaró con el ceño fruncido.

—Podrías haber mirado para otro lado.

—Podría, pero no lo hice. —Le hizo un intencionado repaso de pies a cabeza, porque sabía que eso la incomodaría—. ¿Vas a dármela o no?

—¿Tan importante es? —Hizo saltar la bolsa sobre una mano, como retándolo a que se atreviera a tratar de robársela.

—Sí. —Extendió la palma esperando que se la dejara allí ella misma—. Soy muy supersticioso.

No le cuadraba con su personalidad, pero cosas más raras había visto. Aun así seguía siendo muy sospechoso.

—¿Por qué tienen que ser exactamente noventa y nueve noxis? Son demasiado pesados para cargar con ellos.

—Es así y punto. —Como empezaba a impacientarse, cambió de estrategia—. Dámelos y no te cobraré nada por los arreglos que le hice ayer a la nave.

—¿Nada?

—Solo esa bolsa de noxis. Ahora —puntualizó por si acaso—. Con la promesa de no intentar volver a quitármelos.

—No te los he quitado. Solo los he... recogido del suelo y sujetado hasta que me dijeras la verdad. Era una de mis reglas, ¿recuerdas?

—No creí necesario informarte de que llevaba un amuleto de la suerte conmigo. —Se encogió de hombros y acercó aún más su mano extendida.

Ella finalmente la dejó caer sobre su mano, sin tocarlo. Él la cerró rápidamente y la guardó al fondo de su mochila. Cuando alzó la vista, ella lo miraba con curiosidad.

—Eres un hombre muy peculiar, Josh McKenna.

—Y tu una mujer muy enervante, Galatea...

—Biagioni. Todas tomamos el apellido de Agatha.

—Y debe de ser un gran orgullo ostentarlo —comentó casi sin pensar.

—Sí. —Suspiró y sintió un temblor que no podía deberse al frío, ya que en la estancia de pronto hacía muchísimo calor—. Sí que lo es.

Ya más tranquilo tras haber recuperado la bolsa que no podía perder pasara lo que pasara, su atención volvió a centrarse en el rostro de ella. La había hecho ponerse triste y tuvo que reprimir las ganas de acariciar la mejilla en la que una mueca de nostalgia dejaba asomar un pequeño hoyuelo.

—La bañera va a desbordar —indicó Silvana desde el umbral.

—¡Oh! — Galatea corrió a cerrar el grifo mientras Josh daba los buenos días y desaparecía por la puerta.

—¿He interrumpido algo? —se interesó Silvana mientras veía a Josh alejarse por el pasillo.

—No, Silvana. En absoluto.

—Mejor, porque no me lo habría perdonado. —Cuando Galatea puso los ojos en blanco, ella hizo un gesto con la mano señalándola de arriba abajo—. El chico debe de ser tan de piedra como tú. ¿Has visto qué hombros tiene?

—No estoy ciega. —Pero prefería no pararse a pensar en sus hombros, su torso ni sus brazos—. ¿Quieres usar el baño? Puedo volver más tarde.

—No, tranquila. Llevo más de una hora levantada. Os prepararé el desayuno. —Salió por la puerta y siguió hablando por el pasillo, para informar a los dos simultáneamente—. Ya tenéis vuestra ropa limpia sobre vuestras camas. Os quiero abajo en media hora.

—No tendrías que haberte molestado —dijo Galatea, pero ya nadie la oía.

Sin duda Silvana necesitaba estar ocupada. El insomnio era un efecto secundario de



su medicación, de ahí la larga siesta que se había echado la tarde anterior. Confiaba en que su visita, a pesar de darle trabajo, hubiera supuesto un paréntesis en su rutina. Apostaba a que Josh y ella eran las primeras personas que dormían en esas camas desde que sus hijos se habían marchado.

Con un extraño revoloteo en el estómago, cerró la puerta, se desnudó del todo y se sumergió en la ardiente agua de la bañera, dejando que sus músculos se relajaran antes de emprender un viaje que esperaba no contara con más contratiempos.

Cuando Josh bajó del primer piso, con su ropa recién lavada y su equipaje ya preparado para partir, encontró a Silvana cocinando. Midiendo sus palabras para no volver a herir los sentimientos de la anciana, se acercó con la mejor de sus sonrisas.

—Mmm. Huele de maravilla, Silvana. ¿Qué está cocinando?

—Huevos, de gallinas que yo misma crío junto al huerto, de donde son estos calabacines, los tomates y las zanahorias. El jamón es de los cerdos de la granja de Gabriel, un buen amigo que vive a solo un día de aquí.

—Caramba. Esto sí que es autoabastecimiento.

—Viviendo tan aislados, no tenemos más remedio —explicó la mujer mientras batía varios huevos enérgicamente.

—Hacen bien —observó Josh—. Los mercados se están encareciendo cada vez más. Las importaciones de ciertas mercancías de fuera del planeta están siendo restringidas.

—No me digas. —Silvana dejó de batir de golpe—. No sabía nada.

—Son rumores —no podía decirle que tenía esa información de primera mano—, pero pronto todo el planeta se verá afectado.

—Quieren matarnos de hambre antes de que nos muramos de viejos —declaró con los cristalinos ojos encendidos en furia—. Estos snots son muy impacientes para vivir miles de años, ¿no crees?

—Creo que podría llamarlos cosas mucho peores que impacientes. Pero no con una señora delante. —Silvana se carcajeó y palmeó el hombro de Josh—. Ahora, si no le importa, hágame el favor de enseñarme a preparar un desayuno como Dios manda. Si no nunca encontraré una mujer que quiera aguantarme por las mañanas después de no dejarla dormir por las noches con mis ronquidos.

Silvana rio de nuevo pero lo miró con una ceja levantada. Finalmente, acabó cediendo a su galantería. El muchachote iba a acabar encontrando la forma de llegar a Galatea. Ya no le cabía ninguna duda.

—¿Ves esas frutas? Trocéalas. Tú vas a preparar los licuados.

—A la orden.

Cuando Galatea bajó, se sorprendió de ver a Josh en la cocina, trajinando codo con codo con Silvana.

—Y ahora dale la vuelta —le indicó la anciana a la vez que le mostraba el gesto que él tenía que hacer para voltear las tortitas—. Perfecto. Solo te quedan otras once.

—Espero que parte de esto sea para Herb —intervino Galatea—, porque aquí hay comida para al menos seis personas.

—Tú a la mesa —ordenó la anfitriona señalándola con una espátula—. Aquí ya somos demasiados.

Ella obedeció y esperó sentada a que los cocineros terminaran, aún no pudiendo explicarse cómo Josh había logrado que lo dejara participar en la cocina. Desde luego, aquel hombre no dejaba de sorprenderla.

—Espero que tengas hambre. Mucha —dijo Josh al llegar al comedor cargado con una bandeja repleta de un desayuno exageradamente variado—. ¿Le importa que bendiga la mesa, Silvana?

—Lo hará cantando —aportó Galatea, para que a la mujer no la pillara por sorpresa.

—¿En serio? Sería maravilloso.

—Gala puede acompañarme. Ya ha oído esta oración. —Cuando ella lo miró como si le hubiera salido una segunda cabeza, Josh tuvo que contener la risa—. O mejor canto una distinta y así te aprendes una más.

—Adelante, adelante —se impacientó Silvana.

Él escogió un tema que le parecía especialmente lírico y se sintió extrañamente satisfecho al ver cómo el rostro de Galatea pasaba del hastío a la estupefacción.

—Buen provecho —dijo Josh antes de probar las tortitas con jamón que él mismo había preparado.

—Solo por cómo has cantado, muchacho, la comida tiene que saber mejor.

Josh rio por el cumplido y dio buena cuenta de los manjares que habían tenido la suerte de poder degustar un día más.

Silvana se levantó enseguida a empezar a recoger, pero ninguno de ellos se atrevió a regañarla. Cuando oyeron a la mujer canturreando en la cocina, ambos se miraron y no pudieron evitar sonreír.

—¿Conoces esa canción? —preguntó Josh en cuanto descifró los tarareos. Galatea afinó el oído y, tras unos segundos, negó con la cabeza. Tuvo que dejar de masticar de golpe cuando él se levantó y le ofreció la mano—. Baila conmigo —le dijo, y ella estuvo a punto de atragantarse.

—No.

—¿Por qué? No podemos hacer mucho más ahora mismo.

—Sí. —Con algo de dificultad, tragó lo que tenía en la boca—. Podemos terminar tranquilamente de desayunar.

Él sopesó sus posibles reticencias.

—¿Te da vergüenza?

—No. —El tono en que lo dijo indicaba que sí.

—¿Entonces?

—No me apetece.

—¿No será que no sabes?

—Vale. No sé.

Quizás no, pero no era eso. Aunque él no quiso acusarla de mentirosa.

—Yo puedo enseñarte. Además, te lo debo por enseñarme a matar snots.

Ella le taladró con la mirada y señaló con la cabeza hacia la cocina. Pero la mujer seguía cantando alegremente mientras la oían fregar.

—Sé que te gusta la música. Así que confiesa —exigió—. Cuál es el problema.

Ya inapetente, Galatea empujó su plato sin terminar y suspiró antes de cruzarse de brazos contra el respaldo de su asiento. Ni siquiera vio que la mujer estaba de nuevo en el comedor.

—No le gusta que nadie la toque.

—¡Silvana! —protestó Galatea, enrojeciendo sin poder evitarlo.

—Es la verdad —dijo secamente antes de llevarse los vasos vacíos—. Deja de marear al muchacho.

Galatea miraba hacia abajo y él no podía leer sus ojos. Pero percibía que aquello era una verdad que la atormentaba.

—Podemos bailar sin tocarnos.

—No esta canción —arguyó la anciana, que ya estaba conectando el gramófono y de pronto bailaba con un acompañante imaginario, dando vueltas y vueltas hasta desaparecer por la puerta.

—Intentaré tocarte lo menos posible —le aseguró, extendiendo la mano hacia ella, que solo lo miró de reojo—. Vamos. Ahora ya no tenemos público. Si me pisas solo lo sabré yo.

—¿Por qué insistes tanto? —protestó al ver que él seguía allí de pie, impertérrito.

—Porque quiero bailar contigo. Y porque sé que te va a gustar —añadió.

El disco se atascó y la música se detuvo después de sonar con una voz estrangulada. Galatea se sintió entre aliviada y decepcionada. Había estado a punto de ceder. Pero era mejor así. Se levantó de golpe.

—Esperaré fuera a que llegue Herb.

No había llegado aún a la puerta cuando Josh comenzó a cantar y ella se quedó

paralizada a un paso del exterior. Era la misma canción que le había oído entonar en su nave cuando aún no habían despegado de Unug. La había repetido mentalmente en su cabeza, pero no recordaba toda la letra. Y ese era el principio que ella se había perdido, la parte que desconocía y que había estado a punto de preguntarle cómo era.

Se giró lentamente hacia él y se quedó mirándolo mientras sentía que lo que decía con aquella maravillosa voz iba dirigido directamente a ella. Hablaba de una mujer cuyos ojos él había visto solo en sueños. Unos ojos del color del mar. Unos ojos imposibles de olvidar. Hasta que un día, los vio despierto.

Silvana apareció de nuevo, bailando al ritmo que Josh marcaba y haciendo que la escoba que la acompañaba bailara con ella. En cuanto llegó a su lado, se unió al canto. Ambos empastaron las voces y cantaron el estribillo con una coordinación digna de haber sido ensayada.

—Hacía muchos años que no oía *La ninfa de mis sueños* —comentó Silvana haciendo referencia al título de la canción. Después se acercó a Galatea y la empujó con un manotazo. Ella, al no esperárselo, salió disparada hasta que chocó contra el pecho de Josh—. Baila, niña. No seas tonta. Que la vida son dos días.

La voz de él se detuvo por el impacto, pero la anciana siguió la canción mientras barría el porche. Así que él solo tuvo que seguir las palabras que se oían desde el exterior.

Tomó a Galatea por la mano izquierda y se la colocó sobre su hombro derecho. La mano derecha de Josh se posicionó ligeramente sobre el omóplato izquierdo de ella, quien dio un respingo pero no protestó. Después él le agarró la otra mano con la suya y las alzó hasta media altura entre los hombros de ambos. No había más contacto que el de sus manos, un ligero roce de sus brazos, pero a Galatea le costaba respirar.

Él comenzó dando un paso hacia delante, al cual ella respondió instintivamente, dándolo hacia atrás con el pie contrario al de él. Después el paso fue al revés. Y lo mismo con el otro pie. Tras varias repeticiones, Galatea cogió el ritmo y Josh se aventuró a comenzar a girar.

—Ahora mírame —le indicó él, interrumpiendo su canto unos instantes. Esperó a que ella lo hiciera—. Y déjate llevar.

El movimiento rápido de caderas le pareció difícil de imitar, pero ella lo intentó. Supo que no lo estaba haciendo bien cuando él se rio y dejó de cantar. Ella se detuvo al instante, pero él no la soltó.

—Eres ágil en la lucha, así que eres capaz de bailar sin problema —replicó—. Pero estás muy envarada. Relájate. No voy a tocarte nada más que esto.

Volvió a colocarla como la principio y reafirmó la sujeción de su mano.

—¡Silvana! —gritó, sin dejar de mirar los ojos de Galatea—. ¿Puede ponernos música otra vez?

—¡Claro! —La anciana entró como un rayo y eligió un disco que creyó muy apropiado—. Tchaikovsky os gustará. —Desapareció sin decir nada más.

Tras unas notas bruscas, los primeros acordes fueron lentos, y Josh aprovechó para repetir los movimientos que ya le había enseñado. El ritmo se aceleró ligeramente y Galatea dejó de prestar atención a la inquietud que sentía para seguir los movimientos de Josh. Esta vez creía estar haciéndolo bien, y empezó a disfrutarlo.

—¿Quién te enseñó a ti? —quiso saber con auténtica curiosidad.

—Mis padres bailaban en casa muy a menudo. Mi hermana y yo les imitábamos.

La música se volvió más intensa y Josh se alejó de ella sosteniéndola solo con la mano.

—Enróscate en mi brazo. Luego yo te lanzaré y acabaremos en esta misma postura. ¡Ahora!

Galatea, algo confusa, cogió impulso y giró enroscándose primero en su propio brazo y después en el de él. Quedó con la espalda pegada a su pecho y trató de soltarse.

—Tranquila.

—No puedo. —Su respiración era demasiado acelerada.

—Sí puedes. —Se acercó a su oído—. Ahora voy a desenroscarte y lo repetiremos, sin esta parada, ¿vale? Todo seguido.

—Vale —jadeó.

Se estaba empezando a marear. No le tenía miedo. Sabía que no le haría daño. Era como si... como si estuviera bailando con su hermana. Pero esa fobia a cualquier contacto que había sufrido toda su vida, no era nada comparado con lo que Josh le hacía sentir con su cuerpo pegado al de ella. Y su voz en su oreja le había provocado un escalofrío.

—¡Ya! —gritó él, lanzándola hacia delante—. ¿Ves? Ahora, intentemos que parezca un baile.

Repitieron los giros varias veces, después él le dio un par de vueltas, haciéndola girar sobre sí misma.

—¿Tu hermana no se mareaba? —quiso saber Galatea cuando la habitación comenzó a balancearse a su alrededor.

—No. Le encantaba. —Pero viendo que ella estaba perdiendo el equilibrio, volvió a los pasos iniciales—. Lo estás haciendo muy bien.

—Mentiroso.

—No miento —lo dijo muy serio—. La canción se acaba —observó de pronto—. ¿Sabes cómo les gustaba a mis padres terminar un gran baile?

Ella negó con la cabeza. Y él la cogió por las caderas con ambas manos y la lanzó al aire con tanta fuerza que Galatea casi tocó el techo. Cuando estaba a punto de

prepararse para caer con ambos pies flexionando las piernas, su manera habitual de aterrizar, él la cogió por debajo de las rodillas y de la espalda, de forma que quedó en una postura sentada. Después dio varias vueltas sobre sí mismo con ella amarrada a su cuello.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó exultante. Pero ella lo miraba horrorizada—. ¿No pensarías que iba a dejarte caer?

—¿Por qué no me has avisado? —replicó, golpeándole en el pecho—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Sí, ya te he oído gritar —se carcajeó, tratando de esquivar sus puñetazos.

—¡Eres un imbécil! —declaró, forcejeando para bajarse de sus brazos.

—¡Vamos! No me creo que algo así te asuste, teniendo en cuenta a lo que te dedicas.

—¡Vete al infierno! —le gritó saliendo como una furia de la casa.

Pasó a toda velocidad por delante de Silvana y ni siquiera se paró a hablar con Herb, quien ya había llegado y estaba remplazando el surtidor de biogás.

—¿Qué has hecho, muchacho? —le preguntó la anciana cuando Josh salió detrás de Galatea.

—Meter la pata. Por enésima vez.

—Es una buena chica —apuntó la señora, con la barbilla apoyada sobre el palo de la escoba—. Dale tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para abrirse a ti.

Josh parpadeó confundido.

—¡Oh! No, qué va. Esto es... un viaje de trabajo. ¿No habrá pensado que...?

Ella asintió en silencio.

—Se equivoca, Silvana.

—¿Tú crees? He visto cómo la miras. —Él fue a protestar pero ella lo evitó alzando una mano. No podía atreverse a negarlo. Durante toda la cena del día anterior ella había provocado que Galatea riera, todo lo posible. La sonrisa que tanto le costaba mostrar era tan adorable cuando la dejaba libre que sabía que él caería rendido ante esa visión. Por cómo seguía mirándola aún por la mañana, no se había equivocado.

—Soy un hombre —acabó diciendo él—. Y ella una mujer muy bella. Es imposible mirarla y no darse cuenta.

—Pero ella jamás ha dejado que alguien se acerque tanto como tú. Para ti es poco, pero para ella es un gran paso.

Josh recordó su reticencia a que la tocara lo justo para bailar. Y el fugaz placer de tenerla amarrada a su cuello mientras la hacía girar en sus brazos.

—Solo nos conocemos desde hace un par de días —argumentó a la defensiva.

—La vida son dos días —sentenció la anciana, como ya le había dicho antes a Galatea.

Josh se quedó solo en el porche, mirando al infinito, al horizonte entre el cielo azul y el desierto ocre. No podía dejar que ese viaje se complicara con un lío de faldas. Menos aún con la mujer que le tenía que ayudar en su misión. Su objetivo era lo más importante. Y si Galatea lo atraía como ninguna otra mujer lo había hecho antes, tendría que aparcar esos pensamientos a un lado y centrarse en su plan. Nada más importaba. Ni siquiera él mismo.

Con esa idea en mente, subió a la nave y en cuanto ella lo miró aún iracunda, él se anticipó a cualquier protesta por su parte.

—Tienes razón. He sido un imbécil. Lo siento mucho. De verdad. No se repetirá nada parecido, puedes estar tranquila.

Ella percibió verdadero arrepentimiento en sus palabras y en su rostro, y se tragó la sarta de reproches que tenía en la garganta esperando a salir envueltos en gritos.

—Acepto tus disculpas —le dijo en su lugar—. Voy a por el equipaje, a saldar la cuenta y nos vamos. Tú ocúpate de llenar el depósito cuando Herb te lo indique.

—Dale las gracias a Silvana por todo de mi parte —solicitó.

Ella asintió y desapareció de su vista. En cambio, su aroma se quedó allí, junto a él, atormentándolo. Haciéndole recordar lo que había sido tenerla tan cerca, tanto, que su piel aún sentía su contacto.

—Mantente alejado —se advirtió a sí mismo—. Por el bien de los dos.

## Capítulo 7

Durante gran parte del trayecto de ese día se mantuvieron prácticamente en silencio. Josh era consciente de que Galatea estaba todavía demasiado alterada como para arriesgarse a errar en sus palabras de nuevo y que esa vez ella decidiera que era la última. Como no quería acabar solo en mitad del desierto, decidió limitarse a responderle cuando ella le hacía alguna pregunta sobre las trayectorias de las naves que detectaba el radar, pendiente de que ninguna diera la más mínima señal de estar siguiéndolos.

Como habían desayunado mejor que bien, ambos se conformaron con otro par de deliciosos bocadillos que Silvana les había dejado preparados junto con la barquilla de hortalizas y dos garrafrones de agua. Cuando terminaron el almuerzo, Josh creyó ver más relajada a Galatea. Eso le hizo relajarse a él también. Dado que no había naves a la vista, solo kilómetros de vasta llanura inerte, se sumió en sus pensamientos y, sin darse cuenta, comenzó a tararear una melodía sin letra.

—Creo que ya sé por qué te gusta tanto cantar —comentó Galatea, mirándolo de reojo. Él enmudeció de inmediato—. Es superior a tus fuerzas mantenerte en silencio.

Josh iba a disculparse, una vez más, pero vio que ella estaba sonriendo.

—En cambio a ti parece encantarte que no haya un solo ruido. ¿Consigues mantener la mente en blanco o tienes un millón de pensamientos en tu cabeza hablando entre sí?

—Depende del día —reconoció, aún sonriendo—. O del estado de ánimo del momento.

Josh pensó que ese podría llegar a ser un buen día, o un buen momento. Al menos ella era quien había entablado la conversación.

—¿Te molesta que cante?

—Supongo que no —confesó tras unos segundos de duda—. Mientras no nos desconcentres a ninguno de los dos.

—¿Desconcentrarnos?

—Yo tengo que mantenerme pendiente de los mandos de la nave —señaló el timón y después el mapa— y tú de que no nos siga nadie. No hay margen para el despiste.

Porque quería seguir con aquel diálogo relativamente cordial, Josh le contó una de las muchas curiosidades que había ido descubriendo a lo largo de sus años como funcionario.

—Hubo un tiempo en que los vehículos llevaban aparatos musicales incorporados.



—¿Cuándo? —Galatea parecía estupefacta.

—Hace siglos. En la Tierra.

—¿Y era legal?

—Sí. Solo fue ilegal en Nueva Roma, a partir de la implantación de las leyes Adler.

Galatea se tomó unos segundos para imaginar cómo sería viajar acompañada de la música que uno quisiera. Recorrer las largas distancias a las que ella estaba acostumbrada sería mucho más llevadero. Tal vez así no se sentiría tan sola. Miró a su actual acompañante de reojo y se sobresaltó al ver que él no le quitaba ojo.

—¿Y no tenían accidentes? —planteó, revolviéndose en su asiento.

—Supongo que quizás algunos sí. —Se encogió de hombros—. Pero no hay registros de que fuera la causa habitual de muertes en vehículos. En cambio el exceso de velocidad o el consumo de estupefacientes sí lo era. Y estaba penado por las leyes de entonces.

—¿Tú cómo sabes tantas cosas de la Tierra? —Ni siquiera Agatha había tenido conocimientos tan detallados.

—Trabajando en la Brigada, y siendo un poco curioso, he leído todo tipo de archivos, y oído otras tantas historias. —Algunas se contradecían y otras le parecían completamente inventadas. Pero sabía que muchas de ellas eran muy ciertas—. Hay gran cantidad de información sobre la Tierra. Solo hay que saber buscarla. Y los contrabandistas son una fuente inagotable de información.

—¿De dónde la consiguen ellos? —La curiosidad la había invadido de pronto.

Josh se sintió extrañamente halagado por el repentino bombardeo de preguntas que Galatea tenía para él. Como si saber cosas que a ella le pudieran interesar fuera un auténtico honor.

—No todas las personas de Nueva Roma son afines al régimen que instauró Adler hace quinientos años —le explicó—. Hay registros de revueltas desde los primeros pobladores. Personas que fueron evacuadas pero cuyas familias o amigos tuvieron que quedarse en la Tierra.

—¿Por qué? ¿El planeta murió antes de que diera tiempo a evacuarlo por completo?

—No. —El comentario le pareció demasiado inocente para la astuta Galaxia. En cambio, Galatea iba a resultar ser de corazón más noble—. Se hizo una criba. Solo se evacuó a dos tercios de la población.

—¿Cómo? —Eso no era lo que decía la Historia oficial de la colonización de Nueva Roma.

—Así lo quiso el gobierno de aquella época —le aseguró Josh, que había leído y oído esa versión en multitud de ocasiones—. Dejaron a los que no les interesaba que

formaran parte de la nueva Historia del ser humano. Nadie sabe si la Tierra sigue viva, pero de ser así, imagino que la descendencia de sus últimos pobladores también.

Galatea se quedó callada con sus pensamientos unos minutos. Josh vio en su rostro que le afectaba lo que le acababa de contar mucho más de lo que habría esperado.

—Siempre he pensado que la especie Snot era cruel y desalmada —murmuró finalmente Galatea con tono amargo—. Sin embargo, no se matan ni atacan entre ellos. Solo se alimentan de otras especies y nos declaran la guerra a nosotros por estar en un territorio que consideran suyo, y solo hasta que vuelvan a tener el control de este planeta inmundo.

—Visto así...

—El último snot al que maté protegí a su cría —continuó, mirando al frente—. La hizo huir para enfrentarse él solo a mí. Dio su vida por el ser que él había creado. Mientras tanto, hay humanos que abandonaron a sus vástagos a su suerte. Al igual que nuestros vecinos nos cerraron las puertas de sus planetas cuando deberíamos haber sido todos evacuados y repatriados. Tal como hizo el gobierno de Adler con millones de personas de la Tierra, o sus leyes con la condena al destierro en Nox a los que consideraban delincuentes, hasta que los snots denegaron la entrada a nuevos presos.

—Pareció quedarse sin aire antes de añadir—: ¿Qué clase de especie somos, Josh?

La pregunta lo pilló desprevenido. Jamás se habría esperado ese tipo de pensamientos filosóficos de una mujer que dedicaba su vida a matar a otros seres. Pero ella no lo había elegido, se recordó. Ella iba a ser médica hasta que se vio obligada a ser recuperadora. Ella iba a dedicarse a salvar vidas, no a destruirlas.

—Una que puede hacer cosas horribles —le respondió en cuanto fue capaz de hacerlo—, pero otras maravillosas. No todos somos iguales, Galatea. Aunque sí lo seamos ante los ojos del Señor.

—No quiero sermones religiosos —espetó negando con la cabeza—. Hoy no es domingo.

Aquello hizo reír a Josh.

—¿No tienes fe?

—No mucha. —Su tono había pasado ya de la amargura al escepticismo—. La vida no me ha dado muchas razones para creer en el dios al que tú agradeces la comida tan alegremente.

Ahí estaba de nuevo, la Galatea dura y de palabras cortantes. Las divagaciones trascendentales habían concluido tan rápido como habían llegado. Más valía relajar el ambiente.

—Creía que te gustaba que cantara.

—He dicho que no me molesta —lo miró como si la hubiera ofendido profundamente—, no que me guste.

—Entonces —insistió Josh, hurgando más en la herida—, ¿quieres que cante o no?

—Ni quiero ni dejo de querer.

—Entonces cantaré.

¡Por todos los cielos! Aquel hombre era exasperante.

—Haz lo que quieras —cedió, con la cabeza a punto de estallarle.

—¿Alguna petición?

Eso la hizo reír a ella. Estaba claro que lo estaba haciendo a propósito. El muy camicace buscaba sacarla de sus casillas, y no era capaz de entender por qué.

—Ninguna —respondió secamente.

—¿No tienes una canción favorita?

Había una que no se podía sacar de la cabeza desde que lo había conocido. Pero no iba a reconocerlo ante él. Una luz parpadeante llamó su atención devolviéndola a la realidad.

—Mira, aún ni has empezado a cantar y ya te has distraído.

Josh se incorporó en su asiento y fijó la mirada en el mapa. Había una nave en su misma trayectoria. Y ellos no seguían las rutas de vuelo preestablecidas.

—¿Crees que nos sigue?

—Vamos a comprobarlo.

Galatea viró bruscamente y la otra nave lo hizo algo más tarde, con más sutileza. Esperó unos minutos y volvió a virar hacia la ruta inicial. Esta vez la nave tardó mucho más que antes en corregir progresivamente el rumbo.

—No sé si no nos sigue o si pretende disimularlo.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Disparar?

—No va a hacer falta, pistolero. A esta distancia puedo despistarla.

Galatea puso los motores al máximo de su potencia y voló muy alto, casi al límite de los radares. Apuró y apuró hasta que la señal de la nave dejó de detectarse. Entonces, redujo y retomó el rumbo.

—Muy hábil —alabó Josh.

—Gracias. —Lo miró unos segundos y decidió comprobar la supuesta destreza de la que se jactaba—. ¿Quieres pilotar?

—¿Yo? ¿En serio?

—Tengo que ir a hacer una cosa. Y últimamente no me fío nada del piloto automático.

—Lo reparé.

—Lo sé. Pero sigo fiándome menos de él que de ti.

Él se llevó exageradamente las manos al pecho.

—¡Dios mío! Dos cumplidos en un solo día. ¿Estás enferma?

—¿Dos?

—Me consideras mejor piloto que una máquina y te gusta cómo canto.

—Yo no he dicho que me guste cómo... —sacudió la cabeza. El tipo era imposible—. No voy a volver a eso. ¿Quieres pilotar o no?

—Desde luego. —Se levantó de su asiento y esperó a que ella hiciera lo mismo.

—¿No puedes hacerlo desde ahí? —Naves como aquella podían ser dirigidas por el copiloto. Estaban diseñadas para dos tripulantes, si bien Galatea jamás había necesitado de ningún compañero.

—Estoy acostumbrado a hacerlo a la izquierda. Y sí tú tienes que ir hacer *una cosa*...

—No tardaré. Mantén rumbo suroeste. —Resopló y se levantó para dejarle el sitio

—. Avísame cuando salgamos del desierto. En cuanto divises las primeras murallas.

—Tómame tu tiempo para *eso* que vayas a hacer. —El tono que empleó para esas palabras indicaba que le molestaba no saber qué era—. Puedo bordear yo mismo Athenas, ya lo he hecho otras veces. Conozco esta zona.

—No vamos a bordear la ciudad. Nos llevaría casi un día de más.

Josh se quedó mudo unos instantes, pero habló antes de que ella desapareciera entre las puertas que separaban la bodega de la cabina.

—Pero... a Athenas no se puede entrar si no eres residente o tienes un permiso expreso de la Reina Halimede —replicó—. Y cualquier nave que intente sobrevolarla es derribada —le recordó, pues todo el mundo en Nox con licencia de piloto conocía esa información.

—Lo sé. Por eso al salir del desierto pasaremos del modo aéreo al terrestre.

—Así tampoco nos dejarán pasar.

—A esta nave sí —fueron sus últimas palabras antes de dejarlo solo al timón y muerto de la curiosidad.

El viento formaba una pared de polvo tan alta que bien podría estar ocultando la visión de la ciudad, se dijo Josh cuando las coordenadas indicaron que el límite del desierto se encontraba ya muy cerca. Sin embargo, la blanca y fastuosa Acrópolis se alzaba a la suficiente altura como para ser visible, a pesar de las cortinas de arena que ascendían y descendían a merced de las corrientes de aire que la inestable atmósfera de Nox era capaz de crear.

Galatea se estaba demorando mucho si lo que había ido a hacer era cumplir simplemente con las necesidades fisiológicas básicas, pensó. Así que se preparó para avisarla en cuanto divisara las majestuosas columnas del Partenón, una edificación que, él sabía bien, era una réplica de otra ya existente en la Tierra. Aquella reina tenía conocimientos que pocos en Nox poseían. Tal vez la reproducción de una antigua

ciudad griega hubiera sido catalogada como original por muchos. Pero él reconocía esa estructura. Había visto imágenes idénticas en documentos muy antiguos. Poder verla a tamaño real y de cerca iba a ser realmente impactante.

Josh estaba tan concentrado en la navegación que no oyó a Galatea entrar en la cabina. Tan solo cuando la sintió acomodarse en el sillón del copiloto, se giró para mirarla. Y dio un brinco en el asiento.

—¡Joder! ¿A qué viene eso?

Galatea, enfundada en su uniforme de Galaxia, se reía a carcajadas de la cara de susto de Josh.

—Solo nos dejarán pasar si es Galaxia la que pretende atravesar las puertas. Tengo que hacer el paripé hasta que nos marchemos.

Así que su fama le valía para cosas tan provechosas como esa. Dudaba de que muchas personas contaran con ese privilegio. Y la verdad era que vestida de aquella manera estaba imponente. Incluso resultaba intimidante.

—Pareces una persona completamente distinta. —Y no sabía si eso le gustaba mucho.

—Esa era la idea. Lo que me plantea que... tendremos que hacer algo contigo.

—¿Conmigo? ¿Algo como qué?

—Desciende —le ordenó—. Aterrizas entre esos arbustos

Él obedeció, aunque a escasa velocidad. La visibilidad era muy mala y no sabía qué se podrían encontrar. Si bien alrededor de los muros de la ciudad nadie se atrevía a montar sus refugios como en el resto de ciudades, alguna patrulla de la guardia real podría estar haciendo su ronda. Con suma precaución, tomaron tierra y la nave quedó parcialmente oculta entre un bosque de espinos del desierto.

Galatea lo miraba con los brazos cruzados sobre su casaca verdosa de hombreras y coderas reforzadas. Aquellos ojos ocultos tras unas lentillas doradas lo escrutaban de arriba abajo, brillando de forma antinatural entre unos párpados cubiertos por una sombra negra y plateada. La parte superior de la cara contaba con complicadas formas delineadas con purpurina. Los labios también plateados dibujaban un gesto de concentración. Cuando se levantó de golpe, haciendo que la peluca dorada se moviera como si flotara, Josh tragó saliva.

—No puedo presentarme yo así, y tú... así —declaró señalando a ambos. Él parecía no entenderlo—. Podría dejarte aquí escondido, aunque si te encuentran sería todavía peor. Así que tendrás que bajar de la nave conmigo, pero hay que buscarte una nueva identidad. Una convincente.

—¿Cómo cuál?

—Es lo que intento pensar. —Él vio que por su cara pasaban miles de expresiones en unos segundos—. Halimede cree conocerme muy bien. Piensa que me parezco

mucho a ella, y no es así. Bajo su punto de vista, tu presencia solo encajaría como dos cosas. Siervo...

—¿Qué?

—O consorte.

Josh empalideció.

—¿Existe eso?

—Ella no tiene ayudantes, ni un marido como tal —explicó—. Tiene siervos, súbditos en la ciudad, aliados fuera de ella, y un único consorte. Esperará lo mismo de mí.

Josh se veía claramente horrorizado.

—¿De qué conoces a alguien así?

—¿No te dice nada el nombre de Halimede? Pensé que no se te escaparía algo así.

Él trató de hacer memoria. Era un nombre que reconocía de sobra, como la única reina en todo el planeta, quien había fundado una ciudad a la que gobernar y en la que ningún snot podía penetrar. Pero tal vez sí le sonara de algo más.

—Otra nereida —recordó de pronto—. Es una de tus hermanas.

—La más conflictiva de todas. Acusaba a Agatha de tener cierta predilección por mí, y a mí de fomentarlo. Nos hicimos la vida imposible mucho tiempo. Hasta que, con algo más de once años, Agatha nos encadenó por un tobillo la una a la otra durante dos semanas enteras.

—¿Y qué pasó? —Josh la siguió a la parte trasera cuando ella cruzó las puertas.

—A partir del segundo día, ella aprendió unas cuantas lecciones sobre medicina y yo otras tantas sobre arquitectura. No vimos más remedio que congeniar, después de que el primer día nos dejáramos los tobillos en carne viva sin que sirviera de nada.

—A pesar del maquillaje, Josh creyó percibir una expresión de divertida nostalgia en su rostro.

—Así que os hicisteis amigas.

—Vimos que era más sensato llevarnos bien que mal. —Sacó unas ropas de uno de los armarios y las superpuso sobre Josh antes de descartarlas—. Pero es muy distinto ser amigas que hermanas. A una amiga la eliges. A una hermana aprendes a quererla, aunque no te guste cómo se comporta.

Tras no encontrar entre sus propias ropas nada que le sirviera más que una tela de un rojo brillante que le dio una idea de cómo continuar, se concentró en buscar algo apropiado dentro del equipaje de él.

—¿Y cómo acabó donde está ahora? —Josh miró con curiosidad la tela seleccionada. Se preguntó qué pretendería hacer con algo así.

—Antes de las ejecuciones, para decidir quién les era útil o no, los Vigilantes nos evaluaron. Enseguida vieron que Halimede tenía fuertes dotes de mando, y por sus

conocimientos de arquitectura, la llevaron a dirigir un equipo de evaluación de habitabilidad de unas viviendas desperdigadas al final del desierto. Y mira lo que hizo con ellas.

—Convertirlas en una ciudad inexpugnable. Y coronarse reina. —Josh se quedó sin habla al verla sacar una de sus camisetas blancas y arrancar las mangas por las costuras. Tuvo que cogerla al vuelo cuando ella le lanzó.

—Póntela —le indicó antes de continuar—. Agatha tenía muchos libros. Uno de ellos era de arquitectura, heredado de sus antepasados de Grecia. Halimede no se separaba de él.

Tras dar por buenos los pantalones y el calzado negros que Josh llevaba puestos, Galatea comenzó a revolver entre los botes que guardaba dentro de un maletín.

—¿Cómo se lo permitió el gobierno? —Josh ya se estaba cambiando una camiseta por otra.

—¿No lo sabes tú, que trabajas para él?

—¿Sobornos? —dedujo.

—Y favores. —Le empujó por un hombro hasta el pequeño aseo, donde hizo que se sentara en el retrete. Josh recordaba muy pocos momentos en su vida en los que se hubiera sentido más atrapado—. Ahora estate quieto. Voy a ver qué puedo hacer contigo.

Galatea eligió un pincel impregnado de pintura roja para tatuajes temporales y trazó líneas serpenteantes a lo largo del bíceps derecho que su camiseta dejaba al descubierto.

—¿Piensas disfrazarme de esclavo? —No entendía las marcas en la piel más que como una señal de pertenencia.

—Si lo prefieres a consorte, buscaré cómo.

—No, ni hablar. —Se miró el brazo. El dibujo era complicado—. ¿No puedo ir así, tal cual?

—Nadie se creería que Galaxia está con alguien... como tú.

—¿Ah, no? —Josh se levantó de golpe y Galatea tuvo que retroceder un paso—. ¿Y qué clase de hombre estaría con Galaxia? ¿Alguien como Jaden? ¿Es ese el tipo de hombre que te gusta?

—Oye, ¿qué te pasa? —Lo empujó por el pecho y lo obligó a sentarse de nuevo. Tuvo que retocar la última línea del escudo que había estado dibujando de memoria—. Soy yo la primera que va disfrazada, ¿recuerdas?

—Y si tú no tuvieras que hacerlo —preguntó, muy serio—, ¿tendría que hacerlo yo?

Ella terminó los símbolos del interior del escudo y lo miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir? —Él solo bufó—. ¿Josh?

Tras lamerse los labios, incluso mordérselos ligeramente, acabó mirándola a los ojos y hablando con tono acusador.

—Creí entenderte que no tenías la más mínima intención de corresponder a ese gigantón.

—Y no la tengo. —La cara de él tenía una expresión que Galatea era incapaz de identificar con ningún otro gesto que él hubiera hecho previamente—. ¿Se puede saber qué te pasa? Eres tú el que lo ha mencionado, no yo.

Él se cruzó de brazos y miró hacia otro lado. Galatea decidió que el emblema de su brazo derecho sería más que suficiente tal como estaba. Le cogió por la barbilla e inclinó su cabeza en distintos ángulos.

—Tengo que hacer algo con tu pelo.

—¿Qué le pasa a mi pelo? —Estaba enfadado. De un modo extraño.

—Es demasiado... natural —indicó, tratando de que lo entendiera—. Yo llevo una peluca, maquillaje, lentillas. A ti tendré que hacerte algún peinado. Tal vez maquillarte un poco.

—Nada de maquillaje. —Trató de levantarse otra vez.

—O eso o esclavo. —Ella lo sujetó por los hombros—. Tú eliges.

—Vale —aceptó con desgana.

Le hizo separar las rodillas para poder acercarse mejor y hundió los dedos en su cabellera, tanteando las posibilidades que un pelo tan corto le ofrecía. Finalmente, le engominó varios mechones sin un orden concreto y los dejó disparados hacia arriba. Después le maquilló los ojos, solo sombra gris ceniza en los párpados superiores y una línea más oscura en los inferiores hasta media sien.

—Por esto deberías descontarme al menos cinco mil noxis de la deuda —exigió Josh mientras sentía los utensilios aplicándole el producto sobre la piel. Las manos de Galatea le rozaban de vez en cuando. Se preguntó si ella sería capaz de notar sus escalofríos—. Ni se te ocurra. Los labios no —dijo con rotundidad al notar que ella los rozaba. Abrió los ojos de golpe.

Galatea detuvo sus dedos a un centímetro de su boca. Lo observó detenidamente, tal vez demasiado tiempo. Y pensó que no era necesario pintarle los labios. Tal como estaban eran perfectos. Se separó de él cuando el corazón le palpó demasiado fuerte y se centró en guardar los materiales.

—No hemos terminado —le indicó cuando él se puso en pie. Le dio el pincel con el que había tatuado su brazo—. ¿Recuerdas el anillo de compromiso de tu madre?

—Claro —susurró él, atónito. El corazón se le encogió por el recuerdo de las manos algo envejecidas de su madre el día de su funeral, cruzadas sobre su pecho antes de enterrarla.

—Trata de reproducirlo. —Galatea alzó la mano derecha hacia él—. Soy diestra y



no puedo hacerlo yo misma.

Josh le cogió la mano y sostuvo el dedo anular con la mano izquierda. Con la derecha le trazó varias líneas rojas trenzadas rodeándole el dedo desde el nudillo hasta la falange. Se tomó su tiempo, girándole la mano una y otra vez hasta que consideró que había quedado perfecto.

—Era más o menos así. Aunque de auténtica plata. Jamás se lo quitó. —Su voz era tan triste como sus ojos cuando la miraron al devolverle el pincel.

Ella tomó la herramienta y después la mano de él, quien no se lo esperaba. Observando con curiosidad su propio dedo, Galatea hizo una copia lo más fiel posible en el dedo anular de él. Cuando terminó, juntó las manos derechas de ambos para comprobar la semejanza. En ese preciso momento, Josh fue consciente de que no solo ella lo había estado tocando sin ningún recelo, sino que él había cogido su mano y a ella no parecía haberle temblado el pulso.

Aquel inesperado descubrimiento, junto al simbolismo de sus manos superpuestas con aquella marca de compromiso mutuo grabada en la piel, le produjo una punzada en las entrañas. Su dedo pulgar se movió lentamente, rozando el interior de la muñeca de ella. Una leve caricia casi involuntaria que, sin embargo, provocó que ella se apartara de golpe.

—Actuaré contigo como ella lo hace con su consorte —le explicó saliendo del aseo. Josh se miró un segundo en el espejo y huyó rápidamente de su reflejo—. En público prácticamente lo ignora. Así que tú mantente a mi lado y estate...

—Callado, ya. —Ella asintió sonriente. Por fin lo captaba—. No veo dónde está la diferencia con ser esclavo.

—Sirviente, no exageres —le corrigió. Halimede podía tener muchos defectos, pero no esclavizaba a nadie—. Y la diferencia es que como consorte, nadie intentará comprarte. Aunque puede que Hali intente... otra cosa contigo.

—¿Qué cosa?

Por la cara que puso, imaginaba que lo sabía de sobra. Galatea sintió cierto regocijo en que a él no le gustara la idea.

—Saber que te he elegido como amante, que es básicamente para lo que creo que usa ella a su consorte además de ser el capitán de su guardia personal —añadió—, le provocará bastante interés. Siempre ha sido un poco envidiosa. —Se colocó a su espalda y le cruzó por encima de un hombro la tela roja que había seleccionado previamente. La sujetó a la camiseta con un prendedor de pelo que hacía años que no usaba. Después le abrochó una vaina que portaba una espada corta al cinturón de hebilla redonda y ancha que ya llevaba. Dos cuchillos fueron colocados en sendas vainas adheridas a la parte interior de sus tobillos.

—¿Va a haber pelea? —se alarmó Josh.

—Es solo parte del disfraz —lo tranquilizó ella. Tras afianzar cada arma en su lugar, Galatea volvió al frente y evaluó su creación. Aceptable, sin llegar a ser recargada. Halimede la felicitaría por la elección—. ¿Listo?

—En absoluto.

Pero ella ya lo empujaba hacia la cabina.

—Tranquilo, no le dejaré que se te acerque demasiado. —Le susurró al oído. Esta vez ella sí notó su escalofrío—. Tampoco estaremos el tiempo suficiente como para que te atrape en su dormitorio.

—¿Qué?

—Nada. —Rio para sí. Le empezaba a encantar tomarle el pelo de esa manera—. Deberías pilotar tú. Eso les irá dando pistas a los guardias de la entrada.

—¿Quién vamos a inventarnos que soy, además de tu consorte?

—Tú despega, que ya te lo voy contando por el camino.

## Capítulo 8

La nave cruzó las amplias puertas de hierro forjado de la entrada noreste de la ciudad sin ningún contratiempo. No era la primera vez que la KZT.722 solicitaba el acceso, y tenían orden de permitírsele. Uno de los guardias les saludó con la mano extendida y les indicó por radiofrecuencia que avanzaran por la calzada en modo terrestre hasta llegar al ágora, donde se reunía un gran número de ciudadanos de Atenas, quienes se apartaron a su paso.

Josh observó con curiosidad las empedradas calles, los bajos edificios de piedra caliza, las extrañas ropas de aquellas gentes, blancas en su mayor parte, y los vehículos terrestres individuales con los que se desplazaban en ordenadas filas. Jamás había contemplado un lugar tan organizado y civilizado. Se preguntó si la auténtica Atenas y sus habitantes habían sido así.

Pasaron de largo por unos baños públicos y un mercado situado justo al comienzo de los campos de cultivo, en ese momento cubiertos por las cúpulas protectoras, dada la hora central del día y la agresividad de la luz solar. Una doble fila de soldados vestidos con faldita blanca, armadura y casco dorados, desfiló por delante de ellos con sus armas enfundadas y la mirada centrada en un punto perdido de su horizonte.

—Sigue hasta el final de esta vía —le indicó Galatea—. Después gira a la izquierda y sube la colina hasta llegar a la Acrópolis. Detente justo en la entrada del Partenón, el edificio de grandes columnas que está en lo más alto.

—Lo sé —le informó él—. He leído sobre la auténtica Grecia clásica.

—Pues qué bien —comentó Galatea sin darle mucha importancia.

—Es una ciudad preciosa —intervino Josh sin poder evitarlo—. Realmente impresionante.

—No te olvides de decírselo a Halimede antes de irnos. Le encantará oírlo una vez más. —Hizo un sonido de fastidio con la lengua antes de añadir—: Pero cuando te invite a quedarte, recuerda que tenemos una misión fuera de estos muros.

Josh no pudo evitar mirarla de reojo, pues en aquellas palabras había un retintín que le hacía sospechar cierta rivalidad entre ambas mujeres. Y ella la había acusado de envidiosa minutos antes. Esperando que aquellos posibles celos no entorpecieran el plan que habían establecido para salir sin sobresaltos de la ciudad, Josh aparcó la nave donde ella le indicó, sobre un terreno de gravilla que precedía a un amplio jardín que parecía envolver la maravillosa edificación.

—Coge la barquilla —ordenó Galatea con tono autoritario—. Será nuestra ofrenda.  
—¿Qué? No —protestó él con un puchero—. Las frutas de Silvana no.  
Ella sacudió la cabeza mirando hacia el techo.

—Compraremos más víveres. Y esto es lo mejor que tenemos para ofrecerle —explicó colmándose de paciencia—. Sabores que no puede conseguir en su ciudad de suelo calizo.

Mirando las brillantes y maduras piezas con lástima, Josh caminó a un paso de distancia de Galatea en cuanto descendieron de la nave. Los guardias que custodiaban el acceso a las dependencias de la reina se apartaron para dejarlos pasar en cuanto reconocieron a Galaxia. Si se sintieron sorprendidos de no verla sola, ninguno de los cuatro dijo nada.

Una vez dentro, ella siguió recto por el corredor principal y Josh se maravilló ante la cantidad de ánforas, estatuas y pinturas que se repartían a ambos lados del amplio pasillo y que combinaban de forma perfecta con aquel simulado templo dórico que había sido famoso en otro planeta, y que ahora se alzaba imponente en un segundo mundo. Apostaba a que los arquitectos de la época jamás habrían imaginado algo similar.

Los pasos de ambos resonaban en los limpios y lisos mármoles del suelo, aunque la atención de Josh estaba centrada en los objetos que lo rodeaban. Casi trastabilló al darse cuenta de que, aunque la gran mayoría de aquellas piezas de artesanía eran nuevas, réplicas actuales de imágenes que seguramente Halimede habría sacado del libro que le había mencionado Galatea, otras estaban muy deterioradas, incluso rotas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no detenerse ante ellas y observarlas minuciosamente. Esas obras de arte no solo eran originarias de la Tierra, si no que contaban con miles de años de antigüedad. Sintió que los dedos le picaban de ganas de tocarlas.

Cuando finalmente llegaron a unas altas puertas de lustrosa madera labrada, custodiadas solo por dos guardias, Galatea imaginó que Halimede estaría en la sala de audiencias recibiendo a súbditos y solucionando conflictos vecinales. Mejor aquello que pretender interrumpir una de sus eternas reuniones con sus consejeros políticos.

Tras comunicar su voluntad de ver a la reina inmediatamente, uno de los guardias hizo uso de un comunicador adherido a su hombro avisando de que Galaxia exigía audiencia con la reina. En pocos segundos, un sirviente apareció por una estrecha galería a su derecha y, tras una reverencia, alzó ambas manos hacia Josh para que le entregara la barquilla. Él accedió y el sirviente desapareció por donde había llegado.

—Me temo que tendréis que esperar unos instantes. —La repentina voz grave que oyó a su espalda hizo que Josh diera un pequeño brinco antes de girarse—. La última

reyerta del día aún no ha sido solventada.

—Comprendo que la reina debe cumplir con sus obligaciones antes de conceder unos minutos de su valioso tiempo a una vieja amiga.

El hombre que había aparecido como de la nada mostró una complacida sonrisa ante las palabras de Galatea. A Josh le dio la impresión de que una de las figuras de piedra que acababan de dejar atrás había cobrado vida. En concreto, la del mismísimo Apolo. Su joven rostro contaba con las proporciones clásicas consideradas perfectas, adornado por caprichosos rizos dorados que caían sobre su frente, ocultándole parcialmente los grandes ojos tan claros como el agua de un manantial. Bajo una escasa indumentaria bastante similar a la de los guardias, a excepción del casco y la armadura, se adivinaban unos músculos bien definidos y una piel tostada que revelaba marcas de antiguas cicatrices y quemaduras solares.

Un guerrero ascendido a consorte, se recordó Josh, mirándolo con suspicacia cuando este se inclinó con una elegante reverencia hacia Galatea y tomó su mano derecha. No pudo evitar apretar los puños al notar que ella no rechazaba aquel contacto. Y sintió cómo la mandíbula se le tensaba al verla sonreír cuando él la besó marcadamente en el dorso. La retirada de Oberón se le hizo eterna, sin embargo, este se mantuvo inclinado al percatarse del dibujo que ella lucía en su dedo.

—¿Debo darte la enhorabuena por un inesperado enlace, Galaxia?

—No. Todavía —claudicó Galatea y recuperó su mano para dirigirse a Josh, que estaba en un claro segundo plano en aquella conversación—. Oberón, te presento al teniente Conrad Sullivan. —Josh sintió una pequeña punzada al oír en voz alta la combinación del nombre de su padre y su apellido materno. Galatea había decidido usarlos para ocultar más cuidadosamente su verdadera identidad—. Ha dejado temporalmente la custodia del Corredor Sur para unirse a mí.

—Sabia decisión —opinó Oberón mientras estiraba la mano hacia él y este la tomaba como Galatea le había explicado que debía hacer, abarcando su antebrazo con los cinco dedos y dejando que él hiciera lo mismo. El típico saludo de la Guardia Subterránea—. Imagino que tus compañeros de armas lamentarán profundamente tu marcha. —Fijó su mirada en el tatuaje que lucía Josh en el brazo: el escudo de la Guardia Armada de las Minas del Sur—. Aunque más profunda será su envidia por la... *causa* de tu partida.

—Me despidieron deseándome la mejor de las suertes: que esa... *causa* nunca me diera permiso para volver —respondió totalmente metido en su papel antes de mirar a Galatea solo un segundo, pero de forma intencionada y cómplice.

Oberón soltó una carcajada que sonó sincera y melodiosa hasta para Josh. Y de alguna extraña forma, el recelo que le había hecho sentir en un primer instante, sobre todo por cómo se había dirigido a Galatea, se desvaneció. Algo le indicaba que aquel

hombre era íntegro y digno de confianza.

—Cuando una nereida elige al hombre que debe estar a su lado —le indicó Oberón antes de soltarle el brazo que había empezado a apretarle con más intensidad—, la voluntad de este se convierte en pura devoción.

—No me parece un alto precio a pagar —convino Josh, con una creciente empatía emergiendo en su interior.

—No podría estar más de acuerdo.

Galatea miraba a ambos y no se podía creer que la conversación se hubiera desviado hacia ella y Halimede, cuando lo que había preparado concienzudamente con Josh era la camaradería que ambos podrían encontrar en su anterior ocupación como guardianes subterráneos.

Oberón había liderado la custodia de las Minas del Norte tras la muerte de su padre. Pero hacía años, el Gran Terremoto las había destruido casi en su totalidad, acabando con la vida de miles de personas y dejando sin hogar a otras tantas. En lugar de buscar cobijo en las Minas del Sur, Oberón había ido en busca de la ciudad de Athenas, de la cual había oído que estaba creciendo exponencialmente y que precisaba de guerreros experimentados para su protección. Él quería lo mejor para su pueblo, pero sobre todo, había nacido para liderar un ejército armado, no para ser uno más de sus soldados. Y sabía que eso era lo que ocurriría si pedía asilo al líder del sur.

Por ello, dejó elegir al pueblo de las Minas del Norte entre acompañarlo hasta Athenas o quedarse a medio camino en las minas, donde sabía que serían bienvenidos, dada la hermandad entre ambas comunidades. Solo los más ancianos y enfermos, demasiado cansados para aquella larga travesía y sin ganas de comenzar de cero, habían optado por la vida subterránea. El resto había seguido a su líder hasta las murallas de Athenas. Y Halimede los había acogido a todos ellos tras hacerle jurar a Oberón lealtad hasta su muerte. Él así lo había firmado en un contrato con su propia sangre.

Galatea había escuchado aquella historia por partes y en diferentes ocasiones. Cada vez que había necesitado atravesar la ciudad, Halimede se lo había concedido, aunque no sin antes compartir una comida o cena con ella y su corte. Durante el banquete, ella y Oberón solían preguntarle por sus misiones y por cuántos snots había liquidado. Ambos aplaudían cuando el número era alto, y el capitán de la guardia real siempre la invitaba a sumarse a sus filas. Cuando la velada estaba concluyendo y el vino empezaba a adormilarlos, Oberón acababa hablando del pasado, cómo había sido perder a gran parte de su pueblo y lo profundamente agradecido que se sentía con la reina por permitir que los supervivientes se convirtieran en ciudadanos de pleno derecho de Athenas. Halimede solía aprovechar esos comentarios para sugerirle en

voz alta que esa noche se lo *agradeciera un par de veces más*, lo que hacía reír a carcajadas a Oberón y levantarse a Galatea para retirarse sutilmente a su habitación.

No obstante, en esta ocasión tendrían que prescindir de banquetes e historias de tiempos pasados. No pretendía hacer noche en Athenas. Bastante retraso sobre el itinerario previsto llevaban ya.

Las puertas de la sala de audiencias se abrieron, haciendo innecesario continuar con la actuación de Josh. Se había sentido honrado al representar a un miembro de la valiente guardia que protegía a un generoso pueblo que había acogido y ocultado de los snots a su hermana y su cuñado cuando fueron padres. Los pueblos subterráneos siempre habían vivido parcialmente al margen de las leyes que gobernaban la superficie de Nox. Pero no eran inmunes a los castigos que ser descubierto incumpliendo esas normas conllevaba.

Una larga fila de ciudadanos abandonó la sala, algunos sonrientes, otros cabizbajos, lo que indicaba que la deliberación de Halimede ante aquel conflicto no había sido igual de satisfactoria para todos. Oberón esperó a que todos se marcharan e invitó a los últimos visitantes a pasar delante de él.

—La célebre Galaxia y su consorte, Conrad Sullivan, teniente de la Guardia Armada Subterránea en el Corredor de las Minas del Sur —anunció con voz rotunda antes de atravesar la sala y colocarse a la izquierda de la reina, enfundada en un largo vestido blanco de falda plisada y corpiño sin mangas. Una corona de plata y piedras preciosas brillaba sobre su larga melena rizada, recogida parcialmente por un entresijo de trenzas tan oscuras como los profundos ojos negros que se abrieron de par en par ante la inesperada visita.

Halimede se levantó de su trono en cuanto vio entrar a Galatea seguida de un hombre algo más alto que ella. Iba a bajar los cinco escalones que los separaban, pero una suave tos a su izquierda la hizo quedarse parada donde estaba.

—Galaxia, sé bienvenida. —Esperó a que ella le hiciera la correspondiente reverencia—. Conrad Sullivan, es un placer conocerte. Acércate, quiero ver al hombre que mi querida Galaxia ha tenido a bien elegir como compañero.

Ocultando el temblor de sus manos, Josh hizo la reverencia que había olvidado en un primer momento y se acercó hasta el primer escalón.

—Alteza —pronunció inseguro—. También es un gran placer conoceros.

La reina lo evaluó con la mirada. Él no pudo evitar mirarla a la cara a pesar de mantener la cabeza gacha, como le había explicado Galatea. Se relajó ligeramente al percibir que lo escrutaba con simple curiosidad, sin ninguna lascivia. Aunque algo brilló en sus ojos cuando se fijaron en el prendedor que sostenía la capa en su hombro. De alguna manera, Josh supo que no era codicia por la pequeña joya de plata, sino reconocimiento.

—Mi casa es vuestra casa —declaró, abarcando la estancia con el gesto de una mano—. Podéis permanecer bajo mi techo el tiempo que necesitéis.

—Solo estamos de paso, Alteza. Le traemos estas ofrendas. —Galatea buscó a su espalda al siervo que debía acercarlas, quien lo hizo de inmediato—. Un humilde agradecimiento por el permiso que siempre me habéis concedido para cruzar vuestra bella ciudad de camino a mis múltiples destinos.

—Todo presente es bien recibido. —Halimede sacudió su mano para que el sirviente se marchara—. Aunque sería más grata vuestra compañía. Podéis relajarnos y refrescaros antes de la cena que organizaré en vuestro honor, y partir más descansados por la mañana. Atravesar el desierto siempre es agotador.

Galatea ya se temía aquella propuesta. En otras circunstancias la habría aceptado, pero iba acompañada y no creía que ni ella ni Josh pudieran sostener aquella farsa mucho tiempo. Buscó las palabras apropiadas en el tono formal que la sala de audiencias, repleta de consejeros y sirvientes de la corte, requería.

—Es extremadamente generoso por vuestra parte, Alteza. Pero debemos partir lo más pronto posible en cumplimiento de una importante misión. Sin embargo, a la vuelta de nuestro viaje podríamos celebrar esa cena si aún lo consideráis oportuno.

—Como gustéis. —Su voz se veía claramente decepcionada—. Podéis partir pues. Nadie os impedirá el paso hasta el otro lado de mis murallas.

Galatea observó a Oberón, esperando ver el más mínimo gesto en su expresión, pues contradecir a Halimede o negarle el más mínimo deseo no solía acabar tan cortésmente. Pero él seguía mirando al frente y quieto como una estatua. No es que necesitara más pistas, pero una sencilla mueca ante las palabras de Halimede habrían servido como confirmación directa de sus sospechas.

—Mil gracias, Alteza. No obstante, ¿podríamos hablar en privado unos minutos?

—¿En privado? —La reina se mostró abiertamente sorprendida.

—Sí. Se trata de un asunto... estrictamente personal.

Esta vez los ojos de Oberón fueron directos hacia Galatea antes de mirar muy serio a Halimede, quien no se fijó en él.

—Si lo crees necesario —concedió dubitativa.

—Sí —ya no tenía duda alguna—, muy necesario.

—Bien. Podemos ir a mi despacho. Por aquí —señaló una puerta parcialmente oculta entre unos cortinajes detrás del trono.

—Mi reina... —intervino ya de viva voz Oberón.

—No te preocupes, querido. —Halimede le palmeó el brazo y le dedicó una sonrisa demasiado dulce—. Galaxia y yo tenemos confianza. ¿Nos acompañará tu consorte? —preguntó mirándola de nuevo.

—Si no os importa... —No iba a dejarlo solo con Oberón. Ella debía supervisar



sus conversaciones por si la cosa se complicaba.

Josh siguió a ambas mujeres y Oberón fue detrás de él.

—No, Oberón, querido. Espérame aquí fuera, por favor.

—Pero... —Parpadeó con una inquietud que Galatea jamás había captado en él. Habría esperado verle dirigir la mirada hacia las armas que Josh portaba o las suyas propias, pero el guardia solo miraba los ojos de Halimede—. Como ordenéis, mi reina —aceptó finalmente y cerró él mismo la puerta cuando los tres estuvieron dentro.

El despacho era pequeño en comparación con la sala de audiencias, pero lo suficientemente amplio para abarcar una gran mesa equipada con varios ordenadores y otra más pequeña rodeada por cómodos sillones. Halimede se sentó en uno de ellos y señaló los asientos de enfrente invitándolos a ocuparlos.

—Tú dirás, Galatea. Qué te preocupa.

—Tú, tú me preocupas. —Halimede se levantó de golpe en cuanto ella la tuteó—. ¿De qué va esto, Leágora?

—Te has dado cuenta... —la voz se le quebró y las rodillas le flaquearon, obligándola a volver a sentarse—. Tendría que haber imaginado que a ti no podría engañarte.

Josh las miró sin comprender nada. Pero no intervino a pesar de las bruscas formas de Galatea ante su anfitriona, a la cual ella misma le había advertido que no debía faltar al respeto, contradecir ni mucho menos hacer enfadar.

—Se supone que tú estabas en un Santuario de Damas Blancas, que habías abrazado los votos voluntariamente, porque no soportabas la vida en esta ciudad.

—Así era...

—¿Dónde está Halimede? —Josh hizo un ruidito que no pudo evitar y Galatea tuvo la suficiente consideración con él para darle una corta explicación—. Esta es Leágora. Halimede y ella son gemelas.

Leágora no se detuvo a pensar por qué el consorte de Galatea no sabía de su existencia. La cabeza le daba demasiadas vueltas para fijarse en ese detalle.

—Ella... ella... me obligó a sustituirla —confesó casi sin voz—. Sus soldados me arrancaron del templo de mis nuevas hermanas cuando solo llevaba allí dos años.

—¿Por qué? —Viendo que parecía ir a confesar, Galatea se recostó en el sillón y se cruzó de brazos.

—Ella quería entrenarme. Para hacerme pasar por ella. Lo hizo durante dos meses.

Galatea se rio secamente y recordó justo a tiempo que iba cubierta por maquillaje, cuando estaba a punto de frotarse los ojos con frustración.

—No me has engañado ni cinco segundos, Lea. Te has levantado nada más verme, juraría que has estado incluso a punto de bajar a abrazarme. Podéis ser idénticas

físicamente, pero jamás podríais tener la misma personalidad.

—Nadie más se ha dado cuenta. Aunque no sé si Oberón... —De pronto se le quebró la voz y se echó a llorar.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Casi tres semanas —se oyó bajo un sollozo.

—¿Y él no te ha dicho nada? —A otros quizás podría engañarlos, pero a su propio amante lo dudaba—. Imagino que Oberón habrá querido... —carraspeó— ya sabes.

Leágora se secó pulcramente las lágrimas con la yema de los dedos y suspiró profundamente para coger aire con el que poder hablar.

—Hali me dijo que debía hacerlo, para que ni siquiera él sospechara. Que me gustaría, que no le tuviera miedo, pues me trataría bien. —Hizo una pausa y entrelazó ambas manos sobre su pecho, como si le doliera—. Al principio pude rechazarlo argumentando que me sentía indispuesta. Me escudé en las frecuentes jaquecas de mi hermana. Pero un día la audiencia fue especialmente dura, pues varios súbditos se presentaron acusándose de agresiones y difamaciones. Tuve que ser implacable como lo hubiera sido ella. Tuve que hacerlos azotar. Era eso o la muerte. Y eso sí que no puedo, Gala, jamás podré.

Galatea recordó la dulzura que siempre había caracterizado a Leágora, su buen corazón, la sonrisa amable que siempre había lucido su rostro. Halimede jamás podría ser como era ella, y viceversa.

—¿Qué pasó ese día con Oberón?

—Tuvo que notar lo afectada que estaba. Imagino que creyó que... aquello me relajaría. Y cuando nos quedamos solos en la sala, me abrazó y me besó. Yo no podía dejar de sentirme culpable por aquello. Pero él siempre ha sido tan... —apretó más las manos que cubrían su pecho y suspiró—. Me derretí entre sus brazos. Después me susurró que esa noche acudiría a mi cama. Y lo hizo.

—Y descubrió que no eras ella —vaticinó Galatea.

Josh comprendió que aquella conversación debería estar siendo privada entre ambas mujeres, pero creyó de mala educación levantarse y marcharse sin más. Así que simplemente se mantuvo lo más quieto y callado que fue capaz para que su presencia no pareciera más relevante que la de las estatuas de las paredes.

—Si lo hizo no me lo dijo. Ni ninguna de las demás noches que ha pasado en mi alcoba. Y sabe hacer tantas cosas maravillosas. —Se ruborizó al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Pero no puedo evitar sentir que la estoy traicionando, Gala, por mucho que ella me hiciera jurar que haría exactamente lo que estoy haciendo. Sé que es lo que ella quería, pero...

—¿Pero? —Parecía increíble, pensó Galatea en ese instante, que el mayor peso que cargara Leágora no fuera el de la corona, sino el de la culpabilidad de compartir su

cama con el atractivo (y al parecer, experto) amante de su hermana.

—Una noche Oberón me dijo que me amaba. Después no ha dejado de decírmelo. Hace unos días me preguntó si yo lo amaba a él. Yo no respondí. Yo... —las lágrimas volvieron a sus ojos— no puedo hacerlo.

—¿Amarlo o decírselo?

No hacía falta que lo dijera. Ella ya sabía la respuesta con solo mirar esos ojos de ángel. Apostaba a que Oberón también lo había visto.

—Él es tan cariñoso, y me ha ayudado tanto en cómo comportarme, corrigiéndome discretamente cuando cometo algún error, sin llegar a decirme nada directamente. Sin embargo, nunca me llama Halimede, siempre mi reina, o mi amada reina. Y yo sé que él jamás... —las lágrimas ya caían como gruesos ríos sobre su mejillas— jamás le dijo a mi hermana que la amaba. Ella me contó que una vez tras hacer el amor se lo preguntó. Que le dijo “¿Me amas, Oberón?”, y que él le respondió, “¿Es eso lo que quieres de mí?”.

—Pero a ti te lo dijo. Te lo sigue diciendo —analizó Galatea, comprendiendo el sentimiento de traición de Leágora.

—A diario, antes de quedarme dormida. —Esta vez una esperanzada sonrisa iluminó su rostro—. Me hace sentir tan viva, Gala. Es lo único que me da fuerzas para seguir haciendo el papel de Halimede cada día frente a esta gigantesca ciudad.

Sin entender por qué, pues Josh no había emitido ni el más ligero ruido, Galatea fue muy consciente de la presencia de él a su derecha. Se obligó a no mirarlo y se centró en la conversación.

—¿Y qué pasará cuando ella vuelva? Porque imagino que no habrá abandonado su feudo por mucho tiempo. De hecho, me sorprende que se haya marchado, incluso por unas pocas semanas.

Las manos de Leágora se desplomaron sobre su regazo. Galatea sintió un hormigueo recorriéndole el tobillo derecho que le robó un latido del corazón.

—Ella no va a volver, Galatea. Nunca.

Esta vez el llanto de Leágora fue diferente. Ya no era el de una mujer enamorada que creía estar traicionando a su propia hermana. Tampoco era la abrumadora responsabilidad para la que no estaba preparada lo que la llevaba a ese lamento desconsolado.

—¿Qué ha pasado Lea? —inquirió con voz ronca—. Dímelo ya y déjate de rodeos.

—Ella...

Galatea se levantó de golpe, la cogió por los hombros y la sacudió.

—¿Dónde demonios está tu hermana?

Josh se decidió a intervenir. Apartó gentilmente a Galatea por un codo y la hizo sentarse de nuevo en el sillón. La otra joven se arrancó la corona y la sujetó con

fuerza con ambas manos, mirándola fijamente mientras confesaba toda la historia.

—Cuando los guardias me trajeron a la fuerza desde el Santuario, me encerraron en mi antiguo dormitorio. Yo no entendía por qué. Pero cuando ella entró horas más tarde, me explicó que le quedaba poco tiempo. Que los síntomas eran ya muy claros. —Levantó la vista hacia Galatea, que se había quedado petrificada en el asiento—. Los recordaba de aquellos días en los que Nana os encadenó por los tobillos. Las jaquecas, la sangre cada vez que tosía, los fuertes calambres en el estómago y las constantes náuseas, todo cada vez más agudizado. Finalmente, las visiones y el insomnio pleno.

—El mal ascendente —murmuró Galatea, haciendo referencia a la enfermedad mortal que muchas mujeres que habían sido esterilizadas por el invasivo método que los Vigilantes habían exigido acababan padeciendo pasados algunos años.

—La última semana apenas podía levantarse de la cama. Solo a mí me dejaba entrar en su, bueno, mi cuarto. Además de a una sanadora que la atendía. Se suponía que yo había abandonado el Santuario para morir en mi hogar, junto a mi hermana.

Leágora buscó la mirada de Galatea. Tardó bastante en conseguir que la centrara en ella.

—¿Por qué... no me avisasteis? —dijo cuando Josh estaba a punto de acercarse a ella para conseguir que reaccionara.

—Me hizo jurar que no se lo diría a nadie. No había levantado este imperio para que en pocos años todo se fuera al traste. —Abrió los brazos como si con ese gesto lograra abarcar la vasta ciudad—. Yo tenía la obligación de mantenerlo como ella había planeado, como la mayor y más bella de las ciudades de Nox, un lugar que sobreviviría al último de los humanos que habitara este planeta.

—Eché sobre tu espalda el peso de sus sueños. —Galatea parecía haber despertado de un trance—. ¿Y qué hay de los tuyos?

—Ella lo hizo todo por mí, Gala. Todo. Me llevó consigo cuando los Vigilantes me habían asignado una labor de interlocutora con los snots. Hali se negó a cumplir su misión si yo no la acompañaba. Temía que acabaran comiéndome, como se rumoreaba que sucedía constantemente con quienes ostentaban aquel puesto. Le debo la vida. Y la entregaré a la causa que ella me ha encomendado.

El silencio se cernió en el despacho. Josh sentía una inquietud extraña por Galatea. Veía cómo aferraba sus manos a los reposabrazos del sillón, mientras Leágora ocultaba su mirada en la corona de su hermana. Incapaz de seguir allí sin hacer ni decir nada, se puso en pie e hizo una reverencia ante la actual reina.

—Mi más sentido pésame, alteza —declaró ante el pesar que sabía que ella sentiría—. Yo también perdí a mi única hermana recientemente. Comprendo y comparto su dolor. Y admiro su valentía al concederle el último de sus deseos.

—Gracias, Conrad. Yo también lamento tu pérdida, que es incluso mayor que la mía. —Desvió la mirada de él a Galatea—. Pues yo aún cuento con más hermanas.

Josh sintió como si le dieran una bofetada. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente? Leágora podía ser hermana de sangre de Halimede, pero Galatea le había dicho en más de una ocasión que todas las niñas de la casa cuna eran hermanas para ella. Y acababa de saber de la muerte de una de ellas. Sintió unas incontenibles ganas de abrazarla. Estaba a punto de hacerlo, sucediera lo que sucediera, pero ella decidió ponerse en pie en ese momento.

—¿Dónde está?

Leágora suspiró y asintió con la cabeza antes de volver a colocarse la corona y ponerse en pie.

—Es por aquí —indicó y salió del despacho custodiado por Oberón, quien se giró angustiado al verla salir.

—¡Mi reina! —Se acercó apresuradamente al descubrir por la irritación de sus ojos que había estado llorando—. ¿Qué os sucede?

—Galatea es parte de mi familia. —Le tomó la mano y tiró de él para que los acompañara—. Y quiere visitar la tumba de mi hermana, que aunque de otra manera, también era la suya.

Oberón apretó la mandíbula y asintió levemente antes de enlazar el brazo de Leágora con el suyo y encaminarse hacia el exterior del templo.

La caída de la tarde llenaba de sombras el pequeño jardín trasero donde una única y sencilla lápida blanca rodeada de flores multicolor parecía iluminarse con los últimos rayos del día más que ningún otro punto del lugar.

Los cuatro caminaron hacia ella y se quedaron a un par de metros de distancia. Solo Leágora se acercó un momento para depositar un beso con su mano sobre la piedra, que estaba caliente por el intenso sol de ese día.

Galatea no se movió, ni siquiera cuando Josh dio un discreto un paso hacia ella hasta que sus brazos se rozaron. Si él pensaba que ella se acercaría a hacer un gesto similar al de Leágora, se equivocaba. No cuando las palabras que se leían en la lápida no eran las que deberían ser: *Leágora Biagioni. Amada hermana. Alma pura y leal.*

Porque era lo que a él le habían enseñado desde niño, y tratando de compensar su nefasto error al dar solo el pésame a una en lugar de a ambas hermanas, Josh se aclaró la garganta y, llevándose una mano al corazón, comenzó a entonar el cántico que aquel momento requería. Tal vez Halimede ya hubiera tenido un funeral apropiado, aunque fuera bajo otro nombre, pero Galatea no había sido invitada a él. No sabía si eso era

lo que le impedía acercarse a la lápida, o si simplemente la muerte formaba parte de su día a día de tal forma que no le afectaba como a las demás personas. Pero ya que temporalmente ella le había asignado la función de consorte, él presentaría sus respetos de parte de ambos.

La notó tensarse cuando comenzó la melodía. Tras la primera estrofa, percibió cómo su brazo temblaba al roce con el de él. Oyó a Leágora contener un sollozo cuando su voz alcanzaba la nota más alta, y vio por el rabillo del ojo que Oberón la rodeaba por los hombros protectoramente. Terminó el canto con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Pero antes de pronunciar las últimas palabras, sintió que la presencia de su izquierda desaparecía. Cuando alzó la vista, vio a Galatea correr por el lateral del templo, tan rápidamente que apenas alcanzó a verla arrancarse la peluca y tirarla al suelo.

—Ha sido precioso, Conrad. —Leágora se acercó y le dio un fuerte abrazo que él no se esperaba. Miró sorprendido a Oberón, quien le sonrió levemente y se secó una lágrima sin mostrar la más mínima vergüenza por ello—. Gracias. Muchísimas gracias.

—Siento mucho que Galatea... —No tenía muy claro qué decir de su comportamiento. Optó por ser ambiguo pero sincero—. A ella le cuesta más que a otras personas.

—Lo sé. —Leágora le palmeó la mano y le sonrió con cariño—. Y veo que tú la conoces bien.

—Creo que debería ir con ella. Si me disculpáis...

—Claro. —Oberón se acercó y apartó por el codo a Leágora, que no le soltaba la mano y lo miraba con orgullo—. Tu nereida te necesita —comprendió más que de sobra.

Josh hizo una reverencia ante Leágora y volvió a estrechar el antebrazo de Oberón antes de salir corriendo.

Reconoció los chapoteos que resonaban dentro de la nave incluso antes de entrar. Era el ruido que el simulador de lucha emitía cuando un snot era reducido a un charco de moco humeante. Le echó un vistazo a la peluca que había recogido del jardín y sintió una profunda compasión por la mujer que se ocultaba tras ese disfraz. La misma que ahogaba su pena transformándola en rabia contra unos enemigos imaginarios a los que no podía tocar.

Como si esto último la frustrara más que nada, Josh presenció cómo cada patada, cada estocada, iba cargada de tal furia que terminaba impactando contra las puertas de los armarios o las paredes de la nave. Cuando solo quedó un snot al que combatir,

Galatea lo arrinconó, soltó la daga y, cerrando los puños, se dedicó a golpearlo con las manos desnudas. Sin embargo, lo que realmente golpeaban una vez traspasada la imagen, era el duro revestimiento interior de la bodega de carga.

—¡Para! ¡Galatea! ¡Para! ¡Vas a hacerte daño! —Josh corrió hasta ella y la agarró por las muñecas con fuerza. Las manos le sangraban a la altura de los nudillos.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos pero perdidos. Él la buscó más allá de las lentillas que la ocultaban, tratando de traerla de vuelta de dondequiera que estuviera. Pero tuvo que sacudirla. Solo entonces centró realmente la mirada en él.

—Tienes que dejar de hacer esto. —Su voz era un ruego, pero las manos la apretaban con fuerza—. No solucionas nada. Solo te haces daño.

—No es justo —logró decir con un hilo de voz.

—No, no lo es.

Aflojó su agarre. Le había dejado marcas en los brazos. Pero ella no había intentado que la soltara. No sabía si era una buena o una mala señal. Porque además su mirada estaba volviendo a perderse.

—Tienes que reaccionar, Galatea —insistió, volviéndola a sacudir, esta vez por los hombros—. Entiende que tienes que aceptarlo y punto.

—¡No puedo! —gritó de pronto—. Yo, no, no... —Se ahogaba. Ahí estaba otra vez. La pérdida. El pánico. La impotencia.

—Sí que puedes. Solo tienes que echarlo —exigió, zarandeándola con más fuerza.

—¿Cómo? —Lo empujó por el pecho, pero él era más fuerte y no la soltó. Su voz era un grito desgarrador que mostraba lo indefensa que se sentía— ¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres de mí?

—¡Que llores, maldita sea! —espetó Josh a un centímetro de su cara—. Llorar por tu amiga, por tu hermana. Abraza a quien llora su muerte. Desahógate en el hombro de un amigo. ¡Siente, joder, siente! Y exprésalo con la reacción humana que le corresponde.

Ella lo apartó cuanto pudo y gritó. Gritó muy alto y largamente, hasta quedarse sin aliento. Y sin fuerzas. Porque, sin poder evitarlo, se derrumbó contra su pecho. El llanto fue amargo, agudo y sonoro. Todo su cuerpo se sacudía y Josh la rodeó con sus brazos, dejando que soltara todo su peso, físico y emocional, sobre él.

—Échalo, todo, no te dejes nada —la animó, acunándola. Sabía por propia experiencia que hasta que no soltara aquella carga, no sería capaz de respirar con normalidad de nuevo.

Los pies de él se mantuvieron quietos, las rodillas firmes para no caer. Los brazos la aferraron contra su cuerpo para que ella no resbalara cuando las piernas la vencieron. Josh agachó la cabeza y frotó su mejilla contra el cabello alborotado y húmedo de ella. Aspiró su olor, ya familiar para él, que había calado en su cerebro

amenazando con no salir de allí jamás. Una de sus manos se unió a la caricia y Galatea hundió aún más la cara en el hueco entre el hombro y el cuello, buscando un consuelo que desconocía anhelar tanto. Su rico aroma llenó sus pulmones y logró hacer que dejara de clavarle las uñas en la espalda al relajar brazos y manos, simplemente rodeándolo como él a ella.

Cuando su respiración se reguló y su cabeza quedó apoyada en vez de apretada contra su clavícula, Josh tembló al sentir los labios de ella contra su garganta. Se moría por besarlos, lo deseaba con un fuego que lo estaba consumiendo por dentro. Pero aquel no era un buen momento. Acababa de dar un enorme paso con Galatea, consiguiendo que abriera su armadura ante él y le dejara ver cómo sufría por dentro. Él era un hombre paciente, y por el momento se conformó con la sensación de tenerla completamente pegada a él, siendo el hombro amigo en el que llorar. Confiando en él. Creyendo en él.

La súbita sensación de un delicado beso en el nacimiento del cabello hizo reaccionar a Galatea, que se negaba a apartarse de Josh todavía. No cuando acababa de encontrar un refugio que no quería abandonar jamás. El dulce cobijo del círculo de sus brazos, la firmeza y calidez de su pecho, el aroma intenso de su piel... Se preguntó si no sería aquel el hogar que tanto tiempo llevaba buscando. Retiró la cara del cuello de Josh lo justo para hablar.

—Te he oído cantar y no he podido más.

El susurro de su aliento hizo que Josh se estremeciera como una hoja al viento. Se obligó a mantenerse firme en su propósito de ser paciente y volvió a besarla en la frente.

—Sublime gracia. Es una canción muy antigua. Se cantaba por los caídos en combate —le indicó, acariciándole la melena como si la peinara—. Tu hermana era una luchadora. Sigue luchando por su sueño aun habiéndose ido. Merecía que ese himno fuera cantado en su honor.

—Tienes un don en la voz. —Le rozó la garganta con los dedos y Josh tragó el nudo que se le formó en ese punto—. Nunca había oído a nadie cantar así.

—Me equivoqué de profesión entonces. —Él notó su corta risa y se atrevió a tomarle la mano para evaluar sus heridas—. Mira lo que te has hecho. —Acarició sus nudillos con el pulgar antes de besarlos uno a uno, deteniéndose en el anular—. Voy a tener que volver a pintar tu anillo.

El corazón de Galatea se encogió cuando Josh hundió los labios contra sus dedos como si así pudiera curar sus heridas. Conmovida, alzó la vista hacia su rostro y lo encontró con los ojos cerrados con fuerza mientras le besaba la mano. El brazo que aún le rodeaba la cintura la atrajo más hacia él y ella sintió un estremecimiento que acabó en calor en lugar de en frío.



Cuando él aflojó su abrazo y abrió los ojos, ella lo miraba con la boca entreabierta.  
—Estás horrible —le dijo, horrorizándola primero y haciéndola reír desganadamente después.

—No lloraba desde la muerte de Agatha —confesó, ocultando su rostro en él. El mejunje en el que debía de haberse convertido su maquillaje tenía que ser terrorífico —. No me mires así y dame un pañuelo.

—No tengo. —Se encogió de hombros y le ofreció la tela roja que cruzaba su pecho. Ella la rechazó—. Puedes terminar de arruinar mi camiseta —comentó, señalándose la zona ennegrecida por el maquillaje además de las mangas arrancadas.

Ella le golpeó el hombro con el puño izquierdo cerrado, sin usar auténtica fuerza.

—Gracias —murmuró avergonzada y cabizbaja.

—De nada. Mira esto. —Le cogió esa mano y besó los nudillos algo menos magullados que los derechos—. Ves. Te he tocado y no ha pasado nada.

—Sí que ha pasado —le corrigió, pero se apartó de él y se marchó al aseo sin explicarle el qué.

Josh aún estaba cavilando qué podían significar las últimas palabras de Galatea cuando esta salió del aseo con la cara limpia y el pelo mojado. Lo miró lo justo para lanzarle un pequeño trapo y un bote que cogió al vuelo, y él divisó que también se había deshecho de las lentillas. La siguió cuando vio que se dirigía a la cabina de mando.

—¿Qué es esto?

—Lo necesitarás si no quieres acabar tan horrible como yo. —Señaló sus ojos y Josh comprendió que era algún tipo de desmaquillador. Y aunque no lo había dicho con tono herido, supo que no le había gustado mucho que dijera que estaba horrible. Podría tratar de arreglarlo confesándole que consideraba que ahora estaba preciosa. Pero ella creería que lo hacía precisamente por eso, por tratar de arreglarlo. ¡Qué complicadas eran las mujeres! Sobre todo aquella. Y sin embargo, él ya no tenía ojos para ninguna otra—. Al menos quítate las manchas que te he dejado en el cuello —le indicó al ver que él se quedaba mirándola sin moverse.

Josh pareció reaccionar y se encaminó al aseo dispuesto a quitarse absolutamente todo el maquillaje.

—No nos iremos aún, ¿verdad? —quiso saber antes de salir por la puerta—. Quiero decir que tú irás a...

—A despedirme. De todos —aclaró cuando él alzó una ceja.

—Muy bien. Tómate tu tiempo.

—Josh —le llamó a los pocos segundos, y él volvió sobre sus pasos—. Ya sé que

no está bien regalarle al alguien un regalo que te ha hecho otra persona. Pero a Hali siempre le gustaron las cosas artesanales —le explicó alzando entre sus dedos la flor de papel que él había enganchado, desconocía cuándo, en el conducto de ventilación junto a los hibiscos vivos—. Y tú podrías hacerme otra. Si quisieras.

—Haré algo mejor que eso. —No sabía si se sentía más abrumado porque Galatea valorara entregar la sencilla flor como regalo o porque se sintiera en la obligación de pedirle permiso para ello—. Te enseñaré a hacerlas.

Ella le sonrió tímidamente mientras hacía bailar la flor entre sus dedos y saltó de la cabina para volver al jardín del que había huido minutos antes. Josh se quedó mirándola caminar bajo los últimos colores del ocaso. Y se dijo que tendría que confesarle la verdad sobre esa misión antes de lo que tenía previsto. No se sentía capaz de seguir mintiéndole. No con ese sentimiento creciendo dentro de él de forma descontrolada, violenta y sobrecogedora.

Unas palabras que Oberón le había dicho le vinieron a la mente y no pudo evitar reírse de sí mismo mientras se hacía eco de ellas.

—Ya no hay vuelta atrás. La voluntad de este hombre ya es pura devoción.

Galatea encontró a Leágora sola junto a la tumba. Estaba arrodillada con los ojos cerrados y parecía estar orando en silencio. Una costumbre que habría adquirido en el Santuario en el que había permanecido dos años, se dijo. El vestido blanco era como una nube sobre el césped, flotando alrededor de ella a merced del ligero viento, como algunos de los largos rizos de su pelo negro. Aquella visión le transmitió una sensación de paz que no se pudo explicar, pero la recibió con los brazos abiertos. Caminó hacia ella marcando sus pasos sobre el césped para que la oyera acercarse y no se asustara.

—Intento no pasar mucho rato aquí —dijo sin abrir los ojos—. Porque ella no lo habría hecho. Aun así, me permito una oración cuando cae la noche. Y unas palabras con ella.

—Tú eres la reina —adujo Galatea, y se agachó para enterrar el tallo de su hibisco entre las demás flores naturales—. Puedes hacer lo que te dé la gana.

Leágora rio y abrió los ojos. Le sorprendió ver lo que ella había depositado en la tumba.

—¿Una flor de papel? —preguntó, pero no se atrevió a tocarla.

—Las demás acabarán marchitándose —comentó señalando los ramilletes del suelo—. Pero esta será eterna, como la ciudad que ella hizo levantar con voluntad, talento y esfuerzo.

—Le encantará, estoy segura. —Se acercó un poco más, mirándola con curiosidad.

Después se puso en pie—. ¿La has hecho tú?

—¿Yo? —Galatea se señaló con un pulgar—. ¿Es que no me conoces?

Leágora logró reír con auténticas ganas después de semanas de sonrisas fingidas. Miró con cariño a su hermana de cuna y pensó en lo mucho que se alegraba de que tuviera a un hombre a su lado capaz de cantar como los ángeles y de crear pequeñas maravillas con un pedazo de papel. Incluso de sacar la angustia del corazón de Galatea, pues viéndola a cara lavada, sabía que él había conseguido hacer que llorara por la muerte de Halimede.

—Te conozco muy bien —alegó. Sus siguientes palabras fueron un chirrido agudo que, en otras circunstancias, habría sonado ridículo—. Y te he echado muchísimo de menos.

Galatea dio un paso hacia ella y la abrazó justo cuando las primeras lágrimas cayeron por sus mejillas. Su olor le recordó a su infancia, a una época que creía prácticamente olvidada. La misma paz que había percibido al verla arrodillada la envolvió por completo. Juntas lloraron por una hermana que se había marchado demasiado pronto, a la que habían amado por encima de su duro y distante corazón, más allá de su frío talante. Pero de la que habían aprendido el valor de la perseverancia y la determinación en el logro de un objetivo. Esa parte de Halimede viviría siempre en ellas.

—No sabes cuánta falta me hacía esto —murmuró Leágora cuando su llanto cesó.

—Me hago una idea —reconoció Galatea apretándola con fuerza un segundo antes de dar un paso atrás.

—Creo que nunca antes me habías abrazado.

—Yo estoy segura de que no.

Ambas sonrieron. La reina la tomó por las manos y le dio un suave beso en la mejilla.

—Te dejaré a solas con ella para que puedas despedirte. —Galatea asintió—. Buen viaje, hermana. Vuelve pronto a visitarnos.

En la penumbra del anochecer, Galatea se quedó en silencio antes de caminar los pasos que la separaban de la lápida y acuclillarse frente a ella.

—Hola, Halimede.

—Ella me hablaba de ti en ciertas ocasiones. Una noche me contó la historia de vuestra cicatriz.

Galatea se levantó de golpe y volvió a meter el pie en su bota. Había estado sentada con las piernas cruzadas junto a la tumba bastante tiempo, hablando con Halimede como si pudiera oírla. En un arranque de melancolía, se había descalzado

el pie derecho y había estado acariciándose el tobillo donde una línea blanca la había acompañado más de media vida, haciéndole recordar a una de sus hermanas aunque ella no quisiera.

—¿Y qué más te dijo? —le preguntó a Oberón, muy consciente de que se había referido a Halimede en pasado—. Seguro que nada bueno.

Él rio y se acercó un poco más a ella.

—Me confesó que se sentía aliviada de que siempre vinieras disfrazada como Galaxia, porque al natural eras tan hermosa que me sentiría tentado a dejarla por ti. —Esta vez fue Galatea la que rio aún con lágrimas en los ojos—. Tienes unos ojos muy bonitos a pesar de haber llorado. Pero sigo prefiriendo los de mi reina, incluso cuando están tristes. Aunque haré todo lo que esté en mi mano para que no vuelvan a llorar nunca más.

—Me alegra oír eso. —Como él había puesto sus cartas sobre la mesa, ella hizo lo mismo—. Porque ella te necesita a su lado. Necesita que la ames. Y no solo físicamente.

—Lo hago. —Su voz estaba cargada de sinceridad—. Lo he hecho desde que crucé las puertas de esta ciudad para ofrecer los servicios de mis guerreros como protectores. Traté de acercarme a ella desde el primer día en que Halimede me contrató como parte de su guardia personal. Pero Leágora era aún muy inocente, y siempre me rehuía. Quise darle tiempo, y fue entonces cuando la reina se interesó por algo más que mi protección.

—Y nadie le decía que no a Halimede.

Ya ninguno de los dos se miraba entre sí. Ambos tenían la mirada fija en la tumba junto a sus pies.

—Yo le debía lealtad y respeto, además de las miles de vidas de mi pueblo. Cumplí con mi deber lo mejor que supe. —La dureza de su voz fue decreciendo—. Y traté de ignorar lo que mi corazón anhelaba.

—Ella nunca lo supo —afirmó Galatea, porque no era una pregunta.

—¿Que amaba a su hermana en secreto? No. —Oberón suspiró y se revolvió el pelo con un gesto espontáneo que pocas veces dejaba ver con su actitud de guardia siempre alerta—. Fui muy cuidadoso de ocultar mis sentimientos. No quería que en un arranque de celos le hiciera algo malo por mi culpa.

—Pero sabía que no la querías. —Galatea no pudo evitar sentir compasión por ese hecho.

Oberón buscó la mirada de Galatea en la oscuridad, como si con los ojos pudiera explicarse mejor que con las palabras.

—Ella tampoco me amaba a mí. No como se debe amar a alguien. Ella... no podía amar. No como el resto de los humanos. —Galatea notó que decir aquello le dolía y

le aliviaba al mismo tiempo—. Sin embargo, deseaba ser amada por encima de cualquier cosa. Construyó esta ciudad para que sus habitantes adoraran a quien les daba cobijo y seguridad.

—Y seguirán haciéndolo mientras Leágora cumpla su promesa.

—La cumplirá. —Oberón se cuadró en un rápido movimiento—. Yo la ayudaré a hacerlo. Y lograré que sea feliz con ello.

—Te pones un gran peso sobre los hombros.

—No mayor del que he llevado todos estos años. —De pronto se lo veía cansado y vulnerable—. Sé que ella me ama, aunque aún no se siente capaz de confesármelo. Sé que fueron esos sentimientos los que la llevaron a alejarse de mí y refugiarse en un santuario.

—¿Ah, sí? —Esa parte de la historia se la había saltado Leágora, no sabía si intencionadamente.

—Halimede quería que su hermana fuera feliz —explicó, mirando de nuevo la lápida como si la viera a ella—. Si alguna vez amó a alguien además de a sí misma, fue a Leágora. Así que un día tomó la decisión de encontrarle un marido. Y para ello hizo desfilar a cientos de pretendientes ante ella para que eligiera al que quisiera.

—Muy típico de Hali. —Galatea rio con nostalgia.

—En una de mis rondas de vigilancia, no pude evitar escuchar a Leágora hablando con una de sus doncellas de confianza. Esta le preguntaba por qué rechazaba a todos los hombres, que alguno habría que mereciera la pena. Ella le respondió que ninguno de ellos era el que ella amaba. —La mandíbula se le tensó—. Oír aquello me paralizó, pues creí que el hombre que poseía su corazón no se había presentado aún en las audiencias. Estaba a punto de marcharme, temiendo conocer la identidad de ese hombre y sentirme tentado a acabar con su vida, cuando la doncella volvió a hablar y le dijo: “Pero ese hombre es el único al que no puedes tener”. Y ella respondió: “Lo sé, por eso he de irme”.

Galatea se preguntó cómo habría soportado Oberón acostarse con una mujer amando a otra, por mucho que en apariencia fueran idénticas. Comprendía que el sentimiento de deuda con la reina era muy grande, pero si se ponía en su lugar, no se creía capaz de hacer algo semejante. No pudo evitar pensar en las más jóvenes de sus hermanas, que se dedicaban a vender sus cuerpos a diferentes hombres, y no precisamente por una razón como la de Oberón.

—¿No le dijiste nada a Leágora después de eso?

—Estuve a punto de hacerlo, aun a riesgo de que la furia de Halimede se desatara sobre nosotros. Pero en ese momento me avisaron de la presencia de un destacamento snot en las puertas de la ciudad. Suelen hacer inspecciones sin previo aviso —explicó, por si ella no estaba al tanto—. Y aunque no podemos negarnos a ellas, yo

siempre superviso todos sus movimientos. Me vi obligado a dejar aquella importante conversación para más tarde. Pero a la mañana siguiente, cuando acudí a verla, ya se había marchado. No volví a saber de ella hasta que su hermana enfermó.

—¿Cómo descubriste el engaño? —se atrevió a preguntarle.

—Cuando me ordenó enviar a mis guardias a por Leágora me pareció algo extraño, pero no repliqué, pues deseaba verla con todas mis fuerzas. Pero una vez que estuvo en su dormitorio, se prohibió la entrada a todos excepto a una sanadora. Días después noté que la reina estaba muy rara, casi ni me hablaba y cerraba su puerta por las noches. Yo imaginé que se debía a que su hermana estaba enferma. A su modo, Halimede tenía sentimientos —concedió con un suspiro y se frotó la cara como si recordar esos días lo angustiara—. Sin embargo, cuando supe que era una enfermedad mortal, tuve que ir a verla por última vez, decirle lo que sentía antes de que me abandonara definitivamente.

—Y lo notaste.

—Me colé en el dormitorio. Al principio ella creyó que era una alucinación. Y antes de poder decirle nada, ella misma me lo confesó todo. —Hizo una pausa con la que Galatea creyó que había dado por terminadas las explicaciones. Pero después continuó, con voz más firme—. Me hizo jurarle que seguiría su plan. El reino debía seguir en pie, y para ello Leágora era indispensable. Yo debía ayudarla, y cuidarla.

Galatea se preguntó si él era consciente de la confianza que Halimede debía tener depositada en él para encargarle aquella tarea, para confesar una verdad que solo Leágora conocía.

—¿No le dijiste que amabas a su hermana?

—Me pareció cruel decírselo en su lecho de muerte.

—¿Y qué le dirás a Lea?

Oberón desvió la mirada cuando una ventana se iluminó en el templo. Por cómo cambió su gesto, Galatea supo quién estaba en aquel cuarto.

—Esperaré a que esté preparada para saber la verdad. Aún no lo está. Siempre fue el alma que a su hermana le faltaba. Una se quedó con toda la fuerza y la otra con todo el corazón.

—La vida como reina la hará ser más fuerte. —Lo miró y le sonrió—. Espero que la próxima vez que nos veamos, la sonrisa de Lea sea plena.

—Centraré todos mis esfuerzos en ese objetivo. —Ella asintió, agradecida—. Suerte, Galatea. Aunque con un guerrero subterráneo a tu lado, estoy seguro de que todo te irá muy bien.

—Eso espero. —Desvió la mirada, algo cohibida.

—He visto fuerza en él. Además de un gran espíritu. —La señaló con un dedo a la altura del pecho—. Tu elección ha sido sabia.

—Viniendo de ti es todo un halago. —Y además, se sentía ruborizada.

—Cuidate, Galaxia, campeona de campeones.

Oberón besó su mano. Después, hizo una reverencia ante la tumba y se marchó hacia el interior del templo.

Galatea se quedó allí, pensando en sus palabras. Fuerza, gran espíritu... Ella también veía eso en Josh. Eso y mucho más. La había desarmado para después reconstruirla. Había llegado donde nadie antes lo había hecho. Y la había tocado, no solo físicamente. Su voz le llegaba al alma cuando cantaba, pero también cuando le hablaba. Aún lo sentía rodeándola, acunándola, besándola.

Cuando se quedó completamente a oscuras en el jardín, tomó una decisión. Desde ese mismo momento, aprovecharía cada instante como si fuera el último. Viviría intensamente, sin miedo a lo desconocido, sin ponerse límites, lo que le quedara de la vida que se jugaba constantemente en cada una de sus misiones. Y disfrutaría de todo lo que le fuera concedido. Esa era la promesa que le hacía a Halimede a los pies de su tumba.

## Capítulo 9

Era noche cerrada cuando Galatea volvió al jardín frontal del templo y subió a la nave para reemprender la marcha. Su corazón cargaba con una mezcla de sentimientos que lo hacían latir a un ritmo inusual. La pena le oprimía el pecho a intervalos intermitentes, alternándose con la euforia provocada por la promesa de un renacer de sí misma. Esa nueva Galatea entró en la cabina con media sonrisa que no podía ocultar por la expectación que le producía volver a encontrarse frente a frente con Josh después del íntimo momento que habían compartido.

El gesto se borró de su cara cuando comprobó que el hombre que esperaba ver estaba sentado de nuevo en su asiento, pero no estaba solo.

—¿De dónde ha salido eso?

Josh levantó la vista del animalillo que acariciaba cariñosamente. Su tierna mirada no cambió un ápice al dirigirse a ella. El ritmo de su corazón se aceleró un poco más.

—¿Te gusta? —preguntó alargando las manos para mostrarle más de cerca a la pequeña gatita—. Voy a llamarla Atenea. ¿A que es una cosita encantadora?

Estupefacta, Galatea caminó hasta quedarse a un solo paso del felino pardo que la miraba con sus brillantes y amarillos ojos llenos de esperanza.

—No podemos hacernos cargo de una mascota —razonó, haciendo chasquear sus dedos para que se levantara de su asiento—. Devuélvela al lugar de donde la hayas cogido.

—Es un regalo de la reina —le explicó él mientras se levantaba, colocándose a Atenea sobre el antebrazo y acariciándole el lomo—. No estaría bien rechazarlo.

—¿Un regalo? —Leágora no le había mencionado nada—. ¿Por qué?

—Según los sirvientes que lo han traído todo —comentó a la vez que abría las puertas que separaban la cabina de la bodega—, por nuestras futuras nupcias.

—¿Nuestras qué? —gritó, aunque se quedó repentinamente sin habla al contemplar la ingente cantidad de obsequios que abarrotaban el interior de la nave.

Caminó con dificultad entre los cestos de mimbre repletos de telas tejidas artesanalmente, vasijas de vino y aceite, tarros de mermelada y miel. Aquello era absolutamente exagerado.

—Han tenido que meter unas cajas con cuberterías y vajillas en el aseo —apuntó Josh a la vez que le rascaba a Atenea tras las orejas—. Aquí ya no cabía nada más.

—¿Pero en qué demonios estaba pensando Lea? —Galatea se cubrió la cara con



ambas manos— ¡No podemos cargar con todo esto!

—Creo que pensaba en proporcionarte un ajuar —respondió él. Cuando Galatea lo atravesó con una mirada llena de furia, se dio cuenta de que no era una pregunta para la que ella hubiera esperado una respuesta—. También nos han llenado el depósito a tope —añadió.

Concentrándose en sus buenos propósitos recién adquiridos, Galatea suspiró sonoramente, se echó todo el pelo hacia atrás con ambas manos y caminó de nuevo hacia Josh. Acarició la cabeza del animal, que ronroneó agradecido, antes de dirigir su mirada al hombre.

—Si eres capaz de conseguirlo, hazte un hueco por aquí y duerme un poco. Viajaremos de noche. Yo haré el primer turno.

Josh miró a Atenea, que le devolvió una torva mirada antes de saltar de sus manos y dirigirse directamente al regazo de Galatea. Se hizo un ovillo y balanceó suavemente sus dos colas, entrelazándolas.

—Le gustas —murmuró, cosa que ya se esperaba. Aunque no sabía si Atenea era correspondida.

—No me molestes cuando esté pilotando —la regañó ella con un tono de voz paciente y maternal que a Josh le cortó la respiración. Después la cogió con ambas manos y se la devolvió a él—. Sujétala bien si no quieres que tengamos un accidente.

—No la culpo por preferir estar contigo —comentó y se sentó en el sillón del copiloto.

—Para eso tendrá que esperar a que llegue tu turno al timón. —Galatea miró de reojo al animalillo en lugar de a Josh, sin querer darle demasiada importancia a sus palabras.

—Puedo hacer yo el primer turno. —Esta vez ella sí lo miró a él, pero con una ceja alzada—. ¿Qué? —inquirió Josh sobre el ruido de los motores que ya comenzaban a arrancar.

—No tienes ni idea de lo que nos vamos a encontrar cuando crucemos al lado sur de las murallas, ¿verdad?

—No —admitió—. Las pocas veces que he bordeado por tierra esta ciudad y he accedido a la Zona Restringida ha sido por el este.

—Es mucho mejor acceso. Pero la base de operaciones de Bolgang no está al sureste, según tus propias indicaciones.

—No. Está en el punto exacto del Polo Sur que marqué en el navegador —ratificó. Como ella no parecía ir a decir nada más, tuvo que preguntarlo expresamente—. ¿Y qué nos vamos a encontrar más allá del acceso sur?

Ya en movimiento por la vía casi desierta a esa hora de la noche, Galatea enumeró uno por uno los obstáculos a los que tendrían que hacer frente en los próximos ocho

mil kilómetros.

—Veamos... Están los Géiseres de Azufre, las súbitas ráfagas de vientos huracanados, los vapores de los Lagos de Metano, la escasa visibilidad de las Montañas de Nieves Perpetuas, donde si impactamos moriremos congelados o devorados por osos salvajes... ¿quieres que siga?

—No hace falta. —En lugar de levantarse e irse a dormir como ella le había indicado, Josh se ató los arneses de seguridad e hizo un pequeño enganche con el collar que portaba Atenea—. Esto no me lo pierdo por nada del mundo.

Resoplando, Galatea mantuvo el rumbo y se adentró en la noche hasta alcanzar las altas murallas que daban paso a un peligroso camino antes de llegar al aún más peligroso destino. La Zona Restringida, el único lugar de Nox al que todo humano tenía prohibido el acceso, según las primeras colonias, por su propia seguridad. Si bien las verdaderas razones siempre habían sido un misterio.

Horas después, Josh se preguntaba cómo Atenea podía dormir plácidamente sobre sus piernas mientras a él aún le temblaban las manos en sincronía con el resto de órganos vitales. Cuando la cabeza dejó de darle vueltas, se sintió aliviado al recordar que los sirvientes habían sido muy concienzudos a la hora de aferrar las vasijas y cestos a las paredes con potentes imanes de sujeción. Debería haberse prestado voluntario para que lo amarraran igualmente a él. Pero entonces se habría perdido el alucinante espectáculo que había sido ver pilotar a Galatea, sorteando torrentes verticales de azufre, calculando la distancia exacta para esquivar el radar sin acercarse lo suficiente al vapor de los lagos como para que la nave se derritiera lentamente.

Ahora que habían sobrevolado las montañas y un valle pardusco se dejaba ver bajo la tenue luz rojiza de la Octava Luna, todo parecía estar en una extraña calma ahí afuera. Él iba a necesitar un poco más de tiempo para poder estarlo dentro de sí mismo.

—¿Quieres? —Galatea le ofreció una empanada que había sacado de uno de los cestillos con víveres que el propio Josh había apartado del resto de regalos para tenerlo a mano en la cabina durante el viaje. Rio cuando él la rechazó con un movimiento enérgico de su cabeza—. Creí oírte decir que podías pilotar cualquier nave bajo todo tipo de condiciones climatológicas.

—Eso no era ni lluvia de azufre ni el peor de los vientos en contra —se justificó.

—Ya. Pero deberías comer algo —insistió, acercándole esta vez una fruta que Josh no identificó con ninguna otra que hubiera visto en su vida. La cogió pero no fue capaz de morderla.

Atenea se revolvió en el regazo de Josh y olfateó el aire. Fue a saltar sobre Galatea, pero su collar enganchado al arnés se lo impidió.

—Ella sí tiene hambre. —Josh le ofreció un trocito de aquella fruta similar a una ciruela azulada y la gatita apartó el hocico.

—Toma, bonita. —Galatea estiró su mano ofreciéndole parte del relleno de su empanada y consiguiendo que el animal comiera directamente de ella—. Los gatos son carnívoros. No comerá fruta.

—Lo sé. En el Cinturón de Piedra hay muchos. —Josh observó complacido la escena antes de solicitar un pedazo de empanada para él. De pronto, se sentía extrañamente hambriento—. Se los utiliza para cazar los roedores que se cuelan entre las grietas invadiendo las despensas.

—Me temo que en esta ocasión Atenea tendrá que conformarse con cerdo estofado.

Contemplaron a la gatita devorar con avidez la carne que ahora le ofrecía Josh y ambos rieron cuando se alzó sobre su pecho pidiendo más. Galatea le acercó otro trozo, pero apartó rápidamente la mano cuando Josh se la rozó accidentalmente al ir a cogerlo sin mirar. Aquella reacción no le pasó desapercibida, y algo se derrumbó dentro de él al ver que una barrera que creía superada volvía a alzarse fríamente entre ellos.

La decepción se clavó en su corazón como si ella le hubiera hundido una de sus dagas hasta la empuñadura. Se metió el último pedazo de empanada en la boca y lo masticó con desgana, casi por inercia, sin prestar la más mínima atención a los solícitos maullidos del animal que percibía su cambio repentino de humor como una corriente eléctrica.

—No, glotona, no te vamos a dar más —malinterpretó Galatea, ajena a lo que bullía en el interior de Josh.

Una sucesión de pitidos y luces parpadeando en el panel de control interrumpió los pensamientos de ambos, a la vez que Atenea se erizaba y le bufaba al ordenador de a bordo.

—¿Qué ocurre?

—Los sistemas de navegación empiezan a fallar —comentó Galatea, pero no parecía alarmada—. Acabamos de entrar en la Zona Restringida.

—¿Y qué lo causa? —Josh no se había dado cuenta de que ya estaban tan cerca. La expectación y la urgencia se apoderaron de él, dejando a un lado por el momento cualquier otro sentimiento.

—Seguro que los snots han conectado los inhibidores de frecuencia después de tu última visita —apostó, porque ya se lo esperaba—. Suelen hacerlo cuando saben que están siendo atacados. En muchas de mis huidas tras el éxito de una misión, he tenido que prescindir de ese sistema. Y en la última casi no lo cuento.

Josh recordó con empatía el temblor de su rodilla y su dolor cervical. Pero se sentía inmensamente complacido de que ella admitiera delante de él no ser indestructible.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Orientarnos de otra manera.

Desactivando todo lo que supusiera que la nave se volviera loca, Galatea comenzó el descenso, buscando en la oscuridad un lugar apropiado para aterrizar.

—¿Y qué otra manera es esa? —inquirió Josh, extrañado por el frondoso lugar que ella acababa de elegir. No le parecía que entre la copas de unos inmensos árboles fueran a conseguir orientarse para continuar con su ruta.

—Una para la que necesitamos ver las estrellas. —Con todos los sistemas y motores desconectados, Galatea se puso en pie y se dirigió a la parte trasera de la nave. Josh la siguió, dejando a Atenea amarrada en su asiento—. Ven. Ayúdame a retirar estas vasijas. Tengo que abrir ese armario.

Josh obedeció y observó con curiosidad lo que ella sacaba de un elegante cofre de metal. Junto a unos documentos enormes que Galatea había empezado a desplegar, había un aparato plano y circular que estaba seguro de no haber visto jamás. Y él conocía todo tipo de artilugios, tanto modernos como antiguos.

—¿Qué es esa cosa? —Alargó la mano para tocarlo y ella lo apartó—. ¿No piensas dejarme verlo?

—Para verlo no hace falta tocarlo. —Con sumo cuidado, se lo acercó, solo un poco—. Es un astrolabio. Sirve para...

—No, no lo es —la interrumpió él—. No eran así exactamente. Aunque tampoco serviría de nada tener en Nox una reliquia de la Tierra como esta.

Frunciéndole el ceño por el desplante, Galatea se guardó el artilugio y los mapas en el bolsillo interior de una gruesa chaqueta. Después se colocó su linterna frontal en la cabeza y salió de la nave. Tras buscar su propio abrigo, Josh corrió tras ella, quien miró hacia atrás considerablemente enfadada.

—No hace falta que vengas, Don Sabelotodo. —Su tono era tan rudo como la primera vez que habían hablado. Una nube de vapor se formó ante su boca al chocar su cálido aliento con el aire helado de la noche—. Puedes esperar en la nave echándote una siesta.

—¿Y quién va a cubrirte las espaldas? —alegó él, pisándole ya los talones.

—Me las apaño perfectamente yo sola. Lo he hecho siempre. Tú solo eres...

—Un incordio, lo sé. —La cogió por el codo y la hizo frenar—. Perdona por desconfiar de ese aparato. Confío en ti y si estás segura de que funciona, yo también.

La luz que ella portaba lo cegaba y le obligaba a mirar hacia el suelo en lugar de a su cara, así que Josh no supo si ella relajaba su gesto o no. Solo supo que su voz se

volvía más tranquila según iba avanzando por la arboleda.

—Mi primer encargo como recuperadora fue para un científico, el Doctor Müller. Su mujer murió en un choque entre una nave snot y un transporte comunitario de pasajeros humanos. Pero cuando fueron a rescatar los cuerpos, no estaban. Ni ellos ni los objetos de oro que portaban. Ella su alianza de boda.

—Recuerdo aquel suceso. —Josh se detuvo y ella lo hizo a su lado—. Las familias reclamaban que había sido un ataque y no un accidente. Se formó un gran revuelo, porque eran más de veinte pasajeros.

—Nunca pudo demostrarse la causa del impacto —confirmó Galatea, cruzándose la chaqueta sobre el pecho. La noche era más fría de lo que había esperado—. En cambio, los recuperadores encargados de aquella misión en grupo pudimos liquidar a los snots que se habían quedado con los objetos de los muertos. No así sus cuerpos.

—Más casos sospechosos. —Josh habló como para sí—. No creí que hubiera tantos.

—Te sorprendería descubrir lo preciada que es nuestra carne para ellos —comentó a regañadientes a la vez que reemprendía la marcha—. Casi tanto como el oro.

Y a ella le sorprendería saber que él ya contaba con ese dato, meditó, aunque no creyó que ese fuera buen momento para comentárselo.

—¿Y él te pagó con ese astrolabio? —dijo en su lugar.

—No. Fue más bien una propina como agradecimiento, o como motivación. Dijo que mientras lo tuviera conmigo, podría matar snots aunque ellos derribaran mi nave.

Por fin salieron del bosque y dieron con un amplio claro que dejaba ver el cielo nocturno, plagado de estrellas y vagamente iluminado por una fina línea curvada y rojiza. Galatea se arrodilló en el empedrado suelo y desplegó sus mapas. Después orientó el astrolabio en busca de la estrella más brillante. Josh observó fascinado cómo Galatea situaba el instrumento sobre los mapas y giraba los documentos una y otra vez. Apagó la luz de su frente y contempló en silencio el cielo.

—Ahí está, la Estrella Penitente —exclamó, señalando hacia lo más alto.

—¿Dónde?

—Bajo la Octava Luna. Se la llamó así porque, junto a otras estrellas menos brillantes, forma la figura de un hombre arrodillado y cabizbajo—explicó, aunque suponía que él ya lo sabría.

—No la veo.

Ella se acercó, tomó su muñeca y le hizo estirar el dedo índice. Después juntó su mejilla con la de él.

—Allí. —Guió su mano dibujando la silueta del hombre arrodillado—. El punto exacto de su rodilla es la Estrella Penitente.

Josh tragó saliva. Ya lo había divisado, pero no se sentía capaz de abrir la boca

para decírselo. No con ella tan cerca, tocándolo como si aquello fuera lo más normal del mundo. Podía olerla de nuevo e incluso respirar el vapor que su aliento formaba ante ambos. Si tan solo ella le diera las más mínima señal, un pequeño gesto, una palabra que le indicara que tocarle le provocaba las mismas cosquillas que bailaban dentro de él... Sin embargo, ella se apartó y se puso en pie.

—Señala exactamente hacia el Polo Sur. Así que avanzaremos con las luces de la nave apagadas siguiendo esa estrella —comunicó mientras recogía los mapas.

—No creí que existieran aparatos así con el mapa estelar de Nox. —Él se agachó a ayudarla y observó el astrolabio antes de devolvérselo.

—No existen. El Doctor Müller solo fabricó este. —Antes de que Josh pudiera decir nada al respecto de ese insólito hecho, Galatea le cubrió la boca con una mano. Él se sobresaltó tanto como si ella lo hubiera golpeado—. Calla —susurró—. ¿Oyes eso?

Él negó con la cabeza después de varios segundos sin tan siquiera respirar. La mano de ella resbaló lentamente mientras dirigía su mirada hacia el cielo de nuevo. Josh alzó la vista y divisó la enorme masa nubosa que avanzaba hacia ellos a toda velocidad. Entonces sí oyó lo que Galatea había detectado mucho antes que él. El impacto de las gotas al caer contra el pedregoso suelo.

Galatea encendió su linterna e hizo una rápida inspección de los alrededores antes de agarrar a Josh por el brazo y echar a correr, apremiándolo a que la siguiera. Para su sorpresa, en dirección contraria a la nave y directamente hacia la nube que los acechaba.

—¿Adónde pretendes ir? —preguntó a voz en grito—. ¡La tenemos casi encima!

—Por eso no llegaremos a la nave. Y los árboles no nos cubrirán. No he visto cúpulas protectoras sobre ellos.

Aquel razonamiento dicho en voz alta hizo que Galatea se planteara algo de inmediato. Ya no corrían sobre piedra, sino sobre una hierba baja que poco a poco ganaba altura. Aquel paraje parecía inhabitado, pero no era yermo. No había ni rastro de daños por azufre en ninguno de los arbustos que crecían ante la pared de piedra a la que se dirigían. Ralentizó su carrera y se detuvo a unos pasos de la boca de la cueva que había visto en la distancia y elegido como refugio contra la inminente lluvia ácida.

—¡Galatea! ¡Ven aquí! —Josh se había soltado de ella para correr mejor y había acabado adelantándola cuando entendió adonde se dirigían. Pero la luna había quedado oculta bajo las nubes y no había visto, hasta que ya estuvo a cubierto, que Galatea se había quedado parada bajo el cielo abierto—. ¿Te has vuelto loca? ¡Vas a abrasarte!

Las primeras gotas cayeron sobre su chaqueta y su cabeza. Nada que indicara un

olor sulfuroso ni ningún otro aroma a gas o a putrefacción. Se siguieron sucediendo los impactos sobre su ropa hasta que ella alzó la cara y recibió varias gotas directamente sobre la piel. También extendió las manos con las palmas hacia arriba y sintió las frías gotas resbalando entre sus dedos. Estaba a punto de abrir la boca para probar el sabor de una cuando Josh la cubrió con su propio abrigo y la arrastró rápidamente hasta la cueva.

—¿Estás bien? —Las manos de él la palpaban con urgencia, inspeccionando su piel en cada punto donde la ropa no la cubría—. ¡Mírame! ¿Puedes verme?

Josh se debatía entre el miedo y las ganas de darle unos azotes. Los daños podían ser irreversibles. Él había visto docenas de casos similares: quemaduras en la piel, daños oculares y en las vías respiratorias. Y ella sabía de medicina. ¡Por todos los santos! ¿Acaso había perdido el juicio?

—Sí, puedo verte —lo calmó, con la cara entre sus manos—. Es solo agua.

—¿Agua? —Él seguía analizando milimétricamente toda su piel—. ¿Cómo que agua?

—Es agua —repitió, conmovida por su preocupación. Agarró sus manos para que las dejara quietas—. ¿No has visto las plantas de ahí afuera? Ni ellas, ni los árboles donde hemos dejado la nave tenían cúpulas protectoras. Esto no es un campo de cultivo. Es vegetación salvaje.

Josh parpadeó sin comprender muy bien. Porque aquello no era posible. No en Nox.

—No he oído hablar de ningún lago de agua pura lo suficientemente grande como para generar condensación y crear nubes de lluvia limpia —razonó.

—Yo tampoco. —Galatea se encogió de hombros—. ¿Pero cuántas personas se han atrevido a adentrarse en esta zona del planeta?

Ambos se quedaron en silencio, mirándose bajo la escasa luz que entraba en aquella cueva. Aún tenían las manos entrelazadas, y repentinamente eran muy conscientes de ello. Así como de que la luz que iluminaba sus ruborizados rostros no provenía del lado por donde habían entrado.

—¿Oyes eso? —dijo de nuevo Galatea, y miró hacia donde debía de estar la fuente de la luz—. Son como... pequeñas explosiones.

Él no oía nada más que su sangre retumbando en sus oídos, palpitando más intensamente en el punto donde sus manos tocaban las de Galatea.

—Vamos —le indicó, y lo arrastró por la muñeca.

—¿Crees que debemos? —comentó con tono precavido, tirando un poco de ella para que frenase.

—Estoy convencida —respondió y caminó más deprisa, pero sin soltarlo en ningún momento.

Cuando llegaron al final de aquel túnel excavado de forma irregular en la roca, no como la perfección de los laberintos de minas de techo abovedado construidos por los snots, ambos se quedaron paralizados ante la visión del paisaje que se abrió ante ellos.

Las nubes se disipaban poco a poco en un cielo plagado de estrellas y teñido de una luz rojiza proyectada por la Octava Luna, una sonrisa curvada que encontraba a su gemela en su propio reflejo sobre las turbulentas aguas que bailaban hacia delante y hacia atrás, formando olas que chocaban contra las rocas que las delimitaban solo lateralmente; porque el final de aquella inmensa masa de agua se perdía en el horizonte.

La lluvia se volvió más intensa y caló a ambos sin que a ninguno le importara ya. Alzaron la vista hacia el cielo y se dejaron inundar por aquella agua fresca y limpia, tan pura como debía serlo el lugar de donde procedía. Josh sintió cómo Galatea apretaba su mano con más fuerza y se volvió para mirarla.

Ella mantenía la cara alzada, sus labios se abrían y cerraban saboreando las gotas que se colaban en su boca. Después se rio con los ojos cerrados y, al abrirlos, estos abarcaron la totalidad del paisaje como si quisieran memorizarlo de un solo vistazo.

—¿No es lo más hermoso que has visto en tu vida? —le preguntó con la mirada fija en el horizonte.

—Sí —admitió él.

Galatea lo encontró mirándola a ella cuando giró la cabeza hacia él. Sintió sus ojos pegados a su rostro, como si llevaran mucho rato así, y su intensidad era tal que parecían estar acariciándola. El escalofrío que la recorrió fue tan fiero que creyó que él lo percibiría a través del contacto de sus manos.

—¿Cometemos una locura? —le preguntó de pronto.

—Ajá —surgió con dificultad de la garganta de Josh, que se había quedado seca a causa de una profunda sed de ella que lo estaba consumiendo por segundos.

Entonces Galatea lo arrastró pradera abajo hasta que el verde suelo se convirtió en una blanca y fina arena que los obligó a ralentizar su carrera. No se detuvieron hasta alcanzar la orilla, maravillados por el movimiento de la marea que casi hacía que el agua espumosa rozara sus pies antes de retroceder mar adentro.

—¡Es como el mar Mediterráneo! —se maravilló Galatea, alzando los brazos como si lo saludara—. Exactamente como Agatha lo describió.

Ambos contuvieron una exclamación cuando una bandada de aves cruzó el cielo y, una tras otra, se fueron posando sobre las aguas, dejándose balancear por ellas.

Galatea no se lo pensó dos veces. Comenzó a despojarse de la ropa a toda velocidad.

—¿Qué estás haciendo? —Estuvo a punto de taparse los ojos con ambas manos al



ver que ella se quedaba completamente desnuda—. ¿No pensarás meterte ahí?

Ella, sin pudor alguno por su desnudez, lo miró por encima del hombro con una sonrisa ladeada y seductora.

—Claro que sí. —Le guiñó un ojo y a él se le paralizó el corazón por un instante—. La vida son dos días, ¿recuerdas?

Y antes de que pudiera hacer o decir nada, la vio correr hacia las desconocidas aguas con la decisión que la caracterizaba. Las tocó primero con un pie, dio un saltito y después se adentró con paso firme.

—¡Te vas a congelar! —le gritó cuando vio que el agua le cubría por la cintura—. ¡Además, puede haber criaturas de todo tipo!

Ella se giró al oírlo y negó con la cabeza.

—¡Hace más frío fuera! —respondió, haciéndole un gesto con la mano, invitándolo a que la siguiera—. Y si hubiera animales peligrosos, esas aves no se quedarían ahí flotando —razonó. Después se hundió hasta el cuello y nadó hacia atrás—. ¡Vamos! No seas cobardica. ¿O acaso nunca has ido a nadar a unas termas?

Josh la observó bracear y adentrarse en la profundidad de aquel inesperado mar. Él sabía que estaban en una cuenta atrás. Que si las cosas salían mal cuando se enfrentaran a Bolgang, ese lema de que la vida eran dos días sería literal. La buscó con la mirada, pues una ola le hizo perderla de vista por un instante, y la encontró emergiendo de las aguas como la ninfa cuyo nombre ostentaba. Parecía que ese fuera su medio natural, donde se sentía cómoda y a salvo. Volvió a deslizarse con un ágil movimiento y se sumergió bajo otra ola de gran altura.

Galatea se sentía eufórica, como si se hubiera tomado algún brebaje demasiado cargado. El agua era salada, había tragado un poco sin querer y le había sabido a rayos. También le picaban un poco los ojos. Por lo demás, se sentía en la gloria. Lástima que Josh no se atreviera a entrar, le hubiera gustado compartir ese maravilloso momento con él.

De pronto, algo tiró de su pie hacia abajo y ella maldijo por no tener sus dagas a mano para poder clavárselas al ser que se había decidido a atacarla a traición. Se revolvió contra aquel agarre hasta que sintió que la soltaban. Después, la cabeza de Josh emergió justo delante de ella, asustándola sin que ella pudiera disimularlo.

—Quién es la cobardica ahora, ¿eh? —se burló, y aprovechó su sorpresa para sujetarla por los hombros y hundirla bajo el agua.

Él aún se carcajeaba cuando ella consiguió emerger. Por su cara, se veía que la broma no le había hecho mucha gracia.

—Al menos yo he tenido el valor de quitarme toda la ropa —espetó, aún escupiendo parte del agua que no había podido evitar tragar—. Seguro que tú llevas puestos hasta los pantalones.

Él no respondió. Se limitó a hundirse lentamente hasta desaparecer. Galatea esperó, braceando y pataleando por si a él se le había ocurrido volver a atacarla por sorpresa. Una ola la alejó del punto donde él se había sumergido, y aunque lo buscó por todas partes, no fue capaz de encontrarlo.

Con el corazón en un puño, y pensando que se podía haber ahogado o haber sido atacado por algo, comenzó a llamarlo a gritos.

—¡Josh! Josh, no tiene gracia. Sal de una vez. ¡Josh!

Algo se movió a cierta distancia. No había suficiente luz para identificarlo, así que Galatea nadó hacia el lugar donde juraría que había visto algo asomándose. Se detuvo en seco cuando identificó lo que estaba emergiendo lentamente. La curva de dos pálidas nalgas desnudas que ella ya había visto en una ocasión se elevaban sobre la superficie, bailando al ritmo de una música inexistente.

Cuando Josh se quedó sin pizca de aire y tuvo que dar por terminada su pequeña actuación, subió a la superficie y escuchó primero las sonoras carcajadas de Galatea, quien después comprobó que hacía verdaderos esfuerzos por mantenerse a flote mientras se desternillaba de risa.

—¿Te ha gustado el espectá... culo? —bromeó, y ella rompió a reír todavía más alto.

—Aún... aún no me lo puedo creer —farfulló entre risas, señalándolo con un dedo—. Ha sido, ha sido...

No podía parar de reír. Sentía que hasta le iba entrar el hipo en cualquier momento. En cambio, Josh la miraba como si tanta carcajada le empezara a molestar.

—Oye, no me mires así. Has sido tú el que ha enseñado el trasero. Yo no te he...

No pudo terminar, porque él le puso una mano sobre la cabeza y se la hundió por completo.

—No me reiré más —le aseguró cuando pudo salir, tosiendo para escupir el agua que había tragado. Pero aún se le escapaba alguna risita. Él volvió a alzar la mano, amenazándola con volver a sumergirla—. Vale, vale, me rindo —concedió alzando ambas manos.

Al sentir que se hundía por no bracear, ya que le faltaban varios centímetros para poder hacer pie, se apoyó instintivamente en los hombros de él, quien sí parecía estar apoyado en suelo firme.

—¿Tú, rendirte? —inquirió—. Lo dudo mucho.

—Hablo en serio. Tú ganas.

Una ola los cubrió por completo, pero al estar ella apoyada en él no logró separarlos, más bien pegarlos el uno al otro. En esta ocasión ambos rieron, pues la ola los había pillado desprevenidos y ahora estaban despeinados, incluso con mechones cubriéndoles parcialmente la cara.

Galatea se apartó el pelo mojado hacia atrás, pero no lo consiguió retirar del todo. Entonces Josh lo hizo por ella, deslizando lentamente los dedos desde sus ojos hasta detrás de su oreja. Después su mano se detuvo en la curva de su mejilla.

Él volvía a mirarla así, bajo la encarnada luz de la Octava Luna, aunque ahora le acariciaba el rostro no solo con los ojos, sino también con su piel. Y a ella el corazón se le iba a salir del pecho con una emoción que no era capaz de definir, pues era totalmente nueva en su cuerpo. Suspiró y cerró los ojos, inclinándose ligeramente hacia la mano que le acunaba el rostro mientras apretaba con más fuerza sus dedos sobre los hombros resbaladizos de él.

Josh contuvo el aliento al verla buscar su contacto en lugar de rehuirlo. Y ya no pudo más. Tenía que calmar esa acuciante sed. Tenía que probarla y comprobar si su sabor era ínfimamente tan cautivador como su aroma. Deslizó la mano hasta su nuca y la atrajo contra sí atrapando sus labios en el mismo instante en que ella cogía mucho aire, como si supiera lo que se avecinaba.

Aunque realmente, no tenía ni idea. Esa experiencia era completamente nueva para ella. El tacto de un hombre, su cercanía, era un privilegio que nunca se había permitido. El roce de unos labios sobre los suyos había estado prohibido. También ocurría que nunca antes nadie le había despertado el deseo de saltarse aquella norma. Hasta ahora. O mucho antes, porque lo había deseado desde el instante en que había oído su voz. Solo que hasta ahora no se lo había reconocido a sí misma. Y en ese momento, esos labios la besaban y ella... ella no sabía cómo corresponder.

Se dejó guiar por él, imitando sus movimientos, una suave fricción de aquella tierna carne contra la suya, extremadamente sensible por su contacto. Y más aún cuando su lengua la acaricio primero en suaves pasadas, como pidiendo permiso para después adentrarse ávidamente entre sus labios. La sangre entró en ebullición empujándola a acercarse más él. Más, quería más de su sabor, de su contacto. Más cerca. Más de todo.

Josh percibió cuándo Galatea se excitó. Y fue la chispa que lo encendió definitivamente a él. La había notado tan comedida, como si fuera inexperta. Como si nunca nadie la hubiera tocado así. Pero ella era demasiado maravillosa para que eso fuera posible. Los hombres la perseguirían allá adonde fuera. Jaden era la prueba de ello, aunque a él en concreto le diera calabazas. Y por cómo lo estaba besando y rodeándolo con todas sus extremidades en ese momento, estaba claro que era apasionada y no lo fría que había pretendido aparentar desde que se habían conocido.

Me desea a mí, le dijo una posesiva voz en su cabeza, a la que respondió de inmediato otra parte de su anatomía. Bajó las manos a lo largo de su cuello, su espalda, sus nalgas, y la apretó contra la evidencia de su propio deseo. Ambos gruñeron a la vez y sus bocas se separaron un instante para respirar antes de volver a

un asalto aún más voraz.

A Josh lo embriagó el contraste entre la dulzura de su lengua y el sabor de la sal en sus labios, en su rostro húmedo por el mar. Y lo embrujó su cuerpo a la vez frágil y fuerte que se apretaba contra él, tanto que pensó que podrían fusionarse en uno solo, más allá de la piel.

Los sentidos de ella estaban colapsados por el cúmulo de sensaciones que se agolpaban en todo su ser. Aquello no era posible, no se podía sentir con tanta intensidad, con tal necesidad que todos los órganos vitales se concentraran en ese único deseo. Se temía que su estado físico estaba siendo sobrepasado por algo que la medicina no era capaz de explicar.

La magia del momento se incrementó cuando el primer rayo del amanecer iluminó sus rostros. El cálido contacto separó sus labios y, con la brillante mirada de pestañas mojadas, se dijeron todo aquello que ninguno era capaz de confesar con palabras. Los ojos de Josh volvieron a la jadeante boca de Galatea, pero esta tuvo un arranque de lucidez que no supo de dónde había brotado, pero que realmente podría salvarles de un grave error.

—Amanece —susurró sin fuerzas.

—Sí —admitió él contra su boca, antes de hundir la lengua profundamente en ella, que no pudo resistirse a corresponderle con total entrega.

El balanceo de sus cuerpos creaba una deliciosa sensación que los hacía conscientes de cada pedazo de piel restregándose entre sí, consumiéndolos como una fiebre, haciéndolos arder a pesar del frío aire y las frescas aguas.

—Debemos... —pronunció Galatea cuando la implacable boca de él se deslizó por su garganta y volvió a subir para atacar el delicado hueco detrás de su oreja, haciéndola estremecer.

—Irnos. Lo sé —concluyó por ella, con un susurro en su oído.

Su agitada respiración se mantuvo un poco más contra su oreja. La mano que sostenía uno de sus senos se unió a la altura de su cintura con la que había estado apretando sus nalgas contra sí.

—La nave quedará a la vista de cualquiera en unos minutos —le comunicó con urgencia, pero sin ser capaz de bajarse de sus caderas.

Él la miró a los ojos y tardó unos cuantos segundos más en soltarla de forma que la propia corriente la alejara de su lado.

Nadaron hacia la orilla y, una vez en la arena, él le dio una ligera ventaja por pura cortesía. Ya a plena luz, la observó de espaldas a él, vistiéndose con cierta urgencia, cubriendo recatadamente el cuerpo que él había acariciado sin ningún pudor. Cuando empezó a calzarse, se acercó lentamente y se vistió en silencio. Por el rabillo del ojo comprobó que ella miraba hacia otro lado.

Deshicieron el camino que los había llevado hasta allí, pasaron por el lóbrego túnel que atravesaba la pared de roca y salieron de nuevo a la claridad de la mañana.

Josh quería hablar de lo sucedido, no tenían por qué avergonzarse. Los dos habían sentido cosas. Cosas intensas, y no era algo que pretendiera obviar. Pero cuando estaba a punto de abrir la boca, Galatea sacó una de sus dagas y se llevó un dedo a los labios.

—Shhh —siseó antes de empujarlo por el hombro para que se acuclillara.

—¿Qué? —susurró él, encogido tras unos matorrales.

—Rastreadores. No te muevas. Ni respires.

Dos snots patrullaban sin ningún transporte y se deslizaban por el suelo de gravilla donde ellos se habían detenido a observar las estrellas. Se pararon en seco en el punto justo donde habían apoyado los mapas e inspeccionaron el suelo con sus redondos ojos. Tras unos largos segundos, se dijeron algo incomprendible para los humanos. Dieron un par de vueltas por los alrededores hasta que uno gruñó y el otro acudió a su lado. Ambos comprimieron su cuerpo endureciendo su caparazón y se encaminaron hacia la arboleda.

—Mierda —masculló Galatea—. Han encontrado nuestro rastro.

—Van hacia la nave —confirmó Josh, levantándose por instinto.

Ella lo hizo bajar cogiéndolo por las solapas del abrigo y lo miró a los ojos.

—Hay que cargárselos antes de que la encuentren y den la voz de alarma. —Él asintió. No podía estar más de acuerdo—. Y vas a hacerlo tú.

—¿Yo? —su voz sonó estrangulada.

—Los rastreadores van siempre en parejas y no habrá más en varios kilómetros a la redonda. Puedes hacerlo.

—Pero...

—¿No querías matar personalmente a Bolgang?

Él la miró en silencio. Lo estaba retando, pero también le estaba dando la oportunidad de demostrar que estaba preparado. Y si no confiara en él, pensó, no dejaría la protección de su nave, y de su vida, en sus manos.

—Sí. De acuerdo.

—Espera. —Ella volvió a agarrarlo cuando él se intentó levantar—. ¿Cuál es tu estrategia?

—Pues... —Josh se abrió el abrigo y se llevó la mano a la cintura, donde aún llevaba la espada.

—Lo imaginaba. No tienes ninguna más que correr hacia ellos con el arma en alto. —Negó con la cabeza mirando hacia el cielo y lo empujó para que se sentara en el suelo—. Esto es lo que vas a hacer. Avanzarás agazapado hasta aquel extremo. —Señaló el lateral de la arboleda—. Después te pondrás en pie y caminarás

tranquilamente como si estuvieras dando un paseo mañanero.

—¿Un paseo mañanero? —Parpadeó confuso.

—Sí. Que crean que no tienes nada que ocultar, ninguna intención de atacarlos.

—Entiendo.

—Ellos te entienden a ti. Háblales cuando te descubran. Les saludas, les preguntas si saben en qué coordenadas estáis, porque tu navegador ha dejado de funcionar de repente y te has desviado de tu ruta.

Josh visualizó en su mente todo lo que Galatea le describía. Y recordó que también llevaba armas en sus botas. El corazón le empezó a latir más deprisa y respiró profundamente varias veces, preparándose para el ataque.

—Y cuando esté lo suficientemente cerca, busco el orificio central y les clavo la espada.

—Exacto. —Sin embargo, ya se estaba arrepintiendo de mandarlo solo a por aquellos dos. Eran simples rastreadores, lo más bajo en la escala de los soldados snots, pero Josh solo había hecho frente a enemigos simulados. La preocupación apretó su garganta como si la estrangularan—. Pero intenta separarlos primero. Que te dé tiempo a sacar el arma del cuerpo de uno antes de girarte hacia el otro. Recuerda los ejercicios que te enseñé.

—Los recuerdo perfectamente. —Se sentía preparado. —Allá voy. Deséame suerte.

—Suerte —susurró, vigilando los movimientos de los rastreadores.

Cuando se giró para verlo marchar, él se estaba acercando a ella con los ojos entrecerrados. Le hundió una mano en el húmedo pelo y le estampó un rápido beso que fue casi un mordisco antes de salir corriendo, agazapado entre los arbustos que los protegían.

Galatea se quedó momentáneamente paralizada. La barbilla le temblaba. Era capaz de sentir la humedad de su lengua en el interior de su boca y sus dientes clavados en su labio inferior. Se habían besado y acariciado en el agua, y aquello había sido más que un momento de lujuria. Había sido una apabullante revelación. Sin embargo, el beso que le acababa de robar era otra cosa. No sabía qué, pero esperaba que lo hubiera tomado como amuleto de buena suerte. Porque no estaba dispuesta a que se tratara de un beso de despedida.

Horrorizada por aquella idea, salió de entre la maleza y rodeó la arboleda por el lado contrario a Josh, dispuesta a protegerlo a toda costa.

Josh divisó la nave antes que a los rastreadores. Se acercó un poco más y esperó oculto tras el ancho tronco de un árbol. Dio un instintivo paso hacia atrás al

vislumbrar entre la corteza pequeñas luces que parpadeaban. Luminicárnivas. Su pie pisó una rama seca y el ruido alertó a los snots que acababan de alcanzar la nave.

Controlando el gesto de su rostro para que pareciera relajado, salió de su escondite y caminó sin prisa directamente hacia ellos.

—¡Hola! —exclamó con todo el entusiasmo del que fue capaz—. No sabéis la alegría que me da veros. Llevo más de una hora dando vueltas. El navegador se ha vuelto loco y...

Las palabras se le quedaron en la garganta cuando ambos seres se miraron entre sí y se dijeron algo breve pero conciso. Acto seguido, la antena de sus ojos se ocultó dentro de sus cuerpos y, como si de una danza sincronizada se tratase, los dos retiraron sus caparazones y rodaron hacia él a toda velocidad.

—Qué poca amabilidad —se quejó Josh, saltando todo lo que pudo para agarrarse a una rama baja con ambas manos y alzar el cuerpo sobre ella hasta que los snots pasaron de largo bajo sus pies—. Con recibimientos como este, no me extraña que no haya ni un alma por aquí.

El snot de mayor tamaño y color rosado más oscuro se colocó bajo Josh mientras que el otro se adhirió al tronco del árbol y comenzó a avanzar hacia arriba. Josh esperó a que alcanzara el inicio de la rama y tiró de ella con todas sus fuerzas antes de soltar una mano para sacar el cuchillo de una de sus botas. Saltó sobre el snot que lo aguardaba abajo justo cuando el exceso de peso hizo que la rama venciera y el snot a ella pegado cayera contra el suelo.

El cuchillo rasgó el cuerpo desprotegido del snot que esperaba la caída de Josh para absorberlo. El filo se detuvo al chocar contra algo duro, entonces echó la mano hacia atrás lo justo para hacer la fuerza suficiente y clavar el arma contra su cerebro. El ser se deshizo a sus pies en el mismo momento en que su compañero rodaba hacia Josh con un chirrido que revelaba su ira por lo que acababa de suceder.

Josh echó a correr. Se sirvió del serpenteante sendero que definían los árboles para que su perseguidor tuviera que reducir su velocidad para poder esquivarlos. Aun así, e incluso sin piernas con las que zigzaguear, era sorprendentemente rápido. Las fuerzas comenzaron a flaquearle y pensó rápidamente en una forma de deshacerse de él. No había ninguna rama cercana a la que aferrarse y tampoco veía a Galatea por ningún lado. Esperaba que lo que le había dicho sobre que los rastreadores solo iban en parejas fuera cierto, y que no estuviera luchando contra toda una horda de snots ella sola.

Oyó los gorgoteos a su espalda, cada vez más cerca, y el sonido viscoso de la carne sobre el suelo y los árboles contra los que iba chocando. Eso último le dio una idea que esperaba funcionara, porque no se sentía capaz de correr mucho más. Buscó con la mirada entre los árboles hasta dar con dos que fueran apropiados. En cuanto

los seleccionó, fue directo hacia el hueco entre ellos.

Un sonido que le recordó al que hacían las naranjas dentro de un exprimidor automático sonó un segundo después de que atravesara el estrecho hueco que definían los dos árboles más juntos entre sí que había podido hallar. Se giró con la espada en la mano y encaró al snot atrapado entre los troncos, que gemía de forma violenta e intentaba traspasar los árboles con su cuerpo, los cuales se estaban retorciendo en el interior de su corrosiva carne.

El ojo del snot salió como impulsado hacia arriba y enfocó a Josh. Este lo cercenó de inmediato con la espada y desde ese punto trazó un tajo recto, para el que tuvo que emplear toda la fuerza de su brazo, pues aquel bicho había cubierto con su caparazón todo su cuerpo excepto los laterales que pugnaban por librarse de su prisión, cada vez más cerca de conseguirlo.

El snot viró hacia la izquierda cuando el tronco de su derecha se dobló desde la raíz. Aquel súbito movimiento hacia delante no hizo sino hundir más la espada en su cuerpo, y Josh logró alcanzar el punto que llevaba rato buscando. Cuando toda la masa rosada se deshizo como si fuera líquida, sus ojos se cruzaron con los de Galatea al otro lado, quien empuñaba sus dagas presta para el ataque.

—Eso ha estado muy cerca —le indicó a Josh tras recorrerle por entero con la mirada y asegurarse de que estuviera de una pieza, aunque jadeante y sudoroso—. Apártate de ahí o sus restos corroerán tus botas.

Él dio varios pasos hacia atrás, chocó con la espalda contra un árbol y resbaló lentamente hasta quedar sentado. Ella saltó el charco viscoso que se hundía poco a poco en el suelo y avanzó hasta Josh, al que cogió de la muñeca tirando de él con fuerza para obligarlo a levantarse.

—Ya lo asimilarás más tarde. Hay que largarse de aquí.

Él se dejó arrastrar hasta la nave. Apenas se había empezado a preguntar por qué de pronto ella tenía tanta prisa, cuando una luz iluminó todo el cielo en tonos naranjas y amarillos y los hizo tambalearse por la onda invisible que los sacudió.

—¡Son bombas de aturdimiento! —gritó ella cuando el viento que provocaban aquellas explosiones comenzó a soplar sin piedad—. No te detengas y ¡corre!

Solo estaban a unos cien metros de la KZT cuando divisaron un escuadrón de más de diez naves snots entre las copas de los árboles. Josh estaba seguro de que a la pareja de rastreadores no le había dado tiempo de dar ningún tipo de aviso. Aun así, estaban siendo atacados.

—¡Tírate al suelo!

Josh sintió todo el peso de Galatea chocar contra él, y vio una luz cegadora sobre sus cabezas antes de caer de espaldas y rodar con ella entre sus brazos. La onda de la explosión les dio de lleno, pero Galatea había quedado encima de él y el impacto fue



absorbido por su cuerpo sin apenas rozar el de Josh más que en las extremidades que la rodeaban. La vio abrir mucho los ojos al sentir la descarga y después cerrarlos de golpe, dejando la cabeza muerta hacia delante.

Más disparos aquí y allá se fueron sucediendo, y Josh trató de incorporarse inútilmente durante un par de minutos. No tenía el control de sus brazos y sus piernas, y Galatea estaba inconsciente. Luchó contra el entumecimiento que lo atrapaba y finalmente, logró mover primero una mano, después la otra. Con gran esfuerzo, se sentó en el suelo y abrazó a Galatea colocándola en su regazo.

—Dime que respiras —le rogó sosteniendo su rostro para comprobarlo. Después le puso una mano sobre el corazón y le comprobó el pulso de la muñeca con la otra. El latido era leve, pero existente.

Con fuerzas impulsadas por la más absoluta de las necesidades, Josh se incorporó y cargó a Galatea hasta la nave, bajo el fuego enemigo que los atacaba sin piedad.

Unos ansiosos maullidos resonaban en la cabina cuando Josh entró y sentó a Galatea con sumo cuidado en el sillón donde la gatita estaba aún anclada.

—Vigíla por mí hasta que estemos a salvo —le indicó al felino acariciándolo antes de colocarlo sobre las piernas inertes de Galatea y ajustar los arneses—. Avísame si deja de respirar, ¿vale? —solicitó como si Atenea fuera capaz de algo así.

Josh se hizo con los controles de la nave y despegó sin esperar un solo segundo, con la sola idea de salir de la Zona Restringida y encontrar señal de navegación para poder llevar a Galatea a un lugar seguro.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? —le dijo en cuanto abandonaron la arboleda y salieron a cielo abierto, donde serían vulnerables ante la decena de naves enemigas—. No te vas a quedar sin oír todo lo que tengo que decirte. ¿Entendido? Prométemelo.

La mano de Josh aferró la de Galatea unos segundos antes de conectar el reactor de emergencia y acelerar hasta la velocidad máxima que una de las mejores naves de todo Nueva Roma podía alcanzar.

## Capítulo 10

Un cosquilleo que comenzó suavemente y acabó por ser de lo más molesto empujó a Galatea a mover la cabeza. Sin embargo, su cuello no la respondía. Podía sentir una húmeda sensación en la piel de su garganta, pero no era capaz ni de tan siquiera tragar saliva. Luchó por abrir los ojos y se preguntó qué demonios habría bebido la noche anterior para tener una resaca tan horrible. Cuando el húmedo contacto alcanzó su nariz, la necesidad de estornudar fue tan apremiante que el cuerpo le reaccionó de golpe.

—¡Galatea! —escuchó lejos, lejísimos, como si la llamaran desde las profundidades del mar.

El mar. Había soñado que nadaba en el mar Mediterráneo. Ella era la otra Galatea, la ninfa, y con ella estaba su amado Acis. Él la besaba, y se abrazaban, y de pronto amanecía, y unos ojos grises le decían sin palabras que la amaba. Él la amaba, en cuerpo y alma.

—Galatea, por favor. —Una mano tiró de su barbilla, girándola hacia la izquierda—. Abre los ojos. Mírame.

El contacto de los dedos era frío y tembloroso. Ella sabía que aquellas manos eran grandes, pero siempre que la habían tocado habían sido tan cálidas. La molesta humedad que la había despertado ahora asaltaba su oreja, seguida de un desesperado maullido que le atravesó el tímpano. Abrió los ojos de golpe y la claridad la cegó por unos instantes.

—¡Bien hecho, Atenea! —La misma mano la aferró con más fuerza, aplastando sus carrillos—. ¿Puedes verme, Galatea? ¿Sabes quién soy?

Galatea trató de centrar su mirada en el punto de donde provenía la voz. Era su voz, la identificaría en cualquier lugar. Una voz que había nacido para pronunciar su nombre.

—Acis —murmuró, y la mano que sostenía su rostro resbaló hasta soltarla.

—Quinientos kilómetros para llegar al destino —anunció otra voz distinta. Una voz femenina y mecánica.

Galatea se tensó al reconocer la voz que ella misma había programado para el navegador de su nave. Estaba en su KZT, y no estaba sola. La realidad se cernió sobre ella desordenadamente, haciéndola consciente de forma distorsionada de lo que había sucedido en los últimos días. Logró incorporarse en el asiento mientras organizaba

los recuerdos y descubriría cuál de todos era el último.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

La mano de Josh volvió a tocarla, esta vez como una caricia sobre el pelo. Ella tragó saliva y se dispuso a mirarlo. Lo que encontró le reveló lo que ya imaginaba. Él había pensado que ella podría morir. Tal vez ese miedo fuera lo que lo había estimulado para lograr huir.

—En cuanto me cuentes lo que me he perdido, beberé varios litros de agua y me daré una larga ducha.

Atenea saltó llena de júbilo en sus piernas y dio varios giros sobre sí misma antes de trepar por el pecho de Galatea y buscar su mirada con insistencia. Ella la acarició y le dedicó una sonrisa. Después la gatita volvió a lamerle la cara y se acurrucó en su regazo.

—Como ves, se te ha echado de menos las últimas dos horas —le indicó Josh con voz serena. Sin embargo, ella vio que sus nudillos estaban blancos de lo fuerte que sostenía el timón.

—¿Solo dos horas? Entonces esa bomba de aturdimiento debió alcanzarnos de refilón.

—Tú te llevaste la peor parte —le explicó. Su voz sonaba diferente y ella pudo ver que era porque mantenía la mandíbula apretada—. Caíste inconsciente sobre mí. A mí solo me fallaron las extremidades un minuto o dos.

—Pero conseguiste traerme a la nave. Y despegar —elogió, y el agradecimiento iba implícito en las palabras.

—En cuanto comprobé que tenías pulso y respirabas —hizo una breve pausa, como si pronunciar esas palabras le hubiera dolido—, corrí a la nave y despegué sin más. Deshice el camino esquivando como pude a las naves snots. Las despisté justo antes de que el navegador funcionara de nuevo.

Ella había creído contar hasta diez vehículos aéreos. Josh había logrado un auténtico milagro despistándolos a todos. No había mentido cuando dijo que era buen piloto.

—¿Y para qué destino quedan solo quinientos kilómetros? —se interesó. Todo su cuerpo protestó cuando se inclinó hacia el panel de control. No pudo evitar un quejido.

—Estate quieta —le ordenó él—. No hagas movimientos bruscos.

—Solo quería leer las coordenadas —se excusó.

—Seleccioné el punto más cercano que el ordenador tenía registrado como parada de descanso previamente efectuada. Creía que tendrías algún amigo allí. Y necesitas atención médica.

—Yo soy médico. ¿Recuerdas? —Volvió a inclinarse hacia delante y buscó el

destino en el panel—. ¡Ah! Es el Fin del Mundo.

Él la miró y volvió a cogerla por la barbilla. Observó sus ojos con curiosidad.

—Creo que esa bomba aún te aturde el cerebro —señaló.

—Mi cerebro está perfectamente. —Le apartó la mano y volvió a recostarse—. El destino que has elegido se llama Fin del Mundo. No es más que un hotel en el que hice noche una vez, hace ya muchos años. Tal vez ya ni exista.

—Esperemos que sí, porque necesitas dormir.

—¿Y tú no?

—También. —Apretó los ojos y se dio cuenta de que le picaban bastante. El estrés de las últimas horas sumado a la sal marina—. Y una ducha tampoco me vendría mal.

—Dormiremos durante el día y en cuanto anochezca y podamos seguir la Estrella Penitente, reemprenderemos el viaje —decidió según se levantaba, con lentitud, pero logrando mantenerse en pie después de la costosa maniobra.

—¿Adónde vas?

—A beber mis litros de agua y darme mi larguísima ducha. —Acarició a Atenea y caminó con pequeños pasos hacia las puertas de la cabina—. Si vuelvo antes de que lleguemos, podrías darte tú otra. Apesta a snot derretido.

Josh se observó el abrigo salpicado de restos rosados que habían dejado pequeños agujeros en el tejido. También tenía la mano derecha algo enrojecida, pero no se había dado ni cuenta hasta ese momento. Había tenido el corazón en un puño pensando en que Galatea podría no despertar jamás. Pero ella ya caminaba sola y pudo verla coger uno de los garrafones de agua de diez litros y beber a morro directamente de él. Estaba recobrando sus fuerzas. Y solo por eso, él ya respiraba acompasadamente otra vez.

—Vaya susto, ¿verdad, Atenea? —La gatita respondió con un maullido, como si ya reconociera su nombre, y hasta lo que le decían—. Gracias por ayudarme a despertarla. Te debo una.

—¿Decías algo?

—Sí —le respondió Josh rápidamente a Galatea—. No gastes toda el agua caliente.

—No prometo nada —replicó y desapareció tras la puerta del aseo.

Para cuando la KZT-722 aterrizó en el amplio aparcamiento del hotel Fin del Mundo, sus dos tripulantes habían tenido ya tiempo de ducharse y desayunar. Aunque dado que su intención era dormir todo lo que quedaba de horas solares, se habían decidido por comer alimentos más propios para una cena que para un desayuno. No se habían dado cuenta de lo hambrientos que estaban hasta que no dejaron nada del enorme cuenco de arroz con conejo que los cocineros de la reina de Athenas les

habían preparado para el viaje, además de beber unos buenos tragos de vino que ambos coincidieron en que se habían ganado con creces y concluir el banquete con un pastel de frutas tan delicioso que incluso Atenea comió un pedazo.

Dado que las mascotas no solían ser bien recibidas en los hoteles y demás locales de Nox, y no teniendo corazón para volverla a dejar enganchada a los arneses, Atenea fue instalada en el aseo de la nave, donde le habilitaron un cajón y le dejaron una mantita, agua y comida suficiente para varias horas. La idea de llevársela escondida en el equipaje fue descartada inmediatamente. Nunca se sabía si un snot iba a presentarse para una revisión rutinaria de las instalaciones, y por eso las mascotas corrían un verdadero peligro en cualquier lugar público: podían acabar siendo la merienda de uno de esos revisores.

Josh insistió en llevar el equipaje de Galatea a pesar de sus protestas, alegando que no creía que estuviera aún al cien por cien. Ella le había asegurado una docena de veces que se sentía perfectamente, pero había acabado dándose por vencida. Aquel hombre era tozudo hasta para las cosas más absurdas.

Accedieron al hotel por la entrada principal y caminaron por el diáfano vestíbulo hasta llegar al punto de recepción situado en el centro. Las paredes circulares daban una sensación similar a la de encontrarse dentro de un cilindro de varios pisos de altura. Los colores cobrizos y metalizados de la estructura estaban combinados con tapices y cortinajes de tonos verdosos y azulados, encubriendo un diseño de aspecto industrial para transformarlo en algo más acogedor. Una suave música de fondo invitaba a relajarse en aquel espacio de desconexión del resto del planeta. No era un hotel de paso de viajeros. Era un lugar que se elegía expresamente para quedarse allí varios días. A no ser que fueras una recuperadora y su cliente, pensó Galatea para sí. Pero eso era algo que debían evitar que nadie sospechara.

—Buenos días. Bienvenidos al Fin del Mundo.

—Hola. —Josh dejó caer los equipajes sobre el mostrador circular que rodeaba a una mujer de mediana edad que bien podría pasar por uno de los maniqués parlantes que se encontraban en la entrada de los comercios—. Para un solo día, por favor.

—Muy bien. Sus visados, si son tan amables. —Josh se echó mano a la parte trasera de su pantalón y al no encontrar nada, recordó por qué su cartera no estaba allí. Miró con gesto acusatorio a Galatea quien, con media sonrisa, sacó ambos visados de un bolsillo de su mochila acompañados de una lámina de doscientos noxis—. Muchas gracias. ¿Una habitación doble o dos sencillas?

La amable y mecánicamente sonriente recepcionista dejó de teclear y miró a los dos alternativamente. Ante el silencio de ambos se limitó a parpadear y se mantuvo imperturbable a la espera de la respuesta a su pregunta, como si realmente fuera la máquina que aparentaba ser.

—Con tu manera de roncar —dijo al fin Galatea, repentinamente consciente de los codos de ambos rozándose levemente. Hizo una pausa demasiado larga al darse cuenta de que le faltaba el aire. Después lo encaró sin estar segura de cómo la miraría él— más nos vale... —continuó, pero se detuvo de golpe.

Josh la miraba con expresión indescifrable. Pero un movimiento a su espalda, justo en la entrada principal del hotel, llamó su atención. Lo que vio lo cambió todo en décimas de segundo.

Cogiendo todo el aire que pudo, Galatea le echó ambos brazos al cuello a Josh y le miró a los ojos sonriéndole exageradamente.

—Más nos vale dedicar el tiempo a algo que no sea dormir —finalizó justo antes de plantarle un beso en los labios sin que él se moviera un solo milímetro.

—Doble entonces —masculló la recepcionista, desviando por fin su vista de ellos y concentrándose en su pantalla.

—Sígueme la corriente —masculló Galatea sin borrar su sonrisa y sin separar los dientes que mantenía apretados con fuerza. En cambio Josh estaba literalmente boquiabierto. Estaba claro que tenía que decirle algo más para que pusiera algo de su parte en el plan que ella aún estaba construyendo para salvarles el pellejo de nuevo. Fingiendo una carantoña, deslizó su nariz por su mejilla hasta llegar a su oreja. Su voz fue apenas un jadeo—. Polifemo.

—Nueve cinco tres, novena planta —indicó la empleada y extendió la llave junto con una lámina de veinte noxis hacia Josh, ya que Galatea continuaba con las manos alrededor de su cuello. Él se metió todo en un bolsillo del pantalón sin tan siquiera mirar lo que le daba—. Tiene unas preciosas vistas al jardín trasero.

—Muchas gracias —dijo Josh, quien aún estaba pensando si había comprendido bien lo que Galatea le acababa de susurrar. Porque no sabía si podría seguir aturdida a causa de la bomba. Al fin y al cabo, hacía no mucho lo había llamado Acis.

Ella por fin se descolgó de su cuello pero a continuación lo agarró de una mano y se la pasó por encima de su hombro a la vez que se giraba para dirigirse al ascensor más cercano. Lo arrastró con tanta fuerza que él a duras penas pudo coger los equipajes con la mano libre antes de seguirla.

—¿Has oído? ¡Unas preciosas vistas al jardín! —elogió Galatea con voz chillona, concentrándose en imitar lo mejor posible cómo las más jóvenes de sus hermanas se camelaban a su clientes—. Pero seguro que no tanto como los paisajes que me describiste anoche.

Ya en la puerta del ascensor, Galatea pulsó el botón de llamada con la esperanza de que llegara lo antes posible y se giró de nuevo hacia Josh.

—Cuéntame más —le solicitó, restregando ambas manos por todo su pecho, mientras con los ojos le urgía a obedecer. Él sintió un escalofrío cuando ella le

desabrochó poco a poco los botones de la camisa. Su estómago se encogió al notar que le introducía ambas manos extendidas por debajo de la tela—. Háblame de ese maravilloso planeta al que vas a llevarme.

El reflejo de una silueta gigantesca en la cromada puerta del ascensor fue para Josh la prueba definitiva de que Galatea no había quedado trastornada tras el incidente. Sin bien no podía decir lo mismo de su propia mente. Las caricias y la cercanía de su cuerpo lo embotaban, llevándolo a ignorar prácticamente la amenaza que se les acercaba por la espalda.

—Estos jardines no tienen parangón con la frondosidad de los bosques de Fulgora —declaró con una premeditada voz alta y clara.

—¿Ah, no? —Su sonrisa torcida y su caída de ojos habrían sido creíbles si él no la conociera ya lo suficiente. Esperaba que aquel hombre no la conociera tan bien—. ¿Y cómo son? No seas malo y dame detalles, cariño —canturreó con voz melosa.

No. Definitivamente aquello no le pegaba nada. Sin embargo, no iba a ser él quien desbaratara el plan que ella parecía tener.

—Allí hay tonalidades de verde que aquí ni siquiera existen. Flores de miles de colores cuyos aromas se perciben a kilómetros de distancia —añadió con conocimiento de causa.

Habían sido muchos los contrabandistas que había interrogado. En sus declaraciones, algunos acababan describiendo el paisaje de los lugares de donde habían obtenido los productos objeto de su comercio ilegal. Y Josh había oído historias sobre todos y cada uno de los planetas de Nueva Roma.

—¡Más! —solicitó entusiasmada.

Cuando ella sonrió con su gesto real y no esa máscara que se había querido poner para simular algo que no era, él se perdió en sus ojos, en la forma esperanzada de mirarlo, y se olvidó de todo lo que les rodeaba. Tomó su rostro con ambas manos y le habló aún más cerca.

—Podrás bañarte desnuda, no en uno, sino en docenas de mares del mismo color que tus ojos. Juro que te llevaré a todos ellos. —Sus ojos la taladraban, exigentes y, a la vez, soñadores—. Solo pídemelo y te llevaré conmigo.

—Sí —la voz de Galatea se quebró con esa única palabra. Aquella loca idea sería, sencillamente, su mayor sueño hecho realidad. No obstante, más allá de la convincente promesa de sus palabras, había otra aún más sincera en sus ojos, un sueño que ella jamás se había atrevido a imaginar. No hasta él. Y entonces se dio cuenta de que nunca antes había anhelado algo con tanta fuerza. Se preguntó si su voz sonaría tan desesperada como ella se sentía—. Llévame contigo.

A Galatea solo le dio tiempo a verle apretar los dientes y a oír cómo siseaba el aire que aspiró entre ellos. Después, todo fue puro ardor. Su boca la atrapó en un

bocado exigente, ansioso y febril. Todo el cuerpo de él la presionó contra las puertas del ascensor, manteniéndola presa y a merced de sus movimientos, de sus caricias bajando impetuosamente por su silueta. Sin embargo, de pronto, ya no estaba.

Abrió los ojos al mismo tiempo que una voz que se había hecho esperar más de lo que ella imaginaba pronunciaba unas palabras llenas de furia.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, mequetrefe. ¿Es así cómo las engatusas para ahorrarte unos noxis?

Josh apartó a Galatea hasta ponerla detrás de él cuando ella intentaba hacer justo lo contrario. No quería que aquel animal le pusiera una mano encima. A él, que era más fuerte, le había cogido del hombro con una sola de ellas y le había apartado de su cuerpo con el mínimo esfuerzo, cuando habría jurado que nada podría despegarlo de ella en lo que le quedaba de vida.

—Jaden. —Galatea trató de mostrarse sorprendida a la par que asqueada, aunque sin dar muestras de que verlo le importara mucho—. ¿Se puede saber qué se te ha perdido por aquí?

Él negaba con la cabeza, como tratando de encontrar unas palabras que no le salían. En cambio, la decepción que mostraban sus oscuros ojos era clara a simple vista.

—No puedo creer que hayas caído tan bajo —dijo al fin—. No necesitas hacer... esto para vivir más que bien. Yo podría...

Josh no había pensado que él creería que ella se estaba vendiendo. Simplemente, que la promesa de llevarla a un lugar que cualquiera desearía era un incentivo más para emparejarse temporalmente con un hombre y hacerse favores de cierto tipo mutuamente. Pero pensándolo bien, tal vez fuera lo que Galatea había querido aparentar desde el principio. Recordaba la forma en que él había insinuado exactamente eso en el Summanus, como su siguiente trabajo tras servir copas.

—Ya dejaste claro lo que puedes ofrecerle —interrumpió, cubriendo a Galatea con su propio cuerpo defensivamente—. Pero a ella le ha gustado más mi oferta. —La cromada puerta del ascensor que no se decidía a llegar le volvió a mostrar a Josh quién se acercaba a ellos. Aprovechó para decir algo que intuía sería como un disparo en el pecho—. Así que búscate tu propia fulana. Esta tiene dueño.

Cuando Jaden fue a golpearle con el puño cerrado, la pantalla antiasaltantes del vigilante de seguridad del hotel se cernió sobre él, rodeándolo y manteniéndolo cautivo dentro del campo magnético, sin poder mover un ápice su postura, claramente ofensiva.

—¿Algún problema, caballero? —la pregunta del hombre uniformado iba dirigida a Josh.

—Sí. —Él rodeó el hombro de Galatea con gesto posesivo—. Este ascensor parece que no funciona.



—Llamaré a mantenimiento —resolvió el agente, sin soltar de momento a Jaden, quien luchaba inútilmente contra la fuerza que lo inmovilizaba—. Mientras tanto, pueden hacer uso del que está a la salida del restaurante. Es por ese corredor —les informó mientras daba aviso de la avería.

—Muy amable. —Antes de que Galatea pudiera decir nada, él la cogió por detrás de las rodillas y se la cargó al hombro. Después le dio una sonora palmada en el trasero—. Vámonos antes de que se me quiten las ganas de follarte.

Las zancadas de Josh los llevaron rápidamente hasta otra puerta cromada.

—Bájame —exigió Galatea al oír el pitido que indicaba que él ya había llamado al segundo ascensor.

—Aún no. —Josh no la depositó en el suelo hasta que las puertas se abrieron. Después se quitó las dos mochilas que cargaba en un solo hombro y, lanzándolas al interior del ascensor con demasiado ímpetu, se la quedó mirando mientras avanzaba hacia ella como un depredador. Ella no pudo evitar caminar de espaldas hasta chocar con el interior del elevador.

—Te pido perdón por lo de fulana. —Su voz era ronca y sus ojos parecían echar fuego. Galatea imaginaba que era porque la sangre le hervía tanto como a ella—. He visto que el guardia estaba cerca. Y tenía que provocar a Jaden.

Ella asintió a la vez que tragaba saliva y se concentraba en estirar el brazo para acertar en los botones. ¿A qué piso tenían que ir? No era capaz de recordarlo. Y él solo estaba a un paso de distancia.

Se temía que fuera a abalanzarse de nuevo sobre ella. Lo esperaba. Lo anhelaba. Pero él la cogió por una mano y la giró hasta hacerla chocar de frente contra la pared. Un instante después, él estaba pegado a su cuerpo y le rodeaba las manos que ella tenía extendidas sobre su cabeza. Su cadera se movió y ella lo sintió duro contra sus nalgas. El jadeo que se le escapó fue de pura expectación.

—Pero lo demás —su boca estaba en su oreja y sus manos bajaban ya por sus brazos— no ha sido una actuación, ¿verdad?

Las palmas abiertas rodearon sus pechos y siguieron más abajo, hasta alcanzar sus piernas y separarlas. Una mano se coló dentro de su pantalón y dos dedos rozaron el centro de su cuerpo. Galatea sintió que las rodillas la fallaban.

—No, claro que no lo ha sido —gruñó al notarla aún más resbaladiza de lo que esperaba—. Mmm. Pura miel entre mis dedos.

—Josh —gimió justo cuando él le daba la vuelta y la levantaba hasta hacer que le rodeara la cintura con las piernas.

Sus bocas chocaron al ir a buscarse, mordieron y protestaron hasta que encontraron un mismo ritmo. El movimiento de cadera empezó suave y se volvió frenético, de forma que Galatea tuvo que agarrarse con una mano a él y la otra a la pared para no

caer.

El pitido de un botón pulsado por casualidad la hizo girar la cabeza para poder enfocar su nublada vista y pulsar el correcto. El noveno, recordó de pronto, justo cuando sus ojos divisaban la cara desencajada de Jaden entre las puertas mientras estas se cerraban, a la vez que ella gemía ante el ataque a su cuello de la boca abierta de Josh, en un punto que jamás imaginó tan sensible.

—Estaba ahí —otro gemido interrumpió sus palabras cuando la lengua de Josh se coló dentro de su oreja— mirándonos —concluyó con dificultad.

—Mejor. —Con ambas manos en sus nalgas, la acercó más a él, casi clavándola contra la pared—. Que no le quede la menor duda de lo que va a pasar aquí.

El ascensor pitó e informó que estaban en la segunda planta. Galatea miró asustada, esperando a algún cliente dispuesto a entrar. Se removió para bajar de la cintura de Josh y las piernas casi no le respondieron al tocar el suelo con los pies. Pero allí no había nadie.

—Le di sin querer —recordó cuando Josh que se giraba de golpe y sacaba el cuchillo de su bota izquierda.

Después lo envainó de nuevo, volvió hacia ella y la cogió por la barbilla con una mano, deslizando el pulgar por sus labios hasta separarlos.

En cuanto las puertas se cerraron, le introdujo el dedo en la boca y ella lo acarició con la lengua.

—No. Mírame —le exigió al ver que ella cerraba los ojos.

Absolutamente seducida, obedeció y él trazó con el pulgar una húmeda línea desde su barbilla, pasando por su garganta hasta llegar a la unión de sus pechos. Después se acercó lentamente y, sin cerrar los ojos, le mordió el labio y repitió el recorrido, ahora con su lengua.

—Demasiada ropa —protestó al encontrar el obstáculo de su camiseta.

Ella no percibió el aviso del ascensor, ni que él se la volvía a cargar a un hombro y el equipaje de ambos en el otro, porque de pronto volaban por un pasillo desierto repleto de puertas a ambos lados.

—Número —indicó Josh—. ¡Joder! Echaré cualquier puerta abajo como no lo recuerdes.

—¡Esa! —gritó Galatea cuando vio que la pasaban de largo.

Él la depositó en el suelo con una inesperada delicadeza dados sus últimos movimientos y Galatea caminó unos pasos hasta la puerta correcta.

—La llave —solicitó él, impactando contra su espalda y atacando de nuevo su cuello con boca hambrienta. ¡Dios! El sabor de su piel lo estaba enloqueciendo—. Rápido.

Ella ahogó un grito al sentir cómo sus manos le abarcaban ambos pechos

posesivamente, parpadeó un par de veces y después deslizó una mano hacia atrás y la metió en su bolsillo. Él gruñó y le sujetó la muñeca.

—Vuelve a hacer eso y no llegaremos adentro. —Aun tentado de cumplir aquella amenaza, retiró la mano de Galatea y sacó el mismo la llave del bolsillo. Abrió y la hizo entrar de un empujón.

El portazo a su espalda hizo temblar a Galatea de la cabeza a los pies. Se sentía como si fuera a salirse fuera de su cuerpo. Aun siendo consciente de que Josh estaba a solo un paso de ella, resollando como un animal, no fue capaz de girarse para encararlo.

Para su asombro, él pasó de largo por su lado, dejando caer el equipaje sobre una silla junto a la enorme cama en el centro del dormitorio. La puerta que daba al aseo estaba cerrada y las cortinas apenas separadas un par de centímetros, por lo que la estancia estaba en penumbra, dejando adivinar tejidos de tonos pastel y muebles de madera complementados por diversos aparatos electrónicos. Josh conectó uno de ellos y reguló el volumen para dejar que sonara una sugerente melodía sin letra.

—No podemos hacer esto sin música —dijo mientras se giraba hacia ella y se quitaba la chaqueta, dejándola caer al suelo—. Tú y yo no. No la primera vez.

Se le acercó con paso lento, mirándola fijamente y sin dejar de hacerlo mientras se sacaba la camiseta por la cabeza. Su respiración parecía haberse regulado un poco, pero sus intenciones seguían siendo las mismas. Galatea desvió la mirada a su portentoso torso y retrocedió un paso, lo que la hizo chocar contra el borde de una mesa. Él no tardó en acorralarla y quitarle la chaqueta lentamente.

—Pero no muy alta, para poder escuchar cómo te robo el aliento. —Pudo oírla contenerlo cuando deslizó sus manos por sus suaves mejillas encarnadas, enmarcando su rostro para besarla profundamente—. Cómo pronuncias mi nombre —continuó, trazando un sendero de besos húmedos por su garganta, subiendo después hacia su oreja—. Hazlo —exigió.

—Josh —balbuceó ella sin poder evitarlo al sentir sus dientes morderle el lóbulo.

—Y cómo me pides más. —Galatea sintió sus cálidas y fuertes manos colarse por debajo de su camiseta y acariciarla solo con la punta de sus dedos, pero por toda su piel—. Mucho más.

Esta vez, cuando la besó como si quisiera tragársela por entero, ella se aferró a su pelo y respondió con urgencia y necesidad. De pronto sintió cómo le levantaba los brazos y le sacaba la camiseta de un solo tirón. Casi igual de rápido, ella estaba tumbada boca arriba sobre la cama y él se sacaba las botas de dos puntapiés. Se quitó sus propios pantalones antes de arrodillarse sobre ella y bajarle con ímpetu los suyos. Las botas que le impedían desnudarla por completo salieron disparadas con las dagas incluidas; el resto de la ropa voló inmediatamente después.

—Espera —solicitó ella. Él ya gateaba sobre la cama comiéndosela con los ojos y se colocaba encima, aunque sin tocarla—. Yo... nunca he hecho... esto.

Arqueando una ceja con gesto interrogativo, Josh le acarició entre ambos pechos con la punta de la nariz.

—Nada de esto. Nunca. Con nadie —confesó con voz indefensa, casi suplicante.

—¿Me estás pidiendo que pare?

Ahora sus caras estaban frente a frente. Sus narices se rozaban, sus alientos se entrelazaban.

—No. —Si se alejaba de ella ahora, el corazón se le quebraría como el cristal. Lo rodeó por la cintura y acarició su espalda lentamente, hasta llegar a sus hombros. Tuvo la satisfacción de sentirlo temblar—. Solo que...

—¿Sí? —Le besó los párpados, el puente de la nariz, la comisura de la boca—. Dime qué quieres, Galatea.

A ti, gritó todo su ser. Pero su voz no era capaz de decirlo.

—Solo que vayas despacio. Por favor.

Adoraba que fuera fuerte, valiente, decidida. Pero su lado vulnerable lo llenaba de ternura, de un ansia infinita por protegerla. La veneró con delicadas caricias y dulces besos. Dejó que fuera ella quien reclamara más. Las manos fueron sustituidas por los labios en las zonas más sensibles, primero como una leve pasada, después deteniéndose a conciencia en esos puntos. Más tarde, lo hizo su lengua.

Ella era incapaz de prever por dónde iba a asaltarla. Otra novedad más. Tan pronto sentía sus dedos jugueteando detrás de una de sus rodillas como se estremecía por un susurro en su garganta, al que le sucedía un leve pellizco en un pezón y después, este mismo era succionado con fruición. La estaba volviendo loca, y aunque era inexperta en ese juego, sí sabía que debía ser cosa de dos.

Se arqueó contra él y deslizó una pierna alrededor de sus caderas, de forma que pudo empujarlo hasta quedar ambos de lado. El ángulo le permitió colar una de sus manos entre el amasijo de extremidades, para acariciar la dureza que hasta ahora solo había podido sentir por el roce de sus cuerpos.

Él soltó una maldición y se envaró, interrumpiendo el salvaje beso que compartían en ese momento. Entreabrió los ojos para mirarla y tomó su mano, guiándola para que rodeara su miembro en lugar de acariciarlo con la palma abierta. Ella lo abarcó y aumentó la presión progresivamente, deslizando la caricia arriba y abajo, al compás de la música que los envolvía como una niebla.

Por sus apabullantes jadeos, Galatea creyó que estaba acertando con sus inexpertas caricias, así que aceleró más el ritmo. Pero él retiró su mano violentamente y la sujetó por las muñecas, colocándose de nuevo sobre ella.

—No. Dentro de ti —susurró cuando ella lo miró con el ceño fruncido. Besó la

punta de su nariz y sintió una sacudida cuando ella reclamó inmediatamente su boca. Le concedió lo que solicitaba con deleite—. Quise besarte desde la primera vez que te tuve así, debajo de mí. Incluso antes —confesó y se deslizó por su cuerpo hasta llegar a sus senos.

Allí se detuvo unos segundos eternos, abarcándolos con ambas manos y hundiendo el rostro entre ellos, lamiéndolos, mordisqueándolos. Al sentir las caderas de Galatea convulsionar, deslizó una de sus manos hacia abajo.

—¿Es esto lo que quieres? —La yema de un dedo acarició sus humedecidos pliegues suavemente al principio, con mayor vehemencia después—. ¿O esto?

Galatea no pudo responder. Se tensó como un arco al sentir que él introducía un dedo y después dos en su anegada cavidad. El pulgar dibujaba círculos y pulsaba con pequeños toques un punto muy concreto de la parte externa, mientras el roce de su corta barba en la sensible piel de su vientre la hacía estremecerse.

—¿Más? —preguntó Josh antes de comenzar a besarle pecaminosamente entre las piernas, hasta sustituir sus dedos por su lengua.

Las manos de ella se aferraron a su pelo mientras él la paladeaba con total entrega. Sus miradas se cruzaron un solo instante, lo justo para que Galatea alcanzara la cima que llevaba varios minutos rozando. Las contracciones revelaron su estado, ya que ella se había tapado la cara con la almohada para acallar sus gritos.

—No te escondas de mí —prohibió Josh, apartando la almohada y sosteniéndole la cabeza entre las manos—. Quiero ver todo lo que sientes —declaró a la vez que se colaba entre sus piernas y empujaba con sus caderas hacia su entrada—. Necesito oírte disfrutar.

Los ojos de Galatea se abrieron, como lo hizo la tierna carne que Josh iba separando al introducirse en ella. Él vio que su expresión se contraía por la invasión y procuró no ir muy deprisa para no hacerle daño. Pero estaba tan excitado que no sabía cuánto más iba a poder contenerse. Sin embargo, tras una leve protesta, ella misma se acercó más a él y lo sujetó por los glúteos para hundirlo dentro con más fuerza.

—Bésame —suplicó Galatea ávida de su sabor, mientras los envites fueron incrementando la velocidad y la contundencia.

Él hundió la lengua en su boca a la vez que le alzaba las rodillas para ensartarse más profundamente. Ella se abrió para él, y se dejó ir segundos antes de que, con una última estocada, Josh cayera derrotado sobre ella, abrazándola como si acabara de encontrarla tras años buscándola.

# Capítulo 11

Cuando Galatea salió del cuarto de baño con una toalla anudada sobre sus pechos, se quedó de pie en la puerta, mirando a Josh sin decir nada. Estaba desnudo sobre la cama, con los brazos cruzados bajo la cabeza, mirando pensativo hacia el techo. Los músculos se le marcaban por la tensión de la postura y su cerebro fue identificando los nombres de cada uno de ellos según los iba descubriendo con la mirada. Se moría por recorrerlos detenidamente uno a uno con sus manos, con sus labios. ¡Santo cielo! ¿Qué había brotado dentro de ella? No podía pensar en otra cosa, y acababa de tenerlo entre sus brazos, entre sus piernas. El ardor que la rápida ducha había aliviado la invadió de nuevo. Fuera lo que fuera lo que la dominaba desde lo más profundo de sus entrañas, era el sentimiento más fuerte que había albergado jamás.

Josh oyó por fin la puerta del baño. Galatea había tardado poco, según el reloj de la mesita de noche, pero a él se le había hecho eterno. No había tenido oportunidad de decirle nada después de que ambos alcanzaran un orgasmo enloquecedor. Apenas había logrado retenerla abrazada uno o dos minutos, besándola pausadamente. Ella se había revuelto entre sus brazos para que saliera de su interior y había comentado casi sin voz que necesitaba ir al baño.

La vio mirarlo intensamente antes de desviar la vista con preocupación hacia el lado vacío de la cama, y siguió su mirada. Entonces encontró algo que se suponía que no debía estar ahí. Una sola posibilidad invadió su mente mientras contemplaba atónito las salpicaduras de sangre que manchaban las sábanas. Cuando se volvió hacia ella, la vio entrar en el baño otra vez para coger una toalla pequeña y humedecerla. Se acercó a él y, sin mediar palabra, frotó primero la base de su pene y toda su longitud después, arrastrando cualquier resto de su unión. Sintió una tensión en la ingle y su miembro botó por el cuidadoso contacto.

—Tenemos que hablar —advirtió él, sujetándola por la muñeca para que detuviera aquello.

—Más tarde. —Su voz sonaba apesadumbrada, sin embargo, se puso en pie y dejó caer la toalla. Su cremosa piel tenía pequeñas rojeces allá donde él había succionado demasiado fuerte, donde su barba la había rozado al besarla. Josh se quedó mudo al verla subirse a la cama y poner una rodilla a cada lado de su cuerpo—. Ahora, enséñame más.

La boca de Galatea descendió sobre la de él. Lo besó solo una vez, dejándolo con

ganas de más, y comenzó un lento descenso por su garganta, su pecho, su estómago, deteniéndose en cada ángulo para trazarlo con ligeros toques de sus finos dedos. Josh temblaba bajo ella, preguntándose cómo podía estar así de duro otra vez, ansioso por adentrarse en ella de mil maneras distintas.

—Enséñame cómo tocarte —solicitó Galatea, acariciándole con la mano cerrada alrededor del pene, como él le había indicado—. Explícame lo que te han hecho otras mujeres.

Él se incorporó de golpe, sobresaltándola. De pronto parecía furioso.

—Ninguna mujer ha logrado nunca hacerme sentir esto. Lo que siento con que solamente me mires así. —Besó sus ojos con adoración—. Imagínate cómo me afectan tus caricias, qué significan tus besos.

—Pero yo quiero saber... —Su réplica se vio acallada por su boca.

—Sírmete. —Volvió a tumbarse, con los brazos en cruz—. Soy todo tuyo.

Ella sonrió de medio lado y continuó explorando curiosa el mismo punto donde se había detenido. Sus labios acompañaron a sus manos y Josh dio un respingo cuando ella se lo introdujo en la boca.

—¿Así? —preguntó insegura, lamiéndolo ahora solo con la lengua.

—Si quieres matarme, sí —respondió él con un gruñido, colapsado por lo que veía y lo que sentía.

—Mejor como antes —se corrigió ella y volvió a hundirlo hasta su garganta.

Cuando los testículos se le tensaron, Josh la apartó con gentileza, le dio un beso que le succionó hasta el alma y la giró sobre la cama.

—No te des la vuelta —le indicó, levantándola por las caderas hasta que apoyó las rodillas.

Galatea gritó contra el colchón cuando Josh volvió a lamer su sexo. Segundos después la invadió con varios dedos. Cuando creyó que no podría soportarlo más, su pene se introdujo en ella desde atrás, clavándose en su interior con una cadencia arrítmica, volviendo inesperados el momento y la intensidad de la siguiente embestida.

Sus anchas y cálidas manos le acariciaban la espalda, los senos, hasta que la abrazó y la atrajo contra su pecho, quedando pegada a él.

—Dime cuánto te gusta que te lo haga así —masculló Josh, a punto de explotar. — Quiero oírte, Gala. Dime cuánto lo deseas.

—Me gusta así —reconoció en un susurro. Luchaba por alcanzar su boca mientras lo sentía en su interior. Mordió sus labios —. Lo deseo. Te deseo.

—Dime qué quieres.

—Lo quiero todo —alegó y gritó cuando la sensación fue tan intensa que el cuerpo se le venció hacia delante, con Josh cayendo sobre ella y gritando su nombre a la vez

que la llenaba por segunda vez.

Sabiendo que su peso era excesivo, salió de su interior y se tumbó boca arriba, arrastrando a Galatea para que se acomodara en su pecho. Ella se abrazó a él y apoyó su cabeza en el acogedor hueco de su hombro. Al cabo de unos segundos, su respiración se volvió más lenta.

—Gala, tenemos que hablar —solicitó Josh. Tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar.

—Tengo sueño —protestó ella con un ronroneo—. ¿Podemos dormir así?

El corazón de Josh se derritió en su pecho al sentirla acurrucarse más cómodamente y besarle el mentón con delicadeza. Incapaz de no concederle ese pequeño capricho, estiró la mano hasta alcanzar el interruptor del hilo musical, dejando la estancia en silencio. Después tiró de las sábanas para cubrirlos a ambos.

—Me encanta tenerte así. —Besó su mano derecha a la altura de su dedo anular aún pintado y, sin soltársela, la acomodó sobre el centro de su pecho antes de abandonarse al sueño que tanta falta les hacía a los dos.

Una punzada de dolor arrancó a Josh de un apacible sueño. Cuando abrió los ojos detectó que el calambre lo causaba la postura torcida de su brazo derecho bajo el cuerpo de Galatea, que le daba la espalda. No sabía si hacía mucho o poco tiempo que se había apartado de él, pero iba a arriesgarse a despertarla y no iba a ser solo por recuperar la movilidad de su brazo. La quería de nuevo pegada a él, y mientras los rayos de luz solar siguieran colándose entre las cortinas, nada iba a impedirselo.

Usó el brazo izquierdo para rodearla y girarla, lentamente y con sumo cuidado. Apenas había alcanzado a rozarle la cintura cuando se vio empotrado contra la almohada y con la mano derecha de ella anclada a su garganta. Los muslos quedaron firmemente sujetos por sus rodillas, la mano derecha retorcida bajo la izquierda de ella. Dolía, pero al menos había conseguido acabar con el molesto hormigueo.

—Vamos a tener que trabajar un poquito tus instintos al despertar —sugirió sin apenas voz—. No quiero jugarme el pescuezo cada noche del resto de mi vida.

El rostro de Galatea pasó de fiero y desorientado a mostrar preocupación y un creciente rubor. Aflojó la fuerza que empleaba sobre él empezando por las manos, después se bajó de sus piernas, deslizándose a ambos lados. Tras parpadear varias veces, miró hacia la ventana para comprobar la intensidad de la luz que aún indicaba que era de día. Después volvió a mirarlo a él, repitiendo en su cabeza las pocas palabras que le había dicho. La certeza de toda una vida juntos implícita en la última frase la había alterado más que el hecho de haber estado a punto de estrangularlo.

Lo vio recorrerla con la mirada como si fuera un succulento almuerzo. Entonces se



dio cuenta de que estaba completamente desnuda, a horcajadas sobre él. Y que él también lo estaba, bajo ella. A su merced. Se inclinó hacia delante y acarició con los dedos las marcas rojas que estos acababan de dejarle alrededor de la garganta. Lo notó tragar saliva cuando se acercó y besó cada punto enrojecido con extrema delicadeza. Sus ojos grises brillaban con una languidez que reflejaba lo mucho que le había afectado aquel pequeño gesto de disculpa. Ella analizó su rostro, abrumada por lo que su contacto conseguía provocar en él.

—Estás muy guapo con esta sombra de barba. —No sabía muy bien por qué le decía aquello. Simplemente lo había pensado mientras lo observaba y había sentido el impulso de revelárselo como una confidencia. Acarició su barbilla con la nariz, hizo rozar sus mejillas y acabó el recorrido con un suave beso labio contra labio—. Pero me araña la piel al besarte —observó algo molesta—. Qué dilema.

Los ojos de Josh centellearon al cruzarse con los suyos. Ella pensó que no podía estar más guapo que en ese preciso momento, mirándola con esa intención impresa en las pupilas, con esa sonrisa ladeada que mostraba lo mucho que le agradaba lo que acababa de oír.

—Te acostumbrarás —resolvió antes de reclamar sus labios y besarla con devoción.

Ambos conocían ya los suspiros del otro, la reacción a sus caricias en ciertos puntos, y con solo mirarse supieron que ninguno podía esperar más. Con Galatea aún montada sobre él, Josh alzó las caderas y se introdujo en ella con suma facilidad, entrando en un paraíso del que parecía que no se saciaría jamás. Ella se amoldó a su tamaño y corrigió la postura varias veces hasta incorporarse sobre Josh, quien rodeó sus pechos con ambas manos y los dejó bailar al ritmo de aquella sensual danza que ella dirigía a placer. Quiriendo verla disfrutar al máximo, deslizó una de sus manos hasta su clítoris y lo acarició con el pulgar del modo que ya había aprendido que a ella le gustaba más.

Verla así sobre él, con el rostro ladeado y cubierto parcialmente por su despeinada melena, abriendo y cerrando los ojos, gimoteando su nombre, lo puso al límite. Era tan bella que dolía mirarla. Y era suya. Aún no podía creerlo. Un súbito gozo en su pecho lo recorrió como una explosión, llevándolo a alzar más las caderas, apoyando las plantas de los pies sobre el colchón y elevando a Galatea con rudas embestidas que la hicieron gritar, echar la cabeza hacia atrás y, finalmente, caer desmadejada sobre él. Temblando, sintiendo en su interior las últimas sacudidas del orgasmo, se quedó apoyada sobre su pecho escuchando el frenético latido de su corazón recuperar su ritmo poco a poco. Mientras, se preguntaba si el suyo habría crecido dentro de ella, pues nunca lo había sentido tan presente, tan vivo. Tan feliz.

—¿Por qué me pediste que te hablara sobre los paisajes de Fulgora?

Josh rodeaba la delicada cintura de Galatea con una mano mientras la otra acariciaba su columna de arriba abajo.

—¿Qué? —preguntó confusa, deteniendo sus dedos sobre el duro pectoral cuyo perímetro estaba dibujando.

—Cuando viste a Jaden. Quisiste que pensara que estabas conmigo porque te iba a llevar a Fulgora.

—Bueno, el que mencionó Fulgora fuiste tú. Yo solo te di pie a que hablaras sobre paisajes de otro planeta. Me valía cualquiera de los ocho restantes de Nueva Roma.

—¿Por qué?

Galatea detuvo la lluvia de pequeños besos con la que se había sentido impulsada a regar el pecho de Josh. De verdad quería hablar. No debería sorprenderla tratándose de él.

—Porque Jaden me conoce lo suficiente para saber que jamás me iría con un hombre simplemente por su dinero, por muchísimo que me ofreciera —explicó—. Así que pensé que si algo podría llegar a resultar creíble para esa situación, sería eso.

—¿Eso?

—Lo que más he deseado siempre. Salir de Nox. —Notó que se tensaba bajo ella y se incorporó para mirarlo—. Pero no pienses que al primero que me lo hubiera ofrecido de verdad le habría dado... esto a cambio —le advirtió con orgullo y algo de irritación—. Creo que ha quedado claro que no ha habido nadie antes de ti.

—Muy claro. Aunque aún me pregunto qué me ha hecho merecedor de tal privilegio. —La mano que se había detenido a mitad de su columna continuó su trayecto hasta alcanzar su nuca. Presionó con las yemas de sus dedos la espiral sobre sus cervicales—. ¿Piensas explicarme cómo es que has sangrado cuando te he penetrado si tienes este implante?

Ella fue a apartarse pero él no se lo permitió. La obligó a apoyarse en su pecho y la abrazó con fuerza.

—Tranquilo —dijo finalmente—. Hasta la próxima Quinta Luna no hay peligro de consecuencias irreversibles.

—¿Eso es para ti un hijo? —Su tono era de indignación—. ¿Una consecuencia irreversible?

—¡Claro que no! —La rabia logró impulsarla y soltarse de él, quedando inclinada sobre su rostro—. ¿Crees que hubiera arriesgado mi vida todos estos años si pensara eso?

Aquellas palabras hicieron que el corazón de Josh dejara de romperse. Por un instante había creído que se había equivocado con ella. Y dado hasta dónde habían

llegado en su relación, no creía que pudiera soportar algo como aquello.

—¿Y por qué has usado esas palabras?

—Son las que usan los Vigilantes en los formularios de esterilización —aclaró—. “La intervención quirúrgica para la extirpación de los órganos reproductivos tiene como fin evitar consecuencias irreversibles que vulneren el Tratado de Coexistencia entre la especie humana y la snot” —citó, pues había estudiado como parte de su formación cuál era el proceso administrativo y médico para semejante barbaridad.

—Cuéntame cómo lograste eludir la esterilización y, sin embargo, llevar un chip en tu nuca. Y, sobre todo, dime por qué lo hiciste. Necesito saberlo.

La urgencia de su voz era tal que Galatea decidió contarle toda la verdad. Sentía que además deseaba hacerlo. Se tapó con la sábana hasta el pecho y se recostó contra el cabecero de la cama. Él se acomodó de la misma forma, aunque girado hacia ella. Tras cogerle la mano con la suya, Galatea lo miró a los ojos y le confesó su mayor secreto.

—Yo llegué la última a la casa de Agatha. A pesar de ser la más joven, me desarrollé antes que muchas de mis hermanas, incluso que algunas que me llevaban hasta tres años. Sabía lo que significaba aquella primera sangre, estudiaba medicina desde los siete años, pero no pensé que me llegara tan pronto. También sabía lo que implicaba, cuál era la ley en Nox. Para las niñas abandonadas no existía la opción de quedarse sin más al norte del Cinturón de Piedra. Todas debíamos ser esterilizadas.

—Los Vigilantes creían que ya era suficiente con perdonaros la vida, siendo fruto de concepciones ilegales —aportó Josh, pues era una realidad de dominio público.

—Por eso Agatha, que tenía conocimientos en muchísimos campos de la ciencia, accedió a instalar un centro de esterilización en su propia casa. Muchas niñas venían de otras casas cuna para ser vaciadas por ella. El especial cuidado con el que practicaba la horrible operación que los Vigilantes exigían era conocido en muchos lugares. Aun así, yo no pude evitar llorar de forma histérica al ir a confesarle que ya me había hecho mujer. Tenía tanto miedo a la operación que me pasé varias noches sin dormir y varios días sin apenas comer.

—Eras solo una niña —la tranquilizó Josh, al ver que reconocer ese temor la hería profundamente.

—Acababa de cumplir nueve años —detalló—. Cuando ella me preguntó qué era lo que más miedo me daba, al principio no pude explicárselo. No era por el dolor físico, al que temía pero de otra manera. Tampoco la vergüenza delante de mis hermanas por ser tan joven y haberme desarrollado tan pronto. Después de darle muchas vueltas, comprendí que lo que más temía era que me robaran por segunda vez la oportunidad de tener una familia. Una familia de verdad.

La mano de Josh apretó con tal fuerza la suya que Galatea se sobresaltó. Él lo notó

y optó por entrelazar sus dedos, pues no se sentía capaz de soltarla en ese momento.

—¿Se lo explicaste a ella?

—Sí. Le dije que nadie debía tener derecho a mancillar mi cuerpo. Que mis padres podían haber decidido abandonarme, pero que yo debía tener opción a elegir tener o no mis propios hijos. Que no era justo, que debía haber otra forma. Que, quizás, algún día lograra marcharme a un lugar donde ser madre y querer criar tú misma a tus hijos no fuera castigado con la muerte.

—Eras muy valiente, y tenías las ideas muy claras, para ser solo una niña de nueve años.

Si Josh ya la admiraba por muchas de sus cualidades, ahora el orgullo que sentía era mayúsculo.

—Fue una especie de revelación. A Agatha también debió parecérselo, porque me abrazó y me dijo que estaba muy orgullosa de mí. Después me confesó que, muy a su pesar, ella era estéril de nacimiento. Que por eso había hecho de su casa un refugio para niñas que no tenían quien las protegiera. —Aunque trató de disimularlo, Josh vio claramente cómo los ojos se le empañaban y parpadeaba para evitar las lágrimas—. Esa había sido su forma de ser madre. También me dijo que cosas como que yo le hubiera dicho todo aquello que le dije, le confirmaban que cuidar de nosotras había sido la mejor decisión que había tomado en su vida.

—Seguro que tuvo muchas satisfacciones, y mucho trabajo, con cincuenta niñas.

—Tenía varias ayudantes. Y aunque confiaba en ellas, nunca les habló del regalo que me hizo ese día.

—¿Regalo?

—Me dijo que me iba a hacer un regalo. —Se abrazó a sí misma—. La opción que ella nunca tuvo. Y que si decidía aceptarlo, debía ser muy valiente y muy cuidadosa. Y sobre todo, no permitir que nunca me hicieran un escáner médico en el vientre, pues se descubriría que la operación jamás tuvo lugar. Que simplemente, se rellenó mi formulario de esterilización y se me implantó el chip ilegalmente.

—Y por lo que veo, aceptaste.

—No me lo pensé dos veces. Me lo tomé como un riesgo más de vivir en este condenado planeta.

—No puedo creer que nadie te haya descubierto nunca.

—He tenido que hacer todo tipo de malabares para evitar revisiones médicas completas. Algunas de mis hermanas lo saben, y me ayudaron más de una vez. Yanasa, la dueña del Summanus por ejemplo. —Se le escapó una risilla al recordar los repetitivos sermones de advertencia de su amiga—. Por eso no le gusta que esté a este lado de la frontera. Cree que corro el peligro de colgarme de un tío y...

Josh la vio enojecer cuando las palabras se le atragantaron. Sintió que intentaba

soltarse de su mano, pero él la mantuvo firme dentro de la suya. La cogió por debajo de la barbilla y la obligó a mirarlo. Cuando la besó, los labios le temblaban.

—No hace falta que me lo digas con palabras —murmuró contra su boca—. De momento —añadió y sucumbió al ardiente beso que ella le devolvió.

La sábana cayó, descubriendo su cuerpo desnudo y Josh acarició los senos que habían quedado a su alcance, deleitándose en su generoso peso sobre sus palmas, la suavidad de los pezones hasta que él los endureció con pequeños pellizcos.

—También tienes un don en las manos —jadeó Galatea, extasiada de nuevo por sus caricias.

—No puedo dejar de tocarte, es superior a mí. —La envolvió en un fuerte abrazo y se obligó a detenerse antes de poseerla por cuarta vez en unas pocas horas—. Pero hay algo de lo que tenemos que hablar. No puedo postergarlo más.

Galatea sintió un doloroso frío cuando él abandonó la cama y buscó su ropa. Lo vio ponerse los calzoncillos de espaldas a ella, regalándole una magnífica visión en el proceso. Cuando se giró, su rostro estaba completamente serio.

—Antes que nada, quiero que sepas que pensaba contarte la verdad en cuanto llegáramos a la guarida de Bolgang. Incluso antes de conocerte en persona, eso lo tenía claro. Después empezó a surgir esto entre tú y yo, y he intentado contártelo en varias ocasiones, pero nunca encontraba el momento oportuno.

Las manos de Galatea temblaron al coger la sábana con la que tenía la repentina necesidad de cubrirse. Se aferró a ella como a un salvavidas.

—¿Estás casado?

Josh se detuvo de golpe. Se había puesto a caminar nerviosamente a los pies de la cama. La miró desconcertado y comprendió que se estaba explicando aún peor de lo que se había temido. Gateó por la cama hasta llegar a ella.

—¡No! ¡No es nada de eso, por Dios! —Tomó su mano derecha y la alzó entre ambos. Besó el dibujo de su dedo anular—. Eres la única mujer a la que le he regalado un anillo en toda mi vida.

Ella soltó de golpe todo el aire que había estado conteniendo. Ningún golpe físico le había dolido tanto como le había dañado en el alma por unos instantes creerlo de otra mujer.

—¿Entonces, qué tienes que contarme? —Ahora estaba enfadada y su voz lo mostraba—. Te advertí que no quería mentiras, ni medias verdades.

Él agachó la cabeza, reconociendo el incumplimiento de las reglas que ella le había impuesto.

—Aún no te conocía en ese momento. Y tenía que estar seguro de que podía confesarte la verdad. Tenía que poder confiar en ti. —Volvió a tomarle las manos y la miró intensamente—. ¿Confías en mí?

—¡Me he entregado a ti! —le reprochó con un sollozo—. Te he contado un secreto que, si se descubre, será mi condena a muerte. ¿Y aún tienes el valor de preguntarme eso?

Josh se sintió el más vil de los hombres cuando ella lo empujó por el pecho para apartarlo. Había empezado a llorar y él necesitaba abrazarla. Que lo rechazara estuvo a punto de matarlo.

—Perdóname, por favor. Es que esto es tan importante... Más importante que yo, que mi propia vida. Déjame explicártelo, permíteme contártelo todo. —Ella lo miró ceñuda y se retiró las lágrimas con el dorso de la mano. Él se acercó con mucho cuidado y le secó las últimas gotas de sus pestañas con dos ligeros besos—. Concédeme la oportunidad de contarte mi mayor secreto, como tú has hecho hace un momento. ¿Lo harás?

No podía negarle eso. Él ya la conocía, y sabía que no lo haría. Era hábil con las palabras, entre muchas otras cosas.

—Quiero toda, absolutamente toda la verdad.

—La tendrás. No soy capaz de ocultártela ni un segundo más.

Josh bajó de la cama y buscó sus pantalones. Galatea enarcó una ceja al verlo sacar el cinturón de las trabillas del pantalón. Lo extendió sobre el colchón y, tras un ligero clic de la hebilla, deslizó el tejido hasta abrirlo por la mitad. Algo brilló y se desparramó sobre las sábanas.

—Eso es...

Galatea dudó, pero finalmente se inclinó para cogerlo. Una media luna dorada colgaba de una cadena de gruesos eslabones del mismo valioso material.

—No, no es el medallón de mi hermana. Este es el mío. Tranquila —advirtió al ver que ella miraba alarmada hacia la ventana—, los snots no lo pueden percibir. El cinturón está forrado con el mineral con el que los pueblos subterráneos recubren las paredes de las minas para no ser detectados. —Rápidamente, volvió a guardarlo dentro del cinturón y se lo entregó a ella—. Y aunque te contraté para recuperar el de mi hermana, no es eso lo que quiero. Ese es simplemente el pago por tu ayuda. O lo iba a ser antes de enamorarme de ti y querer llevarte conmigo. Porque necesitaremos el otro medallón como pago para tu pasaje a Fulgora.

Él estaba sentado de lado a los pies de la cama, viéndola inspeccionar con curiosidad el mecanismo del cinturón. Galatea no había levantado la mirada en ningún momento. Aunque sus dedos se habían detenido de golpe al oír ciertas palabras, dejando caer el medallón oculto sobre la cama. ¿No quería toda la verdad? Él se la estaba sirviendo en bandeja.

—No... no entiendo. —Era demasiada información, demasiados sueños hechos realidad en unas pocas palabras. Aquello era imposible.

—El medallón de mi hermana es tuyo de todas formas si me ayudas a matar a Bolgang —declaró, tratando de explicarse mejor—. Pero si accedes a venir conmigo, podemos intercambiarlo con un contrabandista que se dedica a transportar personas ilegalmente a Fulgora. —Sus ojos grises brillaron de pronto y sus labios se tensaron lentamente por una de sus comisuras—. Aunque te recuerdo que ya has dicho que sí. Al igual que yo he jurado llevarte a cada uno de los mares que lo bañan.

Eso era cierto. Pero ella había creído que él estaba inventándose todo aquello. Si bien le había dicho en el ascensor que no había estado fingiendo... La cabeza le daba vueltas.

—¿Así que... cuando me contrataste, solo buscabas venganza? ¿Matar a Bolgang y que no fueran los snots quienes tuvieran el medallón?

—No. —Se frotó la cara, se levantó y cogió la primera prenda que encontró: su propia camiseta. Se la lanzó a ella—. Toma, ponte esto. Viéndote así no puedo pensar, ni explicarme correctamente.

Galatea accedió, notando que la sábana había vuelto a deslizarse y ella lucía sus atributos natural y sencillamente. Aunque una vez envuelta con el tejido que Josh había llevado y que tanto olía a él, sintió que iba a ser ella quien iba a tener dificultad para pensar. Sacudió la cabeza y lo escuchó atentamente en cuanto volvió a hablar.

—El medallón siempre me ha dado igual. Y la venganza era solo un añadido, no el principal objetivo. —Se encogió de hombros y el rostro se le volvió ceniciento—. Lo que me llevó a remover cielo y tierra hasta dar con la guarida de Bolgang fue poder enterrar los cuerpos de mi familia en suelo santo, junto a mis padres. Sin embargo, cuando te llamé después de huir de los snots que me perseguían, tampoco fue por eso.

Lo vio tragar saliva y, de pronto, el mismo gesto de inocencia y vulnerabilidad que había visto en él el día que lo conoció en el Summanus volvió a reflejarse en su rostro. ¿Cómo podía haber ocultado esa angustia que lo reconcomía por dentro todos esos días? Ya no le cabía duda de la vital importancia de su secreto. Y aún desconociéndolo, le perdonó por ocultárselo.

—Vale. Te lo voy a preguntar directamente a ver si logro entenderlo. Además de recuperar los restos de tu familia para poder darles sepultura, y de paso el medallón además de poder vengarte, ¿cuál es el verdadero objetivo de este viaje, Josh?

—Galatea. —Se sentó al borde de la cama y estiró la mano hasta que ella le tendió la suya y las entrelazaron. Aquello pareció darle fuerzas para soltar aquel pesado lastre—. Esto no ha sido en ningún momento una misión de recuperación. Es una misión de rescate.

## Capítulo 12

Rescate. La palabra retumbaba en los oídos de Galatea como el sonido de unos tambores. Recordó la desesperada voz de Josh la primera vez que lo había oído, sin ver su rostro. Necesito tu ayuda. Ella había sabido que aquella misión iba a ser importante solo con oírle. Ahora, por fin, todo cobraba sentido.

—¿Me estás diciendo que tu hermana está viva? ¿Su marido y su hija?

—Ojalá. —La voz se le quebró y lo oyó inspirar aire con intensidad—. Gracias a los medios informáticos con los que cuento en mi trabajo, pude descubrir el nombre del capitán del destacamento snot que había irrumpido en la mina donde ellos se escondían. Su ejecución estaba justificada legamente, así que usé las vías oficiales para pedir sus cuerpos amparándome en la misma ley. Sin embargo, la única respuesta fue la negación de estar envueltos en la ejecución de alguien con aquella identidad. También se aseguraron de añadir que ningún humano ejecutado por ellos en los últimos meses portaba objeto de oro alguno. Pero yo no había mencionado el medallón de Sorcha, lo que me supuso una prueba fehaciente de que mentían, aunque tampoco había dudado de mis fuentes en ningún momento.

A Galatea no le sorprendían aquellas excusas baratas. En sus misiones había tenido que lidiar con todo tipo de argumentaciones. Pero siempre era lo mismo. Ellos inventaban mentiras sin mucho fundamento, menospreciando la inteligencia humana. Cuando se veían descubiertos tras sus indagaciones, solían optar por atacar. Ella los frenaba, recuperaba el oro y vuelta a empezar. Pero Josh no era un recuperador. Él no sabía defenderse de sus ataques. O no había sabido antes de conocerla a ella. Le sorprendía que siguiera vivo.

—Y fuiste a buscarlo tú mismo —dijo con tono acusador—. Solo y sin saber cómo enfrentarte a ellos.

—No pensé mucho en mí mismo —reconoció—. Me presenté como funcionario del gobierno para una revisión rutinaria. Algunos compañeros de confianza me ayudaron consiguiéndome una acreditación falsa. Al principio los guardianes de aquella instalación no me atacaron porque mi visita había quedado registrada, y podían buscarse un problema con los Vigilantes. Revisé los archivos de ejecuciones, pero nada cuadraba. Cuando solicité ver el depósito de los cadáveres no reclamados, me pusieron mil excusas. Finalmente, me dejaron acceder a una zanja llena de esqueletos. No una fosa común con cuerpos en descomposición, no; sino esqueletos de huesos



pulidos.

—Santo cielo... —Galatea se tapó la boca con ambas manos. Aquello era aún peor de lo que había imaginado nunca.

—Los busqué. Aguanté las ganas de vomitar a pesar de no haber el más mínimo olor a putrefacción. No había órganos, ni carne, ni piel, ni pelo. Nada. Solo huesos, como de restos antiguos. Pero los datos informaban de ejecuciones bastante recientes. Así que no había duda alguna de que se los...

—Comieron —finalizó por él—. Lo siento mucho.

—Los vi, Galatea. Encontré primero a Isaac, mi cuñado. Lo reconocí por la prótesis de titanio de su rodilla derecha. Después vi que el resto de su estructura cuadraba con su físico. Mi hermana no estaba muy lejos. A ella la identifiqué por la dentadura. Tenía las paletas separadas, tanto las de arriba como las de abajo, de forma muy simétrica. Era un rasgo que hacía su sonrisa aniñada y encantadora.

Galatea recordó la foto que le había enseñado. Aunque su atención se había centrado en el medallón y en la niña, sí recordaba esa peculiaridad de su hermana, además del gran parecido físico con Josh.

—¿Y tu sobrina? —se aventuró a preguntar. Él había dicho que la misión era un rescate. No podía referirse solo a unos esqueletos.

—Ella no estaba allí. Ni ningún cuerpo que no fuera adulto.

—Así que sospechas que sigue viva. —Odiaba tener que ser ella quien pusiera un poco de pesimismo en sus esperanzas—. Que no estuviera allí no significa necesariamente que...

—La oí, Gala. Oí su voz antes de irme.

—¿De verdad? —Galatea se arrodilló sobre la cama de golpe.

Josh asintió con la cabeza y tragó saliva para poder seguir hablando. Los ojos se le habían empezado a anegar y parecían ir a desbordarse en cualquier momento.

—Al salir de la fosa pedí explicaciones sobre el estado de los cuerpos. Me dijeron que para evitar malos olores los bañaban en ácido después de ejecutarlos. Casi me reí en sus repentinamente delicadas narices —apostilló, lleno de rabia—. Pero mantuve el tipo y solicité que me enseñaran esa instalación. Bolgang me dijo que tendría que ser en otra ocasión, pues en esos momentos había una avería y sería muy peligroso para, literalmente, mi tierno y jugoso cuerpo.

—Te amenazó casi directamente —apuntó Galatea.

—La amenaza estaba implícita, sí, así que me dejé escoltar hasta mi nave, pero no me marché. Esperé a la noche y volví a entrar con la esperanza de encontrarla aún con vida. Desconecté algunos de sus sistemas de seguridad y recorrí pasillos, me perdí un sin fin de veces, hasta que al final oí una canción. La reconocí al instante, porque era la nana que mi hermana le cantaba siempre a Sorcha. Todas las mujeres de mi familia

se llaman Sorcha —indicó, al ver que ella entrecerraba los ojos—. Mi abuela, mi madre, mi hermana... hasta mi sobrina.

—¿Y la viste?

—No. Cuando llegué al pasillo de donde provenía la voz vi a un snot empujando un carrito con comida. Comida de verdad, para humanos. Vi que entraba por una puerta y la canción se cortó de golpe. En cambio, otra voz, una más adulta, de mujer, gritaba: “¡No te acerques a los niños!”.

—¿Los niños? —Galatea cerró la boca al sentir que se le quedaba abierta por la impresión.

—Eso es lo que oí, estoy seguro —corroboró, frotándose la nuca hasta revolverse el pelo, como queriendo aclarar su mente presionando su cabeza—. Mi sobrina estaba allí, pero al parecer no estaba sola. Debía haber al menos otro niño, además de una mujer, tal vez la encargada de cuidarlos, no lo sé. Me acerqué para tratar de sacarlos a todos de allí, pero el snot salió, me vio y dio la alarma. Tuve que huir. Casi no lo logro.

—No me sorprende. Si no tenías ningún plan. —No ocultó el reproche que su tono desprendía. Loco suicida.

—Aquello me sirvió para saber que solo no podría conseguirlo. Así que esta vez sí medité un buen plan. —Ahora hablaba deprisa, como si sintiera la misma angustia e impotencia que había sentido en aquel momento—. Contacté con los compañeros que me habían ayudado y les pedí que dijeran en mi trabajo que estaba enfermo. No pensaba volver, porque o moría en el intento o conseguía rescatar a Sorcha. Y si podía, a todos los que estuvieran atrapados con ella.

—Por eso pensaste en Fulgora. —Galatea analizó la información que acababa de darle, colocando cada pieza del puzle de su historia en el lugar que le correspondía—. Aquí no pararían hasta encontraros.

—Supe de ese contrabandista poco antes de que mi hermana fuera descubierta. Mi misión era desarticular esa red de tráfico ilegal, pero pensé en mi familia en cuanto descubrí cómo funcionaba, lo sencillo que era salir del planeta si tenías con qué pagar a ese hombre. Por fin iban a poder estar a salvo. En cuanto recabé los datos del siguiente vuelo, contacté con él como si fuera mi cuñado y les conseguí tres plazas a cambio de los dos medallones. En cuanto el trato estuvo zanjado, acudí a la mina a avisarles y a entregarles mi medallón. Pero cuando llegué, los supervivientes de la redada snot me contaron lo sucedido.

Galatea le acarició la mejilla al comprender la culpabilidad que lo atormentaba. Había estado tan cerca de salvar a su familia al completo, de entregarles generosamente una vía de escape sin pensar en sí mismo en ningún momento ... Pero había llegado tarde. Y aun así, había dado prioridad a dar sepultura a sus restos en

vez de preocuparse de su propia supervivencia.

—Y no se te ocurrió coger ese vuelo tú mismo y olvidarte de todo —le reprochó.

—No. Jamás me hubiera perdonado huir sin, al menos, intentar recuperar sus cuerpos. Tenía varios meses antes de que la nave partiera. No pensé que fuera tan complicado.

—Pero lo fue.

—Lo es —corrigió.

Ella asintió y optó por dejar de ser tan crítica con sus decisiones y ver el lado positivo de la situación.

—Por lo menos, así descubriste que tu sobrina sigue viva. O lo estaba hasta hace unos días. —No podían olvidar que había pasado un tiempo considerable—. ¿Crees que seguirá bien?

—Confío en que sí. Robé algunos archivos mientras estaba revisando los informes de ejecuciones. Antes de reunirme contigo los descifré. Uno de ellos hablaba del despegue de la nave de Bolgang dentro de unos días, portando con él “la ofrenda humana para el gobernador snot”.

Los ojos de Galatea se abrieron de par en par.

—Por eso no había nada más que cuerpos adultos en aquella fosa —comprendió—. Los niños son demasiado preciados. Se los reservan a su gobernador.

—Y a cambio Bolgang conseguirá un ascenso en su jerarquía militar.

—No. —Galatea envolvió el apesadumbrado rostro de Josh entre sus manos—. No lo conseguirá.

—¿Vas a ayudarme?

Ella arrugó el gesto.

—¿Acaso lo dudabas?

Él cubrió las manos de ella con las suyas y negó con la cabeza.

—Lo supe en cuanto te vi como Galaxia —confesó—. Había algo en ti que me decía que esta causa te llegaría al corazón. Y cuando oí tu voz... fue como si ya te conociera. —Se acercó a ella y tomó su rostro como ella tenía el de él—. Pero no fue hasta que vi tus verdaderos ojos que me convencí de ello. Porque ya los había visto. En sueños. Los ojos de una ninfa.

Galatea sonrió tímidamente. ¿Cómo podía hacerla ruborizarse con apenas unas palabras?

—¿Por eso cantaste esa canción en mi nave?

—Sí. La he cantado toda mi vida. Estabas destinada a mí, Galatea.

—Cada uno se forja su destino, Josh —replicó apesadumbrada—. Es algo que he aprendido desde muy niña.

—Forjémonos tú y yo el nuestro. —La determinación que vio en sus ojos grises

impactó contra el corazón de Galatea—. Recuperemos el medallón, salvemos a mi sobrina, y vayámonos a un planeta en el que podamos formar una familia.

Aquello sonaba más que bien a oídos de Galatea. Un verdadero sueño hecho realidad. Y con él a su lado, todo un regalo.

—¿Cómo lo haremos? —se planteó de pronto—. Y si conseguimos todo eso, ¿qué nos espera en Fulgora?

—Es el mayor planeta de Nueva Roma, eso ya lo sabes. Gran parte de él estaba despoblado. Lo que no sabrás, ya que aquí apenas llega tal información, es que las fuerzas rebeldes que quieren acabar con las Leyes Adler desde hace siglos se han estado uniendo. Y han tomado parte de los territorios de Fulgora para crear una resistencia organizada. Se hacen llamar Relda, que es Adler escrito al revés.

—Y es allí donde nos dirigiremos —dedujo.

—El contrabandista que nos sacará de aquí tiene un contacto que nos estará esperando en el puerto para llevarnos a uno de los asentamientos de los Relda. Siempre que se sea contrario a las Leyes Adler y se pueda aportar un servicio a la comunidad, se es bienvenido.

—Allí no hay snots que combatir, pero soy buen piloto. Y tengo conocimientos médicos —murmuró esperanzada.

—Que serán aún mejor recibidos que mis habilidades informáticas y mi pilotaje más mediocre.

Ella sonrió de medio lado y entrecerró los ojos. Él era tan buen piloto como ella.

—¿Cuándo? —preguntó finalmente.

—La nave despegará dentro de dos noches del muelle seis del puerto sur.

Galatea se giró y miró hacia la ventana. Entre las cortinas ya se vislumbraba la luz del atardecer.

—Entonces más nos vale trazar un buen plan antes de que anochezca. Se nos acaba el tiempo. —Se levantó y buscó en los cajones hasta dar con unos papeles y un lapicero—. Dibújame todo lo que recuerdes de la guarida de Bolgang. Acceso, alrededores, túneles. Todo.

—Lo intentaré. Pero me perdí varias veces. Hay cosas que no recuerdo muy bien.

—Hazlo lo mejor que puedas. Confío en ti.

Josh cogió el lápiz que ella le entregaba con esa confianza reflejada en sus ojos. Vestida con su propia ropa, sonriéndole de esa manera que lo hacía estremecer. Le había contado toda la verdad, y no solo le había perdonado por habérsela ocultado, sino que estaba dispuesta a ayudarlo. Y a irse con él. Ya nada podía salir mal, no si ella estaba a su lado.

Imaginando la vida que podrían disfrutar juntos si aquello salía bien, con la risa de SORCHA y Galatea resonando en la casa que él mismo construiría para ellos tres, y para

los hijos que ahora sabía que podrían tener, se concentró en dibujar la ruta que les esperaba y el laberíntico edificio donde retenían a su sobrina.

Alcanzar el sueño de esa nueva vida junto a Galatea podía depender de que él recordara al detalle su última visita al Polo Sur de Nox.

## Capítulo 13

En cuanto el último rayo de sol se ocultó en el horizonte, Josh y Galatea recogieron el equipaje y se dispusieron a abandonar la habitación. Habían pasado horas elaborando un plan con la ayuda de los planos que Josh había dibujado, los cuales Galatea había retocado mientras le hacía preguntas sobre detalles que a él ni se le habían pasado por la cabeza en su misión en solitario.

Pero ella se había adentrado en cientos de guaridas de snots. Ciertamente nunca en la de Bolgang, pero comprendía su distribución y accesos, sus zonas de vigilancia y puntos ciegos. La clave de todo ello, y precisamente lo más difícil dado que desconocía su ubicación exacta, era llegar a la habitación donde Josh había oído a SORCHA por última vez. Eso contando con que todavía siguiera allí. Confiar en que así fuera era todo lo que podían hacer al respecto. En cambio, estaba solo en sus manos encontrar la mejor forma de entrar y salir de allí vivos y a tiempo para llegar al puerto sur. Todo ello en poco más de veinticuatro horas.

Galatea abrió la puerta sin hacer ruido y miró por la rendija, controlando que no hubiera ninguna presencia no deseada en el pasillo. Antes de poder hacer un reconocimiento completo de los alrededores, Josh cerró la puerta de golpe. Sorprendida, se giró hacia él, quien le tomó ambas manos.

—¿Qué haces?

—Siento... —Algo le ahogaba, una presión en el pecho. Un mal presentimiento, se dijo, como cuando había llegado a la entrada de las minas donde debía estar su familia. Se llevó las manos de ambos al corazón—. Tengo la sensación de que una vez que crucemos esta puerta, no voy a poder volver a hacer esto.

El beso fue tierno, delicado, lento. Lentísimo. Galatea se perdió en él, regodeándose en la sensación que imaginaba sentirían las parejas que llevaban años juntas. Saboreó la sinceridad, la total entrega, la necesidad del sabor del otro, y respondió con todo lo que tenía, todo lo que era. Ya no había nada en ella que no quisiera darle. Y ahora, comprendió, él necesitaba seguridad y confianza en ellos, en su capacidad de cumplir su objetivo.

—¿Acaso en Fulgora hay leyes contra los besos? —bromeó cuando él se separó de su boca y la miró con ojos soñolientos—. Si es así, me alegro de que vayamos a unirnos a la resistencia.

Una sonrisa se dibujó lentamente en el rostro de Josh y fue alcanzando el resto de

su expresión, haciendo que Galatea se planteara algo que él mismo había mencionado horas antes pero a la inversa. Ahora era ella la que se preguntaba qué la hacía merecedora de que él la mirara de esa manera, de ser la receptora del privilegio de sus besos, de sus caricias. De su amor. Le había dicho que se había enamorado de ella. Lo había hecho con palabras, y su corazón latía con más fuerza desde ese preciso momento. Aunque, de alguna forma, ella ya lo había sabido incluso antes de que la besara por primera vez. Lo había leído en sus ojos, al igual que ahora volvía a leerlo mientras tomaba su mano y posaba sus labios sobre el dibujo de su dedo anular sin bajar la vista.

—Te regalaré uno de verdad. Lo prometo.

—Me gusta este —admitió algo ruborizada. Después suspiró para aclarar sus ideas y centrarse en lo que tenían que hacer. No tenían más tiempo que perder—. Ahora, salgamos.

Tras comprobar el pasillo, esta vez sin interrupciones, ambos salieron de la habitación y se dirigieron a las escaleras para eludir sorpresas inesperadas. Bajaron los nueve pisos hasta una salida de emergencia que, tal como habían calculado tras revisar el plano de evacuación del hotel expuesto en la habitación, daba directamente al aparcamiento donde habían dejado la nave. En cuanto pusieron un pie en el exterior, y bajo el manto de una estrellada noche, Galatea hizo girar a Josh agarrándolo por las solapas de la chaqueta y reclamó su boca de forma algo brusca. Lo que pretendía ser una corta demostración acabó en otro largo y revelador beso.

—¿Ves? Y ya hemos cruzado varias puertas —declaró cuando logró separarse de él.

Lo oyó reírse a su espalda mientras la seguía hasta la nave, mirando en rededor en busca de la de Jaden, la cual no se veía por ningún lado. Fuera lo que fuera lo que le hubiera llevado hasta allí, probablemente una misión ya que Jaden no era de los que se cogía unas vacaciones en un balneario alejado del bullicio de las ciudades, dudaba que se hubiera marchado ya. Sin embargo, contaba con que él no se esperara que ellos reemprendieran su viaje antes del amanecer.

Ocuparon sus asientos y Galatea conectó los motores sin esperar un solo segundo. No obstante, ambos se miraron al oír un ruido que provenía de la bodega de carga.

—¿Crees que tenemos compañía? —susurró Josh.

—Espera aquí —indicó ella echando mano de sus dagas antes de abrir las puertas de golpe, pero Josh ya estaba a su lado espada en mano antes de que ella pudiera lanzarse contra el bulto que rodaba por el suelo.

—¿Pero qué...?

Galatea detuvo con el pie uno de los rollos de tela que Leágora les había obsequiado. Otros tantos estaban esparcidos por el suelo, y una juguetona Atenea

saltaba de uno a otro mientras estos giraban entre el resto de regalos.

—Gatita traviesa —la regañó Josh antes de cogerla por las patas delanteras y mirarla muy serio—. ¿Desde cuándo sabes abrir puertas?

—Puede que no haya sido ella —meditó Galatea en voz alta a la vez que trataba de arreglar el estropicio lo más rápido posible para despegar sin más demora.

—¿Crees que alguien ha podido burlar tu contraseña y entrar en la nave?

—Tú pudiste.

Por si ese presunto alguien seguía por allí, se dedicó a revisar cada rincón y comprobar a su vez que no faltara nada, ni hubiera nada extra.

—¿Jaden es experto en software?

—Lo desconozco. Pero es posible. Siempre fue muy inteligente. El primero de su promoción.

Así que el tipo no era solo músculos, se planteó Josh con fastidio. Aquello lo distrajo lo suficiente como para permitir que Atenea se revoliera entre sus manos y saltara al suelo para seguir jugando entre las telas. Galatea resopló y la atrapó justo antes de que se metiera de cabeza en una de las vasijas de miel que abrió con facilidad. Tal vez fuera hábil también con las manillas, se dijo y se la entregó a Josh a pesar de sus protestas.

—Más vale que la traigas a la cabina, o acabará desequilibrando el peso de la carga en pleno vuelo.

Aun preguntándose para qué cargaban con todo aquello cuando, según le había explicado Josh, no iban a poder llevar semejante equipaje a Fulgora, Galatea hizo despegar la nave dirigiéndola simultáneamente hacia las coordenadas que le indicaba el navegador aún operativo y hacia el punto que marcaba la Estrella Penitente. Y aunque el radar no indicaba ninguna nave a distancia suficiente como para seguirles el rastro, se mantuvo alerta todo el trayecto hasta el Polo Sur, con la molesta sensación de estar siendo acechada clavándosele en la nuca como un aguijón.

Josh redujo la velocidad en cuanto se aproximaron al desfiladero por el que se había despeñado la última vez que estuvo en el Polo Sur. Galatea había propuesto que pilotara la última media hora, convencida de que contaría con ventaja al haber sobrevolado anteriormente la zona. Con el mecanismo de desplazamiento como única ayuda para el manejo de la nave, sin luz ni radares que los delataran, Josh aterrizó en el interior del mismo cráter que ya le había servido de escondite una vez, cuando había esperado a la noche para volver a adentrarse en el edificio donde Bolgang retenía a su sobrina.

En aquel terreno hundido, había encontrado una nave humana abandonada, la cual



seguía en el mismo lugar. Algún enemigo al que los snots habían hecho estrellarse, había deducido aquella vez Josh, tras un escaneado de análisis desde su propia nave cuyo diagnóstico había sido “Ocupantes: Cero. Estado del sistema: Fallo eléctrico en motor dos”; eso sin contar los obvios golpes de chapa en la carrocería frontal. Entonces le había parecido una idea magnífica ocultarse allí, ya que la nave era de mayor tamaño y podía colocar la suya bajo su fuselaje, pasando prácticamente desapercibida. Ahora, continuaba siendo un excelente escondite.

Vestidos con ropas oscuras y armados hasta los dientes, corrieron agazapados por el abrupto relieve que rodeaba la guarida, un edificio escarbado directamente en la roca de la colina más elevada de los alrededores. Diversas puertas forjadas en un metal externo a Nox bloqueaban los accesos a los diferentes pasadizos que se distribuían en las múltiples alturas de la construcción. Sin ventanas, sin un solo recoveco que sirviera de entrada por la que colarse. No hasta el quinto piso, donde una serie de almenas que hacían las veces de puestos de vigilancia daban paso al interior del edificio. Sobre estas, coronando la cima, se situaba la plataforma de despegue de las naves esféricas que los snots usaban de forma individualizada, casi como un segundo caparazón que les permitía volar libremente.

Trepar por la escarpada pared solía ser la técnica que usaba Galatea cuando sabía que no iba a ser recibida por las buenas. Pero ahora que contaba con un cerebritito informático, prefería hacer uso de cualquiera de las puertas y enfrentarse a cualquier snot que se les cruzara en el camino en lugar de retar a la gravedad.

El frío viento nocturno silbaba a su alrededor, llevando con él susurros de lo que bien podían ser voces o bien no ser nada en absoluto. Inquietante en cualquier caso, el extraño sonido puso alerta a ambos hasta tal punto que tuvieron que detenerse para comprobar qué era aquello que escuchaban.

—Tú también lo oyes —comprendió Galatea al ver la expresión de Josh—. Pero no consigo identificarlo.

Tumbados boca abajo al cobijo de un solitario seto prácticamente inerte, esperaron unos instantes hasta que los gruñidos fueron inconfundibles.

—Snots. Dos —sentenció Galatea—. Ahora también puedo olerlos. La sal en el aire ocultaba su hedor.

—Es cierto —Josh corroboró su conclusión inhalando profundamente—. Pero también huelo algo más...

Algo pasó corriendo por su lado y se dirigió directamente al lugar de donde provenían los murmullos. La Novena Luna se abrió paso entre la oscura nubosidad y dejó a la vista algo que no habían previsto.

Efectivamente, dos snots patrullaban por el camino de acceso al edificio. Pero lo que llamaba su atención eran las dos figuras que de pronto aparecían frente a ellos.

Nada menos que Atenea corriendo tras algún tipo de roedor en una cacería inspirada por el más puro instinto. Galatea contempló aterrada cómo los dos guardias retiraban sus caparazones y se unían a la persecución con un gruñido que ella identificó como una carcajada.

—¡Van a comérsela! —comprendió Josh una vez que dejó de pensar en cómo era posible que Atenea se hubiera vuelto a escapar del aseo y hubiera salido de la nave tras ellos.

—Tendremos que confiar en que sea más rápida y lista que esos dos —declaró Galatea deseando por su bien que así fuera.

Después le cogió por la muñeca y echó a correr en dirección a la puerta noroeste del edificio, por donde él recordaba haber entrado la otra vez. En plena carrera, el primer rayo del amanecer les indicó que debían darse prisa si no querían ser descubiertos por la inoportuna luz solar.

El cuadrante de identificación ocular había sido restaurado, comprobó Josh mientras volvía a enredar entre las conexiones electrónicas del centro de la puerta. Sacó un pequeño punzón de su petate y presionó en los puntos donde aquel peculiar sistema recibía la energía que emanaba el propio metal pseudomagnético que lo rodeaba. Tras varios chispazos, el cuadrante perdió su iluminación. Acto seguido, el metal ovalado se desplazó hacia dentro y después hacia la izquierda, dándoles paso a un pasadizo ascendente más oscuro que la propia noche.

Ambos entraron sigilosamente mientras sacaban de sus mochilas sendas linternas frontales. Caminando prácticamente de puntillas, avanzaron por el corredor espalda contra espalda, asegurándose de que nadie notara su presencia.

Giraron en varias bifurcaciones, basándose en todo momento en los pasos que Josh recordaba haber dado, pendientes de cualquier sonido, cualquier voz que revelara la presencia de humanos tras alguna de las múltiples puertas que iban rebasando. La fría humedad de la roca disminuía a medida que avanzaban, a cada paso que se alejaban de las aguas subterráneas de la base de la colina.

—¿Cuántos pisos habremos ascendido ya? —susurró Josh.

Juraría que llevaban más de una hora caminando. Los pasadizos eran ligeramente ascendentes, y rodeaban el total de la circunferencia de la colina. Para los snots era rápido desplazarse rodando, pero para los humanos el trayecto se hacía eterno.

—Calculo que cuatro. Puede que algo más.

—No se oye nada ni se ve a nadie —dijo entonces él, pues era lo que le extrañaba—. ¿No habrán adelantado la partida, verdad?

—Los snots también duermen —lo tranquilizó Galatea—. Poco, pero lo hacen. —Aunque ya había amanecido, se recordó a sí misma.

—¿Crees que...?

Josh cerró la boca en cuanto ella le puso la mano encima. Después oyó lo que supuso que ella había oído instantes antes.

—Apaga la luz y sigue la voz —le indicó, y se encaminó por el pasillo de la derecha.

Josh trataba de tranquilizar su pulso, pues le impedía escuchar las notas musicales que rebotaban contra las paredes de piedra. Volver a escuchar la voz de su sobrina lo había sobresaltado tanto que hasta le costaba respirar. Se detuvo un momento para tomar aire profundamente, ya que la cabeza había comenzado a palparle. Pero cuando reanudó la marcha había perdido a Galatea. Y la canción ya no se escuchaba.

—Gala —susurró, y su voz hizo eco contra las paredes.

—Aquí —oyó él, pero era incapaz de adivinar la procedencia del sonido.

Avanzó a tientas hasta la siguiente bifurcación y, en cuanto giró a la izquierda, supo que no había elegido bien. Un gruñido lo alertó de que, a pesar de la oscuridad, el snot que tenía delante podía percibirlo. Concretamente, olerlo. Tras unos larguísimos segundos dudando entre huir o enfrentarse directamente a su oponente, otro gruñido a su espalda tomó la decisión por él.

Ambas manos desenfundaron los cuchillos que albergaban sus botas justo antes de volver a encender su linterna. Solo por un par de segundos. Lo indispensable para dar con la posición exacta de sus atacantes y, de paso, divisar que no eran dos, sino tres.

En la oscuridad, Josh se dejó guiar por su orientación y trazó los movimientos de brazos y piernas que Galatea le había enseñado. Los que él después había asentado con el simulador. Los que, finalmente, había puesto en práctica con dos snots menos astutos que esos tres. Porque él los estaba hiriendo, pero no alcanzaba a dar con su punto débil, el más duro de su interior, el que los mataría al instante.

Sintió una intensa quemazón en una mano, lo que le dijo que el cuerpo de uno de ellos había logrado atravesar el grueso guante que Galatea le había prestado. Se permitió encender la luz de nuevo. Ahora tenía a tiro a dos de ellos, mientras que al tercero no se lo veía por ningún lado. Aunque tampoco había un charco en el suelo, por lo que no estaba muerto. Todavía. Como no podía permitirse que fuera a buscar refuerzos, Josh concentró todas sus fuerzas en ambos brazos y, sin molestarse en ocultarse en la oscuridad, asestó dos cuchilladas a sus atacantes, que desaparecieron tras una líquida explosión que lo salpicó con un ardiente rocío del que huyó lo más rápido que pudo.

Corrió con la seguridad que la linterna le ofrecía, por lo que no tardó en encontrar al tercer snot que lo había acorralado. Este se arrastraba con dificultad, dejando por el camino un reguero viscoso que había guiado a Josh hasta él. Se dirigía hacia el final de un pasillo ligeramente diferente al resto. El suelo solo era ascendente hasta la mitad del recorrido; después se inclinaba casi en picado y acababa en una trampilla

por la que el snot trataba de huir para salir al exterior, comprendió Josh, quien supo al instante lo que había al otro lado. Él ya había estado allí. Y el snot iba a ayudarlo sin saberlo a llegar a uno de los tres objetivos que Galatea y él tenían en esa misión.

Galatea se sacudió las botas para limpiarse los restos del snot que acababa de apuñalar de forma rápida y silenciosa. El muy confiado se había quedado dormido ante la puerta que, estaba segura, mitigaba aquel canto. Su presencia custodiándola no había hecho sino confirmárselo. Hacía rato que lo había percibido de forma casi imperceptible, por lo que no le extrañaría que Josh no hubiera podido seguir ese leve sonido. Por eso ella le había estado llamando por su nombre, susurrándole cuándo giraba a la izquierda y cuándo a la derecha. Sin embargo, llevaba varios minutos esperándolo y él no llegaba. Tampoco oía su voz, ni pasos, ni gruñidos, ni ningún sonido que indicara una pelea. Nada más que la voz de una niña. Así que pronto le quedó claro que él habría cogido otra ruta en algún momento y estaría demasiado lejos para oírla. Pero no podía esperar más. Si él no estaba allí para abrir la puerta de forma más discreta, como la de la entrada, ella lo haría a su manera.

Sacó de su petate el explosivo adhesivo que tantos años llevaba usando y que nunca le había fallado. Impregnó una cuidadosamente medida cantidad en todo el contorno del metal antes de gritar:

—¡Sorcha, aléjate de la puerta!

Ella también se distanció varios pasos. Después sacó un pequeño cuchillo, lo roció con el pulverizador de ácido que complementaba aquel inestable compuesto, y lo lanzó con precisión, acertando de lleno en la junta entre la puerta y la pared.

En milésimas de segundo, la masa adhesiva se inflamó desde el punto de impacto hasta recorrer todo el contorno de la puerta. Acto seguido, estalló con un estruendo nada discreto, desintegrando el metal y la piedra que estaba en contacto con aquel eficiente explosivo.

Para alivio de Galatea, los restos de metal cayeron hacia fuera, y ella saltó por encima para acceder al interior del escueto cuarto. En un rápido vistazo, observó tres catres; muy sencillos pero bastante distintos a las rocas ovaladas sobre las que acostumbraban a dormir los snots. Para su asombro, junto a estos había lo que le hubiera parecido una pequeña jaula sin la parte superior, si en su interior no hubiera habido un diminuto colchón.

Al fondo, contra la pared, una modesta cocina bastante antigua revelaba que toda la estancia había sido adaptada para albergar allí a humanos por bastante tiempo. Al igual que el pequeño aseo en la esquina contraria.

—¿Sorcha? —pronunció, cargando su voz con toda la dulzura de la que fue capaz.

Una de las sábanas se deslizó ligeramente, alertando a sus ojos a que enfocaran hacia la última de las camas—. Me llamo Galatea. Soy amiga de tu tío Josh. Hemos venido a buscarte.

—¿Tío Josh? —Una vocecita temblorosa que provenía de debajo de la cama precedió a una carita de mirada asustada y exhausta que se asomó lentamente—. No deben verte —le advirtió, agitando la mano para que se escondiera como ella—. O se te llevarán como a Lucinda.

—Tranquila. Soy una recuperadora. Sé cómo defenderme de los snots. Puedes salir sin miedo. —Le ofreció la mano y levantó la sábana un poco más para que abandonara su escondite—. ¿Quién es Lucinda?

El llanto de un bebé hizo que Galatea cayera sobre sus rodillas por la impresión. Aquello pareció impulsar definitivamente a Sorchá a salir. En sus brazos cargaba una pequeña criatura de apenas unos días de vida.

—Lucinda era la madre de Lilian —acunó al bebé, logrando hacerlo callar enseguida— y de Andrew —añadió, mirando hacia la cama—. Kevin, ya puedes salir. No nos hará daño.

Cuando Galatea no creía poder estar más estupefacta, un niño apenas dos años mayor que Sorchá salió del mismo escondite con otro bebé de días en sus brazos. Este dormía plácidamente.

—Ahora somos sus padres —informó Sorchá, cuya mirada reflejaba una determinación impropia de una niña de su edad—. Lucinda nos hizo prometer que cuidaríamos de sus hijos como si fueran nuestros. Dio a luz aquí, solo con nuestra ayuda. Después se la llevaron. Y ya no volvió.

Mil emociones colapsaron el corazón de Galatea, que luchaba por no echarse a llorar ante las miradas esperanzadas de los pequeños. Por instinto, acarició sus mejillas cariñosamente y les ofreció una sonrisa que esperaba los tranquilizara. Estaban temblando.

—¿Estáis bien? —preguntó de pronto—. ¿Os han hecho algún daño?

—No. Nos reservaban para su gobernador. En unos días nos iban a llevar a su planeta. —Kevin, un muchacho de apenas ocho años, ojos azules como el cielo y oscuros cabellos rizados y alborotados, la miró intensamente, con la furia y la fuerza de un adulto. Después se encogió de hombros, como un niño inseguro—. Eso nos dijo el guardia que nos trae la comida.

Las palabras de Kevin revelaron algo de lo que Galatea no había estado segura en un principio. Pero ya no había lugar a dudas. Los niños sabían que los snots planeaban que fueran el manjar de su gobernador. Por lo que también sabrían qué le había pasado a Lucinda. Y a los padres de Sorchá. Probablemente, también a los de Kevin.

Un ruido a lo lejos la hizo ponerse en pie. Ya le extrañaba que tardaran tanto en ir a

comprobar de dónde provenía la explosión. Tal vez Josh los hubiera tenido distraídos por otros lares. Pensar que podría estar en peligro le puso más nerviosa de lo que ya se sentía ante la repentina responsabilidad sobre cuatro niños. Dos de los cuales no podían valerse por sí mismos ni para correr.

—Tenemos que irnos ya. —Mirando a los bebés, se dijo que no podría luchar contra los snots que se interpusieran en su camino si cargaba con los gemelos ella misma—. ¿Seréis capaces de llevar vosotros a los niños y correr detrás de mí mientras salimos de aquí?

—Lucinda nos explicó muchas cosas sobre bebés. Y nos enseñó a anudarnos una tela para transportarlos, por si conseguíamos escapar —recordó Sorcha. Kevin se apresuró en coger las sábanas de lo que ahora Galatea comprendía que era una cunita—. Tenemos que llevarnos también su leche. Deben comer cada pocas horas —meditó en alto.

—Cogeré también unos pañales —intervino Kevin, a lo que Sorcha asintió.

Sin dar crédito a lo que veía, Galatea contempló cómo los pequeños elaboraban unos intrincados nudos alrededor de sus cuerpos hasta convertir las sábanas en un saquito que aferraba a ambos bebés a sus respectivos pechos. Después, de la misma increíblemente sincronizada y cómplice forma, prepararon cuatro biberones y los colocaron cuidadosamente junto con los pañales en el lado contrario a donde Lilian y Andrew asomaban sus cabecitas.

—Estamos listos —anunció Kevin.

Sin duda, se habían tomado muy en serio la responsabilidad que Lucinda les había encomendado, pensó Galatea con un sentimiento nuevo creciendo en sus entrañas. Siempre se había preocupado de proteger a sus hermanas más vulnerables, un instinto maternal que sabía que siempre había estado latente en ella. Pero viendo a esos valientes muchachos y cómo protegían a quienes asumían ya como sus propios hijos, aquel instinto se tornó fiero. Letal. Galatea se juró a sí misma que sacaría a los cuatro niños de allí. Con vida. Aunque tuviera que arriesgar la suya propia para lograrlo.

—Manteneos detrás de mí en todo momento. —Quitándose sus propios guantes, cubrió una mano de cada uno de los niños con ellos. Después, colocó sus brazos contrarios de forma que rodearan a los bebés para sostenerlos más firmemente. Cuando tuvieran que correr, los movimientos podrían ser muy bruscos para unas criaturas aún tan frágiles—. Haced el menor ruido posible, y procurad que los bebés no lloren. Pasar desapercibidos es nuestra mejor estrategia para huir.

Cuando Galatea desenfundó sus dagas de la parte trasera de sus botas y las hizo bailar sobre sus manos, ambos niños la miraron con la boca abierta.

—¡Eres Galaxia! —exclamaron al unísono.

—¡La campeona de campeones! —añadió Sorcha, con un halagador brillo de

admiración en sus ojos.

Aquello la hizo reír con ternura.

—Lo soy. —Se dijo que si su fama servía para que ellos estuvieran menos asustados y se sintieran más seguros, bienvenida fuera. Hizo otro par de virguerías con las dagas y se dirigió a la puerta—. Así que ya sabéis. Conmigo protegiéndoos, ningún snot podrá alcanzaros.

El tercer snot fue fácil de liquidar. Estaba malherido y acabar con él podría haber sido más rápido. Pero Josh necesitaba que abriera la trampilla por la que pretendía escapar. Él no sabía cómo hacerlo, pues la compuerta era distinta a las de los accesos externos. Así que tuvo que hacerle creer que tenía alguna oportunidad de huir. Y con su lento reptar, fingir desventaja no fue del todo sencillo.

Una vez al otro lado, le asestó el golpe de gracia y continuó con el plan. Ese no era el orden de los acontecimientos que Galatea y él habían previsto. Pero dadas las circunstancias, iba a tener que improvisar.

Echó un último vistazo a la fosa común que contenía decenas de esqueletos además de los de su hermana y su cuñado. No tenía tiempo de volver a buscar sus restos, así que se limitó a rezar una breve oración por sus almas antes de colocar estratégicamente las cargas explosivas y conectar los temporizadores. Confiaba en que una hora fuera suficiente para reencontrarse con Galatea, quien ansiaba fuera más eficiente que él y hubiera dado ya con Sorcha. Porque sabía que estaba viva, la había vuelto a oír. Brevemente, pero lo había hecho.

Entregándose a esa esperanza, se dirigió al lugar por donde sabía que llegaría a la estancia donde Bolgang le había recibido como inspector gubernamental. Esa ruta no la había olvidado. Y si el medallón de su hermana estaba en alguna parte de ese edificio —habían razonado Galatea y él previamente— sería allí donde estuviera Bolgang.

Estupendo, porque así mataría dos pájaros de un tiro.

## Capítulo 14

Kevin se debatió entre ir a recuperar la mochila que Galatea había dejado caer o seguir cubriendo con su cuerpo a los bebés y a Sorcha. Aunque estaba seguro de que dentro del petate habría objetos de vital importancia, y que Galatea solo la habría lanzado lejos para poder moverse mejor en la lucha, decidió que la seguridad de las tres personas que tenía a su cargo era prioritaria. Él era el mayor de los cuatro, así que era el responsable. Y tampoco es que fuera un niño. Ya tenía ocho años y medio. O casi.

Hizo levantar a Sorcha para cambiar de escondite. El enorme charco que los cuerpos derretidos de los snots iban formando a medida que Galatea los apuñalaba se estaba acercando demasiado a ellos. En el trayecto, se aventuró lo suficiente para estirar su mano enguantada y alcanzar el asa de la mochila. La satisfacción que obtuvo al lograrlo fue indescriptible. Tanto que se armó de valor y miró dentro de la bolsa para buscar una daga o algo similar. Así podría proteger mejor a la que ahora era su familia.

—Saca tus manitas de ahí dentro —le advirtió Galatea, recuperando sus pertenencias tras acabar con el último atacante—. Hay cosas peligrosas que no debes tocar.

—Solo buscaba un arma —se excusó Kevin. Aunque enseguida se puso en pie y habló con firmeza—. Puedo ayudar. Hay muchos snots y tú... parece cansada. Además estás herida.

Galatea resopló y despeinó cariñosamente al valiente muchacho. Después se colocó con dificultad la bolsa en su espalda. Tenía todos y cada uno de los músculos agarrotados. Hacía rato que había perdido la cuenta de los snots que había matado. Y de las heridas que estos le habían ido infligiendo. Pero los niños no debían percibir cómo ella estaba quedándose sin fuerzas. Dejaría de ser su heroína. Y si perdían la fe en ella, perderían la esperanza. Seguir teniendo esperanza podría ser crucial cuando ellos mismos estuvieran agotados tras el largo camino que estaban recorriendo con el peso de los bebés a cuestas.

—Estoy perfectamente —mintió, disimulando todo lo que pudo la cojera que le provocaba su rodilla mala. Pelear contra innumerables enemigos en estrechos pasillos no daba mucho margen de maniobra. Y había acabado chocando varias veces contra la dura roca—. Debemos continuar.



A cada piso que descendían, una nueva horda de snots se cernía sobre ellos. Galatea no recordaba haber estado jamás en una guarida tan poblada. Estaba claro que Bolgang contaba con una de las mayores tropas de todo Nox. Mientras esquivaba y atacaba a uno y después a otro, no podía dejar de pensar en Josh y en si él estaría enfrentándose a la misma situación que ella. A pesar de todos sus años como recuperadora, ella estaba teniendo auténticas dificultades para acabar con cada escuadrón que aparecía en grupos cada vez más numerosos. Y él no contaba con esa experiencia.

Confía en él, se repitió como un mantra, ignorando el lacerante dolor de las heridas y quemaduras que se iban extendiendo por toda su piel. Sigue luchando, y confía en él.

Sonidos de batalla llamaron la atención de Josh. Por suerte, también la de los dos guardias que custodiaban la puerta de acceso al despacho de Bolgang. Se había estado preguntando si estos estarían allí habitualmente o si se habían posicionado defensivamente ante la puerta de su capitán porque la alarma de intrusos había sido detonada.

Fuera lo que fuera, tras varios gruñidos, ambos se dirigieron al pasillo de donde provenían los inconfundibles chapoteos de snots derritiéndose uno tras otro. Tenía que ser Galatea, no podía ser nadie más. Lleno de esperanzas renovadas, manipuló el sensor de la entrada hasta lograr desconectarlo. Y una vez que la puerta se apartó de su camino, desenfundó sus dos cuchillos y se preparó para acabar con el responsable de la muerte de Sorcha e Isaac, además de la de otros tantos humanos cuyos nombres desconocía, pero a quienes en media hora iba a dar sepultura de manera algo desproporcionada, pero sepultura al fin y al cabo.

No había dado más que dos pasos en el interior de la sala cuando divisó a Bolgang, quien abría lo que parecía una compuerta oculta en la pared contraria, dispuesto a atravesarla. ¿Pretendía huir sin luchar? Y para colmo, su piel semitransparente revelaba que había absorbido numerosos objetos. Piezas de oro, comprobó en cuanto se acercó un poco más a él. Docenas de ellas, de distintos tamaños. Los tesoros de sus víctimas.

La rabia se apoderó de él y le lanzó un cuchillo con todas sus fuerzas. Se le clavó en la parte superior del cuerpo, cerca del ojo, pero su caparazón hizo que solo fuera una herida superficial.

—¡Cobarde! —gritó, y le lanzó el otro cuchillo tratando de frenar su huída.

Esta vez el arma penetró más profundamente, por la ranura que la primera ya había provocado. Tras un gruñido de dolor, Bolgang se giró hacia él y lo enfocó con su horrible ojo redondo y negro carente de expresividad.

Josh observó con asco cómo su cuerpo se convulsionaba, de forma que los objetos en su interior se movían y el único que no era de oro emergía hasta posicionarse en su orificio central.

—¡Tú! —gritó Bolgang a través del aparato traductor que acababa de regurgitar—. Debí comerte en cuanto atravesaste esa puerta por primera vez.

—He vuelto a por lo que es mío. —Sacó la espada de la vaina de su cinturón y lo apuntó con ella—. Mi sobrina, y el medallón de mi hermana. Sorcha McKenna. Tú la mataste. A ella y a Isaac.

—Sabía que eras un impostor. —Lentamente, Bolgang se arrastró hacia él—. Ningún inspector es tan curioso, ni tan metódico.

—Pagarás con tu vida las tuyas —le aseguró Josh, y le asestó la primera estocada.

La espada se clavó profundamente en su cuerpo con demasiada facilidad. Josh pronto comprendió que se debía a que Bolgang había previsto por dónde iba a atacarle y había retirado deliberadamente su caparazón. Ahora, con la espada hundida en su viscosa carne, la succión que ejerció su cuerpo sobre el arma arrastró a Josh hasta que su mano fue absorbida hasta la muñeca. El guante que aún lo protegía se desintegró en cuestión de segundos, y el escozor en su piel le hizo gritar de dolor.

Las carcajadas de Bolgang le hicieron reaccionar de forma súbita. Josh, recordando las sabias lecciones de Galatea, sacó otra espada de una segunda vaina y, con la mano izquierda, cercenó el ojo del snot tan rápidamente que este no tuvo la más mínima oportunidad de esquivarlo.

—¡Maldito humano! —gritó antes de escupir el traductor, el cual impactó contra el pómulo de Josh, desestabilizándolo a la vez que Bolgang aflojaba la tensión de su carne y soltaba el agarre de la mano humana.

El hombre cayó contra el suelo, mientras que el snot rodaba dando tumbos, en busca de la salida que podría proporcionarle una huida a la desesperada.

—Realmente eres un cobarde —lo acusó Josh, incorporándose y empuñando su espada mientras lo seguía—. Oculto en tu guarida, protegido por tus soldados. Pero ahora no hay ningún soldado para protegerte. ¿Verdad, Bolgang el Cobarde? Así se te conocerá en Nox y más allá, en toda Nueva Roma. Hasta en tu propio planeta. Yo me encargaré de que así sea.

Aquellas hirientes palabras lo hicieron detenerse. Se giró hacia el sonido de aquella voz que lo amenazaba, dejando al descubierto su orificio, justo como Josh había pretendido con sus provocaciones.

Ignorando el dolor de su mano derecha, aferró la espada con firmeza y la clavó de un solo movimiento, directo a su cerebro. Su único punto débil, además de su soberbia, pensó Josh cuando giró la muñeca para desgarrar ese órgano vital.

—Con los saludos de Galaxia —añadió instantes antes de que Bolgang emitiera un

último gruñido y que su cuerpo se deshiciera como una lluvia ácida.

Josh observó los objetos desparramados por el suelo. Pulseras, pequeñas cajitas, anillos, e incluso dientes de oro. Pero era un solo objeto, un sol unido a una cadena de gruesos eslabones, el que destacaba sobre todos los demás.

Tras recuperar sus armas, porque sabía que aún le harían falta, se envolvió la mano en un pedazo de tela y recogió todos los tesoros además del suyo. No iba a dejar que ningún snot volviera a hacerse con ellos. Seguro que sus fallecidos dueños agradecerían ese gesto.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando se planteó algo. Dado que Bolgang había resultado ser todo un cobarde, el lugar por donde había pretendido huir debía de ser totalmente seguro. Una alternativa a los pasadizos por los cuales él acabaría perdiéndose. Y ya había pasado mucho tiempo desde que se había separado de Galatea. Ella ya debía de estar en el punto de encuentro desde hacía rato.

Habían acordado que, si no podían evitar separarse, se reunirían en la misma puerta por donde habían entrado. Sin embargo, un vez que la fosa común estallara, el lugar de encuentro sería la nave.

Dado que apenas quedaban quince minutos para la explosión, Josh se aventuró a deslizarse por la compuerta secreta con la esperanza de acabar en el exterior del edificio sin demasiados contratiempos. Cruzaba los dedos porque Galatea y Sorcha estuvieran ya allí, sanas y salvas, esperándole.

—Estos pasillos son diferentes. —Arrastrando ya la pierna sin posibilidad alguna de ocultarlo, Galatea se detuvo y se apoyó contra la pared. Le pareció que estaba demasiado húmeda en comparación con las anteriores. Además, el techo era mucho más alto, los pasadizos todavía más estrechos, y apenas había puertas a los lados—. ¿Cuántos pisos hemos bajado?

—Creo que seis —respondió Kevin, acunando a Andrew, quien se había puesto a llorar—. Eso me ha parecido.

—Entonces tenemos que retroceder. La salida está un piso más arriba.

Eso explicaba la humedad en el ambiente. Las aguas subterráneas estaban demasiado cerca. Casi juraría que oía el murmullo de un riachuelo corriendo bajo sus pies. Intentó incorporarse, pero su propio peso la venció.

—Descansa un poco —propuso Kevin. Deshizo varios nudos de su tela y colocó al bebé en los brazos de Galatea—. Yo buscaré una salida.

—Ni hablar. No irás solo a ningún sitio.

Cuando lo agarró de un brazo y él solo tuvo que retroceder dos pasos para soltarse, la evidencia de su debilidad fue más que palpable.

—Hoy has matado a más snots que en todos tus años como recuperadora. ¿Verdad?  
—planteó el muchacho.

—Es posible —admitió a regañadientes.

Se había visto acorralada en muchas ocasiones, pero antes o después había conseguido escabullirse. Claro que eso había sido cuando era una guerrera solitaria. No era igual de fácil si no tenías ninguna intención de dejar atrás al resto del equipo.

Andrew se revolvió entre sus brazos, obligándola a sostenerlo con más firmeza. Bajo la escasa luz de su linterna, observó al bebé, que abría y cerraba sus manitas hasta meterse un pulgar en la boca. El sonido de deleite que salió de su garganta enterneció sobremanera a Galatea, quien contuvo las ganas de acariciar aquella suave carita. Sus manos estaban demasiado ensangrentadas para hacerlo. El ácido de los snots le había despellejado casi hasta los codos.

Con un nudo en la garganta, decidió darle solamente un beso en lo alto de su cabecita. Oía tan bien. Era un maravilloso aroma que jamás había percibido. Porque nunca antes había tenido a un recién nacido en sus brazos. Ni siquiera había visto uno de verdad, solo fotografías y dibujos en sus libros de medicina.

De pronto, comprendía mejor que nunca la labor que Agatha había elegido desempeñar en su propia casa. ¿Cómo no hacer lo que había hecho al coger entre sus brazos a un bebé indefenso como aquel? Un ser inocente y tan lleno de vida. Era un pequeño milagro. O dos, se corrigió, mirando hacia Sorcha. La niña alimentaba a Lilian con uno de los biberones, mientras le cantaba la nana que había llevado a Galatea hasta ella.

—Cantas tan bien como tu tío —elogió, acercándose a su lado y observando a Lilian, que se estaba quedando dormida sin terminar del todo su comida.

—Gracias. Mi madre también tenía una voz muy bonita —susurró nostálgica antes de guardar el biberón y darle unos golpecitos en la espalda a la pequeña, tal como Lucinda les había explicado.

No es la primera vez que hacen esto, pensó Galatea de pronto. Los snots debían de haber secuestrado en más ocasiones a bebés humanos —o mujeres embarazadas a las que luego ejecutaban— si sabían que la leche y los biberones eran indispensables para alimentarlos.

La ira que le provocó aquella conclusión recargó sus energías súbitamente. Iba a hacer por esos niños lo mismo que una vez alguien había hecho por ella. Mantenerlos con vida y a salvo, cuidarlos y educarlos lo que le quedara de vida. Como si fueran sus propios hijos. Como había hecho Agatha por ella y sus hermanas.

Le entregó el bebé a Kevin, le ayudó a anudar de nuevo su sábana, y empuñó la única arma que le quedaba.

—Subamos —les indicó, tratando de mostrar con la voz la fortaleza que ya no

había en su cuerpo—. Solo un piso más y estaremos a un paso de la libertad.

Apenas habían reemprendido la marcha cuando una fuerte explosión resonó contra las paredes, haciendo que el edificio se tambalease desde sus cimientos, que era precisamente donde ellos se hallaban.

Varias grietas se abrieron bajo sus pies, dando paso de inmediato al agua que corría por el río subterráneo. En apenas unos segundos, los pasadizos comenzaron a inundarse.

—¡Corred! —los apremió, cogiéndoles a cada uno de una mano para que no se quedaran atrás.

Sus pasos chapoteaban sobre las frías aguas, que ya les cubrían los tobillos, helando sus pies y ralentizando su huída.

La estructura del edificio se resquebrajó, esta vez sobre sus cabezas. Pequeños trozos de roca comenzaron a desprenderse del techo, cayendo sobre ellos e hiriéndolos levemente.

—¡Agachad la cabeza! —les advirtió—. ¡Y proteged con un brazo a los bebés!

Aquello era demencial. ¿Se habrían excedido en los cálculos de carga explosiva?, se preguntó Galatea. Porque estaba segura de que aquel estallido era el que habían programado para sepultar la fosa común. Lo que significaba que él estaba bien. O lo había estado hasta hacía no mucho. Si había llevado a cabo esa parte del plan, tal vez tendría también el medallón en su poder. Y quizás, Bolgang ya sería un charco de viscoso moco rosa.

De ser así, Josh había cumplido con su parte de la misión satisfactoriamente. Ahora le tocaba a ella concluir con éxito la suya. Tenía a los niños, solo le faltaba sacarlos de allí.

Un enorme pedazo de roca se desprendió del techo, cayendo justo delante de ellos, salpicándolos de agua y piedras y obligándolos a retroceder. Un sinfín de escombros llovió después y bloqueó completamente el túnel por el lado al que ellos pretendían acceder. El nivel del agua comenzó a ascender a mayor velocidad.

—Daremos la vuelta y tomaremos otra bifurcación —resolvió rápidamente Galatea, pues un segundo de demora podía ser demasiado tiempo. El agua ya le llegaba por las rodillas.

Buscó a tientas las manos de los pequeños y tiró de ellos para deshacer sus pasos. Sin embargo, por encima del chapoteo de sus pies, un familiar sonido captó su atención, forzándola a detenerse. El eco volvió a oírse, ahora más claramente, y Galatea alzó la vista hacia un casi imperceptible punto de luz que se abría paso en la unión entre la pared y el altísimo techo.

—¿Atenea?

Josh cayó de rodillas sobre el pedregoso terreno, quemándose las palmas de las manos al adelantarlas para no besar el suelo. El Nuevo Sol brillaba sin piedad y aquella zona no contaba con mamparas de protección, además de que las capas de la atmósfera en esas latitudes eran completamente inestables. A solo una hora tras amanecer, la temperatura ambiente superaba ya los cincuenta grados.

No obstante, el intenso calor no importaba cuando por fin había logrado salir al exterior. Lo malo era que, con la cantidad de oro que portaba en su mochila, todos los snots que hacían guardia en los alrededores habían percibido el aura de los tesoros como si del canto de unas sirenas se tratase. Tendría que haberse llevado consigo un petate forrado del mismo material que su cinturón, se lamentó mientras se ponía en pie y echaba mano a su espada para volver a atacar al snot que le había hecho caer.

Los charcos ácidos y burbujeantes se derretían más rápido de lo que Josh se había esperado. Al parecer, el intenso calor tampoco les hacía ningún bien a aquellos seres. Quizás por eso construían sus guaridas prácticamente herméticas sobre aguas subterráneas que las mantuvieran refrigeradas, meditó a la vez que divisaba más guardias aproximándose a la puerta noroeste. Galatea no había llegado todavía, y él se estaba empezando a temer lo peor.

La enorme explosión lo sorprendió a pesar de ser consciente de que en cualquier momento iba a ocurrir. Por desgracia, también sabía que aquello significaba que debía dirigirse a la nave inmediatamente. Cosa que no estaba dispuesto a hacer. Galatea seguía dentro, y no podía irse sin ella. Ni sin Sorcha.

Ríos de piedras comenzaron a descender desde lo alto de la colina. El edificio se tambaleó como una enorme tarta que no ha estado el tiempo suficiente en el horno. Pero el inminente derrumbamiento no pareció preocupar a la pareja de snots que lo abordó. Con resignación, tomó sus dos espadas y se enfrentó a ellos sin esperar a que lo atacaran. Aquello le dio ventaja y pudo aniquilarlos en menos tiempo que a ningún otro. Por un instante, su ego le dijo que estaba adquiriendo gran habilidad en la tarea de derrotar snots. Aunque tuvo que reconocer que aquel intenso calor los estaba debilitando. Al igual que a él, quien se moría de sed.

Aprovechando que no parecía haber un solo enemigo a la vista, sacó su botella de agua de la mochila. Se arrodilló unos instantes sobre el suelo para descansar un poco, solo mientras bebía, se prometió. Y entonces, la oyó.

Aquel agudo maullido era inconfundible. Y cuando alzó la vista, también identificó el movimiento frenético de aquellas dos inquietas colas, mientras sus pequeñas garritas escarbaban en la base del edificio.

—¡Atenea! —la llamó, entusiasmado porque siguiera con vida.

Si la gatita lo había logrado, ¿por qué no iban a hacerlo Galatea y su sobrina?, le

planteó su lado más optimista.

El animal captó la voz de Josh y corrió hacia él. Pero antes de que este lograra cogerla, Atenea le bufó y se erizó de forma espeluznante antes de volver al mismo lugar, donde siguió escarbando.

—¿Qué buscas? —Josh se agachó a su lado y miró con curiosidad el pequeño agujero que se abría paso en la base de la pared—. ¿Qué hay ahí abajo, Atenea?

—¿Josh? —Una voz que reconocería en cualquier lugar del universo pronunció su nombre. Por un momento, creyó que el calor le estaba provocando alucinaciones—. ¿Josh, eres tú?

—¿Galatea?

—¡Sí! ¡Estamos aquí abajo! —su voz sonaba desgarrada, prácticamente como si la estuvieran estrangulando—. ¡Estamos atrapados y el pasillo se está inundando!

Estamos. Aun oyéndolo por segunda vez, Josh no lo podía creer.

—¡Os sacaré ahora mismo! ¡Dadme un minuto!

Con sus propias manos primero y con la ayuda de su espada después, Josh escarbó sobre el agujero que ya había comenzado Atenea, quien seguía insistiendo a pesar de que él avanzaba mucho más deprisa.

—Eres la gatita más lista de todo Nox. —Y le estaría agradecido eternamente. Tanto que se la llevaría con ellos a Fulgora aunque para ello tuviera que entregarle al capitán de la nave todo el oro que llevaba encima—. No pares, Atenea. Ya casi lo tenemos.

La roca era dura, pero pronto logró abrirse paso y meter la cabeza por el hueco de la pared. Un intenso frío que contrastaba abismalmente con el insoportable calor del exterior impactó a Josh en la cara, nublándole la vista, la cual tardó varios segundos en adaptarse a la oscuridad.

—¡Tío Josh! —exclamó Sorchá en cuanto lo vio aparecer.

—¡Hola, cariño! —El corazón no le cabía en el pecho por la emoción de oírla de nuevo— ¿Estás bi...?

Las palabras se le apagaron en la garganta cuando sus ojos lograron enfocar lo que su sobrina llevaba en los brazos. El siguiente intento de vocalizar algo se vio interrumpido por la visión de otro niño a su lado, con otra cabecita pelona asomando por una tela similar a la de ella.

—¿Hay... más? —fueron sus dos únicas palabras.

—No. Solo nosotros —lo tranquilizó Galatea, consciente de la impresión que le había causado verlos a todos—. Ahora, sácanos de aquí. ¿Tienes una cuerda?

—Me temo que la metí en tu mochila —se lamentó. Y cuando centró su mirada en ella, la vio pálida, ensangrentada y temblorosa. Las entrañas se le retorcieron y estuvo a punto de lanzarse de cabeza para llegar hasta ella.

—Es cierto. —Ella sí que se lamentaba, pues la había perdido. Su mochila le había protegido demasiadas veces de ser absorbida por la espalda, y se había ido deshaciendo piso tras piso, hasta que el adhesivo explosivo que guardaba en ella la había hecho estallar dentro de un snot—. Pero ya no la tengo. Habrá que buscar otra forma de salvar esta altura.

—Ataremos ropas —resolvió Josh, tirando de su propia chaqueta—. Haremos varios nudos para que sean fuertes y...

—¡El agua está bajando! —interrumpió Kevin.

Lo que les pareció una gran noticia por unos instantes, pronto se convirtió en toda una alerta de peligro.

—Poneros detrás de mí —exigió Galatea—. Josh, ¿te quedan armas?

—Sí. Aún las conservo todas.

—Lánzame una. ¡Ya!

Tal como se había temido Galatea, el nivel del agua estaba bajando porque había encontrado una nueva vía de escape. Como, por ejemplo, una puerta que se había abierto. Y por la que, mientras el agua salía, otros seres entraban.

—¡Cuidado, niños! —advirtió Josh antes de dejar que uno de sus cuchillos se deslizará por la pared.

Galatea lo cogió antes de que tocara el agua y, con un grito desgarrador, se lanzó contra los dos snots que ya aparecían ante ella. Seguidos por otros dos más.

Los insistentes maullidos de Atenea alertaron a Josh, quien se giró justo a tiempo para hacer frente a la pareja de guardias que lo había localizado en el exterior.

Aunque ambas batallas comenzaron el mismo tiempo, para cuando Josh se libró de sus atacantes y volvió a asomarse al agujero, Galatea ya había acabado con los suyos y estaba resolviendo por su cuenta el problema de la altura.

Josh se descolgó hasta medio tronco por aquel estrecho hueco al presenciar cómo Kevin, subido a los hombros de una arrodillada Galatea y con el bebé ahora amarrado a su espalda, tomaba de una mano a Sorchá y la ayudaba a trepar por encima de ambos hasta alcanzar los hombros del muchacho.

La niña se fue alzando lentamente, haciendo que la torre humana se tambaleara hacia un lado. Pero Galatea estiró una de sus manos para apoyarse en la pared y logró volver a mantener el equilibrio, permitiendo a Sorchá ponerse completamente en pie.

—¡Estira los brazos, cariño! —le indicó Josh, y se deslizó un poco más por el agujero. Ya solo eran sus piernas las que lo mantenían aferrado al abrasador suelo del exterior—. No mires abajo y coge mis manos.

La niña, con el peso descompensado al cargar a Lilian a su espalda, estiró ambos brazos muy lentamente. En cuanto Josh atrapó una de sus manitas, tiró de ella con fuerza. Apoyándose en las rodillas, fue reptando marcha atrás hasta que logró



ayudarse con los codos, sacar su cabeza y, finalmente, a Sorcha y al bebé.

Exhausto, con todos los músculos del cuerpo ardiéndole por el esfuerzo, se tiró de espaldas y arrastró a Sorcha consigo, abrazándola y besándole la frente repetidas veces.

—Ya te tengo, mi niña —exhaló, y uno de los nudos de angustia que le oprimían la garganta pudo ser expulsado, dejándole respirar algo mejor a pesar de los intensos sollozos de Sorcha y del bebé—. Ya os tengo.

—¡Rápido, Josh! —La voz de Galatea sonaba como la de una anciana—. ¡No aguantaré mucho más!

—Vigila que no se acerque ningún snot, ¿de acuerdo? —solicitó él a la niña a la vez que le secaba las lágrimas en un rápido y paternal gesto. Después comprobó que la pequeña que cargaba no estuviera herida y colocó un poco mejor la sábana que la protegía—. Ahora, sujétame por los tobillos con todas tus fuerzas.

Repitió la operación anterior, colándose por el estrecho hueco hasta quedar aún más colgado que antes. Aun así, no alcanzaba las manos del niño.

—¡Estira más los brazos! —exigió Josh, al límite de su capacidad de extensión.

—¡No puedo! —sollozó Kevin, abrumado por la situación y por el llanto de Andrew a su espalda—. ¡Ya estoy de puntillas! ¡Me caeré!

Galatea, que aún permanecía arrodillada sobre el anegado suelo, soltó la única mano que aferraba a Kevin por una pierna y la apoyó sobre la pared, como la otra. Apretó los dientes. A pesar de no saber cómo, puesto que las fuerzas la estaban abandonando, se puso en pie lentamente estirando al unísono ambas piernas.

—¡Un poco más! —solicitó Josh, con todo el cuerpo en tensión, sintiendo como si las piernas se le estuvieran desencajando de las caderas.

A lo lejos, en el exterior, el ruido de reactores activándose advirtió a Galatea de un nuevo peligro inminente. Si era lo que ella se temía, no les quedaba tiempo. Unos pocos minutos.

Echó todo el aire de sus pulmones, después cogió tanto como le cupo en el cuerpo y agachándose ligeramente, tomó impulso para saltar lo más verticalmente que la situación le permitía.

Josh se encontró de pronto con una de las manos del niño rozando la suya, pero el contacto fue casi efímero y no logró agarrarla. Sin embargo, con una diferencia de milésimas de segundo, la otra mano del muchacho se alargó lo justo para impactar con la palma de la de Josh, quien la cerró entorno a los cinco dedos de Kevin y tiró de él hasta lograr enganchar su otra mano.

—Te tengo. Agárrate fuerte —le indicó entre dientes.

Esta vez, retroceder fue más complicado. Tenía demasiado porcentaje de su cuerpo sin apoyo, y sumado al peso del niño, que era mayor al de Sorcha, el desequilibrio

era extremo.

Pero las pequeñas manos que sostenían sus tobillos treparon por sus piernas, tirando y tirando de él hacia atrás. Centímetro a centímetro, fue desplazándose hacia el exterior. Y cuando fue capaz de ponerse de rodillas, tiró del niño con tal energía que su garganta emitió tal grito que este hizo eco contra las paredes del túnel.

Una vez fuera, Josh miró al muchacho y con los ojos le indicó lo que tenía que hacer ahora. Esta vez ambos niños lo cogieron por los tobillos y él se deslizó a todo correr por aquel horrible agujero.

—Ahora tú, Gala. Vamos. —Estiró ambas manos hacia ella—. Tendrás que saltar. Con todas tus fuerzas.

Pero ella ni siquiera lo miró. Recostada contra la pared, apretándose la rodilla izquierda con ambas manos, habló con una voz que ya no era la suya.

—Lo siento, Josh. No puedo.

—¿Qué estás diciendo? —El peor de los miedos que jamás había sentido invadió a Josh, notando como si su corazón se helara y aquel frío se extendiera rápidamente por sus venas—. Gala, por favor. Mírame.

Esperó a que ella lo hiciera. Alzó la cabeza como si solo ese gesto ya le doliera. Y lo que Josh vio en su rostro terminó por romperle el corazón. Comprendió que ella ya se había rendido.

—Inténtalo —le suplicó—. Eres Galaxia. Nada puede contigo.

Sintió un rayo de esperanza cuando la notó reírse levemente. Y el cielo se abrió en su horizonte cuando vio que se ponía en pie, tambaleante. Caminó varios pasos con una extrema cojera antes de darse la vuelta y correr torpemente, cogiendo impulso para un salto que no solo no la acercó a Josh ni como para rozarle los dedos, sino que la hizo golpearse contra la pared. Primero en la frente, después en la barbilla, y finalmente en el codo y la rodilla izquierdos.

No pudo controlar la caída y, en el impacto contra el suelo, su tobillo derecho sonó secamente al partirse. Ella no fue capaz ni de sollozar cuando una nube roja de dolor se cruzó ante sus ojos, mareándola y desorientándola.

—¡Galatea! —Josh, con toda la sangre acudiéndole a la cabeza a causa de su postura forzada, tomó la decisión que su instinto le dictaba—. ¡Niños! Soltadme —gritó con contundencia—. Voy a bajar.

—¡No! —Galatea reaccionó de inmediato—. No lo hagas. No servirá de nada.

—Claro que sí. Yo te impulsaré como tú has hecho con el muchacho.

—¿Y quién me cogerá arriba? ¿Los niños?

Él calló unos segundos, indeciso.

—Tú misma podrías agarrarte a lo alto de la pared —auguró—. Te lanzaré con todas mis fuerzas.

—A mí no me quedan fuerzas, Josh. Ni para eso. —Lo miró a los ojos. Él también estaba herido. Tenía un pómulo hinchado y una ceja partida—. Y aunque así fuera, ¿cómo saldrías tú?

—Saltaré, treparé. Lo que haga falta.

—No lo lograrías. La pared es inconsistente. —Para demostrárselo, clavó los dedos en ella y le mostró el puñado de barro que se desprendió con facilidad—. ¿Y qué sentido tendría todo lo que hemos hecho si los dos morimos aquí abajo? ¿Qué harían los niños solos? —planteó, puesto que aquella era la realidad a la que se enfrentaban y había que decirla claramente—. Ya oigo las naves snots. Tenéis que marcharos.

Un zumbido detrás de otro corroboró las palabras de Galatea. Las naves ya habían emprendido el vuelo.

—¡No te dejaré ahí abajo! —protestó Josh indignado, aunque la voz se le quebró de golpe—. Nos quedan tantas cosas por hacer juntos...

Conmovida por sus palabras, Galatea hizo el esfuerzo de incorporarse, pero el tobillo roto no se lo permitió. Después lo intentó con la otra pierna, y la rodilla le falló de nuevo. Estaba completamente derrotada.

—Te necesito a mi lado, Galatea —insistió Josh, cuya voz luchaba por emerger entre sus sollozos—. Te quiero.

Esas últimas palabras fueron como fuego dentro de su cuerpo en contraste con el frío que le provocaban las aguas que la rodeaban.

—Aceptaste respetar mis reglas, fueran las que fueran —le recordó en un último intento por convencerlo, pues su destino estaba ya decidido—. Y mi último deseo que es te marches, Josh. De inmediato.

¿Cómo podía dolerle así el corazón si ya se le había helado y después roto en mil pedazos?, pensó él, con la cara desencajada por la impotencia.

—Nuestro trato inicial dejó de ser válido en el momento que nuestros labios se unieron por primera vez. —Sus ojos destellaron en la oscuridad en un gris claro potenciado por sus lágrimas—. No puedes pedirme que abandone a su suerte a la única mujer que he amado en mi vida.

Galatea escondió las lágrimas que le recorrían las mejillas cuando los zumbidos que llevaban rato oyéndose fueron acompañados por otro sonido igual de característico. No le hizo falta ver las luces relampagueando en el exterior para comprender de qué se trataba.

—¡Huid! —gritó, señalando hacia el agujero—. ¡Son bombas de aturdimiento! ¡Matarán a los niños!

Josh miró hacia atrás, alarmado. Lo que a un adulto dejaba fuera de combate uno o dos días si el impacto era directo, acabaría en el acto con los frágiles cuerpos de unos

niños.

—No te abandonaré aquí —gimió Josh, estirando aún más su cuerpo por el agujero—. Por favor, Gala. Por favor —rogó, alargando la mano hacia ella todo lo que pudo.

Pero ella sabía que no lo alcanzaría. Apenas si podía respirar. Y las luces eran cegadoras alrededor de la silueta de Josh. Las naves estaban muy cerca.

—Tienes que salvarlos, Josh —le rogó con la voz y la mirada—. Tienen que vivir. Hazlo por mí.

Cuando Galatea se arrastró por el húmedo suelo, alejándose lentamente por el corredor, Josh dejó de respirar.

—No lo hagas. ¡No te rindas!

—Ve al puerto —susurró ella en la oscuridad—. Y júrame que conseguirás llegar a Fulgora.

—¡Tío Josh! Esas luces están muy cerca. Y hacen mucho ruido.

En la mayor de las encrucijadas que jamás se había encontrado, Josh se tragó las lágrimas y luchó por conseguir pronunciar unas palabras.

—¡Vuelve por el pasillo! ¡Acaba con esos bichos como solo tú sabes hacerlo! Y utiliza la nave abandonada en el cráter. Solo le falla un motor, así que seguro que eres capaz de hacerla despegar —propuso a la desesperada. Era una locura, pero aquel era el único recurso con el que contaban—. Hazla volar hasta el puerto sur y reúnete con nosotros en el muelle seis. Te dejaré una señal para que sepas cuál es la nave. Te esperaré, Gala, todo lo que me sea posible, lo juro.

—¡Vete ya! —le increpó antes de romper a llorar desgarradamente y reptar por el pasillo sin ninguna fe en ser capaz de hacer todo lo que él planificaba. Pero siguió avanzando, simplemente, para que él viera que hacía lo que le pedía y se marchara antes de que fuera demasiado tarde.

En el momento de tomar la primera curva, volvió la cabeza hacia el agujero en lo alto la pared. Algo brincó en su estómago al ver cómo el único hombre que había significado algo de verdad en su corazón desaparecía para siempre de su vista.

Entre aliviada y hundida, siguió arrastrándose sin grandes esperanzas de alcanzar una salida antes de que los snots dieran con ella. Aunque tal vez fuera mejor que la encontraran. Eso les daría algo de tiempo a Josh y a los niños para alcanzar su nave y huir.

Como si los hubiera invocado, tres snots abrieron una puerta que hasta entonces había permanecido bloqueada y la rodearon sin mediar palabra. Los sintió pegarse a ella, desactivar sus caparazones para pegar sus cuerpos gelatinosos a su piel. Iban a absorberla sin darle la más mínima oportunidad de luchar. Tampoco es que ella tuviera fuerzas para enfrentarse a ninguno más.

Es el fin, admitió para sí. Iba a morir de la peor de las formas que existían en ese

planeta. Pero, al menos, iba a hacerlo por la mejor de las causas que su corazón podía anhelar. Después de años dedicándose a matar snots, iba a conseguir desempeñar la función para la que sabía que estaba destinada: dar vida. Tal vez no curando enfermos o engendrando sus propios hijos. Pero sí salvando de una muerte segura a cinco almas puras.

Hecha un ovillo, cerró los ojos. Se sumió en la oscuridad y visualizó de nuevo el preciado río de sus sueños. En esta ocasión, no se sumergía sola en él, sino que Josh, su Acis, lo hacía con ella. Reían, se abrazaban, y docenas de niños se unían a ellos en un juego basado simplemente en salpicarse unos a otros.

Obviando lo que su cuerpo sentía por fuera, aquella sensación hirviente y viscosa, se concentró en lo que otro cuerpo la había hecho sentir con caricias, besos y susurrantes palabras de lo que era el amor que siempre había deseado. Solo esperaba que Josh la perdonara por no ser lo bastante fuerte como para salir de aquellos laberintos. Por dejarle solo a cargo de cuatro niños que podrían haber sido suyos, en otro mundo, en otra vida.

Cuando la piel le empezó a arder más de lo soportable, se concentró en el profundo gris de esos ojos, en la sosegada voz que brotaba de su dulce aliento, en dos palabras que nunca antes le había dicho nadie: Te quiero; y se dejó hundir en todo ello. Hasta que, de pronto, todo se desvaneció.

## Capítulo 15

Despegar resultó agónicamente difícil. Josh se arrepintió cien veces en un minuto, buscando cien soluciones alternativas a dejarla sin más. A punto estuvo de poner el piloto automático con las coordenadas del puerto sur y saltar de la nave dejando a los niños allí. ¿Pero qué iban a hacer cuando aterrizaran? No era una solución.

Una bomba demasiado cercana, que dañó uno de los motores, fue la que tomó la decisión por él.

Horas después, tras haber logrado despistar a las tres naves snots que los seguían, usando los trucos que Galatea le había enseñado, dudaba de ser capaz de aterrizar con un solo motor, ya que el otro había dejado de funcionar a medio camino.

—Agarrad a los bebés —les indicó a los niños que estaban adormilados en el asiento del copiloto—. Abrazarlos muy fuerte. Puede que el impacto sea demasiado brusco.

Lo fue. Los niños chocaron contra el cuadro de mandos pero apenas se llevaron unos rasguños. Josh se golpeó la cara contra el timón y sangre a borbotones comenzó a manarle de la ceja que ya tenía partida. Se quedó aturdido unos instantes.

—¡Tío! ¡Despierta!

La voz de Sorcha y una de sus manitas zarandeándolo le hizo reaccionar.

—Salgamos cuanto antes —indicó secándose la sangre con una manga antes de recordar el botiquín con el que Galatea le había curado varias heridas. Usó un apósito adhesivo de cicatrización para cubrir la brecha y respiró por última vez el aroma del interior de aquella nave que aún olía a ella.

Con un niño de cada mano, y lamentándose por haber perdido también a Atenea en la frenética carrera hacia la nave esquivando las bombas de aturdimiento, Josh caminó entre las sombras buscando a su contacto. Solo tenía una clave además del número del muelle, y allí había más de veinte naves.

—¿Es esa, tío? —preguntó Sorcha cuando Josh paró en seco.

—Espero que sí. —Algo le decía que lo era, un palpito en su pecho—. Quedaos aquí un momento.

Una nave cincuenta veces mayor que la de Galatea cargaba cajas en la oscuridad. Algo innecesario si lo que allí estaba pasando era legal, pues no creía que el ahorro de energía fuera una de sus preocupaciones.

Sigilosamente, se acercó a un hombre que manejaba una máquina elevadora y se

paró junto a él. Esperó a que se percatara de su presencia para hablarle. No quería asustarlo y que le atacara pensando que era un miembro de la Brigada Anticontrabando. Al menos, no uno de servicio.

—¿A cuánto están hoy los fulgorines? —preguntó Josh refiriéndose a la moneda oficial de Fulgora.

—Cien a uno —respondió el hombre después de echarle una mirada de pocos amigos.

—Lástima que en esta bolsa solo quepan noventa y nueve noxis —le indicó de forma despreocupada, sacándose la pequeña bolsa aterciopelada de su mochila y lanzándosela.

Tras cogerla al vuelo, el hombre dejó su tarea y se sacó un comunicador del bolsillo, por el que habló entre dientes sobre acuerdos y pasajeros de última hora.

Intentando no parecer muy descarado, Josh aprovechó para comprobar que los niños seguían donde los había dejado. La imagen de Galatea rechazando su mano se cruzó en su mente poniéndole un nudo en la garganta.

—El comandante quiere saber si traes lo acordado. —La voz del operario le devolvió a la realidad de un plumazo.

—El doble de lo acordado —en más de un sentido, pensó para sí.

—Entonces puedes subir. Entregarás el pago en la cabina de mando.

—Gracias.

Cuando el hombre vio a Josh correr hacia la nave seguido de dos pequeños cuerpecillos, comprendió las palabras del tipo y se echó a reír a carcajadas. Al jefe no le iba a gustar la sorpresa de última hora. Todo lo contrario que a su mujer.

Ya en la nave, Josh preguntó por el camino hacia la cabina a uno de los dos operarios que estaban marcando cajas con una pistola de pintura luminiscente, impregnándolas con las siglas del Servicio Aeronáutico de Correo Interplanetario. Sabía de sobra que esa nave no llevaba correo alguno, pero la estrategia era lo bastante acertada como para que sus compañeros de aduanas dejaran pasar la mercancía sin revisarla muy al detalle.

De pronto, la imagen de esas letras le despertó una gran idea. Una que confiaba en que fuera suficiente clara como señal para Galatea. Esperó a que uno de los operarios soltara su pistola para mover las cajas y, sigilosamente, se hizo con ella. Reprogramó el orden de las letras que la pistola tenía memorizadas y, con los niños como vigías, dio un pequeño rodeo antes de dirigirse a la cabina de mando a pagar con dos medallones de oro sus pasajes hacia Fulgora.

—Mastica antes de tragar. Vas a ahogarte.

—No puedo evitarlo. Me muero de hambre.

—Es un efecto colateral del chute que te he metido. Ya no respirabas.

Galatea se miró el pecho. Un círculo rojo aún sangrante era la marca que había dejado la aguja que la había traído de vuelta a la vida. Y los brazos en carne viva eran la prueba de que había estado a un paso de la muerte.

Pensar de nuevo en ello le cortó de golpe el apetito. Desde que se había despertado en el asiento del copiloto de una nave desconocida, no había podido dejar de comer todo lo que se le había puesto por delante. Y no era poco, por lo que su salvador debía conocer de antemano los efectos secundarios de aquella inyección de vida.

—¿Por qué me has salvado? —preguntó, tragando con dificultad el último bocado—. ¿Para matarme tú mismo?

Por primera vez desde que ella había vuelto a abrir los ojos él se decidió a mirarla. Por fin recuperaba el color. Ya no parecía un cadáver.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —espetó con indignación.

Ella le devolvió la mirada. Descubrió que estaba bastante magullado. Un brazo casi tan abrasado como los suyos. Una mejilla despellejada. Una costra de sangre seca en el nacimiento de su corto pelo. Sacarla de aquellos túneles no había sido coser y cantar.

—¿Para ser el primero del ranking? —lo dijo como si fuera obvio.

La mirada de Jaden la atravesó, pero en lugar de odio o rabia ella solo leyó decepción.

—Veo que tu concepto de mí es mucho peor de lo que imaginaba —murmuró con tristeza—. Supongo que arriesgar mi vida por ti no es suficiente para mejorarlo.

Nada tenía sentido. Y mucho menos lo que él le acababa de decir.

—No entiendo por qué has hecho algo semejante —le increpó llena de frustración.

—¿Acaso tú no has estado a punto de dar la tuya por ellos? —Cogió mucho aire, parpadeó lentamente y acabó hablando entre dientes—. ¿Por él?

Hubo un silencio en el que ambos se concentraron en mirar hacia el frente. Jaden introdujo unos datos en el ordenador de a bordo e incrementó la velocidad de navegación.

—Tenía que hacerlo —dijo finalmente Galatea, cabizbaja.

Ojalá ya estuvieran muy lejos de allí. A salvo. Josh y los niños tenían que haberlo logrado. No podía ser de otra forma.

—Yo también —respondió Jaden sin mirarla—. Siempre he estado enamorado de ti, Galatea.

Aquellas palabras la golpearon en el pecho casi con la misma fuerza que la droga que él le había administrado.

—¿No dices nada? —exigió ante el silencio de ella.



—No sé qué decir —admitió con una mezcla de vergüenza y compasión—. Yo... no me esperaba... que tú...

—¿Creías que mi interés por ti era solo algo físico? —Esperó a que ella lo reconociera. Solo lo hizo asintiendo con la cabeza—. Bueno, ya sabes, tengo una reputación que mantener —dijo con media sonrisa forzada y encogiéndose de hombros—. Y no es que haya tenido la oportunidad de estar contigo a solas para declararme o algo parecido. Eres muy escurridiza.

—Te he estado esquivando a propósito, Jaden —le explicó, aunque no entendía que hiciera falta aclararlo—. Desde que te arrebaté el primer puesto has estado intentando acabar con todos mis clientes para que no sumara recuperaciones. ¿No es como para querer tenerte bien lejos?

—Yo no he hecho tal cosa. —Su indignación era palpable—. Yo siempre he jugado limpio contra todos mis rivales. Que ambos nos disputáramos el primer puesto no era sino un aliciente más para hacer la competición más estimulante. Ver cómo has ido mejorando cada año, la perfección de tus encargos, tu nulo margen de error... me ha hecho admirarte además de quererte.

El rubor se extendió por las mejillas de Galatea. Aquel reconocimiento a su trabajo por parte del recuperador que ella, en secreto, había considerado una inspiración, fue casi tan halagador como que reconociera amarla.

—Yo siempre te he admirado, Jaden. Desde la academia. Pero no puedo amarte.

—Es difícil amar a alguien cuando se está enamorada de otro.

—Lo es —admitió tanto para él como para sí misma. Amaba a Josh. Ese era el sentimiento que la inundaba desde hacía días y que había explotado cuando él la había besado por primera vez.

—Pero comprenderás que yo nunca he querido hacerte ningún daño. Ni a tus clientes tampoco.

Sí, ahora lo creía.

—Pero... ¿entonces quién? —se preguntó Galatea en voz alta.

Ambos se miraron en cuanto la respuesta brotó con toda lógica en sus mentes.

—La Agencia —dijeron al unísono.

—Siempre he estado intentando averiguar por dónde te mueves —comenzó a explicar Jaden. Ya no le importaba reconocer su debilidad por ella abiertamente—. Le puse un localizador a tu nave, pero solo funciona a menos de mil kilómetros. Y si no hay montañas de por medio —añadió, señalando un ramillete de hibiscos azulados que asomaba por un conducto de ventilación—. Sí, lo siento —admitió ante su mirada acusadora—. No tenía derecho a hacer eso.

—Suenas un poco acosador —le recriminó, absteniéndose de preguntar cómo había logrado colarse en su nave para colocar las flores y el mecanismo oculto en ellas. El

vago recuerdo de una visita a un mercado biológico acudió a su mente. Un puesto de flores, ella deteniéndose a contemplarlas sin comprar ninguna, ver después a Jaden rondando por allí y ocultarse un par de días para darle esquinazo. Y él tenía todo tipo de habilidades. Al parecer, descodificación de software era solo una más de ellas. Debería haber supuesto que unos hibiscos no aparecerían como por arte de magia dentro de su nave.

—Prefiero pensar que lo hacía para asegurarme de que estabas bien —se justificó.

—Después de lo de hoy, no voy a juzgarte por eso —le concedió. Qué menos después de lo sucedido.

—El caso es que últimamente, —continuó— en concreto desde que alcanzaste el primer puesto, mis informadores habituales tenían una información extra para mí. Alguien les había dicho dónde encontrarte.

—¿Alguien?

—Entonces no me paré a pensarlo. Pero ahora estoy seguro de que era el mismo alguien que ha ido a por tus clientes.

—El mismo alguien que le ha dicho a mis informadores que tú estabas cerca siempre que mis clientes morían o se echaban para atrás en el contrato —asumió Galatea.

—La Agencia quiere rivalidad. Siempre ha vivido de ella. Cuando estábamos en la Academia hicieron lo mismo con los tres recuperadores estrella de la época. ¿Recuerdas lo que pasó después de estar empatados varios meses?

Galatea tragó saliva. Hacía casi diez años de aquello. Pero era bastante difícil de olvidar.

—Se mataron entre ellos.

Y los directores de la Agencia fueron sustituidos por un equipo totalmente nuevo. Pero al parecer, estaban cometiendo sus mismos errores.

—Recuerdo tu rostro el día que se supo la noticia —rememoró en voz alta Jaden—. A mí me horrorizó el trágico final de tres admirables recuperadores. Pero de todo el equipo de cadetes, solo tú mostraste conmoción ante aquel hecho. Tu preciosa sonrisa no volvió a aparecer en varios días. Te amé más solo por eso.

Galatea se obligó a contener las lágrimas. ¿Ya la quería cuando apenas tenía diecisiete años? ¿Cómo podía haber estado tan ciega?

—No les daremos la satisfacción de matarnos entre nosotros —sentenció con la voz ahogada.

—Pero les haremos creer que es exactamente eso lo que ha sucedido —añadió Jaden y le guiñó un ojo—. Solo que yo, milagrosamente, acabé sobreviviendo a tu ataque.

—No entiendo.

—Tu supuesta muerte es la excusa perfecta para justificar tu desaparición. Y que sea de la forma que ellos mismos habían planeado hará que no sospechen en absoluto.

—¿Mi desaparición? —repitió intrigada—. ¿Adónde me llevas, Jaden?

Él señaló un punto de la pantalla de navegación a la que ella no le había prestado atención hasta ahora. Y declaró sin tapujos toda la verdad que lo había llevado hasta ella.

—Con los inhibidores de frecuencia del local de tus hermanas no detecté tu nave, así que encontrarte en el Summanus fue una coincidencia. Aunque lo frecuento siempre que puedo, con la esperanza de que vayas a visitar a Yanasa —confesó—. Seguí tu nave desde el mismo momento en que despegaste, a una distancia discreta. Y a pesar de perder la señal en el desierto, la recuperé más allá de Athenas. Conseguí alcanzarte en el Fin del Mundo. Y allí, no pude creer lo que vi. Cómo... te entregabas a él. —La miró de reojo y su gesto de dolor cambió a sencilla tristeza. —Vigilé tu nave desde la ventana de mi habitación. Cuando os marchasteis al anochecer, seguí vuestros pasos hasta ese nido de snots, y pude entender con alivio que se trataba de una misión de recuperación. Aunque no comprendí que lo amabas hasta que lo vi montarse en tu nave con varios niños. Pero sin ti. —Suspiró y ella pudo notar resignación en sus palabras—. Esa señal luminosa en el mapa es el localizador que le puse a tu KZT. La he estado siguiendo desde que te saqué de esos laberintos.

—¿Mi nave? —Galatea se levantó de un salto, aunque tuvo que forcejear con los arneses de seguridad que la mantenían sujeta. Una vez en pie, se tuvo que sujetar al asiento de Jaden para no caerse. Seguía viva, pero su tobillo también seguía roto—. ¿Cuánta ventaja nos lleva?

—La señal se ha detenido más o menos cuando te has despertado. Por las coordenadas, creo que es el puerto interplanetario —añadió, recalculando algunos datos. Al final lo que les había oído sobre irse del planeta iba a ser verdad—. Estaremos allí en pocos minutos.

—Muelle seis —susurró Galatea—. Me dijo que me esperaría todo lo que pudiera.

—Pero te abandonó allí abajo. ¿O no? —quiso saber lleno de rabia.

—Yo le obligué a hacerlo —le explicó mirándole a los ojos—. Por los niños. Una de ellos es su sobrina. Tú habrías hecho lo mismo —le recriminó al ver su mirada llena de furia.

—¿En tu lugar o en el suyo?

—En ambos —respondió totalmente convencida de ello—. Si no se hubiera marchado cuando lo hizo le habrían matado, tanto a él como a los niños. Cuatro, Jaden, cuatro niños. Dos de ellos recién nacidos —enfaticó—. Y confió en mis recursos particulares para huir.

Jaden resopló. Su sangre estaba casi en ebullición.

—Pero no lo lograste —casi escupió esas palabras.

—Sí lo hice. —Le sonrió tímidamente—. Tú fuiste mi recurso más particular.

—¡Pero tú eso no podías saberlo! —gritó sin poder controlarse. El susto de creerla muerta aún era muy reciente. Suspiró y trató de tranquilizarse—. Yo mismo dudé de ser capaz de localizarte. Pero cierto animalillo captó mi atención. Algo me dijo que debía seguirlo. Y lo hice.

Galatea miró hacia donde Jaden señalaba. Una gatita dormía plácidamente hecha un ovillo en una esquina de la cabina.

—¿Atenea?

—¿Así se llama? —se sorprendió Jaden, aunque luego rectificó sus pensamientos—. No merece menos que el nombre de una diosa. Sin ella no habría sabido por dónde empezar a buscarte. Aunque, como siempre, acabé percibiendo tu aroma.

Ella estaba muy cerca, apoyada en su propio asiento. La cara de Jaden quedaba justo a la altura de su cuello.

—Siempre tuviste un gran olfato de rastreador —recordó sonriendo, ocultando la inquietud que le provocaba que él conociera tan bien su olor y que estuviera inhalándolo profundamente en ese momento—. Yo desarrollé más el sentido del oído.

—La Agencia sabe cómo explotar nuestras habilidades —y nuestras debilidades, meditó para sí.

—Objetivo alcanzado —habló una voz de mujer que sonaba muy parecida a la de Galatea.

Ella lo miró extrañada.

—El navegador tiene muchas opciones de voz. Solo hay que elegir la que más te guste —se justificó él algo azorado—. Sobrevolamos el muelle seis —le indicó ya concentrado en la panorámica frente a ellos—. ¿Qué nave tenemos que buscar?

—No lo sé —confesó Galatea con la cara pegada al panel frontal.

—¿Que no lo sabes?

—Josh solo me dijo que me dejaría una señal y me esperaría todo lo que pudiera.

—¿Una señal? ¿Qué clase de señal?

Jaden activó la visión de infrarrojos, los sensores de calor y de movimiento y tecleó varias órdenes de búsqueda. El ordenador le indicó solo tres localizaciones en las que había al menos cinco seres humanos vivos juntos.

Tras sobrevolar la primera nave sin detectar nada parecido a una señal de aviso, viró hacia la segunda en su lista.

—¡Astuto el mequetrefe! —espetó de pronto, señalando la nave en cuestión.

Galatea siguió la dirección de su dedo y contuvo el aliento al divisar las cuatro letras escritas con pintura luminosa en el techo negro de la nave. No supo cómo habría logrado hacerlo, pero sí supo al instante que aquel grafiti era de Josh.

Acto seguido, Jaden sintonizó las ondas de radiofrecuencia que se emitían desde esa localización y se enganchó a ellas desde su ordenador.

—¿Acis? ¿Puedes oírme? Al habla Polifemo.

Galatea lo miró sorprendida. No podía creer que conociera aquella historia.

—Todo lo relacionado contigo me ha interesado siempre, Galatea. Y tus hermanas nos son muy discretas cuando tú no estás.

Galatea las imaginó riéndose de él y llamándolo por el apodo que habían acordado pensando que él no sería capaz de descubrir de qué se trataba. Se sintió avergonzada por sí misma y por ellas. Pero, a la vez, orgullosa por Jaden.

—Aquí la aeronave del Servicio Aeroespacial de Correo Interplanetario. ¿Quién dices que eres?

—Polifemo. Y quiero hablar con Acis. ¿O no te ha dicho nadie que os falta aún una pasajera?

—Pues la verdad es que...

—¡Gala! —Otra voz se interpuso en la comunicación—. ¿Está Galatea contigo?

—Josh... —A Galatea apenas le salía la voz—. ¿Estáis todos bien?

—Sí, sí. Gracias al cielo. Gracias, Dios mío. Gracias —balbuceaba entre sollozos—. ¿Tú estás bien? ¿Dónde estás? ¿Te han hecho daño? —La ira se apoderó de pronto de él, no dejándole pensar racionalmente—. Escúchame bien, Jaden. Como le hayas tocado un solo pelo te encontraré donde quiera que estés y te mataré con mis propias manos.

Jaden puso los ojos en blanco y se rio. Después arrugó un poco el gesto y le hizo un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza a Galatea. Ella sintió como que, de alguna extrañamente fraternal manera, él le daba su aprobación.

—Calla y escúchame tú a mí, mequetrefe. Dirígete a popa para recibir a una pasajera por aire. Inmediatamente.

—¡Es ella! —le gritó Josh al comandante—. Le dije que vendría.

—Mejor que te acompañe alguien más, Acis —intervino Jaden de nuevo, tras echarle un vistazo a Galatea. A pesar de sus múltiples magulladuras, lucía en el rostro una radiante expresión de pura felicidad—. Está malherida.

—¡Envíe a sus hombres a popa, rápido! —le urgió Josh. El comandante obedeció la orden sin rechistar—. Gala. Gala, ¿me oyes?

—Sí, te oigo Josh. Estamos sobre la nave. Bajo ahora mismo.

—Voy a por ti, mi vida. Voy a por ti.

—Una última cosa, Acis —se apresuró a añadir Jaden—. Más te vale cuidar de ella o te perseguiré por toda la galaxia hasta aplastarte con la piedra más pesada que encuentre. ¿Me has entendido?

Galatea le dio un pequeño puñetazo en el hombro, regañándolo por tomarse casi al

pie de la letra su papel de Polifemo.

—Perfectamente. Pero te aseguro que no será necesario —replicó Josh—. Gracias por traerla. Estoy en deuda contigo.

Jaden cortó la conexión. Y vio que Galatea trataba de ocultar unas lágrimas.

—Venga, no te entretengas —la apremio incómodo—. Te esperan en popa.

Se fue a levantar, pero ella lo empujó por el pecho. Después se llevó la mano al suyo, palpando la marca roja que acabaría siendo una cicatriz permanente, recordándole para siempre que alguien que la amaba de verdad arriesgó su vida por ella.

—Gracias, Jaden. Por todo.

Él sonrió sin auténticas ganas de hacerlo y se encogió de hombros.

—No tiene importancia.

—Claro que la tiene. Me has salvado la vida. Sin esperar nada a cambio.

El final que Agatha le había contado sobre Polifemo y Galatea cobraba en parte sentido ahora. Desde luego Jaden no había matado a Josh, ni ella iba a quedarse con él. Pero bien era cierto que ella acababa de ver en su particular Polifemo una naturaleza generosa que jamás había visto antes. Tal vez nunca se había parado a mirar detenidamente en su dirección con la suficiente atención.

—Quiero que seas feliz —confesó él y no pudo evitar que los ojos le brillaran por las lágrimas—. Y, además, ahora tengo una mascota que parece ser el animal más fiel de todo Nox —comentó, mirando a la gatita dormida—. Más vale que no te vea marcharte, o se lanzará detrás de ti.

Galatea sonrió y miró a Atenea por última vez. Sus dos salvadores estaban dentro de esa nave. Le alegraba poder marcharse sabiendo que se tendrían el uno al otro.

—Nunca olvidaré esto, Jaden. Nunca.

—Yo, en cambio, intentaré olvidarte.

Galatea le acarició la mejilla herida y se acercó a darle un suave beso. Al notar que su respiración se agitaba, miró en sus oscuros ojos y lo besó de nuevo, esta vez en los labios. Los de Jaden temblaron bajo los suyos antes de apretarse con un poco más de fuerza y besarla con intensidad.

Cuando ella se alejó de él, las lágrimas ya caían por sus mejillas.

—¿No vas a ponérmelo fácil, verdad? —le recriminó abriendo los ojos lentamente.

—Nunca ha sido mi estilo, ya lo sabes —replicó mientras le veía secarse las lágrimas de un par de manotazos.

Después programó el piloto automático, pulsó la apertura de compuertas y la empujó hacia ellas. Con sumo cuidado, le colocó un arnés cuyas cuerdas pendían del techo de la nave.

—Suerte, Galatea.

—Suerte a ti también, Jaden.

Cuando la vio coger carrerilla para saltar, se interpuso en su camino.

—Si las cosas no salen como esperabas, ya sabes dónde encontrarme.

Ella le sonrió y le acarició de nuevo la mejilla dañada.

—Lo tendré en cuenta. —Se lo pensó un par de veces antes de desvelarle el secreto, pero finalmente consideró que se lo había ganado con creces—. Y si algún día te hartas de este planeta, puedes encontrarme en Fulgora. Pregunta por Relda.

Él entrecerró los ojos sin comprender muy bien, pero asintió, memorizando aquel extraño nombre.

—Llevaré siempre una gran piedra en la bodega, por si acaso —añadió con un sentimiento de pérdida hundiéndosele en el pecho.

Ella se echó a reír y le dio un fugaz abrazo antes de aferrarse al arnés, coger impulso y saltar al vacío.

## Capítulo 16

Una sensación cálida la envolvió. Era tan agradable, como si se sumergiera en un baño de agua muy caliente tras haber caminado horas y horas bajo un helador cielo nocturno. Quiso abrazarse a esa sensación, literalmente, y rodeó su propio cuerpo con sus brazos. Sin embargo, otros ya la abrazaban.

—¿Estás despierta?

Galatea se estremeció al reconocerlo. ¿Alguna vez dejaría de provocarle esa sensación en la boca del estómago el mero hecho de escuchar su maravillosa voz?

—No lo sé —respondió, tratando de retroceder en sus recuerdos. Su mente y su cuerpo habían sufrido demasiados impactos en pocos días. Ya ni sabía cuántos podrían haber transcurrido—. ¿Lo estoy?

—Yo diría que sí. —Josh habló esta vez más cerca de su oído. A un solo suspiro—. Por fin.

Galatea trató de volverse hacia él, quien la abrazaba por la espalda. Le costó un buen rato girar levemente el cuello. Además, sentía los párpados tan pesados que, en cuanto los abría, tenía que volver a cerrarlos irremediamente. La visión intermitente de su rostro no le parecía suficiente.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Casi tres días. Aún quedan otros quince de viaje hasta Fulgora. Los niños están bien, durmiendo en otro camarote. Acabo de contarles un cuento —explicó, sobre todo para que estuviera tranquila y no pretendiera salir de la cama—. ¿Quieres un poco de agua?

—Sí, por favor.

Él se separó lo justo de ella para coger una botella y ofrecérsela. Al ver que el movimiento de su brazo era extraño, se giró más hacia él, abrió los ojos todo lo que pudo y enfocó la férula que lo envolvía.

—¿Qué te ha pasado?

—¿No lo recuerdas?

—No muy bien. —Bebió lentamente, pero se terminó toda la botella. Estaba sedienta—. Sé que salté de la nave de Jaden. Después de eso, está todo borroso. Pero creo que recordar que...

Rememorando poco a poco los últimos acontecimientos, Galatea dio con el momento en que sintió cómo la cuerda de la que colgaba se partía y caía al vacío.



Pero antes de impactar, aquella voz, la que siempre se repetía en sus oídos, había gritado su nombre.

—¿Caí sobre ti?

—Algo así. —Josh retiró la botella de las manos de Galatea. Después la acomodó de frente contra su cuerpo de aquella forma que hacía que encajaran tan bien—. Cuando las naves de Control de Aduanas comenzaron a disparar a la de Jaden al detectar su presencia no permitida, tuvo que virar para esquivarlas. No sé si el movimiento hizo que te soltaras o si alguno de los disparos atravesó la cuerda. Pero caíste en picado cuando aún estabas a varios metros del suelo. Yo no estaba muy lejos, y tuve el tiempo justo para correr hacia ti y cogerte antes de que te estamparas contra el muelle de carga.

Sí, ahora que se lo contaba, lo recordaba con mayor claridad.

—¿Y te partí un hueso del brazo?

—Dos. Cúbito y radio.

—Vaya. Lo siento...

—Habría aceptado perderlo, que me lo arrancaran desde el hombro, si eso significaba recuperarte, Gala.

Ella se revolvió entre sus brazos para mirarlo mejor.

—No digas esas cosas.

—No me hubiera importado —aseguró muy serio—. Sería un bajo precio a pagar por haberte abandonado en aquellos malditos túneles. Además, aún me quedaría otro para poder abrazarte.

Como prueba, su brazo sano la apretó más contra él dentro de aquella acogedora cama.

—Prefiero que puedas abrazarme con ambos —declaró, acercando con cuidado su brazo dañado para que la rodeara—. Al igual que valoro más al hombre que comprendió que debía marcharse cuando lo hizo. De lo contrario, no estaríamos ahora aquí ni tú, ni yo, ni los niños. Hiciste lo que había que hacer.

—Si tú estás aquí, es gracias a Jaden, no a mí —la amargura de su voz delataba lo que le dolía reconocer aquello.

—Si no recuerdo mal, acabas de decirme que impediste que mis sesos se desparramaran por todo el muelle de carga.

—Sí, pero...

—No hay peros —lo interrumpió tajante, contemplando el rostro que había temido no volver a ver jamás—. Hiciste lo que había que hacer cuando había que hacerlo. Yo en tu lugar habría actuado de la misma forma.

—No es cierto —contradijo furioso.

—¿Me acusas de mentirosa?

—No. Solo digo que tú habrías encontrado la forma de sacarme de allí.

—No —replicó ella—. Porque no la había. No sin sacrificar la vida de los niños. Y de todas formas, ya está hecho. Esos pasos acertados o equivocados, nos han llevado a donde estamos ahora. Y la realidad es que ya estamos a salvo.

Lo estaban. O lo estarían pronto si al llegar a Fulgora no se producía ningún contratiempo. Y, por ahora, estando en la nave no tenían nada que temer. Por suerte, la mujer del capitán tenía una hija de diez años que se había mostrado enormemente entusiasmada por tener a cuatro amiguitos con los que compartir su camarote y sus juguetes. Al igual que la propia mujer había expresado la ilusión que le hacía volver a cuidar, aunque solo fuera temporalmente, de unos recién nacidos.

Eso le había dejado a Josh el tiempo suficiente para preocuparse de Galatea más que de nadie más. Había pasado los tres últimos días velándola, cambiándole los vendajes procurando que se curara lo más pronto posible de sus múltiples roturas, heridas y quemaduras. Sorchá y Kevin habían ido varias veces al día a visitar a una de sus salvadoras. Su tía Gala, habían decidido ellos unilateralmente, cuando Josh les indicó que no debían llamarla Galaxia nunca más.

—Y estamos juntos —añadió Galatea ante la intensa mirada que Josh le estaba clavando con sus profundos ojos grises llenos de culpabilidad—. Tú y yo —recalcó, ansiosa por arrancar de cuajo el dolor que oprimía su penitente corazón.

La mirada de Josh se enterneció. Sus ojos abandonaron los de ella para acudir a sus labios.

—¿Puedo... puedo besarte? —solicitó con inseguridad.

Ella frunció el ceño.

—¿Acaso alguna vez me has pedido permiso para hacerlo?

Él sonrió levemente antes de rozar sus labios con suavidad infinita.

—Creí que te había perdido para siempre —se lamentó, abrazándola con más fuerza—. Pero si me crees merecedor de tu perdón, si me otorgas el privilegio de tu compañía, juro que te compensaré por el resto de mis días.

—No hay nada que perdonar. Ni nada que compensar. Solo quiero vivir libre de leyes injustas e inhumanas. Dedicar mis esfuerzos a algo constructivo, como sanar enfermos o criar niños. Y disfrutar de cada día en compañía de un hombre que me ame sinceramente, que me lo demuestre con hechos, además de con esa mirada que estoy viendo en tus ojos ahora mismo.

Nada de lo que le hubiera podido decir le habría dado más esperanzas que aquellas rotundas palabras.

—Creo que estoy en posición de poder ofrecerte todo eso. Si tú me aceptas, me esforzaré cada día por ser ese hombre que tú quieres.

—Ya eres el hombre al que quiero, Josh.

Esta vez fue ella la que lo besó a él. Pero no se conformó con la suavidad que él le había ofrecido. Le demostró con ese beso lo ciertas que eran sus últimas palabras.

—Galatea Biagioni —pronunció Josh casi sin aliento cuando ella liberó su boca. Lo sintió estirar el brazo fuera de la cama. Instantes después, ella se estremeció al sentir cómo algo frío se deslizaba por su dedo anular derecho, cuya piel comenzaba a sanar. No necesitó desviar la mirada de sus ojos para saber lo que era—. Si existe algo remotamente similar al matrimonio en el mundo al que nos dirigimos, ¿te casarás conmigo?

—Josh McKenna —respondió ella a la vez que hundía el rostro en el hueco entre su hombro y su cuello—. Si no existe, lo inventaremos.

# Epílogo

Fulgora, Área Noroeste, 78° Asentamiento Relda  
23 de julio de 2999

Galatea se dirigió a la salida del centro de salud con una enorme sonrisa en los labios. No pudo evitarlo y, sin importarle que los médicos y enfermeros que ahora eran sus compañeros de profesión la mirasen con perplejidad, recorrió el último pasillo a la carrera.

Por fin había concluido la rehabilitación de su rodilla izquierda tras serle implantada una prótesis de titanio. La sensación de poder volver a moverse con total libertad y sin ningún dolor le hizo sentirse tan aliviada y agradecida como hacía ya casi un año, al aterrizar en Fulgora. El alcalde del Asentamiento Relda al que habían sido guiados, les había asignado a ella y a Josh una tarea en su comunidad después de evaluar sus aptitudes y capacidades. También les había adjudicado una vivienda en el último barrio en construcción. Una casa humilde pero sumamente acogedora, más que amplia para albergar a la numerosa familia que había formado junto al hombre que, como cada día desde su operación, estaría esperándola a la salida del centro médico.

Sin embargo, no fue a Josh a quien encontró sentado al borde de una jardinera, leyendo un libro con el título *Iniciación a la Medicina* bajo los rayos del atardecer.

—¡Tía Gala! —Kevin, quien había dado un estirón increíble en los últimos meses, corrió hacia ella y la abrazó con fuerza, la cual cada día iba también en aumento. Galatea nunca dejaba de emocionarse ante el cariño y la admiración que aquel muchacho le profesaba. Ni de sobrecogerse por los sentimientos de amor maternal que brotaban en ella en respuesta—. ¿Ya estás curada? ¿Del todo?

—Sí. Del todo. Mira.

Cogiendo impulso, Galatea saltó sobre el borde de madera de la jardinera, volvió a impulsarse e hizo una voltereta en el aire para caer de pie frente a Kevin, cuyo libro se había caído de sus manos por la impresión. Ella rió e hizo una reverencia ante él, aprovechando su postura agachada para recoger el libro, el cual observó con curiosidad.

—¿De dónde has sacado esto? —Rodeó al chico por un hombro para emprender el camino de vuelta a casa dando un paseo en aquella agradable tarde de verano.

—Lo tomé prestado de la biblioteca de la escuela.

—¿Ya has acabado tus deberes? —se interesó, como cada día desde que Sorcha y él habían iniciado el curso escolar.

—Sí. Por eso tío Josh me ha pedido que viniera yo a buscarte. Dice que te compensará por no recogerte él mismo en tu último día de rehabilitación. Pero que lo entenderías cuando llegaras a casa.

—¿Es por algo del trabajo?

—Eso dijo.

No le extrañaba que fuera así. Josh había conseguido trabajar desde casa para poder hacerse cargo de los bebés mientras el resto de la familia estaba en la escuela o en el centro de salud. Un equipo informático completo había sido instalado en una de las habitaciones y Josh controlaba el flujo de información que circulaba por las redes de toda Nueva Roma en busca de mensajes de los grupos Relda distribuidos en los diferentes planetas.

En pocos meses se había convertido en un miembro fundamental dentro del equipo de descodificación de mensajes encriptados. Y gracias a su excelente trabajo, numerosos ciudadanos de Nueva Roma que estaban siendo perseguidos por infringir las Leyes Adler podían conseguir salvar sus vidas.

Kevin y Galatea recorrieron la alameda que llevaba a su casa mientras él enumeraba huesos del cuerpo humano, comenzando desde los pies y sin saltarse uno solo hasta llegar a la cadera. Satisfecho por su excelente logro, le aseguró a la mujer a quien consideraba toda una inspiración además de una nueva madre, que al día siguiente memorizaría los huesos del brazo.

Sorcha los saludó desde el jardín delantero de su hogar. Junto con la hija de los vecinos de la casa contigua, que tenía la misma edad que ella, jugaba con los bebés, ayudándoles a dar sus primeros pasos.

—¡Mira, tía Gala! —solicitó Sorcha, llena de júbilo—. Lilian ya da tres pasitos sin que tenga que agarrarla.

—¡Eso es maravilloso! —Galatea se agachó y la pequeña demostró su nueva habilidad caminando a trompicones hacia ella, quien la cogió justo cuando perdía el equilibrio y la hizo saltar en el aire varias veces, provocándole una sonora carcajada.

—¿Y tú, Andrew? ¿No te dejarás ganar por tu hermana, verdad? —lo apremió Kevin, acuclillándose a un metro de distancia del bebé e instándolo a que caminara hacia él.

El pequeño, sentado sobre la hierba entre varios juguetes, lo miró con adoración y estiró una de sus manitas para ofrecerle una roída y húmeda galleta.

—No, cariño. Toda para ti —le dijo con resignación antes de gatear hasta él y darle un fuerte beso en un carrillo.

—Pa-pa —balbuceó Andrew, alzando sus bracitos hacia Kevin para que lo cogiera.

—Sí, papá —corroboró el chico, alzando al pequeño y colocándolo sobre una de sus caderas. Volvió a besarlo en uno de sus blanditos y encantadores mofletes—. Tal como le prometí a Lucinda.

Galatea, con un nudo en la garganta, dejó a Lilian en brazos de SORCHA, quien luchaba por contener las lágrimas ante lo que estaban contemplando. La pequeña la abrazó con fuerza por el cuello y SORCHA suspiró profundamente. Era increíble lo que cuidar de aquellos bebés durante un año había supuesto para ella. Y para Kevin, supo en cuanto sus miradas se cruzaron y compartieron una sonrisa cómplice.

—Podéis seguir jugando aquí fuera un rato más —concedió Galatea, ya que hacía una tarde estupenda—. Pero entrad a cenar antes de que anochezca. O en cuanto veáis el primer relámpago —les advirtió.

A pesar de estar en verano, se encontraban en Fulgora, planeta bautizado así por sus múltiples tormentas. Raro era el día, o la noche, que no cayera una copiosa lluvia, la cual se marchaba tan deprisa como había aparecido. No obstante, Galatea había aprendido a apreciarlas. Eran lo que daban a ese planeta su maravillosa variedad de verdes. Lo que hacía que su nuevo hogar estuviera repleto de vida de norte a sur y de este a oeste.

Entró en la casa y se dirigió directamente al cuarto de trabajo de Josh.

—¿Se puede? —preguntó tras golpear la puerta dos veces.

Como siempre, estaba entreabierta, invitando a entrar a quien quisiera hacerlo. Pero ella intentaba interrumpirle lo menos posible mientras estuviera trabajando.

—Pasa, pasa—. Sin apenas mirarla, continuó tecleando frenéticamente y comprobando varias de las numerosas pantallas que se repartían por toda la pared—. Ya casi lo tengo.

Galatea se acercó lentamente, contemplando una de las facetas de él que más la fascinaban. Su tenacidad y dedicación. Si Josh se comprometía con algo, desempeñaba su labor con total entrega. Ya fuera en el ámbito laboral, familiar o personal. Cada día que pasaba a su lado, lo amaba más, por cosas tan aparentemente sencillas como aquella.

—¡Listo! —exclamó, haciéndola botar por la sorpresa. Pero un gritito se le escapó cuando él giró en su silla y la cogió por la cintura para sentarla en su regazo—. Ahora solo queda esperar a los resultados. Tardarán unos minutos.

Ella asintió con la cabeza y le sonrió mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

—Hola. —Él le devolvió la sonrisa, a un centímetro de su boca—. Bienvenida a casa.

—Gracias. —Ella lo besó ligeramente en los labios—. ¿Qué tal tu día?

La boca de Josh atrapó la suya en un arrebatador beso mientras la abrazaba y la apretaba contra su cuerpo con una necesidad casi febril.

—Ahora, perfecto —susurró contra aquella parte tan sensible justo detrás de su oreja, antes de descender por su cuello y abrirse paso hasta su hombro, deslizando la manga de su camiseta.

La amaba. La amaba tanto que sentía cómo su piel se lo gritaba en cada roce, en cada caricia. El cuerpo de ella ardía a su contacto, diciéndole que escuchaba aquel mensaje y que la respuesta era yo también a ti.

—¿Los niños siguen en el jardín? —inquirió, deshaciéndose de su camiseta en un rápido movimiento.

—Sí. Pero no... —la protesta de Galatea se vio acallada por la invasión de la lengua de Josh en lo más profundo de su boca.

—Te deseo. Ahora.

Las manos de Josh rodearon sus senos y ella sintió flaquear sus reticencias y sus miedos a ser descubiertos por los niños en una actitud no apta para sus aún inocentes ojos. Pero él era demasiado persuasivo. El don de sus manos le dotaba de tal habilidad para acariciarla que ella era incapaz de resistirse cuando él se proponía seducirla, tal como estaba haciendo ahora.

Ella estaba ya amasando su abdomen, a punto de arrancarle la camisa, cuando el ordenador pitó, sobresaltándolos a ambos.

—Vaya, qué oportuno —se quejó Josh, pero le devolvió su ropa a Galatea. Ella supo de inmediato que aquello era realmente importante—. No he podido ir a recogerte hoy porque a media tarde he detectado una señal cifrada procedente de Nox.

—¿De Nox? —Aquello era muy extraño—. ¿Estás seguro?

—Sí. La primera con origen en Nox desde que comencé en este trabajo.

—¿Y la has descifrado?

—Los últimos datos han terminado de descargarse ahora mismo. Pero obtuve algunos retazos hace unas horas. Y lo que descubrí me preocupó.

—¿Por qué? —Ahora la preocupada era ella.

—Tu nombre se repetía una y otra vez. De varias formas. Galatea, Gala y Galaxia.

—Pero... —la cara de Galatea palideció progresivamente—. Tú dijiste que el plan de Jaden había surtido efecto. Que la publicidad de la Agencia había anunciado mi muerte a manos de él en la pelea por el primer puesto.

—Y así es. Por eso pensé que si alguien trataba de comunicarse contigo, y lo hacía enviando un mensaje directamente con destino a Fulgora, solo podía ser él.

—¿Él? ¿Te refieres a Jaden?

—Sí. —Tecleó varios códigos y un documento con una larga lista apareció en pantalla—. Mira estas palabras. Son las primeras que he podido entresacar del

mensaje cifrado. Las únicas que tienen sentido, aunque lo importante es que tengan sentido para ti. —Ese era el secreto de un buen mensaje cifrado—. Aún estoy tratando de averiguar el código que me indique cómo ordenarlas y cómo desechar las palabras que son solo de relleno.

Galatea se acomodó mejor sobre las piernas de Josh y se concentró en leer aquel listado. Efectivamente, su nombre aparecía varias veces. Y aunque había palabras que no le decían nada en absoluto, sí había otras como “snots”, “lucha”, “huida”, “puerto”, “ayuda”, “Nox”, “Fulgora” y “Relda” que le hacían pensar que aquel mensaje podía ser de Jaden. Incluso la palabra “hermosa” aparecía entre las demás. Él había alabado su belleza muchas veces, justo antes de decirle algo soez que hacía reír a sus seguidores, y a ella amenazarlo con una de sus dagas.

Sin embargo, aquella palabra tenía una característica especial. Lo que ponía exactamente en la pantalla era “la Hermosa”. Y aquello solo podía significar una cosa, pensó de inmediato. Rápidamente, se concentró en buscar ciertas palabras muy concretas.

—¡Aquí! —exclamó al encontrar algo que la dejó sin habla.

—¿Qué? —Josh apartó el dedo de Galatea que cubría parcialmente la pantalla—. ¿La Protectora? ¿Qué significa eso para ti?

—El mensaje no es de Jaden, Josh.

—¿No? —Había estado prácticamente seguro de que se trataba de él. Un sexto sentido se lo había dicho. Y él habría hecho lo que estuviera en su mano para ayudarlo si estaba en problemas. Se lo debía por llevar a Galatea hasta él sana y salva—. ¿Y cómo lo sabes?

—Cincuenta eran las nereidas, las ninfas que habitaban las aguas del Mar Mediterráneo —comenzó a narrar ella, con la mirada perdida—. Halimede, La Coronada; Leágora, La Dulce; Galatea, La Hermosa. —Sus ojos se encontraron con los de Josh antes de añadir: —Yanasa, La Protectora.

Ambos se miraron en silencio, asimilando lo que acababan de descubrir. En unos segundos, Josh volvió a su teclado y se apresuró en descifrar el código que le faltaba.

—Tranquila —la calmó, acariciándole la nuca de cierta forma que ya había descubierto que obraba milagros cuando estaba tensa—. Hallaré la forma de ordenar el mensaje.

—Josh. —Ella se aferró a una de sus manos—. Yanasa solo ocultaría su verdadero nombre si estuviera en peligro. Estoy segura de que necesita mi ayuda.

—Nuestra ayuda —corrigió él, apretando su mano y acariciando el anillo que la decoraba—. Y se la daremos.

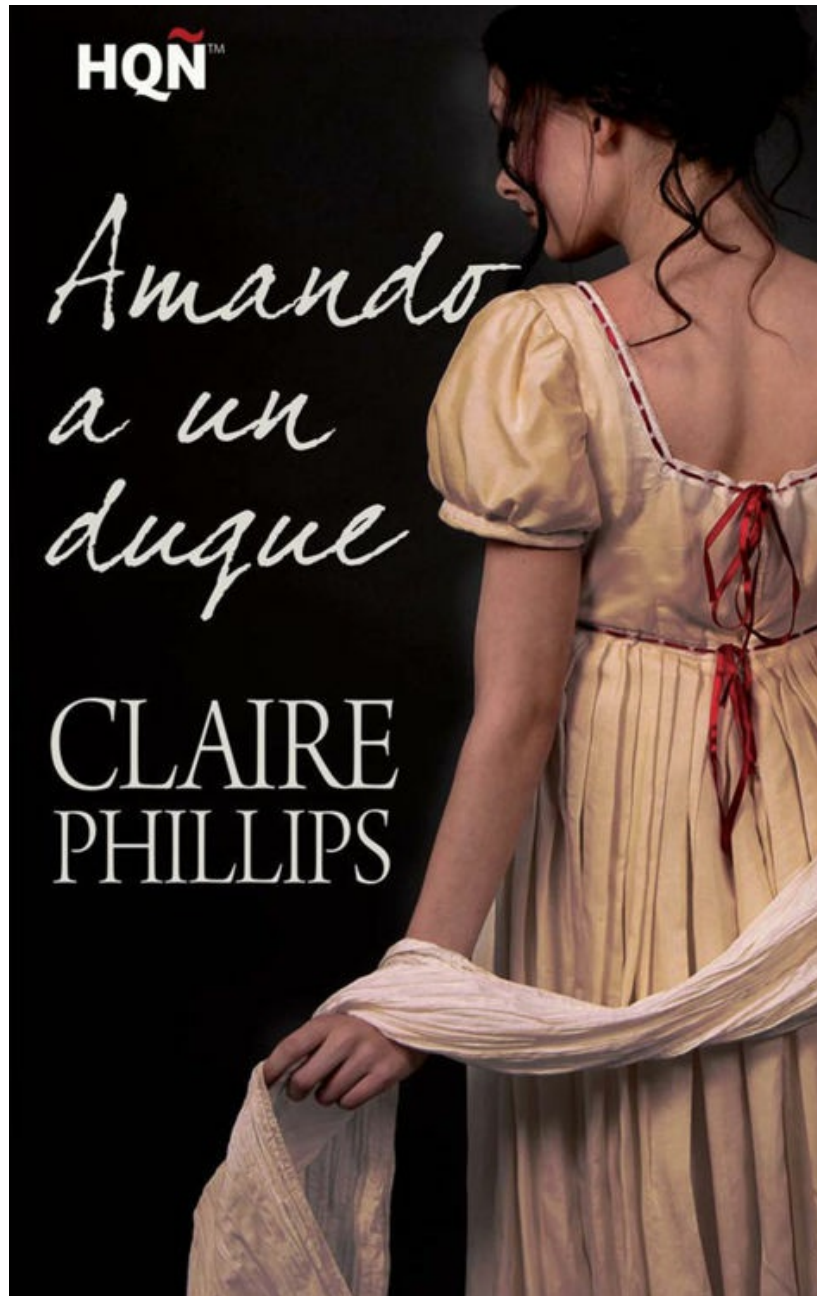
—Juntos —añadió ella, sonriendo a pesar de las lágrimas que nublaban sus ojos.

—Siempre —corroboró un instante antes de que la pantalla se iluminara con el



mensaje completo, ya descifrado y ordenado: *Llamada de auxilio de La Protectora a La Hermosa...*

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)